

LOUISE PENNY
ENTERRAD
A LOS MUERTOS



Contenido

[Portada](#)
[Dedicatoria](#)
[Uno](#)
[Dos](#)
[Tres](#)
[Cuatro](#)
[Cinco](#)
[Seis](#)
[Siete](#)
[Ocho](#)
[Nueve](#)
[Diez](#)
[Once](#)
[Doce](#)
[Trece](#)
[Catorce](#)
[Quince](#)
[Dieciséis](#)
[Diecisiete](#)
[Dieciocho](#)
[Diecinueve](#)
[Veinte](#)
[Veintiuno](#)
[Veintidós](#)
[Veintitrés](#)
[Veinticuatro](#)
[Veinticinco](#)
[Veintiséis](#)
[Agradecimientos](#)
[Créditos](#)

LOUISE PENNY

ENTERRAD A LOS MUERTOS



*Este libro está dedicado a las
segundas oportunidades:
a quienes las dan
y a quienes las reciben*

UNO

Se apresuraron escaleras arriba, subiendo los peldaños de dos en dos y tratando de no hacer ruido. Gamache se esforzó por respirar con normalidad, como si estuviera en el sofá de su casa sin la menor preocupación.

—¿Señor? —dijo una voz joven por los auriculares de Gamache.

—Confía en mí, hijo. No va a pasarte nada.

Tenía la esperanza de que el joven agente no detectase tensión en su voz, el tono monótono con que el inspector jefe trataba de transmitir autoridad y seguridad.

—Le creo.

Llegaron al rellano y el inspector Beauvoir se detuvo y miró a su jefe. Gamache consultó el reloj.

Cuarenta y siete segundos.

Aún quedaba tiempo.

Por los auriculares, el agente le hablaba de la luz del sol, de lo bien que le sentaba notar los rayos en la cara.

El resto de la unidad llegó al rellano equipado con los chalecos tácticos, los rifles automáticos a punto y la mirada atenta. Clavada en el jefe. Junto a él, el inspector Beauvoir también aguardaba su decisión: ¿por qué lado? Estaban cerca. A tan sólo unos metros de su objetivo.

Gamache contempló uno de los dos pasillos oscuros y lóbregos de la fábrica abandonada. Después el otro.

Parecían idénticos. La luz se abría paso a duras penas por los cristales rotos de las ventanas mugrientas que rodeaban las diferentes salas; con ella entraba aquella mañana de diciembre.

Cuarenta y tres segundos.

Señaló hacia la izquierda con convicción y todos echaron a correr en silencio en dirección a la puerta del fondo. Mientras avanzaba, Gamache agarró bien el rifle y habló con calma por el micro.

—No hay de qué preocuparse.

—Quedan cuarenta segundos, señor.

Cada palabra, una exhalación, como si al hombre con quien hablaba le faltase el aliento.

—Escúchame —dijo Gamache, al tiempo que señalaba una puerta con vehemencia.

El equipo se abalanzó hacia ella.

Treinta y seis segundos.

—No voy a permitir que te ocurra nada —insistió Gamache. Hablaba convencido, imponente, retando al joven agente a llevarle la contraria—. Esta noche cenas en casa con tu familia.

—Sí, señor.

La unidad táctica formó alrededor de la puerta cerrada y el sucio cristal esmerilado. Dentro no se veía luz.

Gamache hizo una pausa con la mirada fija en la puerta y la mano en alto, listo para dar la señal de derribarla. De rescatar a su agente.

Veintinueve segundos.

A su lado, Beauvoir estaba tenso, esperando la orden.

Demasiado tarde, el inspector jefe Gamache se dio cuenta de que había cometido un error.

—Dale tiempo, Armand.

—*Avec le temps?*

Gamache le devolvió la sonrisa al anciano y apretó el puño derecho para controlar el temblor. Aunque era tan leve que estaba seguro de que la camarera de aquella cafetería de la ciudad de Quebec no lo había notado. Los dos estudiantes que tecleaban en sus ordenadores portátiles tampoco iban a darse cuenta. Nadie se fijaría.

Salvo alguien muy cercano.

Miró a Émile Comeau, que partía un *croissant* crujiente con mano firme. El mentor y antiguo superior de Gamache estaba a punto de cumplir los ochenta. Tenía el pelo cano y bien peinado, y sus ojos, a través de las gafas, eran de un intenso color azul. Incluso a su edad estaba delgado y lleno de energía, aunque cada vez que Armand Gamache lo visitaba le notaba el rostro un poco menos terso, los movimientos ligeramente más lentos.

Avec le temps.

Viudo desde hacía cinco años, Émile Comeau conocía bien el poder y el peso del tiempo.

Reine-Marie, la esposa de Gamache, se había marchado al amanecer tras pasar una semana con ellos en la casa de piedra de Émile, en el casco antiguo amurallado de Quebec. Cenas tranquilas en buena compañía, frente al fuego; paseos por las estrechas callejuelas cubiertas de nieve. Conversaciones. Silencios. Habían leído los periódicos y comentado los acontecimientos. Los tres juntos. Cuatro, si contaban a *Henri*, su pastor alemán.

Y casi todos los días Gamache había ido a leer solo a la biblioteca del barrio.

Émile y Reine-Marie le concedían esa licencia, conscientes de que en aquel momento necesitaba compañía, pero también estar a solas.

A Reine-Marie le había llegado el momento de partir y, después de despedirse de Émile, se volvió hacia su marido. Alto, robusto, un hombre que prefería un buen libro y un largo paseo a cualquier otra cosa. A los cincuenta y tantos, parecía más un distinguido profesor que el jefe de la división de Homicidios más prestigiosa de Canadá: la de la *Sûreté du Québec*. La acompañó al coche y retiró la escarcha del parabrisas.

—Sabes que no hace falta que te vayas, ¿verdad? —le dijo con una sonrisa.

El día, recién nacido, aún era frágil. *Henri* se sentó en un montón de nieve y los observó.

—Sí, pero Émile y tú necesitáis pasar tiempo juntos. He visto cómo os mirabais.

—¿Tanto se nos nota el anhelo? —El inspector jefe rió—. Creía que estábamos siendo discretos.

—A las esposas no se nos escapa nada.

Sonrió y lo miró a los ojos. Los tenía de un intenso color castaño. Gamache llevaba un sombrero que no le ocultaba las canas por completo y que, justo en el borde, donde acababa la tela, le rizaba un poco el pelo. También llevaba barba. Poco a poco iba acostumbrándose a verlo con ella. Durante muchos años había llevado bigote, pero desde que ocurrió aquello, también se había dejado crecer una barba corta.

Esperó un momento. ¿Debería decírselo? La idea le rondaba la cabeza casi siempre; tenía las palabras en la punta de la lengua. Pero las que ella conocía eran inútiles, si puede afirmarse eso de una palabra. En cualquier caso, sabía que no le iban a servir para forzar lo que tenía que ocurrir. De lo contrario, lo arroparía con palabras, lo revestiría con ellas.

—Ven a casa cuando puedas —prefirió decir con voz alegre.

Él le dio un beso.

—Sí, no te preocupes. Dentro de unos días, una semana como mucho. Llámame cuando llegues.

—*D'accord.*

Y se subió al coche.

—*Je t'aime* —dijo él, y metió la mano enguantada por la ventanilla para tocarle el hombro.

«¡Ve con cuidado! —gritaba ella en silencio—, mantente a salvo. Ven a casa conmigo. Ten cuidado, ten cuidado, ten cuidado.»

Sin quitarse el guante, Reine-Marie posó la suya sobre la de él.

—*Je t'aime.*

Y al partir hacia Montreal lo vio por el retrovisor, plantado en mitad de la calle, al amanecer, con *Henri* a su lado, como de costumbre. Los dos la siguieron con la mirada hasta que desapareció.

El inspector jefe permaneció allí incluso después de que el coche doblase la esquina. Al final cogió una pala y, poco a poco, fue retirando la nieve esponjosa que se había acumulado en los escalones de la entrada durante la noche. Paró a descansar un momento y, con los brazos cruzados sobre el mango de la pala, contempló maravillado la belleza de la nieve fresca acariciada por los primeros rayos de sol. Más que blanca, parecía de color azul pálido y, aquí y allá, donde se acumulaban los copos arremolinados por el viento, refulgía como diminutos prismas que atrapaban la luz, la reinventaban y la devolvían. Como un organismo vivo y eufórico.

La vida en la vieja ciudad amurallada era amable y a la vez dinámica, antigua pero excitante.

El inspector jefe cogió un puñado de nieve y la aplastó para formar una bola. *Henri* se levantó al instante y empezó a mover la cola con tal entusiasmo que meneaba hasta los cuartos traseros. Sin apartar la vista de la esfera.

Gamache la lanzó al aire, el perro dio un brinco, cerró las fauces a su alrededor y masticó. Mientras aterrizaba, *Henri* se sorprendió una vez más de que aquella cosa que parecía tan sólida hubiese desaparecido.

Se había desvanecido en un abrir y cerrar de ojos.

Pero la próxima vez sería distinto.

Gamache se echó a reír. Tal vez tuviese razón.

Justo entonces, *Émile* salió por la puerta envuelto en un inmenso abrigo para protegerse del penetrante frío de febrero.

—¿Listo?

El anciano se encasquetó un gorro de lana y se lo caló hasta las cejas para que le tapase las orejas y la frente; después se puso un par de manoplas gruesas como guantes de boxeo.

—¿Para qué? ¿Para soportar un asedio?

—Para ir a desayunar, *mon vieux*. Venga, a ver si llegamos antes de que alguien se lleve el último *croissant*.

Sabía cómo motivar a su antiguo subordinado. *Émile* enfiló la calle nevada casi sin esperar a que Gamache dejara la pala en su sitio. A su alrededor, los residentes de la ciudad de Quebec iban despertándose. Salían a la joven luz de la mañana para apartar la nieve o rascar el hielo de los coches, para ir a la *boulangerie* a buscar el pan y a tomar el café de la mañana.

Los dos bajaron por la rue St-Jean con *Henri* y pasaron por delante de los restaurantes y las tiendas para turistas hasta llegar a una calleja llamada rue Couillard, donde estaba Chez Temporel.

Hacía quince años que iban allí, desde que el superintendente *Émile* Comeau se había mudado a la vieja Quebec después de jubilarse. Gamache iba a visitarlo, a pasar tiempo con su mentor, y a ayudarlo con las tareas que iban acumulándose: retirar la nieve, apilar leña para la chimenea, sellar

las ventanas para que no entrase la corriente. Sin embargo, aquella visita era distinta. No tenía nada que ver con las otras ocasiones en que el inspector jefe Gamache había acudido a Quebec.

Porque esa vez era él quien necesitaba ayuda.

—Bueno... —Émile se reclinó en la silla con el tazón de *café au lait* entre sus esbeltas manos—. ¿Cómo va tu investigación?

—Aún no he encontrado ninguna mención de que el capitán Cook se encontrase con Bougainville antes de la batalla de Quebec, pero fue hace doscientos cincuenta años. La documentación está repartida por todas partes y mal conservada. Aun así sé que allí hay algo —dijo Gamache—. Es una biblioteca asombrosa. Hay tomos de hace cientos de años.

Comeau miraba a su compañero mientras éste le hablaba de su exploración del fondo arcano de una pequeña biblioteca y de los detalles y chismes que estaba sacando a la luz sobre una batalla que se había librado y perdido hacía mucho tiempo. Perdido, al menos, desde su punto de vista. ¿Estaba viendo por fin un brillo nuevo en aquel par de ojos que tanto quería? Aquellos ojos en los que tan a menudo había buscado complicidad en los escenarios de los crímenes más horrendos, cuando iban a la caza de asesinos. Cuando cruzaban a toda prisa bosques, pueblos y campos siguiendo pistas, pruebas y sospechas. «Hacia la titánica penumbra del abismo de los miedos», Émile recordó la cita al pensar en aquellos tiempos. Sí, aquello lo describía con exactitud: «abismo de los miedos». Tanto suyos como de los asesinos. Gamache y él se habían sentado a la mesa en distintos lugares de toda la provincia, igual que ahora.

Sin embargo, había llegado el momento de descansar de tanto asesinato. No más muertes ni matanzas. Armand había visto demasiadas en los últimos tiempos y ahora le convenía más sumergirse en la historia, en vidas que habían transcurrido hacía mucho. Ejercicio intelectual, ni más ni menos.

Henri, tumbado a su lado, se sobresaltó y Gamache bajó la mano por instinto para acariciarle la cabeza y tranquilizarlo. Y de nuevo Émile notó el ligero temblor. En aquel momento apenas era perceptible, pero otras veces era más fuerte. Y otras desaparecía por completo. Se trataba de una señal reveladora, y Émile ya conocía la terrible historia que escondía.

Le habría gustado cogerle la mano, inmovilizársela y decirle que todo saldría bien, porque de eso estaba seguro.

Con el tiempo.

Al observar a Armand Gamache, volvió a fijarse en la cicatriz recortada que tenía en la sien izquierda y en la barba que se había dejado crecer. Para que no se quedasen mirándolo fijamente. Para que nadie reconociese al agente de policía más reconocible de Quebec.

Pero, por supuesto, eso no importaba, porque Armand Gamache no se escondía de ellos. No se escondía de la gente.

La camarera de Chez Temporel llegó con más café.

—*Merci*, Danielle —dijeron ambos.

Ella se marchó sonriendo a los dos hombres que, pese a su apariencia diferente, le resultaban muy similares.

Tomaron café y comieron *pain au chocolat* y *croissants aux amandes*, y hablaron sobre el carnaval de Quebec, que empezaba aquella misma noche. De vez en cuando se quedaban callados, viendo pasar por la gélida calle a los hombres y las mujeres que se apresuraban de camino al trabajo. Alguien había tallado un trébol en una pequeña hendidura del centro de la mesa y Émile lo frotó con el dedo.

Mientras tanto, se preguntaba cuándo querría hablar Armand sobre lo que había sucedido.

Eran las diez y media y la reunión mensual de la junta de la Sociedad Literaria e Histórica estaba a punto de comenzar. Durante muchos años, ésta se había celebrado por la tarde, con la biblioteca ya cerrada, pero cada vez asistían menos miembros de la junta.

El presidente, Porter Wilson, había cambiado la hora. Al menos creía haberlo hecho. O, como mínimo, eso decía el acta de la reunión: que él lo había sometido a moción, aunque tuviera el vago recuerdo inconfesado de haber abogado en contra.

Y allí estaban, reunidos por la mañana, como hacían en los últimos años. Los demás miembros de la junta se habían amoldado al cambio, igual que Porter. No le había quedado más remedio, puesto que al parecer la idea la había tenido él.

Que hubieran conseguido adaptarse era un milagro. La última vez que les habían pedido que cambiaran algo, había sido el cuero desgastado de los sillones de la sociedad, y de eso hacía ya sesenta y tres años. Los socios aún recordaban a sus padres, madres y abuelos apostados a lado y lado de la línea Mason-Dixon de la tapicería. Los comentarios mordaces a puerta cerrada, hechos a la espalda, pero delante de los niños. Sesenta y tres años después, ¿quién podía olvidar esa muda artera del cuero negro viejo al nuevo cuero negro?

Al retirar su silla para presidir la mesa, Porter vio que parecía envejecida. Se sentó sin perder un instante para que nadie, y mucho menos él, notase el desgaste.

Delante de su asiento y del de todos los demás había una línea marcial hecha de montoncitos de documentos que cruzaba la mesa de madera. Obra de Elizabeth MacWhirter. Porter examinó a su compañera: sencilla, alta y delgada. Al menos había sido así cuando el mundo era joven. Ahora parecía liofilizada, como esos antiguos cadáveres que sacaban de los glaciares. Todavía reconocibles como humanos, aunque ajados y de tez grisácea. Llevaba un vestido azul y funcional, de corte excelente y, sospechaba, muy buen tejido. No en vano se trataba de una MacWhirter. Una familia venerable y acaudalada. No muy dada a exhibir fortuna, y tampoco inteligencia. Uno de sus hermanos había vendido el imperio naviero con diez años de retraso. Pero aún quedaba algo de dinero. Porter pensó que era algo aburrida pero responsable. No era una líder ni una visionaria. Ni la clase de persona que podía mantener unida una comunidad en peligro. A diferencia de él. Y su padre antes que él, y su abuelo.

La reducida comunidad inglesa que vivía dentro de las murallas de la vieja Quebec peligraba desde hacía varias décadas. Era una especie de riesgo perpetuo que a veces empeoraba y otras mejoraba, pero que nunca llegaba a desaparecer del todo. Como los ingleses.

Porter Wilson no había luchado en ninguna guerra, pues primero había sido demasiado joven y después demasiado viejo. Guerras oficiales, claro, porque tanto él como los demás miembros de la junta se sabían inmersos en una batalla constante. Una que, en secreto, sospechaba que estaban perdiendo.

Junto a la puerta, Elizabeth MacWhirter iba saludando a los compañeros de la junta a medida que llegaban y se fijaban en Porter Wilson, que ya presidía la mesa y repasaba sus notas.

Elizabeth sabía que él había alcanzado muchos logros en la vida. El coro que había organizado, el teatro de aficionados, el ala para el hogar de ancianos; todos conseguidos a base de fuerza de voluntad y personalidad. Y todos menos de lo que podrían haber sido si hubiera pedido y aceptado el consejo de los demás.

Su poderío y personalidad tenían el don de crear e inutilizar a partes iguales. ¿Cuántas cosas más habría logrado de ser una persona más considerada? Era cierto que el dinamismo y la amabilidad no solían ir de la mano, pero cuando lo hacían eran imparables.

Y Porter no servía como ejemplo de ello. Culpa suya, sin duda. Y ahora, la única junta que lo

soportaba era la de la Sociedad Literaria e Histórica. Elizabeth lo conocía desde hacía setenta años, desde que lo veía comer solo cada día en la escuela y decidió hacerle compañía. Porter supuso que su intención era hacerle la pelota a un miembro del gran clan de los Wilson y la trató con desdén.

No obstante, ella siguió haciéndole compañía. No porque le cayese bien, sino porque ya entonces era consciente de algo que él tardó décadas en descubrir: los ingleses de la ciudad de Quebec ya no eran los titanes, los buques de vapor, los elegantes transatlánticos de la sociedad y la economía.

Eran un bote salvavidas. Iban a la deriva. Y dentro de un bote no se le declara la guerra a nadie.

Elizabeth MacWhirter se había dado cuenta de eso y siempre que Porter Wilson estaba a punto de hacer que la embarcación se fuera a pique, ella los salvaba.

Lo miró y vio un hombre menudo y lleno de energía que llevaba peluquín. Tenía la parte de la cabellera que no era de importación teñida de un negro tal que los sillones lo envidiarían. Los ojos, marrones, miraban de un lado a otro con nerviosismo.

El primero en llegar fue el señor Blake. Era el miembro de la junta de mayor edad y prácticamente vivía en la sociedad. Al quitarse el abrigo, dejó ver su uniforme habitual: traje de franela gris, camisa blanca recién lavada y planchada, y corbata de seda azul. Siempre vestido de forma impecable. Un caballero que hacía que Elizabeth se sintiera joven y hermosa. Había estado enamorada de él cuando era una adolescente torpe y él un gallardo joven de veinte años.

El señor Blake era atractivo entonces y seguía siéndolo sesenta años después, aunque tuviera menos pelo y más blanco, y su cuerpo atlético se hubiese redondeado y reblandecido. No obstante, tenía una mirada astuta y alegre, y el corazón, grande y fuerte.

—Elizabeth.

El señor Blake sonrió, le cogió la mano y se la sostuvo un instante entre las suyas. No demasiado tiempo ni con demasiada confianza. Lo suficiente como para que ella notara el contacto.

El hombre se sentó en una silla. Una, pensó Elizabeth, que debería ser sustituida. Aunque, a decir verdad, el señor Blake también. Todos ellos.

¿Qué pasaría cuando todos desaparecieran y lo único que quedase de la junta de la Sociedad Literaria e Histórica fuese un montón de raídos asientos vacíos?

—Bueno, será mejor que nos demos prisa. Tenemos entreno dentro de una hora.

Acababa de llegar Tom Hancock, seguido de Ken Haslam. Esos días rara vez se los veía separados, pues, por extraño que pareciese, eran compañeros de equipo en la ridícula regata que iba a celebrarse.

Tom era el triunfo de Elizabeth. Su esperanza. Y no sólo porque fuese el pastor de la vecina iglesia presbiteriana de San Andrés.

Era joven y nuevo en la comunidad, pues se había mudado a la ciudad de Quebec tres años antes. Tenía treinta y tres, la mitad que el siguiente miembro más joven de la junta. Todavía no era escéptico ni estaba cansado de la vida. Seguía convencido de que su iglesia iba a conseguir nuevos parroquianos, de que la comunidad inglesa empezaría de pronto a producir bebés con el deseo de quedarse en la ciudad. Cuando el gobierno quebequés prometía igualdad laboral para los angloparlantes, él lo creía. Sanidad en su idioma. Educación. Y hogares para la tercera edad en los que, cuando se hubiera perdido toda esperanza, los mayores pudieran morir escuchando a sus cuidadores hablar su lengua materna.

Había conseguido hacer creer a la junta que tal vez no estuviera todo perdido. Que quizá aquello no fuese en realidad una guerra. Que no era una espantosa continuación de la batalla de las Llanuras de Abraham, en la que los ingleses esta vez perdían. Elizabeth alzó la mirada hacia la talla del general James Wolfe, curiosamente pequeña. El héroe mártir de aquella batalla de hacía doscientos cincuenta

años dominaba la biblioteca de la Sociedad Literaria e Histórica como una acusación de madera. Estaba allí para ser testigo de sus nimias trifulcas y para recordarles a perpetuidad la gran batalla que él había librado por ellos. Le costó la vida, pero no antes de triunfar en aquel campo bañado de sangre. Con su victoria terminó la guerra y consiguió Quebec para los ingleses. Sobre el papel.

Y ahora, en su rincón de la agradable y vieja biblioteca, el general Wolfe los miraba desde las alturas. Elizabeth sospechaba que no sólo físicas, sino morales.

—Cuéntame, Ken —dijo Tom al sentarse junto a su anciano compañero—, ¿estás en forma? ¿Listo para la carrera?

Elizabeth no oyó la respuesta de Ken Haslam, pero tampoco contaba con ello. Los labios de Ken se movían, formaban palabras, pero éstas nunca se oían.

Todos callaron, por si aquél era el día en que Ken pronunciaba una palabra más alta que un susurro. Pero se equivocaron. Aun así, Tom Hancock siguió hablándole, como si realmente estuvieran manteniendo una conversación.

También por eso Elizabeth le tenía estima: por no dejarse llevar por la idea de que como a Ken no se lo oía, era idiota. Ella sabía que era cualquier cosa menos eso, y, a sus sesenta y pico años, le iba mejor que al resto, pues había montado su propio negocio. Y con esa meta ya cumplida, Ken Haslam había hecho otra cosa extraordinaria.

Se había apuntado a la traidora regata de canoas en el hielo. En el equipo de Tom Hancock. El miembro más longevo de su cuadrilla y de cualquier otra. Debía de ser el regatista más viejo de la historia.

Contemplando a Ken, tranquilo y callado, y a Tom, joven, vital y apuesto, Elizabeth pensó que tal vez en realidad se entendiesen bastante bien. Quizá ambos se callasen algunas cosas.

No era la primera vez que la mujer se paraba a pensar en Tom Hancock. En por qué había elegido ser pastor de aquella parroquia y quedarse dentro de las murallas de la vieja Quebec. Sabía que escoger vivir dentro de una fortaleza requería una personalidad determinada.

—Bueno, empecemos —dijo Porter, y se sentó con la espalda aún más erguida.

—Todavía no ha llegado Winnie —apuntó Elizabeth.

—No podemos esperar.

—¿Por qué no?

Tom lo había dicho en tono relajado. Aun así, Porter lo interpretó como un desafío.

—Porque son las diez y media pasadas y tú eres el que tenía prisa —repuso Porter, contento de haberse apuntado un tanto.

Una vez más, pensó Elizabeth, Porter miraba a un amigo y veía un enemigo.

—Tienes toda la razón. Pero no me importa esperar.

Tom sonrió, sin ganas de iniciar una discusión.

—A mí sí. ¿Primer punto del orden del día?

Estuvieron un rato debatiendo la compra de libros nuevos, hasta que llegó Winnie. Era una mujer pequeña y vital; y su lealtad, férrea. A la comunidad inglesa, a la sociedad y, sobre todo, a su amiga.

Entró a buen paso, lanzó una mirada fulminante a Porter y se sentó al lado de Elizabeth.

—Veo que habéis empezado sin mí —le dijo a él—. Ya te había avisado de que llegaría tarde.

—Cierto, pero eso no quiere decir que tuviéramos que esperarte. Estamos hablando sobre comprar libros nuevos.

—Y no te ha parecido que fuera buena idea comentarlo con la bibliotecaria, ¿verdad?

—Bueno, ya estás aquí.

Los demás miembros de la junta los miraban como si estuvieran en Wimbledon, aunque con

bastante menos interés. Estaba claro quién tenía las pelotas y quién iba a ganar.

Cincuenta minutos más tarde, habían llegado casi al final del orden del día. Sólo quedaba una galleta de avena y, aunque todos la miraban, eran demasiado educados para cogerla. Habían hablado de las facturas de la calefacción, de la campaña para captar nuevos socios, de los tomos hechos trizas que les habían dejado en herencia en lugar de dinero. En general, eran libros de sermones, de espeluznante poesía victoriana, o monótonos diarios de un viaje al Amazonas o al corazón de África para abatir y disecar a alguna que otra pobre criatura salvaje.

Debatieron una posible venta de libros, pero después de la última debacle, la discusión duró muy poco.

Elizabeth tomaba notas para el acta y tenía que esforzarse por no hacer *playback* con la intervención de cada miembro. Era una liturgia. Conocida y con un extraño efecto balsámico. Las mismas frases repetidas una y otra vez, una reunión tras otra. Por los siglos de los siglos, amén.

De pronto, un sonido interrumpió el reconfortante ritual. Uno tan excepcional y sorprendente que Porter estuvo a punto de salir disparado de su asiento.

—¿Qué ha sido eso? —susurró Ken Haslam.

Para él, aquello era casi un grito.

—El timbre, creo —dijo Winnie.

—¿El timbre? —se extrañó Porter—. No sabía que tuviéramos timbre.

—Lo instalaron en 1897, cuando el vicegobernador vino de visita y no consiguió entrar —explicó el señor Blake como si él mismo hubiera presenciado la escena—. Nunca lo había oído.

Sin embargo, lo volvió a oír: un timbrazo largo y estridente. Elizabeth había cerrado la puerta de la Sociedad Literaria e Histórica una vez llegaron todos. Recibían tan pocas visitas que era más por costumbre que por necesidad. También había colgado un cartel en la gruesa puerta de madera:

«REUNIÓN DE LA JUNTA. LA BIBLIOTECA ABRIRÁ A MEDIODÍA. GRACIAS. *MERCI.*»

El timbre sonó de nuevo. A alguien se le había pegado el dedo al botón.

Se miraron entre sí.

—Ya voy yo —se ofreció Elizabeth.

Porter se quedó estudiando la pila de documentos, «la mejor parte del valor».

—No. —Winnie se levantó—. Voy yo. Quedaos aquí.

Miraron a la bibliotecaria desaparecer por el pasillo y oyeron sus pasos en los peldaños de madera. Después, silencio. Un minuto más tarde, de nuevo los pasos en los escalones.

Escucharon mientras iban acercándose. Winnie volvió, pero se detuvo en la puerta, con el rostro pálido y serio.

—Hay alguien fuera. Quiere hablar con la junta.

—Bueno, ¡dinos quién es! —exigió Porter.

Ahora que la anciana había acudido a la puerta, se acordó de que el líder era él.

—Augustin Renaud —anunció Winnie, y vio la expresión de sus caras.

Si hubiera dicho que era Drácula no se habrían alarmado tanto. Aunque siendo ingleses, lo demostraran sólo enarcando las cejas.

No había una en toda la sala que no estuviera levantada, y si el general Wolfe hubiese podido copiarles el gesto, también lo habría hecho.

—Le he dicho que espere fuera—apuntó la mujer en mitad de aquel silencio.

Y como para enfatizarlo, el irritante timbre sonó de nuevo.

—¿Qué hacemos? —preguntó Winnie, pero en lugar de dirigirse a Porter miró a Elizabeth.

Todos hicieron lo mismo.

—Hay que someterlo a votación —contestó ella al fin—. ¿Lo recibimos?

—No está en el orden del día —señaló el señor Blake.

—Es cierto —dijo Porter intentando arrebatárles el control. Pero incluso él se volvió hacia Elizabeth.

—¿Quién está a favor de permitir que Augustin Renaud hable con la junta? —preguntó ella.

Nadie levantó la mano.

Elizabeth dejó el bolígrafo sin tomar nota del voto. Asintió brevemente y se levantó.

—Voy a decírselo.

—Voy contigo —se ofreció Winnie.

—No, querida, quédate aquí. Enseguida vuelvo.

Se detuvo al llegar a la puerta y miró a los miembros de la junta y al general Wolfe, que estaba en las alturas.

—Pero vamos, ¿qué puede pasar?

Sin embargo, todos se imaginaban la respuesta. Cuando Augustine Renaud llamaba a la puerta, nunca sucedía nada bueno.

DOS

Armand Gamache se acomodó en el sofá de cuero gastado, debajo de la estatua del general Wolfe. Saludó al anciano que estaba sentado delante de él y sacó las cartas de la cartera. Después de un paseo por la ciudad con Émile y con *Henri*, había regresado a casa para coger el correo y sus notas, lo había metido todo en la cartera y había enfilado la cuesta con el pastor alemán.

Hasta la silenciosa biblioteca de la Sociedad Literaria e Histórica.

Miró el abultado sobre marrón que tenía a su lado, en el sofá. La correspondencia diaria de su oficina de Montreal, que le enviaban a casa de Émile. La agente Isabelle Lacoste le había clasificado el correo y se lo había mandado con una nota.

Cher Patron:

El otro día fue agradable hablar con usted. Qué envidia me da eso de pasar unas semanas en Quebec. Siempre le digo a mi marido que deberíamos llevar a los niños al carnaval y él dice que aún son demasiado pequeños. Supongo que no le falta razón, pero a mí me gustaría ir igualmente.

El interrogatorio del sospechoso (me cuesta mucho llamarlo así cuando no hay sospechas, sólo certezas) continúa. No me han contado lo que ha dicho, si es que ha confesado algo. Como ya sabe, se ha organizado una comisión real. ¿Ha declarado usted ya? Yo he recibido la citación hoy mismo. No estoy segura de qué contarles.

Gamache apartó la nota un instante. Ni que decir tiene que la agente Lacoste iba a contar la verdad y ella lo sabía. Su temperamento y su formación no le dejaban alternativa. Antes de partir, él había dado a todo su departamento la orden de cooperar.

Igual que había hecho él.

Siguió leyendo.

Nadie sabe adónde nos llevará este asunto ni cómo acabará. Pero hay recelos. El ambiente está muy tenso.

Le mantendré informado.

ISABELLE LACOSTE

La carta le pesaba demasiado y la dejó caer sobre el regazo. Miró al frente y vio a la agente Isabelle Lacoste en una serie de fogonazos. Las imágenes entraban y salían de su mente sin su permiso. Ella lo miraba de cerca, gritándole palabras que él no distinguía. Sintió sus manos pequeñas y fuertes a ambos lados de la cabeza, la vio inclinarse moviendo los labios, intentando comunicarle algo. Notó que le arrancaba el chaleco táctico del pecho. Vio sangre en las manos de la agente, la expresión de su rostro.

Un instante después volvió a verla.

En el funeral. Los funerales. Uniformada y formando con el resto de los compañeros de la famosa división de Homicidios de la Sûreté du Québec mientras él ocupaba su puesto a la cabeza del terrible cortejo. Un día de frío implacable. El entierro de los que murieron bajo su mando en la fábrica abandonada.

Cerró los ojos, respiró hondo y percibió la fragancia almizclada de la biblioteca. El paso de los años, estabilidad, calma y paz. El barniz de antaño, la madera, palabras encuadernadas en cuero envejecido. Notó su propio olor a agua de rosas y madera de sándalo.

Y entonces pensó en algo bueno, algo agradable, un puerto amigo. Ese anclaje era Reine-Marie, el recuerdo de su voz por el móvil unas horas antes. Alegre. En casa. A salvo. Su hija Anne iba a comer a casa con su marido y Reine-Marie tenía que hacer la compra, regar las plantas, revisar el correo.

La veía al teléfono, en el apartamento del Outremont, de pie junto a la estantería. La estancia llena de rayos de sol, libros, diarios y revistas, y muebles cómodos. Orden y tranquilidad.

La habitación transmitía calma, como Reine-Marie.

Y él sintió que el pulso acelerado se le estabilizaba y que la opresión del pecho desaparecía. Respiró hondo una vez más y abrió los ojos.

—¿Quiere agua para el perro?

—¿Disculpe?

Gamache volvió en sí y se fijó en el anciano de enfrente, que se acercaba a *Henri*.

—Yo solía traer a *Seamus*. Se tumbaba a mis pies mientras yo leía. Era igualito que su perro. ¿Cómo se llama?

—*Henri*.

Al oír su nombre, el joven pastor alemán se irguió, alerta. Las enormes orejas rotaron a lado y lado como antenas parabólicas en busca de una señal.

—Se lo ruego, monsieur, no diga P-E-L-O-T-A o estamos perdidos —dijo Gamache sonriendo.

El hombre se echó a reír.

—*Seamus* se ponía como loco cuando yo decía L-I-

B-R-O. Sabía que era porque íbamos a venir aquí. Creo que le gustaba incluso más que a mí.

Gamache llevaba casi una semana acudiendo a diario a la biblioteca y, salvo el intercambio susurrado de preguntas y respuestas con la anciana bibliotecaria a propósito de los oscuros tomos que buscaba sobre la batalla de las Llanuras de Abraham, no había hablado con nadie más.

No hablar, no dar explicaciones, sentir que no debía hacerlo mientras no se las pidiesen era un alivio. Muy pronto llegaría el momento. Pero por ahora, en aquella biblioteca poco frecuentada, había conseguido la paz que buscaba.

A pesar de que hacía años que visitaba a su mentor y se había convencido de que conocía a fondo la vieja Quebec, nunca había entrado en aquel edificio. Ni siquiera lo había visto, entre tantas casas bonitas, iglesias, conventos, escuelas, hoteles y restaurantes.

Sin embargo, al final de la rue St-Stanislas, donde Émile tenía su antigua casa de piedra, en aquella biblioteca inglesa, entre los libros, Gamache había hallado refugio. ¿Dónde si no?

—¿Le traigo agua? —insistió el anciano.

Parecía tener ganas de ayudar y, aunque Gamache no creía que *Henri* necesitase nada, le dijo que sí, por favor. Salieron juntos de la biblioteca y recorrieron un pasillo de madera donde había retratos de los antiguos presidentes de la sociedad. La institución parecía estar empapada de su propia historia.

Transmitía una sensación de tranquilidad y certeza. Aunque en realidad gran parte de la vieja Quebec, dentro de la gruesa muralla, era así. La única ciudad fortificada de América del Norte, protegida de los ataques.

Los muros se había convertido en algo más simbólico que útil, pero Gamache sabía que los símbolos tenían la potencia de una bomba, o tal vez más. Mientras los hombres y las mujeres perecían y las ciudades caían conquistadas, los símbolos permanecían, prosperaban.

Los símbolos eran inmortales.

El desconocido vertió agua en un bol y Gamache lo llevó hasta la biblioteca y lo colocó sobre una toalla para no mojar los amplios y oscuros tablones de madera del suelo. *Henri*, naturalmente, no le prestó atención.

Los dos hombres se volvieron a sentar en sus respectivos asientos. Gamache se dio cuenta de que el anciano estaba leyendo un grueso libro de referencia sobre horticultura y él se centró de nuevo en la correspondencia. Una selección de cartas que Isabelle Lacoste había pensado que le gustaría leer. La mayoría eran de compañeros de profesión de todo el mundo, que enviaban mensajes de apoyo; otras eran de ciudadanos que también querían hacerle saber cómo se sentían. Las leía todas y respondía, agradecido de que la agente Lacoste le enviase tan sólo una muestra de las que recibía.

La última que leyó era una carta que él ya sabía que estaría en el montón. Una que nunca faltaba. Ni un solo día. Escrita con una letra que ya le resultaba familiar; urgente, casi ilegible. Pero Gamache se había habituado a ella y sabía descifrar los garabatos.

Cher Armand:

Con esta carta te envío mis deseos de que te sientas mejor y también mis plegarias. A menudo hablamos de ti y esperamos que nos visites. Ruth dice que traigas a Reine-Marie, porque tú le caes mal. De todos modos, me ha pedido que te diga hola y que te jodan.

Gamache sonrió. Ése era uno de los comentarios más amables que Ruth Zardo le hacía a la gente. Era casi una expresión de cariño. Casi.

En cambio, yo tengo una pregunta para ti: ¿por qué movería Olivier el cadáver? No tiene sentido. Quiero que sepas que no fue él.

Con afecto,

GABRI

Como siempre, Gabri había metido una pipa de regaliz en el sobre. Gamache la sacó sin saber qué hacer con ella y al final se la ofreció al hombre que tenía delante.

—¿Regaliz?

El anciano levantó la vista y se fijó en lo que el inspector le ofrecía.

—¿Está invitando a dulces a un extraño? No querrá que llame a la policía...

Gamache se puso tenso. ¿Lo había reconocido? ¿Era un mensaje velado? Aun así, la mirada azul celeste del señor era franca, y estaba sonriendo. El viejo tomó la pipa, la partió y le devolvió a su compañero la porción más generosa: la de las ascuas de azúcar. La mejor y más grande.

—*Merci, vous êtes très gentil* —«Gracias, es usted muy amable», dijo.

—*C'est moi qui vous remercie* —«Soy yo quien le da las gracias», respondió Gamache.

Era una formalidad muy habitual entre personas corteses, y no por eso menos sincera. El hombre había hablado en un perfecto francés, culto y educado. Con un ligero acento, tal vez, pero Gamache era consciente de que podía deberse a sus propias ideas preconcebidas, pues sabía que el anciano era inglés mientras él era francófono.

Degustaron la golosina al tiempo que leían. *Henri* se echó a dormir y a las tres y media Winnie, la bibliotecaria, encendió las lámparas. El sol ya se ponía sobre las murallas de la ciudad y en la vieja biblioteca del casco antiguo.

Gamache pensó en las muñecas rusas. La cara más pública era América del Norte, y acurrucada en su interior estaba Canadá, y dentro de Canadá, Quebec. ¿Y qué había dentro de Quebec? Una presencia aún más discreta: la pequeña comunidad inglesa. ¿Y en su interior?

Aquel lugar. La Sociedad Literaria e Histórica. La institución que los representaba a todos y contenía su documentación, sus pensamientos, sus recuerdos e historia. Gamache no necesitaba mirar la estatua que tenía encima para saber quién era. En aquel lugar estaban sus líderes, su idioma, su cultura y sus logros. Todos ellos olvidados o desconocidos por la mayoría francófona que había más allá de sus muros, pero allí dentro se mantenían con vida.

Era un sitio extraordinario, cuya existencia conocían apenas unos cuantos francófonos. Cuando le habló a Émile de la biblioteca, su viejo amigo pensó que bromeaba, que se lo inventaba, a pesar de que el edificio estaba a tan sólo dos manzanas de su casa.

—Sí, era como una matrioska. Cada pieza anidaba en la siguiente como una joya. Pero ¿se protegía o se escondía?

Gamache observó a Winnie recorrer la biblioteca entre las estanterías que iban del suelo hasta el techo, las alfombras indias esparcidas por el suelo de madera noble, la mesa larga de madera y, junto a ella, los asientos: dos sillones de cuero y el sofá en el que él estaba sentado. Tenía la correspondencia y los libros en la mesita de delante. Las ventanas arqueadas abrían huecos entre las librerías e inundaban la sala de luz, cuando había luz que atrapar. Sin embargo, lo más sorprendente del lugar era la galería que rodeaba la sala. Una escalera de caracol de hierro forjado conducía a los usuarios al segundo piso de las estanterías, que llegaban hasta el techo de yeso.

La sala rebosaba libros y más libros. Luz. Paz.

Le resultaba difícil creer que no hubiese conocido antes su existencia, pero había topado con ella por casualidad, un día que estaba paseando para sacarse ciertas imágenes de la cabeza. Más que las brevísimas estampas que aparecían sin previo aviso, los sonidos. Los disparos, el estallido de la madera y de las paredes por el impacto de las balas. Los gritos y después los alaridos.

—Pero por encima de todo aquello, en su cabeza sonaba una voz joven, queda, confiada.

—Le creo, señor.

Armand y *Henri* salieron de la biblioteca e hicieron la ronda por diferentes tiendas para comprar una selección de quesos de leche cruda, paté y cordero en J. A. Moisan; fruta y verdura en el comercio de enfrente y una crujiente *baguette* recién hecha en la panadería Paillard de la rue St-Jean. Llegó a casa antes que Émile y echó un leño al fuego para calentar la casa, que se había enfriado. La habían construido en 1752 y, aunque los muros de piedra de un metro de espesor eran capaces de repeler balas de cañón, no la defendían del viento invernal.

La casa se calentó mientras Armand hacía la cena y cuando Émile llegó, el ambiente era cálido y olía a romero, ajo y cordero.

—*Salut* —dijo su amigo desde la puerta. Un momento después, apareció en la cocina con una botella de vino tinto y cogió el sacacorchos—. Huele de maravilla.

Gamache llevó al salón una bandeja de aperitivo con el pan, los quesos y el paté, y mientras Émile lo seguía con el vino, la dejó sobre la mesa, delante del fuego.

—*Santé*.

Se sentaron de cara a la chimenea y brindaron. Comieron algo y hablaron sobre lo que habían hecho durante el día: Émile describió el almuerzo con unos amigos en el bar de Château Frontenac y la información que estaba recopilando para la Société Champlain. Gamache, las horas en silencio en la biblioteca.

—¿Has encontrado lo que estabas buscando?

Émile tomó un bocado de paté de jabalí. Armand dijo que no con la cabeza.

—Está ahí, en alguna parte. Si no, no tiene sentido. Sabemos que en 1759 las tropas francesas

estaban a menos de un kilómetro de allí, esperando a los ingleses.

Todos los niños de Quebec aprendían en la escuela los detalles de esa batalla, soñaban con ella, la recreaban con mosquetes de madera y con caballos imaginarios. El atroz enfrentamiento que decidió el destino de la ciudad, del territorio, del país y del continente. La batalla de Quebec, que a efectos prácticos puso fin a la guerra de los Siete Años en 1759. Era paradójico que tras tanto tiempo de lucha entre franceses e ingleses por el control de Nueva Francia, la batalla final fuera tan corta. Breve pero brutal.

Mientras Gamache hablaba, ambos imaginaban la escena: un frío día de septiembre, el ejército del general Montcalm, una mezcla de tropas francesas de élite y de quebequeses, más acostumbrados a la guerrilla que a las tácticas militares. Los franceses estaban desesperados por poner fin al asedio de Quebec, los habitantes condenados a un hambre feroz y cruel. Más de quince mil balas de cañón habían bombardeado la pequeña comunidad y en aquel momento, con el invierno pisándoles los talones, el sitio tenía que acabar o morirían todos. Hombres, mujeres, niños. Enfermeras, monjas, carpinteros, maestros. Todos perecerían.

El general Montcalm y su ejército iban a enfrentarse a las todopoderosas fuerzas inglesas en una espléndida batalla. A todo o nada.

Montcalm era un valiente soldado con mucha experiencia, un comandante de primera línea que lideraba con el ejemplo. Un héroe para sus hombres.

¿Y contra quién luchaba? Contra un soldado tan brillante y valeroso como él: el general Wolfe.

Quebec había sido construida sobre un promontorio donde el río se estrecha. Éste ofrecía una enorme ventaja estratégica y no había enemigo que pudiera atacar directamente. No sin escalar un despeñadero imposible.

Sin embargo, sí se podía llegar desde río arriba, y allí fue donde esperó Montcalm. Aun así, había otra posibilidad: una zona un poco más alejada, adonde el astuto comandante había enviado a uno de sus mejores hombres. A su propio edecán, el coronel Bougainville.

Y a mediados de septiembre de 1759, éste esperó allí.

Aunque lo cierto era que Montcalm había cometido un error. Una terrible equivocación. De hecho había cometido varias, tal como Armand Gamache, un estudioso de la historia quebequesa, estaba decidido a demostrar.

—Es una teoría fascinante, Armand —afirmó Émile—. ¿De verdad crees que ahí está la clave? ¿En una biblioteca inglesa?

—¿Dónde más podría estar?

Émile Comeau dijo que sí con la cabeza. Lo aliviaba ver a su amigo tan interesado en algo. Cuando llegó con Reine-Marie, una semana antes, el viejo mentor había tardado un día entero en acostumbrarse a los cambios que había sufrido Gamache. No sólo por la barba y las cicatrices, sino porque parecía cargar con algo, con el peso y la opresión de los recientes acontecimientos. Todavía pensaba en el pasado, pero al menos era el de otras personas, no el suyo.

—¿Has leído las cartas?

—Sí, y tengo que contestar alguna.

Cogió el paquete de la correspondencia y, tras vacilar un instante, se decidió y sacó un sobre.

—Me gustaría que le echases un vistazo a ésta.

Émile bebió un trago de vino, la leyó y se echó a reír. Luego le devolvió el papel.

—Está claro que esa tal Ruth está colada por ti.

—Si llevase coletas, me tirarías de ellas —dijo Gamache, y sonrió—. A lo mejor la conoces: «¿Quién te hizo / daño tan irreparable / que recibías las insinuaciones / enseñando los dientes?»

—¿Esa Ruth? ¿Ruth Zardo, la poetisa? —preguntó Émile.

Y acabó de recitar el asombroso poema que se enseñaba en todas las escuelas de la región de Quebec:

—«Mientras nosotros, que te conocíamos bien, / tus amigos (blanco de tu desprecio), / reconocíamos tu coraje frente al miedo, / tu ingenio y consideración, / y te recordaremos / casi con amor.»

Ambos se quedaron un momento en silencio, contemplando el fuego y su suave murmullo, perdidos en pensamientos de amor y de pérdida, de daños irreparables.

—Creía que había muerto —dijo Émile al final, y extendió un poco de paté sobre el pan crujiente.

Gamache se rió.

—Gabri se la presentó a Reine-Marie como si se la hubieran encontrado cuando excavaron los cimientos del hostel.

Émile cogió la carta de nuevo.

—¿Quién es Gabri? ¿Un amigo?

Gamache vaciló.

—Sí. Vive en el pueblecito del que te hablé, en Three Pines.

—Ah, vale, ya me acuerdo, has ido varias veces. Fuiste a investigar unos asesinatos. Una vez intenté buscarlo en el mapa. Me dijiste que estaba al sur de Montreal, cerca de la frontera con Vermont, ¿verdad?

—Así es.

—Bueno —continuó Émile—, pues ese día debía de estar ciego, porque no lo vi.

Gamache asintió con la cabeza.

—Parece que los cartógrafos se dejaron Three Pines.

—¿Y cómo lo encuentra la gente?

—No lo sé. A lo mejor se les aparece sin más.

—¿«Era ciego y ahora veo»? —citó Émile—. ¿Sólo lo puede ver un desdichado como tú?

Armand se echó a reír.

—El mejor *café au lait* y los mejores *croissants* de Quebec: soy un desdichado contento.

Se levantó y dejó una pila de cartas sobre la mesita.

—También quería enseñarte éstas.

Émile las leyó todas mientras él bebía vino, comía pan con queso y se relajaba en la sala, tan cómoda y conocida como la suya propia.

—Son todas del tal Gabri —dijo Émile al acabar, y dio un par de palmaditas sobre el montón que había dejado a un lado—. ¿Con qué frecuencia te escribe?

—Todos los días.

—¿Todos? ¿Está obsesionado contigo o qué? ¿No será una amenaza?

El anciano se inclinó hacia él con la mirada repentinamente atenta. No quedaba en ella rastro de las bromas anteriores.

—No, no, para nada. Somos amigos.

—«¿Por qué movería Olivier el cadáver?» —leyó Émile de una de las cartas—. «No tiene sentido. Quiero que sepas que no fue él.» Dice lo mismo en todas las cartas. —Cogió unas cuantas y las repasó—. ¿A qué se refiere?

—Es un caso que investigué el otoño pasado. Encontraron un cadáver en el *bistrot* de Olivier, en Three Pines. La víctima había recibido un golpe mortal en la nuca.

—¿Uno nada más?

Su mentor había entendido de inmediato la importancia de ese hecho. Un único golpe letal. Eso era inusual en extremo. Cuando a alguien le azotaban con algo, acostumbraba a ser repetidas veces, pues el asesino solía estar consumido por la rabia y propinaba un golpe tras otro a la víctima. Casi nunca veían casos de uno solo y lo bastante fuerte para matar. Significaba que la persona sentía tanta furia como para propinar un golpe terrible, pero también el control necesario para reprimirse. Una combinación aterradora.

—La víctima no llevaba identificación, pero al final encontramos una cabaña escondida en el bosque, donde vivía y donde lo habían asesinado. Émile, deberías haber visto todo lo que había allí dentro.

El anciano tenía una imaginación muy fértil, alimentada por décadas de truculentos descubrimientos, pero esperó a que Gamache le describiera la espantosa cabaña.

—Estaba hasta los topes de tesoros.

—¿Tesoros?

—Ya —convino Gamache con una sonrisa al ver la cara de Émile—, nosotros tampoco lo esperábamos. Era increíble: antigüedades y obras de artesanía. De valor incalculable.

Su mentor le prestaba toda su atención. Se sentó en el borde del sillón, con las finas manos entrelazadas, relajado pero alerta. Nunca había dejado de ser un cazador de asesinos y olía el rastro de la sangre. Todo lo que Gamache sabía sobre homicidios lo había aprendido de aquel hombre. Amén de otras cosas.

—Sigue.

—Había primeras ediciones firmadas, cerámica antigua, cristal de plomo de hacía miles de años. Hasta un panel de la Cámara de Ámbar y una vajilla que habían pertenecido a Catalina la Grande.

Y un violín. En un abrir y cerrar de ojos, Gamache estuvo de vuelta en la cabaña, contemplando al agente Paul Morin. El joven larguirucho y desgarbado cogió el valiosísimo instrumento, se lo colocó bajo la barbilla e inclinó la cabeza. De pronto su cuerpo cobró sentido, como si lo hubieran criado para tocar aquel violín. Inundó la rústica cabaña hecha de troncos con un lamento celta hermosísimo y evocador.

—¿Armand?

—Perdona. —Gamache regresó a la casa de piedra de Quebec—. Estaba acordándome de una cosa. Su mentor lo observó.

—¿Estás bien?

El inspector jefe dijo que sí con la cabeza y sonrió.

—Era una melodía.

—¿Y descubristeis al asesino del Ermitaño?

—Sí, lo hicimos. Las pruebas eran rotundas. Encontramos el arma homicida y una serie de cosas de la cabaña en el *bistrot*.

—¿El asesino era Olivier?

Émile levantó las cartas y Gamache asintió.

—A todos les costó creerlo, y a mí también me resultó difícil. Pero es la verdad.

Su amigo lo contempló. Lo conocía bien.

—¿Y ese Olivier te caía bien?

—Lo consideraba mi amigo. Aún lo es.

Gamache recordó estar sentado en el alegre restaurante, con las pruebas que inculpaban a su amigo en la mano. El espantoso momento en que se supo que Olivier era el culpable. Se había llevado los tesoros de la cabaña, pero no sólo eso: también le había arrebatado la vida al Ermitaño.

—¿Dices que encontraron el cadáver en el *bistrot*, pero que lo habían matado en su cabaña? ¿Es a eso a lo que se refiere Gabri? ¿A por qué iba a mover Olivier al muerto desde la casita hasta el *bistrot*?

El inspector jefe permaneció callado un rato y Émile le concedió el tiempo que necesitaba. Mientras tanto, bebió vino, pensó en sus cosas con la vista clavada en las suaves llamas y esperó.

Al final, Gamache lo miró.

—Es una buena pregunta. La de Gabri.

—¿Son pareja?

Armand asintió.

—En ese caso, no querrá creer que Olivier lo hizo. Eso es todo.

—Es cierto, no quiere admitirlo. Pero la pregunta no deja de ser pertinente. Si Olivier mató al Ermitaño en una cabaña apartada, ¿para qué lo llevó a un lugar donde iban a encontrarlo?

—A su propio *bistrot*, ni más ni menos.

—Bueno, es que no fue así. Ahí es donde se complica un poco la cosa. En realidad lo llevó a un hotel balneario cercano. Ha confesado que movió el cadáver para arruinarles el negocio. Le parecía una amenaza.

—Ahí tienes la respuesta.

—Ésa es la cuestión —contestó Gamache y se volvió hacia Émile—. Olivier dice que encontró al Ermitaño ya muerto y que decidió usar el cadáver para perjudicar a la competencia. Pero que si en realidad hubiera acabado con él, no lo habría sacado de la cabaña. Lo habría dejado allí, o lo habría abandonado en el bosque para que se lo comiesen los coyotes. ¿Qué sentido tiene asesinar a alguien y después hacer lo posible por que se topen con el muerto?

—Espera un momento —le pidió Émile mientras intentaba encajar todas las piezas—. Dices que el Ermitaño apareció en el *bistrot* de Olivier. ¿Cómo llegó allí?

—Ése fue el problema para Olivier: el dueño del balneario tuvo la misma idea que él. Cuando halló el cadáver, cargó con él hasta el *bistrot* para hundir el negocio de Olivier.

—Menudo vecindario. Por no hablar de la asociación de comerciantes.

Gamache le dio la razón con un ligero cabeceo.

—Tardamos un tiempo, pero al final encontramos la cabaña y todo lo que había dentro, así como las pruebas de que al Ermitaño lo habían matado allí. Los informes forenses corroboraron que sólo dos personas habían estado en ella: el Ermitaño y Olivier. Y después encontramos algunos objetos escondidos en el *bistrot*, además del arma homicida. Olivier admitió que los había robado.

—Qué necio.

—Qué avaricioso.

—¿Lo arrestaste tú?

Gamache asintió y se acordó del terrible día en que supo la verdad y no le quedó más remedio que actuar. Recordó la expresión de Olivier, pero ver el rostro de Gabri fue aún peor.

Y más tarde el juicio, las pruebas, las declaraciones.

La sentencia.

Gamache miró la pila de cartas que había sobre el sofá. Una al día desde la condena de Olivier. Todas cordiales y con la misma pregunta.

«¿Por qué movería Olivier el cadáver?»

—Cuando hablas de este hombre, lo llamas «el Ermitaño», pero ¿quién era?

—Un inmigrante checo que se llamaba Jakob. Eso es todo lo que sabemos.

Émile lo miró fijamente y asintió. No era habitual que la víctima permaneciese sin identificar, pero

tampoco era un disparate. Sobre todo tratándose de alguien que se esforzaba tanto en ocultar su identidad.

Se trasladaron al comedor, con sus paredes de piedra desnuda, la cocina americana y el aroma del cordero asado y las hortalizas al horno. Después de la cena se abrigaron, le pusieron la correa a *Henri* y salieron al frío penetrante de la noche. Haciendo crujir la nieve endurecida con sus pasos, se unieron al gentío que atravesaba las murallas por el enorme portal arqueado de camino a la place d'Youville y a la ceremonia de inauguración del carnaval de Quebec.

En medio de todo aquel jolgorio, mientras los violinistas aserraban con los arcos, los niños patinaban sobre hielo y los fuegos artificiales iluminaban el cielo por encima de la vieja ciudad, Émile se volvió hacia Gamache.

—Armand, ¿por qué movería Olivier el cadáver?

Ante las alegres explosiones, los fogonazos de luz, la muchedumbre que avanzaba entre gritos y empellones, Gamache hizo de tripas corazón.

Al otro lado de la fábrica abandonada vio a Jean-Guy Beauvoir caer herido. Vio a hombres armados dispararles desde arriba, cuando se suponía que el lugar estaba prácticamente desprotegido.

Había cometido un error. Un error abominable.

TRES

A la mañana siguiente, sábado, Gamache caminaba con *Henri* bajo los suaves copos de nieve, rue Ste-Ursule arriba, para desayunar en Le Petit Coin Latin. Mientras esperaba a que le sirvieran la *omelette*, leyó la prensa del fin de semana con un tazón de *café au lait* delante y observó a los juerguistas que iban a las *creperies* de la rue St-Jean. Le encantaba formar parte de las celebraciones y al mismo tiempo estar fuera de ellas, bien calentito en un *bistrot*, a tan sólo un paso de las calles principales y con *Henri* a su lado.

Cuando acabó con *Le Soleil* y *Le Devoir*, dobló los periódicos y, una vez más, sacó su correspondencia de Three Pines. Se imaginaba a Gabri —un hombre corpulento, elocuente, magnífico— sentado en el establecimiento que ahora regentaba, apoyado en la larga barra de madera pulida, escribiendo. Las chimeneas de piedra seca que había a ambos extremos de la sala con techo de vigas vistas estarían encendidas, crepitantes, llenando la sala de luz, calor y bienvenida.

Y aunque en privado Gabri censurase al inspector jefe, en sus cartas siempre mostraba amabilidad, preocupación.

Gamache acarició los sobres con un dedo y prácticamente sintió su cortesía. Pero también algo más: su convicción.

«No fue él», repetía Gabri en todas las cartas, como si la reiteración lo pudiera hacer realidad.

«¿Por qué movería Olivier el cadáver?»

Dejó de acariciar el papel y se quedó mirando por la ventana. Luego cogió el teléfono móvil e hizo una llamada.

Después de desayunar, subió la calle empinada y resbaladiza, giró a la izquierda y se dirigió hacia la Sociedad Literaria e Histórica. De vez en cuando se hacía a un lado y pisaba los bancos de nieve para dejar pasar a una familia. Los niños iban envueltos y abrigados hasta las cejas, momificados, protegidos del implacable frío invernal de Quebec, de camino hacia el palacio de hielo de Bonhomme o el tobogán de hielo o la *cabane à sucre*, donde hacían caramelos enfriando el sirope de arce caliente sobre la nieve. Las noches del carnaval eran para los universitarios, que se emborrachaban y festejaban, pero los días con tanta luz eran para los más pequeños.

Una vez más, Gamache se maravilló ante la belleza de la ciudad antigua y su laberinto de estrechas callejuelas, los edificios de piedra y los tejados de metal, cubiertos de espesas capas de nieve y hielo. Era como aterrizar en una ciudad ancestral europea. No obstante, Quebec era mucho más que una atractiva anacronía o un parque temático bonito: era un remanso de tranquilidad vivo y efervescente, una gentil población que había cambiado de manos muchas veces sin alterar su esencia. Los remolinos de nieve empezaron a caer con más fuerza, aunque apenas hacía viento. La ciudad, siempre hermosa, tenía un aspecto aún más mágico en invierno, con la nieve y las luces, las *calèches* tiradas por caballos y la gente que se resguardaba del frío con prendas de colores vistosos.

Al llegar al empinado final de la calle se detuvo a recuperar el resuello. Un gesto que con el paso de los días se iba haciendo menos necesario, a medida que recobraba la salud gracias a los largos paseos tranquilos con Reine-Marie, Émile o *Henri*. A veces incluso a solas.

Sin embargo, esos días nunca estaba solo. Aunque lo deseaba; ansiaba esa dichosa soledad.

«*Avec le temps*», como había dicho Émile. Con el tiempo. Tal vez tuviera razón. Si estaba recobrando la salud, ¿por qué no la cordura?

Siguió andando y al otro extremo de la calle percibió mucha actividad. Coches de policía. No le cabía duda de que se trataba de algún jaleo causado por universitarios resacosos, llegados a Quebec para descubrir el Caribou, la bebida oficial del carnaval de invierno: una mezcla casi letal de oporto con otras bebidas de alta graduación. Gamache carecía de medios para probarlo, pero estaba convencido de que el Caribou era el responsable de que tuviera una incipiente calvicie antes de los treinta.

Ya cerca de la Sociedad Literaria e Histórica, vio más coches de la policía de Quebec y la zona acordonada.

Se detuvo. *Henri* se paró también y se sentó a su lado, alerta y vigilante.

Aquella calle secundaria era más tranquila y menos transitada que las principales. A tan sólo veinte metros de donde estaba, veía la corriente de transeúntes, ajenos a lo que ocurría allí.

Había agentes apostados junto a los escalones que llevaban a la entrada de la vieja biblioteca y otros pululando cerca. Junto a la acera había una furgoneta de la compañía de teléfonos aparcada y acababa de llegar una ambulancia. Pero no llevaba las luces encendidas, no tenían prisa.

Aquello sólo podía significar una de dos cosas: o era una falsa alarma o no lo era, pero la prisa ya no servía de nada.

Gamache sabía de cuál de las dos se trataba. Algunos de los policías que estaban apoyados en la ambulancia se reían y se gastaban bromas, y desde el otro lado de la calle, al inspector jefe se le puso el vello de punta. Él no permitía ese comportamiento en el escenario de un crimen. En la vida había momentos para las carcajadas, pero no tras una muerte reciente y violenta. Y sabía que había muerto alguien. No sólo por instinto, sino a juzgar por lo que estaba viendo: la cantidad de agentes, la ausencia de prisa, la ambulancia.

Y además era una muerte violenta. Se lo indicaba el cordón.

—No se pare aquí, monsieur —le advirtió uno de los agentes, joven y serio, acercándose a él—. No hace falta quedarse mirando.

—Quería entrar en la biblioteca —respondió Gamache—. ¿Sabe qué ha pasado?

El agente dio media vuelta y se marchó. En lugar de molestarse, el inspector jefe observó a los policías, que hablaban entre ellos dentro del cordón, mientras *Henri* y él permanecían fuera.

Un hombre bajó los escalones, le dijo unas palabras a uno de los agentes de servicio y se dirigió a un coche sin distintivos policiales. Se detuvo junto al vehículo, miró a su alrededor y agachó la cabeza para entrar. Pero de pronto se quedó quieto. Se irguió poco a poco y miró a Gamache. Lo observó durante diez segundos o más, que tal vez no sea mucho tiempo cuando uno está comiéndose un pastel de chocolate, pero sí cuando lo que hace es mirar a alguien fijamente. Cerró la puerta del coche con suavidad y pasó por encima de la cinta policial. Al verlo, el joven agente se separó de sus compañeros y trotó hasta alcanzar al agente que iba de paisano.

—Ya le he dicho que se vaya.

—¿Ah, sí?

—*Oui*. ¿Quiere que le insista?

—No. Quiero que me acompañes.

Bajo la mirada atenta de los demás, cruzaron la calle nevada y se acercaron a donde estaba Gamache. Hubo una pausa mientras los tres se miraban.

Entonces, el agente de paisano dio un paso atrás y se llevó la mano a la frente para saludarlo. Estupefacto, el joven se quedó mirando al señor fornido de la parka, la bufanda, el gorro de lana y el

pastor alemán. Se fijó mejor en la cuidada barba salpicada de canas, en los ojos marrones y amables, en la cicatriz.

De pronto palideció, dio también un paso atrás y lo saludó formalmente.

—*Chef*—dijo.

El inspector jefe Gamache les devolvió el saludo e hizo un gesto con la mano para que abandonasen las formalidades: aquellos hombres ni siquiera formaban parte de su cuerpo. Él pertenecía a la Sûreté du Québec, y ellos, a la policía de la ciudad. Pero reconocía al agente de paisano de los congresos sobre el crimen a los que ambos habían asistido.

—Señor, no sabía que estaba de visita en Quebec —se disculpó el agente de mayor rango con aparente desconcierto.

¿Qué hacía el jefe de Homicidios de la Sûreté du Québec plantado justo delante de donde se había cometido un crimen?

—El inspector Langlois, ¿verdad? Estoy de baja, como ya sabrá.

Los dos agentes hicieron un breve gesto afirmativo. Todo el mundo lo sabía.

—He venido a ver a un amigo y aprovecho para buscar información en la biblioteca. ¿Qué ha ocurrido?

—Esta mañana el técnico de la compañía de teléfonos ha encontrado un cadáver. En el sótano.

—¿Un homicidio?

—Sin duda. Han intentado enterrar el cuerpo, pero ha aparecido cuando el técnico cavaba en busca de un cable roto.

Gamache miró el edificio. Cientos de años antes había sido el primer juzgado y la primera cárcel de la ciudad. Allí habían ejecutado a prisioneros colgándolos de la ventana que había sobre la entrada. Era un lugar que conocía la naturaleza de la muerte violenta y de aquellos que la perpetraban, a ambos lados de la ley. Ahora acababa de producirse una más.

Mientras lo observaba, se abrió la puerta y apareció una figura en el escalón superior. La distancia y las prendas de abrigo le impedían distinguirla con claridad, pero creyó reconocer a una de las voluntarias de la biblioteca. Una mujer mayor que miró hacia ellos y vaciló.

—Acaba de llegar el forense, pero no parece que la víctima lleve ahí mucho tiempo. Horas, quizá, pero días no.

—Todavía no huele —dijo el joven agente—. Ésos me dan arcadas.

Gamache respiró hondo y exhaló. El aliento se le congeló en cuanto salió de su boca. No dijo nada. No le correspondía a él formar al agente en la etiqueta necesaria con los recién fallecidos y el respeto que se debía mostrar en su presencia. No podía enseñarle la empatía que se precisa para ver a la víctima y también al asesino como personas. No se atrapaba a un homicida con cinismo y sarcasmo, con humor negro y comentarios de mal gusto. Se lo apresaba viendo, pensando y sintiendo. Las groserías no ayudaban a vislumbrar un camino con claridad ni a interpretar las pruebas mejor, sino que ocultaban la verdad tras el miedo.

Sin embargo, ni el aprendiz estaba a su cargo ni él llevaba el caso.

Apartó la mirada del joven y se dio cuenta de que la anciana había desaparecido. Como no había tenido tiempo de alejarse lo suficiente a pie, supuso que habría vuelto a entrar.

Le pareció raro: tomarse la molestia de abrigarse para el frío de la calle y luego no ir a ninguna parte.

Se recordó una vez más que no era su caso ni asunto suyo.

—¿Le gustaría entrar, señor? —le preguntó el inspector Langlois.

Gamache sonrió.

—Justo estaba diciéndome que éste no es mi caso, inspector. Muchas gracias por su amabilidad, pero aquí fuera estoy bien.

Langlois lanzó una mirada al otro agente y después cogió a Gamache del brazo y se lo llevó a un lado, donde nadie pudiese oírlos.

—No se lo pregunto por cortesía: es que no hablo inglés muy bien. Bueno, mi nivel es aceptable, pero debería oír a la bibliotecaria hablar francés. Al menos creo que eso es lo que intenta. Es obvio que ella está convencida de que lo hace bien, pero no le entiendo ni una palabra. Durante el interrogatorio ha hablado francés y yo inglés, parecíamos sacados de unos dibujos animados. La mujer debe de pensar que soy un cretino, porque de momento no he hecho más que sonreír y asentir con la cabeza, y puede que preguntarle si su familia descende de las órdenes más bajas.

—¿Por qué le ha preguntado eso?

—No es lo que pretendía. Quería saber si ella tenía acceso al sótano, pero se me han cruzado los cables. —El inspector sonrió avergonzado—. Creo que, tratándose de un asesinato, la claridad podría ser importante.

—No se equivoca. ¿Qué ha respondido ella a su pregunta?

—Se ha molestado bastante y me ha dicho que la noche es una fresa.

—Madre mía.

Langlois suspiró frustrado.

—¿Le importaría acompañarme? Sé que usted habla inglés, lo he escuchado en más de un congreso.

—¿Y cómo sabe que le estaba dando patadas al diccionario? Quizá la noche sea una fresa.

—Hay otros agentes que lo hablan mejor que yo; estaba a punto de llamar a la comisaría para que enviaran a alguien, pero entonces le he visto a usted. Su ayuda nos vendría bien.

Gamache dudó. Sintió un temblor en la mano, pero por suerte la tenía oculta bajo las gruesas manoplas.

—Gracias por la invitación —dijo sosteniendo la mirada inquieta del agente—, pero no puedo.

Se hizo un silencio. El inspector, lejos de molestarse, asintió.

—No debería habérselo pedido. Perdóneme.

—No se disculpe. Me alegra que lo haya hecho. *Merci*.

Sin que ellos se dieran cuenta, alguien los observaba desde una ventana de la segunda planta. La que habían instalado un siglo antes para sustituir la puerta que conducía a la plataforma. Que a su vez conducía a una ejecución.

Elizabeth MacWhirter, con la bufanda aún puesta y el abrigo guardado en el armario de abajo, no les quitaba ojo. Un rato antes, se había puesto a mirar por la ventana, ansiosa por darle la espalda a toda aquella actividad que le resultaba tan ajena. Buscaba consuelo, paz en las inalterables vistas. Desde allí se veía la iglesia presbiteriana de San Andrés, la casa parroquial, los conocidos tejados inclinados de la ciudad. Y la mullida capa de nieve que lo cubría todo, como si en la vida no hubiera de qué preocuparse.

Desde aquella ventana había visto al hombre con el perro, mirando justo desde el otro lado del cordón. Sabía que era el mismo que llevaba una semana acudiendo a diario a la biblioteca, a sentarse en silencio con su pastor alemán. Leía, a veces escribía y otras le preguntaba a Winnie por libros que nadie había abierto desde hacía cien años o más.

—Está investigando la batalla de las Llanuras de Abraham —le había informado Winnie una tarde en que las dos coincidieron en la galería superior—. Le interesa sobre todo la correspondencia de James Cook, y también la de Louis-Antoine de Bougainville.

—¿Y eso? —había susurrado Porter.

—¿Qué sé yo? Esos libros son tan viejos que no creo que los hayan catalogado siquiera. De hecho, antes de cancelarla, los habíamos seleccionado para la próxima venta.

Porter se había quedado mirando al hombre alto que estaba sentado en silencio en el sofá de cuero de abajo.

Elizabeth estaba bastante segura de que el presidente no lo había reconocido y sabía a ciencia cierta que Winnie tampoco. Pero ella sí.

Y en aquel momento, mientras veía cómo el inspector de la policía local le estrechaba la mano y se alejaba, volvió a examinar al hombre alto con el perro y recordó la última vez que lo había visto en la calle.

Ella estaba viendo la CBC, igual que el resto de la provincia, y que el país entero. Más tarde supo que la CNN lo había emitido en todo el mundo.

Entonces fue cuando lo vio. Iba uniformado, sin barba, tenía el rostro amoratado. La gorra de la Sûreté du Québec no alcanzaba a esconder la espantosa cicatriz. La chaqueta del uniforme lo abrigaba, pero sin duda no lo suficiente para mantener a raya un día gélido como aquél. Caminaba poco a poco, con una ligera cojera, a la cabeza de una larguísima columna de hombres y mujeres de uniforme. Un cortejo casi interminable de agentes de Quebec, Canadá, Estados Unidos, Inglaterra y Francia. Delante de todos ellos, su comandante, el hombre que los había guiado, pero no los había seguido hasta el final. No hasta la muerte. Aunque casi.

Esa fotografía había aparecido en primera plana de los periódicos y en la portada de revistas, desde *Paris Match* hasta *Maclean's*, *Newsweek* y *People*.

La imagen del inspector jefe con los ojos cerrados y la cabeza inclinada hacia atrás, con una mueca de angustia en el rostro. Un momento privado de dolor al alcance de todo el mundo. Era una visión prácticamente insoportable.

Elizabeth no le había dicho a nadie quién era el hombre que leía en silencio en la biblioteca, pero eso estaba a punto de cambiar. Volvió a ponerse el abrigo, bajó los peldaños helados con cuidado y salió a la calle con intención de alcanzarlo. Él avanzaba por la rue Ste-Anne, con el perro al lado atado con la correa.

—*Pardon!* —lo llamó—. *Excusez-moi.*

Él estaba a cierta distancia, sorteando a los alegres turistas y a los juerguistas de fin de semana. Al llegar a la rue Ste-Ursule, giró a la izquierda. Ella aceleró el paso. Desde la esquina, vio que estaba a media manzana.

—*Bonjour!* —dijo en voz más alta y saludando con la mano.

Sin embargo, él estaba de espaldas y, de haberla oído, lo más probable es que pensara que llamaba a otra persona.

Se acercaba a la rue St-Louis y a la multitud que iba hacia el palacio de hielo. Miles de personas. Entre ellos lo perdería seguro.

—¡Inspector jefe!

No lo había gritado al mismo volumen que las veces anteriores, pero por fin había conseguido que el hombre alto se detuviera en seco. Aún de espaldas, ella vio que otros transeúntes lo miraban con desprecio por obligarlos a esquivarlo sin previo aviso en la estrecha acera.

Dio media vuelta. Elizabeth temía haberlo molestado, pero su expresión era afable, inquisitiva. Enseguida hizo un barrido de todos los rostros y la detectó plantada a media manzana de distancia. Sonrió y los dos recorrieron el espacio que los separaba.

—*Désolé* —se disculpó ella, y le tendió la mano—. Siento importunarlo.

—No, en absoluto.

Se hizo un silencio incómodo. Él no se molestó en comentar lo obvio: que ella sabía quién era. Estaba claro que lo había reconocido y, como la mujer, él tampoco quería perder el tiempo con obviedades.

—La conozco de la biblioteca, ¿verdad? —preguntó—. ¿Puedo ayudarla en algo?

Estaban en el concurrido cruce de St-Louis con Ste-Ursule. Había familias enteras intentando pasar y no hacía falta gran cosa para taponar aquella estrecha arteria.

Elizabeth vaciló. Gamache miró a su alrededor y señaló calle abajo, en dirección contraria al río de gente.

—¿Le apetece un café? Me da que le iría bien tomar algo.

Ella sonrió por primera vez en todo el día y suspiró.

—*Oui, s'il vous plaît.*

Se abrieron paso a contracorriente hasta la otra manzana y se detuvieron delante del edificio más pequeño de la calle. Estaba encalado y tenía un tejado metálico pintado de rojo chillón, con un cartel que decía: «AUX ANCIENS CANADIENS.»

—Es muy turístico, pero a esta hora quizá esté tranquilo —dijo él en inglés, y abrió la puerta.

Se hallaban en una situación bastante habitual en Quebec, en la que, por cortesía, los francófonos se dirigían a los angloparlantes en inglés y éstos a ellos en francés. Entraron en el restaurante, un local en penumbra y de ambiente íntimo que era el más antiguo de la provincia. Aún conservaba los techos bajos, las paredes de piedra y las vigas originales.

—Quizá —sugirió Gamache cuando el camarero los acompañó a la mesa y pidieron— también deberíamos escoger un idioma.

Elizabeth se rió y asintió.

—¿Qué tal si hablamos en inglés? —preguntó el inspector.

Nunca había estado tan cerca de él. Por los reportajes, Elizabeth sabía que tenía unos cincuenta y cinco años, y ahora veía que poseía una constitución sólida, un cuerpo robusto. Sin embargo, lo que le llamó la atención fueron sus ojos. De color castaño oscuro y de mirada tranquila.

No se lo esperaba. Creía que sería atenta, fría, analítica. Que habría visto tantas atrocidades que se le habría endurecido. Sin embargo, la observaba con amabilidad y consideración.

El camarero sirvió un *cappuccino* para ella y un *espresso* para él. Los clientes que habían ido a desayunar tarde ya se marchaban y a ellos los habían sentado en una esquina tranquila.

—Supongo que ya sabrá qué ha ocurrido esta mañana —dijo Elizabeth.

El café era aromático y estaba delicioso. No solía derrochar en buen café, así que aquél le parecía un lujo.

—El inspector Langlois me ha explicado que han encontrado un cadáver en el sótano de la Sociedad Literaria e Histórica. —Gamache la observaba mientras hablaba—. Y que no se trata de una muerte natural.

Ella agradeció que no dijera «asesinato»; la palabra le ponía el vello de punta. Había estado ensayándola en el entorno seguro de su mente, pero aún no estaba lista para pronunciarla en público.

—Cuando hemos llegado esta mañana, los teléfonos no funcionaban, así que Porter ha llamado a Bell Canada para que los reparen.

—El técnico ha llegado enseguida —comentó el inspector jefe.

—Sí, ya nos conocen. El edificio es viejo y necesita frecuentes reparaciones. No es raro que fallen las líneas, pero suele ser por algún cortocircuito o porque algún ratón ha roído los cables. En cualquier caso, nos ha parecido raro, porque hace poco que sustituimos todo el cableado.

—¿A qué hora ha llegado usted?

—A las nueve en punto. Así tenemos una hora para ordenar los libros y hacer otras tareas antes de que abra la biblioteca. Como ya sabe, abrimos todas las mañanas a las diez.

Gamache sonrió.

—Lo sé. Es una biblioteca maravillosa.

—Estamos muy orgullosos.

—Entonces han llegado a las nueve y enseguida han llamado a Bell, ¿verdad?

—El técnico ha tardado veinte minutos en llegar y una media hora en encontrar el problema. Ha supuesto que sería un cable roto en el sótano. Y nosotros hemos pensado que sería otra vez un ratón.

Elizabeth hizo una pausa.

—¿Cuándo han visto que era otra cosa? —preguntó Gamache, pues se daba cuenta de que a partir de ahí ella iba a necesitar ayuda para contarle lo que había pasado.

—En realidad lo hemos oído. Al técnico. Hemos oído sus pisadas en la escalera. No es un hombre pequeño que digamos, y de repente ha parecido que había una estampida. Ha llegado al despacho y se ha quedado mirándonos. Después nos lo ha dicho: había un hombre muerto en el sótano. Lo acababa de desenterrar, el pobre. Me imagino que tardará un tiempo en recuperarse.

Gamache estaba de acuerdo. Algunos se recobraban de una experiencia como aquélla bastante rápido, pero otros no lo conseguían nunca.

—Dice que ha desenterrado al hombre. Entonces el sótano no está cementado, ¿verdad?

—Es de tierra. Era una despensa, hace siglos.

—Creía que era una prisión. ¿En algún momento hubo celdas allí abajo?

—No, estaban en el nivel superior. Lo han encontrado en otro más bajo. Tiene cientos de años de antigüedad y, claro, lo usaban para mantener la comida fresca. Cuando el técnico ha dicho que había hallado un cadáver, yo pensaba que se refería a un esqueleto, porque en esta ciudad aparecen día sí y día también. Podría haber sido un prisionero ejecutado. Por eso Winnie y yo hemos bajado a echar un vistazo. Pero no me ha hecho falta ni acceder al sótano. Desde la entrada ya hemos visto que no era un esqueleto. El hombre había muerto hacía poco.

—Debe de haberla impresionado bastante.

—Sí. Ya había visto cadáveres, pero siempre en el hospital o en el tanatorio. Una amiga murió mientras dormía y la encontré cuando fui a buscarla para ir a la partida de bridge. Claro que eso es diferente.

Gamache asintió con la cabeza. Se hacía cargo. Había sitios específicos para los cadáveres. Y medio enterrado debajo de una biblioteca no era uno de ellos.

—¿Qué le ha dicho el inspector? —quiso saber Elizabeth.

Se daba cuenta de que con aquel hombre no valía la pena andarse con rodeos. Era mejor hablar sin tapujos.

—La verdad es que no le he preguntado gran cosa, pero me ha confirmado que se trata de una muerte violenta —respondió él.

Ella miró la taza vacía, se había bebido el café casi sin darse cuenta. Tan sólo quedaba un borde de espuma de aquel lujo que había desperdiciado. Tuvo la tentación de meter el dedo y rebañarla, pero se resistió.

Les habían llevado la cuenta. Tenían que marcharse. El inspector jefe se acercó el papel, pero no hizo ademán de nada más. Se quedó mirándola a ella. Esperando.

—Le he seguido para pedirle un favor.

—*Oui, madame?*

—Necesitamos su ayuda. Usted conoce la biblioteca

y además creo que la aprecia.

Gamache inclinó la cabeza.

—No cabe duda de que conoce a los ingleses. Tengo miedo de lo que esto pueda suponernos. Somos una comunidad pequeña y para nosotros la Sociedad Literaria e Histórica tiene un gran valor.

—Entiendo. Pero con el inspector Langlois están en buenas manos. Él los tratará con respeto.

Ella lo miró y continuó como si no lo hubiera oído.

—¿Le importaría venir y echar un vistazo, hacer unas cuantas preguntas? Ni se imagina el desastre que esto supone. Para la víctima, por supuesto, pero también para nosotros. —Se apresuró antes de que él tuviera ocasión de negarse—. Soy consciente de que estoy abusando de su amabilidad. De verdad.

Gamache sabía que hablaba con sinceridad, pero también dudaba de que realmente supiera lo que estaba pidiéndole. Se miró las manos, los puños relajados sobre la mesa. Se quedó callado y, en ese silencio, como de costumbre, se abrió paso una voz joven que ya le era más familiar que la de sus propios hijos.

—Y en Navidades visitamos a nuestras respectivas familias. Vamos a casa de Suzanne en *réveillon* y a la mía para la misa del día de Navidad.

La voz siguió hablando sobre acontecimientos triviales, mundanos, insignificantes. Las cosas de las que estaba hecha una vida corriente. Una voz que ya no sonaba con un eco metálico en sus oídos, sino que vivía dentro de su cabeza, en su mente. Siempre presente, divagando. Ad infinitum.

—Lo siento, madame, no puedo ayudarlos.

Observó a la señora mayor que tenía delante. Unos setenta años, según sus cálculos. Delgada, con una atractiva estructura ósea. Casi no llevaba maquillaje; sólo un poco alrededor de los ojos y un toque de pintalabios. Si menos era más, ella tenía un tesoro. Era la imagen de la contención refinada. La ropa que vestía no era el último grito, sino prendas clásicas que nunca pasarían de moda.

Se había presentado como Elizabeth MacWhirter y hasta Gamache, que no era nativo de la ciudad de Quebec, conocía el apellido. Los astilleros MacWhirter. Las papeleras MacWhirter que había al norte de la provincia.

—Por favor, necesitamos su ayuda.

No se le escapaba lo mucho que a ella le costaba hacerle esa petición, pues era consciente de la situación en que lo ponía. Y aun así se lo había pedido. Hasta ese momento, Gamache no había comprendido del todo lo desesperada que debía de estar. La mujer no apartaba su atenta mirada azul del inspector.

—*Désolé* —respondió con suavidad pero con firmeza—. Me disgusta tener que rechazar su petición y si pudiera ayudarlos lo haría. Sin embargo...

No acabó la frase. Ni siquiera sabía qué iba después del «sin embargo».

Ella sonrió.

—Lo siento mucho, inspector jefe. No debería habérselo pedido. Acepte mis disculpas, creo que me he dejado cegar por mis propias necesidades. Estoy segura de que tiene usted razón y de que el inspector Langlois lo hará muy bien.

—Tengo entendido que la noche es una fresa —apuntó Gamache con una ligera sonrisa.

—Ah, veo que ya le han hablado de eso. —Elizabeth también sonrió—. Pobre Winnie, no tiene oído para los idiomas. La verdad es que lee francés sin problema, y siempre sacó las mejores notas de la escuela, pero parece que no consigue hablarlo bien. Con ese acento no engaña a nadie.

—Puede que el inspector Langlois la haya despistado al preguntarle por su linaje.

—Sí, eso no ayudó —admitió Elizabeth.

De pronto, todo rastro de alegría desapareció de su expresión, y apareció la inquietud de nuevo.

—No tiene de qué preocuparse —la tranquilizó él.

—Pero es que aún no lo sabe todo, creo. No sabe quién es el fallecido.

Elizabeth había bajado la voz a un susurro. Sonaba como Reine-Marie cuando les leía cuentos de hadas a sus nietas. Era la voz que usaba no para el hada madrina, sino para la bruja malvada.

—¿Quién es? —preguntó él también en voz baja.

—Augustin Renaud —respondió ella.

Gamache se recostó en el asiento y la miró fijamente. Augustin Renaud. Muerto. Asesinado en la Sociedad Literaria e Histórica. Por fin averiguaba por qué Elizabeth MacWhirter estaba tan desesperada.

Y él sabía que no le faltaban motivos.

CUATRO

Gabri estaba sentado en la butaca raída, al calor del fuego. A su alrededor, en el *bistrot* que ahora regentaba, oía el acostumbrado barullo del turno de comidas. Gente que reía y charlaba. En algunas mesas había clientes leyendo tranquilamente un libro o el periódico del sábado; algunos habían ido a desayunar, se habían quedado hasta la comida y quizá siguieran allí a la hora de cenar.

Era un sábado perezoso de febrero, en lo más crudo del invierno, y el *bistrot* bullía con las conversaciones y el tintineo de la cubertería en contacto con la loza. Con él estaban sus amigos Peter y Clara Morrow, además de Myrna, que llevaba la librería de al lado, donde vendían libros nuevos y de segunda mano. Ruth les había prometido que haría acto de presencia, pero normalmente eso quería decir que no iban a verle el pelo.

A través de la ventana contemplaba el pueblo de Three Pines cubierto por un manto de nieve, mientras ésta seguía cayendo. No llegaba a ventisca porque no hacía suficiente viento, pero le sorprendería que al acabar el día no se hubiesen acumulado al menos treinta centímetros. Eso era lo que pasaba con el invierno quebequés: por muy amable y hermoso que pareciese, podía cogerlo a uno por sorpresa.

Los tejados de las casas que rodeaban el pueblo estaban blancos, y de las chimeneas brotaban volutas de humo. La nieve se acumulaba sobre los arbustos de hoja perenne y en los tres magníficos pinos que se alzaban en un extremo del parque como tres guardianes apiñados. Los coches aparcados frente a los hogares se habían convertido en montones blancos, como los túmulos funerarios de antaño.

—Como lo oyes: voy a hacerlo —dijo Myrna, y bebió un sorbo de chocolate caliente.

—De eso nada —refutó Clara, y se echó a reír—. Todos los inviernos dices lo mismo y al final no lo haces. Además, ya es demasiado tarde.

—Pero ¿has visto las ofertas de última hora? Mira esto.

Myrna pasó a su amiga la sección de viajes de la edición del fin de semana del *Gazette* de Montreal y le señaló algo.

Clara leyó y enarcó las cejas.

—No está mal, la verdad. Así que Cuba...

Myrna asintió.

—Si quiero, puedo estar allí a la hora de cenar. En un complejo de cuatro estrellas. Todo incluido.

—Déjame ver eso —respondió Gabri, y se inclinó hacia Clara.

Su amiga se las había arreglado para dejar un pegote de mermelada en el periódico, aunque no hubiera mermelada a la vista. Todos sabían que ése era el milagro particular de Clara: parecía capaz de materializar condimentos y grandes obras de arte. Lo curioso era que nunca hubiesen encontrado manchas de confitura ni migas de *croissant* en sus retratos.

Gabri escudriñó la página y se recostó en la butaca.

—No, no me interesa. Los anuncios de *Condé Nast* son mejores.

—En *Condé Nast* salen hombres semidesnudos tumbados en la playa, embadurnados con aceite de oliva —contestó Myrna.

—Por eso sí que pagaría yo —comentó Gabri—. Todo incluido.

Todos los sábados tenían la misma conversación: comparaban ofertas de viajes a la playa, escogían cruceros por el Caribe, debatían las bondades de las Bahamas frente a las de Barbados, San Miguel de Allende frente a Cabo San Lucas. Escenarios exóticos alejados de la nieve, la incesante nieve. Profunda, crujiente, uniforme.

Y aun así, por muy tentadoras que fuesen las ofertas, nunca iban a ninguna parte. Gabri sabía el motivo. Myrna, Clara y Peter lo sabían. Y no era por la teoría que sostenía Ruth: «Sois unos putos vagos incapaces de levantar el culo del asiento.»

Al menos, no del todo.

Gabri tomó un sorbo de *café au lait* y contempló danzar las llamas mientras escuchaba el habitual murmullo de voces. Miró hacia el otro extremo del *bistrot*, que conservaba las vigas originales, el suelo de tablones anchos, ventanas geminadas y una colección variopinta de muebles antiguos. Algo más allá, la tranquila y afable población.

No podía haber lugar más acogedor que Three Pines.

Por la ventana vio un coche que bajaba por la rue Molin, pasaba frente al nuevo hotel balneario que había en la colina y por delante de la iglesia anglicana de Santo Tomás y rodeaba el parque del pueblo. Avanzaba poco a poco y los neumáticos iban dejando marcas en la nieve recién caída. Mientras lo observaba, el vehículo se acercó a la vieja casa de ladrillo de Jane Neal. Y se detuvo allí.

No conocía el automóvil. Si Gabri hubiera sido un chucho, se habría puesto a ladrar. No como advertencia ni movido por el miedo, sino de emoción.

Three Pines no recibía visitas muy a menudo, a menos que alguien topase con la diminuta población del valle por casualidad o tras haberse desviado demasiado de su ruta. O porque se había confundido. O perdido.

Así fue como Gabri y Olivier, su pareja, habían encontrado Three Pines: sin querer. Tenían otros planes de vida, de mayor envergadura, pero en cuanto vieron el pueblo con sus casitas de piedra seca, o revestidas de madera, y las de los colonos leales a la corona británica, los perennes parterres de rosales, delfiniums y guisantes de olor, la tahona y la tienda... Bueno, ya no se marcharon. En lugar de conquistar Nueva York, Boston o tal vez incluso Toronto, se instalaron en aquel lugar tan aislado. Y nunca más quisieron irse de allí.

Olivier montó el *bistrot*, que amuebló con hallazgos del vecindario, todos en venta. Después compraron la antigua posada para diligencias de enfrente y la convirtieron en un hostel. Ése era el proyecto de Gabri.

Pero ahora que Olivier no estaba, Gabri también llevaba el *bistrot*. Lo mantenía abierto por los amigos. Y por Olivier.

Mientras miraba, un hombre salió del coche. Estaba demasiado lejos para reconocerlo, pues se había protegido del frío con una gruesa parka, un gorro de lana y guantes. De hecho, podría haber sido una mujer. Podría haber sido cualquiera. Sin embargo, Gabri se puso en pie y a punto estuvo de darle un vuelco el corazón.

—¿Qué pasa? —preguntó Peter.

Separó las piernas larguiruchas, que tenía cruzadas, y se echó hacia delante en el sofá. En el rostro apuesto se le adivinaba curiosidad y al mismo tiempo parecía contento por librarse de la conversación sobre las vacaciones. Aunque también era artista, a Peter no se le daban bien las conversaciones hipotéticas. Se las tomaba demasiado al pie de la letra, así que cuando Clara le decía que por sólo quince mil dólares podían subir de categoría y reservar una suite Princess en el *Queen Mary 2*, se ponía nervioso. Era su sesión de cardio del día. Y habiéndola tachado de su lista de tareas,

se fijó en Gabri, que no le quitaba los ojos de encima al extraño que caminaba despacio por la nieve.

—Nada —respondió Gabri.

Jamás admitiría lo que estaba pensando, ni lo que pensaba cada vez que sonaba el teléfono, que alguien llamaba a la puerta o que aparecía un vehículo desconocido.

Miró la mesita. Allí estaban las bebidas y un plato de galletas con trocitos de chocolate, y el grueso papel de carta Diane de Poitiers con su mensaje a medio escribir. El mismo que escribía a diario y enviaba con una pipa de regaliz.

«¿Por qué movería Olivier el cadáver?», había escrito. Y detrás había añadido: «Quiero que sepas que no fue él.» Pensaba enviarla esa misma tarde y al día siguiente escribiría otra, también al inspector jefe Gamache.

Sin embargo, en esos instantes, un hombre caminaba con dificultad bajo la espesa nevada. En tan sólo veinte metros, se le había acumulado nieve en el gorro, la bufanda y los delgados hombros. Olivier los tenía así.

El hombre de las nieves llegó al *bistrot* y abrió la puerta. El mundo exterior entró con la corriente de aire y todos se volvieron hacia él, aunque enseguida regresaron a su comida, a sus conversaciones, a su vida. El hombre se descubrió poco a poco. La bufanda, las botas; al final sacudió el abrigo y la nieve cayó al suelo de madera y empezó a derretirse. Se puso un par de zapatillas de las que había para los clientes en un cesto junto a la puerta.

A Gabri le martilleaba el corazón. Detrás de él, Myrna y Clara seguían discutiendo si por unos cuantos miles de dólares más valía la pena reservar la suite Queens.

Sabía que no podía ser Olivier. Era imposible. Pero tal vez hubiera convencido a Gamache con todas sus cartas y lo hubiesen soltado. Quizá había sido un asunto de última hora, como las ofertas de viajes: una escapada de último minuto que en lugar de enviarlo a él por ahí llevaba a Olivier a casa.

Gabri no pudo evitar avanzar unos pasos.

—¿Gabri? —lo llamó Peter, y se puso en pie.

Su amigo llegó al centro del *bistrot*.

El hombre se quitó el gorro y se dio la vuelta. A medida que fueron reconociéndolo, las conversaciones enmudecieron.

No era Olivier. Era uno de los hombres que se lo habían llevado, que habían arrestado a su compañero y lo habían metido en la cárcel por asesinato.

El inspector Jean-Guy Beauvoir hizo un reconocimiento del comedor y sonrió con inseguridad.

Cuando el inspector jefe lo llamó aquella misma mañana, Beauvoir estaba en el sótano construyendo una librería. Él no leía, pero su esposa Enid sí, así que estaba haciéndola para ella. Enid se encontraba arriba, cantando. Ni en voz alta ni bien. La oía fregar los platos del desayuno.

—¿Estás bien ahí abajo? —le preguntó ella.

Quería responder que no. Que estaba más aburrido que una ostra. Odiaba la carpintería y odiaba los dichosos crucigramas que ella insistía en ofrecerle. Odiaba las pilas de libros que Enid tenía junto al sofá, las almohadas y mantas que lo seguían por la casa en brazos de su mujer, como si fuera inválido. Odiaba lo mucho que él le debía. Odiaba lo mucho que ella lo amaba.

—Estoy bien —dijo en voz alta.

—Si necesitas algo, avisa.

—Vale.

Se acercó al banco de trabajo y se detuvo para recuperar el resuello. Ya había hecho los ejercicios del día, la fisioterapia. No había puesto demasiado empeño hasta que el médico le advirtió que

cuantos más ejercicios hiciese, antes saldría de debajo de la sofocante ala protectora de Enid.

El doctor no lo había expresado con aquellas palabras, pero Beauvoir lo había entendido así y le servía de motivación. Todas las mañanas, tardes y noches hacía las tablas para recuperar fuerzas, pero sin pasarse. Cuando se esforzaba demasiado, lo notaba. Aunque a veces merecía la pena. Prefería morir tratando de escapar que seguir atrapado.

—¿Galletita? —llegó la cantinela desde la cocina.

—Dime, magdalena —contestó él.

Era su broma particular. La oyó reírse y se preguntó cuánto le dolería si se cortara la mano con la sierra. La que usaba para disparar no, tal vez la necesitase más adelante.

—No, digo que si quieres una galleta. Estaba pensando en hacer una hornada.

—Me parece fenomenal. *Merci*.

Beauvoir nunca había tenido especial interés en formar una familia y, en cambio, ahora estaba desesperado por tener hijos. Tal vez así Enid transfiriese su amor hacia ellos. Los niños lo salvarían. Durante un momento se sintió mal por ellos, que crecerían asfixiados por el amor incondicional, imperecedero e implacable de su madre. Pero bueno, *sauve qui peut*.

Entonces sonó el teléfono.

Y le dio un vuelco el corazón. Pensaba, esperaba, que con el tiempo dejaría de pasarle, pues tener un corazón que se paraba cada vez que alguien lo telefoneaba era un inconveniente. Sobre todo si se habían equivocado de número. No obstante, en lugar de mejorar, el problema parecía estar agravándose. Oyó que Enid se apresuraba a cogerlo, consciente de que lo hacía porque sabía lo mucho que a él le molestaba el sonido.

Y se odió a sí mismo por odiarla a ella.

—*Oui, allô?* —oyó que decía.

De inmediato, Beauvoir se trasladó allí, a aquel día.

—Homicidios —había respondido el inspector jefe al coger la llamada en la oficina.

Era un lugar amplio y abierto que ocupaba una planta entera de la central de la Sûreté du Québec en Montreal. Aun así, había algunos espacios cerrados. Tenían una sala de conferencias privada, donde estaban los rotuladores que Beauvoir tenía en tanta estima, largas hojas de papel colgando de la pared y pizarras y tabloncillos de corcho. Todo en perfecto orden.

Como era el segundo al mando, Beauvoir contaba con su propio despacho.

Y el jefe con uno más grande en una esquina, con vistas a Montreal. Desde allí, Armand Gamache dirigía las operaciones de toda la provincia e investigaba asesinatos en un territorio que se extendía desde la frontera con Ontario hasta el océano Atlántico, y del límite con Vermont y Nueva York al círculo polar ártico. Disponían de cientos de agentes e investigadores en comisarías de toda la provincia y equipos especiales que trabajaban en las zonas donde no había brigada de homicidios.

Todos coordinados por el inspector jefe Gamache.

Beauvoir estaba en el despacho de Armand, comentando un caso especialmente desagradable de la ciudad de Gaspé, cuando sonó el teléfono. La secretaria de Gamache contestó. El inspector Beauvoir miró el reloj que colgaba de la pared del jefe justo en el instante en que entró la llamada. Las 11.18 horas de la mañana.

—Homicidios —le había oído decir.

Y desde entonces nada había sido igual.

Unos golpecitos en la puerta obligaron a Elizabeth Mac-Whirter a despertar de su ensoñación. Llevaba un rato con la mirada fija en la lista de socios, tratando de aplazar la obligación y el

momento de llamarlos. Sin embargo, sabía que ese momento había pasado. Debería haberlos telefoneado hacía una hora. Ya habían llegado mensajes de miembros de la comunidad inglesa, incluida la CBC Radio y el semanario inglés, el *Chronicle-Telegraph*. Winnie, Porter y ella habían intentado mostrarse reservados, pero lo único que habían conseguido era que pareciese que estaban dando largas.

Los reporteros estaban de camino.

Y aun así Elizabeth seguía sin hacer las llamadas, consciente de que se aferraba a los últimos instantes de algo semejante a la normalidad. A una vida tranquila y sin incidentes como guardianes voluntarios de un pasado polvoriento e irrelevante, aunque de incalculable valor para ellos.

Volviéron a llamar a la puerta. No más fuerte, pero quienquiera que fuese tampoco parecía estar a punto de marcharse. ¿Acaso habían llegado los periodistas? Sospechaba que, de ser ellos, habrían aporreado la puerta como la policía. En cambio, aquellos toquecitos no exigían, sino que pedían.

—Ya voy yo —dijo Winnie.

Cruzó la amplia estancia y subió los dos escalones que conducían a la entrada. Elizabeth y Porter la observaron desde sus escritorios, frente a las grandes ventanas palladianas. Winnie hablaba con alguien a quien no veían; tampoco oían la conversación, pero daba la sensación de que su compañera intentaba explicar algo. Y después parecía querer cerrar la puerta. Al final cejó en el intento, la abrió y se volvió hacia la sala.

—El inspector jefe Gamache quiere hablar contigo —le dijo a Elizabeth, medio aturdida.

—¿Quién? —preguntó Porter asomándose desde detrás del escritorio, haciéndose cargo de la situación ahora que la anciana ya había abierto la puerta.

Winnie la abrió del todo y allí estaba Armand Gamache. Él miró a todos los presentes y al mismo tiempo analizó el entorno. El despacho tenía techos altos a dos aguas con las vigas a la vista, unas enormes ventanas en arco y el suelo a una altura inferior a la de la puerta. El suelo era de parquet y las paredes estaban revestidas de madera y estanterías, lo que daba a la sala el aspecto de un antiguo gimnasio en miniatura donde la actividad no era física, sino mental.

—Siento molestarles —dijo al adentrarse en la sala.

Se había quitado el abrigo y llevaba un cárdigan de pelo de camello, camisa, corbata y pantalones de pana azul oscuro. *Henri*, el pastor alemán, estaba a su lado.

Porter se quedó mirándolo. Winnie bajó los escalones. Elizabeth se levantó de la silla y se acercó a él.

—¡Ha venido! —exclamó al tiempo que sonreía y le tendía la mano.

Él la tomó en la suya, mucho más grande, y se la estrechó.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Porter—. No entiendo nada.

—Le pedí que viniera y supervisara la investigación. Éste es el inspector jefe Gamache. —Elizabeth esperó a que lo reconocieran—. De la Sûreté du Québec.

—Ya sé quién es —mintió Porter—. Lo sabía desde el principio.

—Inspector jefe Gamache, permítame que le presente al presidente de la junta directiva —dijo Elizabeth—, Porter Wilson.

Los hombres se estrecharon la mano.

—No necesitamos ayuda, nos las arreglamos muy bien solos —anunció Porter.

—Lo sé. Sólo quería asegurarme. Han sido tan amables al permitirme usar su biblioteca que he pensado que a cambio podría ofrecerles mis conocimientos.

—Ni siquiera está en su jurisdicción —rezongó Porter, y le dio la espalda—. Los separatistas van a pasárselo de lo lindo. ¿Cómo sabemos que usted no es uno de ellos?

Elizabeth MacWhirter creyó que se moría.

—Por Dios santo, Porter, ha venido a ayudarnos. Lo he invitado yo.

—Ya hablaremos de eso más tarde.

—No todos los separatistas desean perjudicarles, monsieur —dijo Gamache en tono amable pero firme—. De todos modos, tiene razón, ésta no es mi jurisdicción. Me impresiona que sepa algo así.

Elizabeth observó divertida cómo Porter empezaba a derretirse.

—Es obvio que está al día de la política.

Porter asintió con la cabeza y se relajó un poco más. Si la cosa seguía así, pensó Elizabeth, acabaría acurrucándose en el regazo de Gamache.

—La Sûreté no tiene jurisdicción en las ciudades —continuó el inspector jefe—. El caso de la muerte de monsieur Renaud corresponde a la división de Homicidios de la policía local de Quebec, pero resulta que conozco al inspector Langlois y también ha tenido la amabilidad de pedirme que me una a ellos en la investigación. Así que lo he pensado —dijo mirando a Elizabeth— y he decidido echar un vistazo. —Se volvió hacia Porter—. Señor, con su permiso, por supuesto.

Porter Wilson estuvo a punto de caer rendido a sus pies. Winnie y Elizabeth intercambiaron miradas. Ojalá hubiesen sabido lo fácil que era. Sin embargo, en cuanto Porter volvió a tomar conciencia de la situación en la que estaban, se le ensombreció el rostro.

Quizá aquello no fuese motivo de celebración: habían pasado de no tener ningún policía a que el edificio estuviera tomado por dos cuerpos distintos.

Por no hablar del cadáver.

—¿Les importa si dejo a *Henri* aquí mientras bajo al sótano?

—En absoluto —respondió Winnie, y le cogió la correa.

Gamache le dio unas cuantas galletas, le acarició el lomo a *Henri*, le dijo al animal que se comportara como un caballero y se marchó.

—Esto no me hace ni pizca de gracia —oyó decir a Porter justo antes de que se cerrase la puerta.

Tuvo la sensación de que su intención era que lo oyese. Pero fuera como fuese, a él tampoco le hacía demasiada ilusión el asunto.

Un agente de uniforme lo esperaba fuera y juntos penetraron el laberinto de pasillos y escaleras. Gamache admitía que estaba completamente perdido y sospechaba que el agente también. A ambos lados, los suelos de linóleo estaban ocupados por cajas llenas de libros y papeles, y algunas de las enrevesadas escaleras llevaban a baños que daban grima o a despachos desiertos. Fueron a parar frente a una enorme puerta y al abrirla se vieron en un espectacular salón de baile de doble altura que conducía a otro igual y tan llamativo como el anterior. Ambos estaban vacíos, con la salvedad de algunas escaleras de mano y las ubicuas cajas de libros. Gamache abrió una: más tomos encuadernados en cuero. Sabía que si echaba un vistazo, aunque fuese sólo a uno de aquellos libros, no haría nada más, así que lo dejó y siguió al agente, cuya frustración iba en aumento, por otro pasillo.

—Nunca he visto nada igual —comentó el policía—. Todas estas salas tan bonitas y sin aprovechar. Me parece mal. ¿Qué hacen con un edificio tan bonito? ¿No deberían dedicarlo a algo que mereciese la pena?

—¿Como qué?

—No lo sé, pero seguro que alguien puede usarlo para algo.

—Ya están usándolo.

—Sí, *les anglais*.

Gamache se detuvo en seco.

—*Excusez-moi?*

—*Les têtes carrées* —aclaró el joven agente.

Los cabezas cuadradas.

—Trate a esta gente con respeto —le advirtió el inspector—. Ellos tienen tanto de cabezas cuadradas como usted y yo de estirados.

Habló con voz dura, cortante.

El joven se puso tenso.

—No quería ofender.

—¿Está seguro?

Gamache le clavó la mirada al agente y éste se la sostuvo. Al final, el inspector jefe sonrió un poco.

—No van a resolver este crimen insultando a esta gente ni burlándose de ellos. No se deje cegar.

—Sí, señor.

Siguieron avanzando por interminables pasillos y magníficas estancias, y también por otras más deprimentes, todas vacías. Como si la Sociedad Literaria e Histórica estuviera batiéndose en retirada, reagrupándose en la espléndida biblioteca donde el general Wolfe velaba por ellos.

—Por aquí, señor. Creo que lo he encontrado.

Bajaron unos escalones y se toparon con un agente aburrido, montando guardia junto a una trampilla. Al ver al inspector jefe, el hombre se irguió. Gamache lo saludó con un gesto de la cabeza y vio que su joven guía no se lo pensaba dos veces antes de bajar por la escalera de metal.

Armand no estaba preparado para eso.

Desde abajo, el agente lo miraba, aguardando, con una expresión entre expectante e inquisitiva. ¿A qué esperaba el inspector jefe? Y entonces se acordó. Subió unos cuantos travesaños y le tendió la mano.

—No se preocupe, señor —le dijo en voz baja—. No permitiré que se caiga.

Gamache miró la mano.

—Le creo.

Con mucho cuidado, bajó y se agarró a ella.

Jean-Guy Beauvoir estaba sentado junto al fuego, con una cerveza y un bocadillo de ternera. Peter y Clara le hacían compañía, y Myrna y Gabri estaban en el sofá, de cara a la chimenea.

Era la primera vez que Beauvoir regresaba a Three Pines desde la detención de Olivier Brulé por el asesinato del Ermitaño Jakob. Miró la enorme chimenea y revivió el momento en que retiró los ladrillos de la parte de atrás, metió el brazo hasta el hombro y rebuscó, temeroso de lo que pudiera tocar o de que algo lo tocara a él. ¿Qué había allí dentro? ¿Un nido de ratas? ¿Ratones, arañas? Serpientes, quizá.

Por mucho que se considerase la racionalidad en persona, lo cierto era que tenía una imaginación fértil e indómita. Había rozado algo blando y áspero con la mano. Se puso tenso y se quedó quieto. Con el corazón a cien y la imaginación desbordada, se obligó a seguir palpando. Cerró el puño alrededor de aquello y lo sacó.

Apiñado a su alrededor, el resto del equipo de la Sûreté lo observaba. El inspector jefe Gamache, la agente Isabelle Lacoste y el aprendiz, el agente Paul Morin.

Poco a poco, extrajo el objeto de su escondrijo de detrás de la chimenea. Era un pequeño saco de arpillera atado con un cordel. Lo posó en la misma mesa en la que ahora tenía la cerveza y el bocadillo, y volvió a meter la mano. Encontró algo más. Un candelabro sencillo, elegante, hermoso.

Una menorá, para ser exactos. Tenía cientos de años de antigüedad, según dijeron los expertos más tarde, tal vez incluso miles.

Aunque también les dijeron algo más, algo más preciso.

Aquella antiquísima menorá que había iluminado tantos hogares, tantas ceremonias solemnes, en torno a la que tanta gente había rezado, que había sido adorada, escondida y atesorada, también había sido empleada para matar.

En ella encontraron sangre, pelo y tejidos del Ermitaño, además de sus huellas dactilares. Junto a las huellas de sólo una persona más.

Olivier.

¿Y dentro del saco? Una talla que había hecho el Ermitaño: su mejor trabajo. La exquisita figura de un joven sentado, escuchando. Era sencilla pero impactante, y muy elocuente. Hablaba de una soledad angustiada, de deseo, de necesidad. No cabía duda de que se trataba de una talla de Olivier, escuchándolo. Y esa estatuilla les reveló una cosa más.

Las esculturas de Jakob valían cientos de miles de dólares; al final, incluso millones. Se las había dado a Olivier a cambio de comida y compañía, y él las había vendido. Había amasado una fortuna.

Sin embargo, no le bastaba con eso: quería más. Quería lo único que el Ermitaño le había negado. Lo que había dentro del saco.

El último tesoro de Jakob, su posesión más preciada.

Y Olivier la codiciaba.

En un ataque de rabia y avaricia, le había arrebatado la vida al Ermitaño. Después guardó la figura en el saco junto con aquella bellísima arma homicida de incalculable valor y lo escondió todo.

Detrás de la chimenea que ahora contemplaba Beauvoir.

Una vez que los encontraron, el saco y la talla empezaron a hablar. Sólo tenían una cosa que decir y lo repetían con elocuencia, una y otra vez. Olivier había matado a su creador.

Después de encontrar la estatuilla y el arma homicida escondidas en el *bistrot*, y de hallar el resto de las pruebas, no cabía duda de qué iba a ocurrir. El inspector jefe arrestó a Olivier Brulé por asesinato. Lo condenaron a diez años por homicidio sin premeditación. Con mucho dolor, Three Pines acabó por aceptar tan terrible realidad.

Salvo Gabri, que todos los días escribía una carta al inspector jefe para hacerle una pregunta: «¿Por qué movería Olivier el cadáver?»

—¿Cómo está el inspector jefe? —preguntó Myrna, echando su voluminoso cuerpo hacia delante.

Era una mujer negra y oronda, psicóloga retirada y actual dueña de la librería.

—Está bien. Hablamos a diario.

Por supuesto, no podía decirles toda la verdad. Que el inspector jefe Gamache no se encontraba ni mucho menos bien. Igual que él.

—Nosotros nos hemos puesto en contacto de vez en cuando —dijo Clara.

Cerca de cumplir los cincuenta, Clara Morrow estaba a punto de irrumpir en el mundo del arte y cosechar grandes éxitos. Todos lo sabían. Tenía una exposición individual programada para al cabo de unos meses en el Musée d'Art Contemporain de Montreal, el MAC. Y una rebelde melena oscura que el tiempo iba salpicando de blanco y le daba aspecto de acabar de salir de un túnel aerodinámico.

Su marido, Peter, era harina de otro costal. A diferencia de ella, que era baja y algo rechoncha, él era alto y esbelto. Llevaba hasta la última cana en su sitio y vestía ropa sencilla y siempre inmaculada.

—Hemos hablado con él unas pocas veces —dijo Peter—. Pero sé que tú te relacionas más con él. —Se volvió hacia Gabri—. Eso si acosar cuenta como relacionarse con alguien.

Gabri se echó a reír y señaló la carta que tenía a medias sobre la mesita, antes de mirar a Beauvoir.

—¿Te envía Gamache? ¿Vais a reabrir el caso de Olivier?

Beauvoir negó con la cabeza.

—Lo siento, he venido sólo de vacaciones. A descansar.

Acababa de mentirles a la cara.

—¿Te importaría hacerlo, Jean-Guy? —le había preguntado el inspector jefe Gamache aquella misma mañana—. Iría yo mismo, pero no creo que sirviera de mucho. Si hubo algún error, lo cometí yo. Quizá tú sepas identificarlo.

—Todos investigamos el caso, señor, no sólo usted. Todos coincidimos acerca de las pistas que encontramos. Estaba clarísimo. ¿Por qué piensa ahora que cometimos un error? —quiso saber Beauvoir.

Estaba en el sótano con el temido teléfono. Y si él los odiaba, pensó, ¿qué sentiría el jefe respecto a aquellos aparatos?

Beauvoir no creía que hubiesen cometido ningún error. De hecho, estaba convencido de que los argumentos en contra de Olivier eran completos, meticulosos y sin ningún fallo.

—¿Por qué movió el cadáver? —preguntó Gamache.

El inspector debía admitir que la pregunta tenía sentido. Por menuda que fuese, era la única grieta en un caso perfecto.

—Entonces, ¿qué quiere que haga?

—Quiero que vayas a Three Pines y hagas alguna pregunta más.

—¿Como cuál? Cada uno hizo las suyas y obtuvimos las respuestas. Olivier mató al Ermitaño. *Point final*. No hay más que añadir. El jurado estuvo de acuerdo. Además, el asesinato fue hace cinco meses, ¿cómo voy a encontrar ahora pruebas nuevas?

—No creo que se trate de eso —respondió el inspector jefe—. Diría que si cometimos algún error, fue de interpretación.

Beauvoir reflexionó. Sabía que iría a Three Pines tal como Gamache le sugería. Si el inspector jefe le pidiera que llevase a cabo los interrogatorios desnudo, lo haría. Pero ni que decir tiene que él jamás le ordenaría semejante cosa, y por eso confiaba tanto en el jefe. Pondría su vida en sus manos.

Durante un instante, inesperadamente, volvió a sentir el golpe, la presión y, enseguida, el horror cuando le flaquearon las piernas y supo lo que había ocurrido. Había caído desplomado sobre el mugriento suelo de la fábrica abandonada. Y en la distancia había oído gritos, una voz conocida.

«¡Jean-Guy!»

Un hombre que casi nunca daba voces y, sin embargo, entonces lo hizo.

De nuevo, oyó la voz del jefe, pero ahora hablando con tranquilidad, reflexionando, buscando la mejor estrategia.

—Irás como ciudadano particular, no como investigador de Homicidios. No estarás intentando demostrar que Olivier es culpable de nada. Quizá lo que haga falta sea enfocar el caso desde otra perspectiva.

—¿Qué quiere decir?

—Ve a Three Pines y trata de demostrar que Olivier no asesinó al Ermitaño Jakob.

Así que allí estaba Jean-Guy Beauvoir, intentando fingir que aquella gente le caía bien.

A pesar de que no era cierto.

Había poca gente que Beauvoir apreciase y aquel grupo de Three Pines no le había dado motivos para cambiar de parecer. Eran personas astutas, engañosas, arrogantes y muy difíciles de comprender. Sobre todo los anglos. Eran peligrosos, porque no mostraban su criterio abiertamente y ocultaban sus sentimientos tras una sonrisa. ¿Cómo saber qué les pasaba por la cabeza en realidad? Decían una

cosa y pensaban otra. Era difícil imaginar qué ser putrefacto se agazapaba en el espacio que quedaba entre las palabras y las opiniones.

Sí, podían parecer amables y considerados. Pero eran peligrosos.

Cuanto antes pudiera solucionar aquel asunto, pensó Beauvoir mientras les sonreía a punto de darle un trago a la cerveza, mejor.

CINCO

Al bajar el último travesaño, Gamache miró a su alrededor. Habían llevado focos y de una de las recámaras salía un chorro de luz. Su primer impulso, como lo habría sido el de cualquiera, fue ir hacia ella, pero se resistió y miró hacia la penumbra para que se le acostumbrase la vista.

Al cabo de un momento, vio lo que otros hombres y mujeres llevaban cientos de años viendo: un sótano de techos bajos y abovedados, lo que en francés se llamaba un *sous-sol*. Allí nunca había llegado la luz natural, sólo oscuridad interrumpida a lo largo de los siglos por el resplandor de las velas, las lámparas de aceite de ballena y luego las de gas, hasta llegar a la intensa y potente luz eléctrica. Más brillante que el sol y llevada a las profundidades para revelar el peor de los actos.

El robo de una vida.

Y no una cualquiera, sino la de Augustin Renaud.

Pese a su paranoia, Porter Wilson tenía razón, pensó Gamache. Los que querían que Quebec se separase de Canadá iban a disfrutar como niños con aquello. Cualquier cosa que arrojase un asomo de sospecha sobre los ingleses era pasto de alimento para los separatistas. O al menos para las facciones más radicales. Gamache sabía que la gran mayoría de los independentistas era gente considerada, razonable y decente. Pero había unos pocos que estaban bastante locos.

El inspector jefe y su joven guía se encontraban en una antecámara. El techo era bajo, aunque tal vez no para aquellos que lo construyeron. Una dieta pobre y las míseras condiciones de vida los habían hecho varios centímetros más pequeños, pero aun así Gamache sospechaba que la mayoría habría tenido que agacharse, como él en aquellos momentos. El suelo era de tierra y allí el ambiente era fresco, pero no frío. Estaban justo por debajo de la línea de congelación; bajo el sol, pero también bajo la capa de tierra congelada. En una especie de oscuro purgatorio, un lugar en el que nunca hacía calor ni frío.

El inspector jefe acarició la áspera pared de piedra y se preguntó cuántos hombres y mujeres, muertos desde hacía mucho tiempo, la habrían tocado al bajar al sótano a buscar tubérculos. Para mantener con vida a los desnutridos prisioneros el tiempo suficiente hasta ejecutarlos.

A un lado de la antecámara se abría una sala. La habitación de la luz.

—Adelante —le dijo al agente con un gesto de la mano, y después lo siguió.

Una vez dentro, la vista tuvo que acostumbrársele de nuevo, aunque no tardó tanto como antes. Algunos focos estaban colocados de modo que la luz rebotase en el techo abovedado de piedra y en las paredes, pero la mayoría apuntaban hacia una esquina de la estancia. Y en ese rincón había un puñado de hombres y mujeres trabajando. Unos tomaban fotografías, otros recogían muestras y el resto estaban apiñados alrededor de algo que Gamache no alcanzaba a ver, aunque se lo imaginaba.

Un cadáver.

El inspector Langlois se irguió, se sacudió los pantalones y se le acercó.

—Me alegro de que haya cambiado de opinión.

Se dieron la mano.

—Necesitaba tiempo para pensarlo. Madame MacWhirter también me pidió que viniera, para actuar como mediador entre ustedes y ellos.

Langlois sonrió.

—¿Ella cree que lo necesitan?

—Bueno, es más o menos lo mismo que me pidió usted, ¿verdad?

El inspector asintió.

—Así es. Y me alegro de que haya venido, aunque preferiría que esto no fuera formal. ¿Qué le parece si lo consideramos un consultor? —Langlois miró hacia atrás—. ¿Quiere echar un vistazo?

—*S'il vous plaît.*

El inspector jefe conocía esa situación: un equipo de Homicidios empezando a recabar pruebas que un día ayudarían a condenar a un hombre o a una mujer por asesinato. El forense, que seguía allí, estaba levantándose. Era un joven doctor que acudía del hospital Hôtel-Dieu, donde el forense jefe tenía sus oficinas. El que había ido allí no era el jefe, porque Gamache lo conocía. No obstante, era médico, y a juzgar por su compostura, tenía cierta experiencia.

—Lo golpearon desde atrás con esa pala de ahí.

El doctor señaló una herramienta a medio enterrar que había junto al cadáver. Hablaba con el inspector Langlois, aunque no dejaba de mirar a Gamache.

—Está bastante claro. Le dieron varios golpes. He tomado muestras y necesito llevármelo a la mesa, pero no he visto ningún otro traumatismo.

—¿Cuánto hace? —preguntó Langlois.

—Doce horas, con una de margen, más o menos. Hemos tenido suerte con el entorno: es consistente. No llueve ni nieva ni hay fluctuación de temperatura. Luego le daré una hora más precisa.

Se volvió para recoger sus enseres y después los saludó a ambos con un movimiento de cabeza. Pero en lugar de marcharse, el forense miró a su alrededor, vacilante.

No parecía querer irse de allí. Cuando Langlois lo miró de reojo, el joven doctor perdió la compostura, pero se rehízo al instante.

—¿Quiere que me quede?

—¿Por qué? —respondió Langlois un poco seco.

Aun así, el médico insistió.

—Ya sabe.

El inspector se volvió hacia él, como retándolo a ir más allá.

—Dígame.

—Bueno... —El doctor se quedó sin palabras—. Por si encuentran algo más.

Gamache notó la tensión del inspector. Se acercó a él y le susurró:

—Quizá debería quedarse.

Langlois asintió una vez con cara de pocos amigos y el forense se apartó del haz de luz y cruzó la nítida frontera hacia la oscuridad. Y allí esperó.

Por si acaso.

Allí abajo, todos sabían qué quería decir ese «por si acaso».

El inspector jefe Gamache se acercó al cadáver. La intensa luz dejaba muy poco a la imaginación. Se reflejaba en la ropa sucia de aquel hombre, en el cabello largo, blanco y apelmazado, y en la expresión deformada del rostro. En los puños cerrados sobre la tierra. En la horrible herida de la cabeza.

Gamache se arrodilló.

En efecto, el muerto era inconfundible. El extravagante bigote negro que tanto contrastaba con el pelo blanco. Las largas y pobladas cejas que hacían las delicias de los caricaturistas de sátira política. La nariz protuberante y los ojos azules de mirada intensa, casi enloquecida. Incluso en la muerte.

—Augustin Renaud —confirmó Langlois—. No cabe duda.

—¿Y Samuel de Champlain?

Gamache había pronunciado en voz alta lo que todos en aquella habitación, todos los que estaban en el *sous-sol* y en el resto del edificio, habían estado pensando. Sin embargo, ninguno lo había dicho. Ése era el «por si acaso».

—¿Algún rastro de él?

—De momento no —dijo Langlois con fastidio.

Porque allí donde estaba Augustin Renaud, siempre había alguien más.

Samuel de Champlain. Muerto hacía casi cuatrocientos años, y aun así seguía aferrándose a Augustin Renaud.

Champlain, que en 1608 había fundado Quebec, llevaba mucho tiempo muerto y enterrado.

Pero... ¿dónde?

Ése era el gran misterio que acosaba a los quebequeses. De algún modo, con el paso de los siglos, se las habían ingeniado para perder a su fundador.

Sabían dónde estaban enterrados algunos funcionarios menores de principios del siglo xvii, tenientes y capitanes de la brigada de Champlain. Habían desenterrado y vuelto a enterrar a incontables misioneros. Los pioneros, granjeros, monjas, los primeros *habitants*, todos estaban contados y recontados y descansaban en tumbas solemnes con lápidas que visitaban los alumnos de las escuelas, los curas los días de celebración, los turistas y los tours guiados. Los quebequeses se identificaban con nombres como Hérbert y Frontenac y Marie de l'Incarnation, y de ellos contaban historias sobre su amor al prójimo y su valentía.

Pero de uno seguía sin haber rastro. Los restos de uno de ellos seguían sin aparecer.

El padre de Quebec, el más venerado, el más conocido, el más valeroso. El primer quebequés.

Samuel de Champlain.

Un hombre había dedicado toda su vida adulta a buscarlo. Augustin Renaud había cavado, abierto túneles y paleado el subsuelo de gran parte de la vieja ciudad de Quebec en pos de cualquier pista que saliera a la luz, por caprichosa que fuese.

Y ahora allí estaba, debajo de la Sociedad Literaria e Histórica, baluarte de la Quebec angloparlante. Con una pala.

Muerto. Asesinado.

¿Por qué estaba allí? Sólo parecía haber una respuesta a esa pregunta.

—¿Debería comunicárselo al *premier ministre*? —preguntó Langlois a Gamache.

—*Oui*. Al *premier ministre* y al ministro de Seguridad Pública. Al jefe del Departamento de Arqueología, a la Voz de la Quebec Angloparlante, a la Sociedad Saint-Jean-Baptiste y al Parti Québécois. —Gamache miró al inspector con severidad—. Y después convoque una rueda de prensa y cuénteselo a la población. A todos a la vez.

La sugerencia había dejado atónito a Langlois.

—¿No cree que sería mejor quitarle importancia? Quiero decir que, en realidad, no se trata más que de Augustin Renaud, no del *premier ministre*. El pobre era un bufón. Nadie se lo tomaba en serio.

—Sin embargo, sí se tomaban en serio su búsqueda.

El inspector Langlois se quedó mirando a Gamache, pero no dijo nada.

—Es libre de hacer lo que quiera, por supuesto —le concedió el inspector jefe, que comprendía al hombre—, pero como consultor, eso es lo que le aconsejo. Cuéntelo todo y hágalo ya, antes de que los militantes empiecen a hacer circular rumores.

Gamache miró fuera del círculo de luz, hacia las oscuras cavernas más allá de la sala principal.

¿Era posible que Samuel de Champlain estuviera allí justo en ese momento? Armand Gamache, estudioso de la historia de Quebec, sintió un *frisson*, un escalofrío involuntario.

Y si él sentía eso, pensó, ¿cómo reaccionarían los demás?

Elizabeth MacWhirter no se encontraba bien. Le dio la espalda a la ventana, a una vista que siempre le había encantado, hasta aquel día. Seguían viéndose los mismos tejados de metal, las chimeneas, los sólidos edificios de piedra natural, la nevada cada vez más intensa; pero a todo eso se le habían sumado el camión de la televisión y los coches con logos de emisoras de radio en los laterales. Veía a hombres y mujeres a los que reconocía de la televisión y de fotos en *Le Soleil* y *La Presse*. Periodistas. Y no precisamente de la prensa sensacionalista. No sólo de *Allô Police*, aunque éstos también estaban presentes, sino reporteros respetados.

Estaban delante del edificio, con los focos y las cámaras apuntando hacia ellos, dispuestos en línea como para una carrera de sacos, contando sus historias a la provincia. Elizabeth se preguntó qué estarían diciendo.

No podía ser nada bueno, sólo más o menos malo.

Había reunido a los miembros de la junta de la biblioteca para transmitirles la poca información de que disponía. No le había llevado mucho tiempo.

Augustin Renaud había aparecido muerto en el sótano. Pásalo.

Volvió a mirar por la ventana hacia la creciente masa de periodistas y de nieve, una tormenta de cada, una ventisca, y se le escapó un gemido.

—¿Qué te pasa? —preguntó Winnie, que acababa de acercarse a ella—. Oh.

Juntas vieron a Porter bajar la escalera, acercarse al remolino de periodistas y ofrecer una especie de rueda de prensa.

—Madre mía... —suspiró Winnie—. ¿Crees que si le tiro esto le daré?

Levantó el primer volumen del *Shorter Dictionary*.

—¿Vas a lanzarle un libro? —Elizabeth sonrió.

—Qué lástima que nadie nos haya donado una ballesta.

El inspector Langlois presidía la lustrosa mesa de la biblioteca de la Sociedad Literaria e Histórica. La sala era al mismo tiempo íntima y espléndida, y olía al pasado, a un tiempo anterior a los ordenadores, antes de que Google y los blogs tuvieran la respuesta a todas las preguntas. Antes de los portátiles y de las BlackBerry y del resto de las herramientas que confundían la información con el conocimiento. Era una biblioteca antigua, repleta de libros viejos e ideas ancestrales y polvorientas.

Un lugar tranquilo y reconfortante.

Hacía mucho tiempo que el inspector Langlois no entraba en una biblioteca. Desde el instituto: una época repleta de nuevas experiencias y de los aromas que siempre asociaría a esas vivencias. Calcetines de gimnasia. Plátanos podridos en las taquillas. Sudor. Colonia Old Spice. La fragancia del champú Herbal Essence en el pelo de las chicas que besó y algo más. Un aroma tan agradable, tan lleno de deseo que cuando lo olía aún le provocaba una reacción física.

Y las bibliotecas: silenciosas, tranquilas. Un refugio para el caos de la vida adolescente. Cuando las chicas del Herbal Essence se apartaban y se burlaban de él, cuando los chicos de los calcetines de gimnasia lo empujaban y él les devolvía el empujón entre risas. Armando jaleo. Manteniendo el terror a raya tras una mirada feroz.

Recordó lo que sentía en la biblioteca, alejado de posibles ataques, aunque rodeado de cosas mucho más peligrosas que las que vagaban por los pasillos del instituto.

Pues las bibliotecas albergaban ideas.

El joven Langlois se sentaba allí y se hacía con ese poder. El poder de la información, del conocimiento, de las ideas y de un lugar en calma para recopilarlo todo.

El inspector Langlois, del Departamento de Homicidios de la ciudad de Quebec, miró a su alrededor, la biblioteca de dos pisos, las tallas de madera y los tomos antiguos, y se preguntó a quién estaba a punto de interrogar. A personas que tenían acceso a todos aquellos libros, a toda aquella tranquilidad, a todo aquel poder.

Ingleses.

A su derecha, su ayudante tomaba notas. A su izquierda se sentaba un hombre al que hasta ese día sólo había visto de lejos. Lo había escuchado dando charlas. Lo había visto en la televisión. En juicios, audiencias públicas, programas de entrevistas. Y en los funerales, seis semanas antes. De cerca, el inspector jefe Gamache parecía diferente; Langlois sólo lo había visto con traje y su bigote arreglado. Y ahora el hombre no sólo llevaba un cárdigan y pantalones de pana, sino que además se había dejado crecer la barba. Una barba salpicada de gris. También tenía una cicatriz justo por encima de la sien izquierda.

—*Alors* —comenzó Langlois—, antes de que entre el primero, quiero repasar lo que ya sabemos.

—La víctima —leyó el ayudante en su libreta— ha sido identificada como Augustin Renaud. Setenta y dos años. Ya se lo hemos notificado al familiar más cercano, que es su ex mujer. No tienen hijos. Ella hará una identificación oficial más adelante, pero no hay ninguna duda. Llevaba encima el carnet de conducir y la tarjeta sanitaria. En la cartera también tenía cuarenta y cinco dólares, y en los bolsillos, otros tres dólares y veintidós centavos en monedas. Cuando se ha levantado el cadáver, debajo había veintiocho centavos más. Creemos que se le salieron del bolsillo. Son monedas modernas, todas canadienses.

—Bien —dijo Langlois—. Siga.

A su lado, el inspector jefe Gamache escuchaba con las manos entrelazadas sobre la mesa, como si una sujetara a la otra.

—Debajo del cadáver hemos encontrado una cartera de cuero. Dentro había un plano de Quebec que el mismo Renaud había dibujado a mano.

Lo tenían en la mesa. Mostraba las zonas de la ciudad donde el hombre había excavado buscando a Champlain y las fechas. Las primeras eran de hacía décadas.

—¿Alguna idea? —preguntó Langlois a Gamache mientras los tres examinaban el papel.

—Esto me llama la atención.

El inspector jefe sostuvo el dedo sobre una zona del plano que estaba en blanco. En el documento sólo aparecían las calles y los edificios relacionados con la búsqueda de Renaud. Lugares en los que Samuel de Champlain podía estar enterrado. Indicaba la ubicación de la basílica, del Café Buade y una selección de restaurantes y hogares que habían tenido la mala fortuna de haber sido objetivos de Renaud.

Era como si el resto del magnífico casco antiguo no existiera para él.

Y justo donde señalaba Gamache estaba la Sociedad Literaria e Histórica. Invisible. Sin trazar. Territorio ignoto en el mundo Champlain de Renaud.

Langlois asintió.

—Sí, yo también me he dado cuenta. Quizá no le dio tiempo a dibujarla.

—Es posible —admitió Gamache.

—¿Qué está pensando?

—Que sería un error dejarnos cegar por la pasión de Renaud. Este asesinato no tiene por qué estar

relacionado con Champlain.

—Entonces, ¿qué hacía cavando? —inquirió el joven ayudante.

—Buena pregunta —respondió Gamache con una sonrisa amarga—. Podría ser una pista.

—Bien —concluyó Langlois, y guardó el plano en la cartera.

Mientras lo observaba, Gamache se preguntó para qué necesitaba Renaud una cartera de cuero tan grande si sólo llevaba una hoja de papel.

—¿Dentro no había nada más?

Señaló con la cabeza la cartera que Langlois tenía en la mano.

—¿Sólo el plano?

—Sólo el plano, ¿por qué?

—Podría haberlo llevado en el bolsillo; ¿para qué cargar con la cartera?

—Por costumbre —dijo el ayudante—. Seguro que la llevaba a todas partes, por si encontraba algo.

Gamache asintió. No sería tan extraño.

—El forense dice que lo mataron con la pala alrededor de las once de anoche —comentó Langlois—. Cayó de bruces al suelo y alguien intentó enterrarlo.

—A poca profundidad —apuntó el ayudante—. Y no demasiado bien. ¿Cree que pretendía que alguien lo encontrase?

—No sé si usarán el sótano a menudo —reflexionó Langlois—. Habrá que preguntarlo. Que entre el primero, el presidente de la junta. Un tal... —El inspector consultó sus notas—: Porter Wilson.

Porter entró. Procuró disimularlo, pero ver aquella biblioteca, su biblioteca, tomada por la policía lo impactó sobremanera.

No guardaba rencor a los franceses. Era imposible vivir en la ciudad de Quebec y sentirlo. Eso sería una tortura de vida, un tormento innecesario. No, Porter sabía que los francófonos eran gentiles y acogedores, considerados y sensatos. La mayoría lo eran. Había radicales en ambos bandos.

Y ése era su problema. El pastor Tom Hancock se lo recordaba a menudo: por muchos años que pasasen y por más amigos franceses que tuviera, seguía viendo «bandos». Daba igual que su hija se hubiera casado con un francófono, que sus nietos fueran a escuelas francesas y él mismo hablara el idioma como un nativo.

Seguía viendo «bandos» y a sí mismo al margen. Porque era inglés. Y a pesar de eso, sabía que era tan quebequés como cualquiera en aquella elegante sala. No en vano, su familia había vivido allí durante cientos de años. Sin ir más lejos, él había vivido en la ciudad más años de los que tenían el joven agente, el hombre sentado al otro extremo de la mesa o el inspector jefe Gamache.

Había nacido en Quebec, allí había vivido una vida plena e iban a enterrarlo en la misma ciudad. Y pese a todo eso, por muy amables que fuesen, ellos nunca lo considerarían quebequés. Nunca encajaría del todo.

Excepto en aquel lugar. En la Sociedad Literaria e Histórica, en el corazón del casco antiguo. Allí se sentía como en casa, en un mundo inglés formado por palabras inglesas, rodeado por los bustos de los grandes anglos que lo habían precedido.

Sin embargo, aquel día y ante sus propias narices, la policía francesa había llegado y había tomado la sociedad.

—Si es tan amable —le indicó el inspector Langlois.

Se acababa de levantar con diligencia y le señalaba un asiento. Hablaba con su mejor inglés, de fuerte acento.

—Acompáñenos.

Como si el señor Wilson tuviera elección. Ellos eran los anfitriones y él el invitado. Se mordió la lengua para no replicar y se sentó, aunque no en la silla que le había ofrecido.

—Tenemos algunas preguntas —dijo el inspector, directo al grano.

A lo largo de la siguiente hora entrevistaron a todos los presentes. Gracias a Porter Wilson supieron que la biblioteca cerraba todas las tardes a las seis y que seguía cerrada cuando llegaron por la mañana. No había nada fuera de su sitio. Pero el equipo de Langlois había examinado la enorme y vieja cerradura de la puerta principal y, aunque no había señales de que la hubiesen forzado, un niño de seis años un poco espabilado habría podido abrirla sin la llave.

No tenían alarmas.

—¿Para qué querríamos una alarma? —había preguntado Porter—. Si nadie viene cuando tenemos abierto, ¿quién iba a venir cuando está cerrado?

Les informó también de que aquél era el único sitio de toda la ciudad amurallada donde se encontraban libros en inglés.

—Y por lo que parece tienen un buen montón —comentó Gamache—. Al pasar por todos esos corredores y salas traseras he visto que tienen muchos libros sin exponer.

Tras recordar los montones de cajas apiladas por todas partes, pensó que al expresarlo así se quedaba corto.

—¿Qué quiere decir?

—Es un simple comentario.

—Sí, es cierto —admitió Porter a regañadientes—. Cada día que pasa tenemos más. Siempre que alguien muere nos dejan sus libros, así es como nos enteramos de las defunciones. De repente aparece una caja de libros que no valen nada. Es más preciso que consultar las necrológicas del *Chronicle-Telegraph*.

—¿Nunca merecen la pena? —preguntó Langlois.

—Bueno, una vez encontramos un libro de ilustraciones muy bonito.

—¿Cuándo fue eso?

—En 1926.

—¿Y no pueden venderlos? —quiso saber Gamache.

Porter fulminó al inspector jefe con la mirada. Gamache le devolvió el gesto sin saber muy bien qué había provocado aquella reacción tan cáustica.

—¿Habla en serio?

—*Oui, monsieur*.

—No podemos. Lo intentamos una vez, pero a los socios no les pareció bien.

—¿En 1926? —preguntó Langlois.

Porter no contestó.

La siguiente fue Winnie Manning. Les confirmó que, en efecto, la noche era una fresa, pero añadió que los ingleses eran buenas calabazas y que la biblioteca tenía una sección muy impresionante sobre normales y guerra normal.

—De hecho, creo que es un tema que a usted le interesa —añadió, dirigiéndose a Gamache.

—Así es —admitió él para sorpresa de Langlois y de su ayudante.

Cuando Winnie se marchó diciendo que tenía que lanzar una nueva línea de pomos, Gamache se lo aclaró.

—Quería decir «naval», no «normal».

—¿En serio? —preguntó el ayudante, que había tomado notas, pero ya había decidido quemarlas al terminar para evitar sospechas de que las hubiese escrito colocado.

El señor Blake ocupó el sitio de Winnie.

—Stuart Blake —anunció el anciano al sentarse en la silla que le habían ofrecido.

Los miró con interés y cortesía al mismo tiempo. Iba impecablemente vestido y bien afeitado, tenía la piel de la cara suave, tersa y rosada. Y los ojos despiertos. Miró a Gamache y sonrió.

—*Monsieur l'inspecteur* —lo saludó e inclinó la cabeza—, *désolé*. No tenía ni idea de quién era usted.

—Sabía lo importante —respondió Gamache—: que era un hombre necesitado de una biblioteca tan magnífica como ésta. Con eso basta.

El señor Blake sonrió, juntó las manos y esperó. Totalmente relajado.

—Si no me equivoco, usted pasa mucho tiempo en la biblioteca —dijo el inspector Langlois.

—Así es. Desde hace muchos años, cuando me jubilé.

—¿A qué se dedicaba?

—Era abogado.

—Entonces debería llamarlo *maître* Blake —dijo Langlois.

—No, por favor. Llevo años jubilado. «Señor» ya me parece bien.

—¿Desde cuándo colabora con la Sociedad Literaria e Histórica?

—Oh, lo he hecho toda la vida, de un modo u otro. Antes que yo lo hicieron mis padres y abuelos. No sé si está al tanto de que fue la primera sociedad histórica del país. Es anterior a los archivos nacionales. Existe desde 1824, aunque entonces no estaba en este edificio.

—Este edificio —señaló Gamache aprovechando la oportunidad—, ¿tiene una historia interesante?

—Mucho, sí señor. —El señor Blake se volvió hacia el inspector jefe—. No se convirtió en la Sociedad Literaria e Histórica hasta 1868. Antes de eso, aquí estaba el Redoubt Royale, un cuartel militar. También alojaba a prisioneros de guerra, sobre todo americanos. Después se convirtió en una cárcel normal y corriente. Con ejecuciones públicas en la horca y todo.

Gamache no hizo ningún comentario, aunque le interesó que aquel hombre tan civilizado, culto y refinado pareciera hallar deleite en hablarles de semejante brutalidad.

—Los colgaban justo ahí fuera —les contó señalando la puerta principal—. Si creen en fantasmas, éste es el lugar perfecto para ustedes.

—¿Ha visto alguno? —preguntó Gamache para sorpresa de Langlois y del joven agente.

Blake dudó un instante y negó con la cabeza.

—No. Pero a veces siento su presencia, cuando no hay nadie más por aquí.

—¿Viene a menudo cuando no hay nadie más? —inquirió Gamache con simpatía.

—A veces. Me parece un lugar tranquilo. Creo que usted piensa lo mismo.

—*C'est la vérité* —convino el inspector jefe—. No obstante, yo no tengo llave para entrar fuera de horas. Usted sí, y supongo que la utiliza.

De nuevo, el señor Blake vaciló.

—Sí, pero no muy a menudo. Sólo cuando no puedo dormir y estoy dándole vueltas a alguna cuestión.

—¿Como por ejemplo?

—Qué tipo de hierba crece en Rum Island o cuándo se pescó el último celacanto.

—¿Y anoche había alguna cuestión que le quitase el sueño?

Los dos hombres se miraron y al final el señor Blake sonrió y negó con la cabeza.

—No, ninguna. Anoche dormí como un bebé. Como decía Shakespeare, el mejor camino hacia la paz es una conciencia tranquila y reposada.

«O carecer de ella por completo», pensó Gamache mientras observaba al señor Blake con interés.

—¿Hay alguien que pueda confirmarlo? —preguntó el inspector Langlois.

—Soy viudo. Perdí a mi esposa hace ocho años, así que no, no tengo testigos.

—*Désolé* —respondió Langlois—. Dígame, señor Blake, ¿qué cree que hacía Augustin Renaud aquí anoche?

—¿No les parece obvio? Debía de pensar que Champlain estaba enterrado en el sótano.

Ahí la tenían: la respuesta obvia por fin salía a la luz.

—¿Y lo está?

Blake sonrió.

—No. Lo siento, no.

—¿Qué motivos tendría para pensar que lo estaba? —preguntó Langlois.

—¿Qué motivos tenía Renaud para pensar las cosas que pensaba? ¿Es que alguien se ha parado a pensar en eso? Quizá su búsqueda fuera más alfabética que arqueológica y hubiese llegado a la ese. De ser así, tendría tanto sentido como cualquier otro de sus razonamientos, pobre hombre. Supongo que van a excavar, ¿no? —añadió un momento después.

—Ahora mismo es el escenario de un crimen.

—Es increíble —dijo el señor Blake casi para sí mismo—. ¿Qué hacía Augustin Renaud aquí?

—¿Y por qué lo asesinaron? —apuntó Langlois.

—Aquí —añadió Gamache.

Por último entró Elizabeth MacWhirter y se sentó.

—¿Cuál es su trabajo exactamente? —empezó Langlois.

—Bueno, «trabajo» es un término un poco vago. Todos somos voluntarios. Solíamos cobrar un sueldo, pero el gobierno ha recortado el dinero que da a las bibliotecas y ahora destinamos a mantenimiento todo lo que recibimos. Sólo la calefacción ya es una ruina, y acabamos de cambiar la instalación eléctrica. De hecho, de no ser por eso, quizá no habríamos encontrado al señor Renaud.

—¿A qué se refiere? —preguntó Langlois.

—Cuando cambiamos la instalación, también renovamos la del teléfono. Enterramos los cables en el sótano. Si no nos hubiéramos quedado sin teléfono, no habríamos encontrado el cadáver y le habríamos echado una capa de cemento encima.

—*Pardon?*

—La semana que viene. Los del cemento tienen que venir el lunes para colocar el encofrado.

Los hombres intercambiaron una mirada.

—¿Quiere decir que si anoche Renaud o su asesino no hubieran cortado el cable de la línea habrían cubierto el suelo con cemento? ¿Lo habrían sellado? —preguntó el inspector.

Elizabeth asintió.

—¿Quién sabía que iban a hacerlo?

—Todo el mundo.

Se acercó a una mesa, regresó con tres folletos y se los repartió. El anuncio estaba en la portada.

Iban a arreglar la instalación eléctrica, la telefónica y el sótano.

El inspector jefe Gamache plegó el folleto, lo dejó en la mesa y miró a la esbelta señora.

—Aquí dice que van a hacer las obras, pero no menciona la fecha. El día en cuestión me parece muy significativo.

—Puede que tenga razón, inspector jefe, pero la fecha no era ningún secreto. Mucha gente lo sabía. La junta, los voluntarios, los obreros.

—¿De dónde han sacado el dinero para todo eso? Debe de haber costado una fortuna.

—Ha sido caro —admitió ella—. Hemos recurrido a subsidios y donaciones, y hemos vendido

algunos libros antiguos.

—Entonces la venta de libros es bastante reciente —comentó Langlois—. Monsieur Wilson nos ha dicho que no tuvo mucho éxito.

—Y se queda corto —aseguró Elizabeth—. Fue un desastre. Vendimos alguna caja, libros que llevaban décadas acumulando polvo. Una pena. Deberían estar en alguna colección privada donde alguien los disfrute, no amontonados aquí dentro. Y Dios sabe que necesitamos el dinero. Era la solución perfecta: convertir libros en cables.

—¿Qué pasó? —quiso saber Gamache.

—La comunidad fue lo que pasó... Decidieron que somos tanto un museo como una biblioteca y que cada artículo donado era un tesoro. Por desgracia, los libros se han convertido en un símbolo.

—¿De qué?

—Del valor de la lengua inglesa. De la cultura inglesa. Tenían miedo de que si ni siquiera la sociedad valoraba el idioma y la palabra escrita, se perdiera toda esperanza. Dejaron de ser libros y se convirtieron en símbolos de la comunidad inglesa. Había que conservarlos. En cuanto eso sucedió, no hubo forma de convencerlos. Ni de que los comprasen.

Gamache asintió. Elizabeth tenía razón: habían perdido la batalla en aquel momento. Lo mejor era retirarse del campo.

—Así que abandonaron la venta.

—Sí. Por eso tenemos las cajas amontonadas en los pasillos. Si muere aunque sea un solo anciano anglo más, la sociedad explotará.

Se rió, pero sin asomo de humor.

—¿Qué cree que hacía aquí Augustin Renaud? —preguntó Langlois.

—Lo mismo que creen ustedes. Debía de pensar que Champlain estaba enterrado aquí.

—¿Por qué pensaría eso?

Elizabeth se encogió de hombros y hasta aquel gesto pareció refinado.

—¿Por qué pensó que estaba enterrado debajo del restaurante chino? ¿O de aquella escuela? ¿Por qué se le ocurrían esas cosas?

—¿Había estado aquí alguna vez?

—Bueno, sí, anoche.

—Me refiero a si había estado aquí antes de eso.

Elizabeth MacWhirter vaciló.

—Que yo sepa, nunca se lo ha visto dentro del edificio. Pero en la entrada sí. Ayer por la mañana.

El joven ayudante, sorprendido de que alguien hubiese dicho algo digno de mención, estuvo a punto de olvidarse de anotarlo. De pronto, su bolígrafo entró en acción como por arte de magia.

—Continúe —la invitó Langlois.

—Pidió hablar con la junta de dirección.

—¿Cuándo?

—Sobre las once y media. La puerta estaba cerrada, como siempre que tenemos reunión de la junta.

—¿Se presentó aquí sin más?

—Eso es.

—¿Cómo sabía que tenían reunión?

—Ponemos un anuncio en el diario.

—¿En *Le Soleil*?

—No, en el *Chronicle-Telegraph* de Quebec.

—¿El qué?

—El *Chronicle-Telegraph*. —Elizabeth se lo deletreó al ayudante—. Es el periódico más antiguo de América del Norte —recitó.

—Continúe, por favor. Ha dicho que se presentó aquí. ¿Qué pasó? —preguntó el inspector.

—Llamó al timbre, Winnie fue a ver quién era y al volver nos dijo que Renaud quería hablar con nosotros. Lo había dejado plantado en la calle.

—¿Y qué le contestaron?

—Votamos y decidimos no hablar con él. Fue unánime.

—¿Por qué no?

Elizabeth reflexionó.

—Me temo que no reaccionamos bien a los cambios. Yo la primera. Nos hemos creado una vida tranquila y monótona pero feliz. Se basa en nuestras tradiciones. Sabemos que todos los martes tenemos club de bridge y que habrá galletas de jengibre y té negro. Sabemos que los de la limpieza vienen los jueves y dónde se guardan las toallas de papel: en el mismo lugar donde las guardaba mi abuela cuando fue secretaria de la sociedad. No es una vida muy emocionante, pero para nosotros tiene muchísimo valor.

Calló y después apeló al inspector jefe con la mirada.

—La visita de Augustin Renaud iba en contra de todo eso —dijo él.

Ella asintió.

—¿Cómo reaccionó Renaud cuando le dijeron que no iban a recibirlo?

—Bajé a comunicárselo y no le pareció bien, pero lo aceptó. Aseguró que volvería. No pensé que se refiriera a tan pronto.

Recordó estar junto a la gruesa puerta de madera, abierta apenas unos centímetros, como si fuera una monja de clausura y Renaud un pecador. Por debajo del gorro de piel le sobresalía el pelo blanco y del bigote negro le colgaban carámbanos y escarcha, y exhalaba un aliento enfurecido. Sus ojos azules no sólo parecían furiosos, también se veían enrojecidos.

—No pueden impedírmelo, madame —había dicho.

—Ni se me pasaría por la cabeza intentarlo, monsieur Renaud —había replicado ella en un tono que pretendía ser amable. Amistoso incluso.

Pero ambos sabían que mentía. Tenía tantas ganas de impedirle la entrada como él de entrar.

Una vez terminadas todas las entrevistas, Gamache volvió al despacho de la biblioteca y los encontró allí sentados, con una tetera a punto.

—Bienvenido a nuestro pequeño bote salvavidas —dijo Elizabeth.

Se levantó y lo invitó a unirse a Winnie, a Porter y a ella.

—Éste es nuestro combustible.

Señaló la tetera y sonrió.

Henri corrió a saludarlo.

—Espero que no les haya molestado mucho.

Gamache dio unas palmaditas en el costado al perro, se sentó y aceptó una taza de té bien fuerte.

—Eso nunca—dijo Winnie—. ¿Qué va a pasar ahora?

—¿En la investigación? Pues mirarán el informe del forense y empezarán a investigar los movimientos de Augustin Renaud, de su familia y de sus amigos. Intentarán averiguar si hay alguien que quisiera verlo muerto.

Estaban sentados alrededor de la mesa. No eran precisamente una masa agolpada, pero hacían pensar en ello.

—Ha dicho que monsieur Renaud quería hablar con la junta —señaló Gamache dirigiéndose a

Elizabeth.

—¿Se lo has contado? —soltó Porter en un tono más cortante de lo habitual—. Ahora sí que la has hecho buena.

—No tenía elección —dijo Gamache—. Tendrían que habérselo contado todos. Debían de saber que era un dato importante. —Los miró con seriedad—. Se negaron a hablar con él, pero ¿lo habrían hecho tarde o temprano?

Se había dirigido a Porter Wilson, pero se dio cuenta de que todos miraban a Elizabeth, que permanecía en silencio.

—Puede que al final sí. Aunque con ello no ganábamos nada y, sin embargo, sí podía acarrearlos muchos... —Porter se quedó callado, buscando la palabra— inconvenientes.

—Monsieur Renaud podía ser muy persuasivo —apuntó Gamache.

Recordaba las virulentas campañas que el arqueólogo aficionado había emprendido contra cualquiera que le negase el permiso para excavar.

—Cierto —admitió Porter.

Parecía cansado, como si la trascendencia de todo lo sucedido le pesara cada vez más. Por muy horrible que hubiese sido que Augustin Renaud se hubiera puesto a cavar bajo la sociedad en busca de Champlain, había ocurrido algo aún peor.

—¿Me permiten ver el acta de la reunión?

—Todavía no está hecha —respondió Elizabeth.

—Me vale con las notas.

Esperó. Al final ella le entregó la libreta, él se puso las gafas de leer de media luna y repasó las anotaciones fijándose sobre todo en quiénes habían asistido.

—Veo que Tom Hancock y Ken Haslam estaban presentes, pero se marcharon antes de acabar. ¿Estaban cuando llegó Augustin Renaud?

—Sí —afirmó Porter—. Se fueron poco después. Estábamos todos.

Gamache siguió leyendo las anotaciones y al acabar miró a Elizabeth por encima de las gafas.

—No menciona la visita de monsieur Renaud.

Elizabeth MacWhirter lo miró fijamente. Era evidente que cuando le pidió ayuda no esperaba que fuese a hacer tantas preguntas. Y mucho menos tan incómodas como aquéllas.

—Tomé la decisión de no incluirlo. Al fin y al cabo, no hablamos con él. No pasó nada.

—Sí pasó algo, madame —la corrigió Gamache—. Diría que mucho.

Se dio cuenta de que la mujer había hablado en primera persona del singular, no del plural. ¿Estaba exculpando a los demás? ¿Pretendía responsabilizarse de todo o de verdad había sido una decisión unilateral?

Tal vez estuvieran en un bote salvavidas, pero Gamache tenía bastante claro quién lo capitaneaba.

SEIS

A primera hora de la tarde, Jean-Guy Beauvoir se dio cuenta de que ya había cometido un error. No era importante, pero sí molesto.

Tenía que regresar a Montreal e interrogar a Olivier Brulé. Debería haberlo hecho primero, antes de ir a Three Pines. Pero en lugar de eso, ya llevaba una hora sentado tranquilamente en el *bistrot*. Todos se habían marchado, no sin antes asegurarse de que él estaba en el mejor asiento: frente a la chimenea, en el gran sillón de cuero envejecido. Mojó una galleta de naranja en el *café au lait* y miró la caída suave pero continua de la nieve a través de la ventana escarchada. Billy Williams había pasado una vez con la máquina quitanieves; sin embargo, la nevada ya había rellenado los huecos.

Beauvoir contempló el dossier que tenía en la mano y siguió leyendo, cómodo y calentito. Treinta minutos después, miró la hora en el reloj marinero de la repisa de la chimenea: la una y veinte.

Hora de partir.

Aunque no hacia Montreal. No con ese tiempo.

Volvió a su habitación del hostel y se cambió de atuendo. Se puso la ropa interior larga de seda y encima fue añadiendo capas estratégicas, y acabó con el mono para la nieve. No lo llevaba casi nunca, porque era bastante presumido y con él parecía un robot de «Perdidos en el espacio». No era casualidad que en invierno Quebec se pareciese a una base de operaciones para una invasión alienígena.

Por suerte para él, las posibilidades de encontrarse con el editor de *Vogue Hommes* en el bosque eran escasas.

Subió la colina con el silbido del nailon entre los muslos a cada paso y sin poder bajar los brazos del todo. Se sentía como un zombi, avanzando por la cuesta hacia el hotel balneario con pasos lentos y pesados.

—*Oui?*

Carole Gilbert abrió la puerta y contempló al zombi cubierto de nieve. No se sobresaltó en absoluto, ni siquiera pareció sorprendida. Tan amable como siempre, retrocedió un par de pasos y dejó pasar al alienígena al interior del hotel que regentaban su hijo y su nuera.

—¿Qué puedo hacer por usted?

Beauvoir fue despojándose de la ropa de abrigo como si desarrollara una momia: se sentía como una colección de personajes de serie B. Por último, se quitó el gorro y Carole Gilbert le ofreció una cálida sonrisa.

—El inspector Beauvoir, *non?*

—*Oui, madame, comment allez-vous?*

—Muy bien, gracias. ¿Ha venido a quedarse? No he visto su nombre entre las reservas.

La señora se volvió hacia el amplio vestíbulo de la recepción, con las baldosas negras y blancas, el lustroso mostrador de madera y las flores recién cortadas pese a estar en pleno invierno. Era una imagen muy tentadora y, por un momento, Beauvoir se arrepintió de no haber hecho una reserva. Pero enseguida recordó los precios y el motivo de su visita.

No estaba allí por los masajes ni por el menú *gourmet*, sino para averiguar si Olivier había matado

al Ermitaño o no.

«¿Por qué movería Olivier el cadáver?»

Estaba de pie justo en el lugar donde el dueño del *bistrot* había tendido al Ermitaño. Eso lo había admitido él mismo: había cargado con el muerto a través del bosque en mitad de la noche, el fin de semana del Día del Trabajo. La puerta estaba sin cerrar y él dejó el triste paquete en el suelo, sin más. Justo allí.

Beauvoir miró hacia abajo. Estaba derritiéndose como la Bruja Mala del Oeste y sus botas, cubiertas de nieve, iban formando un charco sobre las baldosas. Pero a Carole no parecía importarle; le preocupaba más la comodidad del inspector.

—No, me alojo en el hostel.

—Muy bien.

Buscó el menor indicio de celos profesionales, pero no lo encontró. ¿Por qué iba a tenerlos? Parecía inconcebible que los dueños de aquel magnífico hotel balneario pudieran tener celos de cualquier otro establecimiento, sobre todo del hostel de Gabri, que ya estaba un tanto maltrecho.

—¿Qué lo trae por aquí? —preguntó ella con voz alegre y amable—. ¿Ha venido con el inspector jefe?

—No, estoy de vacaciones. Bueno, de baja.

—Es cierto... Le pido disculpas —dijo con verdadera preocupación—. Qué tonta. ¿Cómo se encuentra?

—Estoy bien. Mejor.

—¿Y monsieur Gamache?

—Él también está mejor.

Lo cierto era que Beauvoir estaba algo cansado de contestar siempre las mismas preguntas.

—Me alegre mucho.

La mujer le hizo una señal para que entraran en el hotel, pero él prefirió no moverse de allí. Tenía prisa y su temperamento le impedía disimularlo, aunque estaba haciendo un esfuerzo consciente por calmarse. Al fin y al cabo, se suponía que estaba de vacaciones.

—¿Qué puedo hacer por usted? Supongo que no habrá venido por el tratamiento de lodo caliente. ¿Por la clase de tai chi, quizá?

Beauvoir se dio cuenta de que ella lo miraba desconcertada. ¿Estaba riéndose de él? Pensó que no, que lo más probable era que estuviese bromeando sin malicia sobre los servicios del balneario. Su hijo Marc y Dominique, su esposa, habían comprado aquel lugar un año antes, cuando aún era un caserón venido a menos, y lo habían convertido en un magnífico hotel balneario. Habían invitado a la madre de él, Carole Gilbert, a mudarse a Three Pines desde la ciudad de Quebec para ayudarlos a llevar el negocio.

—Me ha pillado; ¿será porque he venido con el traje de tai chi?

Abrió los brazos para que pudiera apreciar el mono de esquí en todo su esplendor y ella se echó a reír.

—En realidad he venido a pedirle un favor. Quería tomar prestada una de sus motos de nieve. Si no me equivoco, tienen unas cuantas para sus clientes.

—Cierto, así es. Voy a decirle a Roar Parra que lo ayude.

—*Merci*. Había pensado en ir al bosque, a la cabaña.

Mientras lo decía, observó el rostro de la mujer en busca de una reacción. Y la halló. La amable señora se volvió glacial. Era interesante ver cómo hacía tan sólo unos instantes se la veía tranquila, alegre y relajada y ahora, aunque a nivel físico apenas se habían producido cambios, parecía hecha de

hielo. Irradiaba frío.

—¿Ah, sí? ¿Y eso por qué?

—Quiero verla otra vez. Por hacer algo.

Ella lo escrutó de cerca con mirada gélida. Entonces recuperó la máscara y volvió a ser la *gentille grande dame* de la mansión.

—¿Con este tiempo?

Miró la nevada por la ventana.

—Si dejase de hacer cosas por culpa de la nieve, en invierno no daría palo al agua.

—No le falta razón —admitió ella, aunque a Beauvoir le pareció que a regañadientes—. Supongo que aún no se habrá enterado, pero ahora mi marido vive allí.

—¿Ah, sí?

Nadie le había dicho nada. Sin embargo, ella había dicho «marido», no «ex marido». Llevaban años separados y de pronto, sin que nadie lo invitara, Vincent Gilbert había aparecido en el hotel balneario casi al mismo tiempo que el cadáver del Ermitaño.

—¿Seguro que no prefiere el tratamiento de barro? Yo diría que es casi como pasar una hora con Vincent.

Beauvoir se echó a reír.

—*Non, madame, merci.* ¿Cree que le molestará que me acerque?

—¿A Vincent? Lo siento, ya no intento averiguar cómo le funciona la cabeza. —No obstante, cedió un ápice y sonrió al hombre derretido—. Estoy segura de que le encantará tener compañía. Pero será mejor que se dé prisa o se le hará demasiado tarde.

Ya eran las dos. A las cuatro estaría oscuro.

Y cuando el sol de invierno se ponía en el bosque quebequés, de las sombras surgían monstruos. No como los de las películas de serie B, nada de zombis, momias ni alienígenas. Eran espectros muchos más sutiles y antiguos. Criaturas invisibles que llegaban con la caída de las temperaturas. Muerte por congelación, muerte por exposición, muerte por salirse del camino aunque sea un paso y perderse. La muerte, paciente y ancestral, aguardaba la puesta del sol en los bosques de Quebec.

—Acompañeme.

Carole Gilbert, menuda y refinada, se puso un abultado abrigo y se unió al ejército alienígena. Rodearon el hotel bajo la intensa nevada de copos suaves y gruesos. No muy lejos, Beauvoir vio esquidores de fondo cruzando los campos a grandes zancadas por recorridos perfectamente marcados. En cuestión de minutos estarían a resguardo, dando sorbitos a una taza de agua caliente con limón, miel y ron, o tomando chocolate deshecho junto al fuego, con las mejillas sonrosadas y la nariz congestionada mientras se frotaban los pies para activar la circulación.

Si eran huéspedes del hotel, estarían sanos y calentitos, y tendrían el dinero para pagarlo.

En cambio, él iba de camino al bosque, tratando de ganarle la carrera al sol, para llegar a una cabaña donde se había producido un asesinato y ahora vivía un auténtico gilipollas.

—Roar —llamó Carole Gilbert.

El hombre achaparrado salió de la caseta y se irguió. Tenía el pelo y los ojos casi negros y una complexión muy fuerte.

—Madame Gilbert —respondió, y la saludó con la cabeza.

No era un gesto servil, sino respetuoso. Y el inspector Beauvoir se dio cuenta de que todos trataban a aquella mujer con respeto porque ella se lo tenía también a los demás. Igual que ahora con aquel hombre de los bosques.

—Te acuerdas del inspector Beauvoir, ¿verdad?

Antes de tenderle la mano, Roar Parra vaciló durante un incómodo instante, pero Beauvoir no se sorprendió. Tanto él como el resto del equipo de Homicidios le habían hecho la vida imposible. Su esposa Hanna, su hijo Havoc y él habían sido los principales sospechosos del asesinato.

El inspector lo miró: un hombre familiarizado con el bosque, que había abierto un camino directo a la cabaña del Ermitaño. Era checo. Como el fallecido. Su hijo trabajaba para Olivier y podría haberlo seguido una noche y hallado la cabaña y todos sus tesoros.

Casi con total seguridad, el Ermitaño había reunido toda aquella riqueza material a base de robársela a gente del Bloque del Este cuando los muros se desmoronaban. Mientras se desintegraba el comunismo y la gente estaba desesperada por salir y emigrar a occidente.

Le habían confiado al hombre equivocado sus tesoros familiares, ocultos y protegidos durante generaciones de régimen comunista. Se los habían entregado al Ermitaño antes de que se convirtiera en ermitaño; cuando no era más que un hombre con un propósito: robarles. Pero no sólo les había quitado antigüedades y obras de arte, también les había arrebatado sus esperanzas, su confianza.

¿Habría robado también a Roar y a Hanna Parra? ¿Era posible que ellos lo hubiesen descubierto?

¿Fueron ellos quienes lo asesinaron?

Carole Gilbert los había dejado solos en la caseta.

—¿Para qué va a la cabaña?

Aquel hombrecito robusto no tenía la menor sutileza.

—Por curiosidad. ¿Le molesta?

Ambos se miraron fijamente.

—¿Ha venido a meternos en más líos?

—He venido a relajarme. A dar un buen paseo en moto por el bosque, nada más. Si no se da prisa, se me hará demasiado tarde.

Mientras se ponía el casco sobre el gorro de lana, se montaba en la moto y le daba al acelerador, el inspector Beauvoir se preguntó si el objetivo de Parra no sería justo ése. ¿Estaba yendo poco a poco con la intención de que Beauvoir se quedase atrapado en el bosque después del anochecer?

Concluyó que no. La idea era demasiado refinada. Aquél era un hombre que golpeaba a sus enemigos en la cabeza, tal como había muerto el Ermitaño.

Se despidió de él con la mano y se marchó, sintiendo la potente vibración de la máquina entre las piernas. En los últimos diez años, desde que estaba en Homicidios, había montado muchísimas veces en moto de nieve. Le encantaban. El ruido, la potencia, la libertad. El frío tonificante, la nieve salpicándole la cara. Aislado por el mono, tenía el cuerpo caliente, casi demasiado, pues notaba la transpiración.

Beauvoir agarró bien el manillar y se inclinó para tomar una curva. La pesada máquina lo siguió. Sin embargo, notó algo diferente.

Algo no iba bien.

No en el vehículo, sino en él. Un dolor familiar en el abdomen.

Imposible. Estaba sentado encima de la moto, nada más. No estaba haciendo ningún esfuerzo.

Siguió adentrándose por el estrecho sendero, hacia el corazón del bosque. Sin las hojas, los árboles parecían fríos y desnudos. Las sombras eran largas e intensas, como las punzadas que sentía en el vientre y en el costado y que ya le llegaban hasta el pubis.

Beauvoir respiró hondo, pero el dolor no hizo más que empeorar.

Finalmente tuvo que detenerse.

Se agarró la cintura y poco a poco se dejó caer hacia delante, con el brazo apoyado en el manillar. Con el motor aún en marcha, descansó la cabeza en el brazo y procuró concentrarse en la vibración,

en el reconfortante, intenso y predecible sonido de la civilización. Pero su mundo había cedido ante una única sensación.

El dolor.

Un dolor desesperante y conocido. Aunque creía haberlo dejado atrás para siempre, había vuelto a dar con él en el bosque, con el sol de invierno a punto de ponerse.

Cerró los ojos y se concentró en su propia respiración. La escuchó, la sintió. Inspirar hondo sin tensión, soltar el aire con tranquilidad.

Aquello había sido un error y se preguntaba cuán grande. En cuestión de una hora, tal vez un poco más, el bosque estaría a oscuras. ¿Quién daría la voz de alarma? ¿Quién iba a echarlo de menos? ¿Roar Parra se iría a casa sin más? ¿Carole Gilbert cerraría la puerta con llave y echaría otro leño al fuego?

De pronto sintió una mano en la cara y quiso levantar la cabeza de golpe. Pero esa misma mano se lo impidió. No con violencia, pero sí con seguridad. Beauvoir abrió los ojos y vio una mirada azul.

—No se mueva, quédese quieto.

Era un hombre mayor. Tenía el rostro curtido por la edad, pero la mirada despierta. Sin perder un instante, le metió la mano desnuda que le había posado en la cara por debajo de la bufanda y del jersey de cuello alto y le tomó el pulso.

—Chis —protestó el hombre.

Beauvoir permaneció callado.

Sabía quién era: Vincent Gilbert. El doctor Gilbert.

El gilipollas.

Sin embargo, Gamache, Myrna, el Viejo Mundin y el resto afirmaban que también era un santo.

Beauvoir no había sido testigo de aquella faceta. Mientras investigaban el asesinato del Ermitaño, le había parecido gilipollas de los pies a la cabeza.

—Venga conmigo.

Gilbert le pasó la mano por encima, apagó el motor y después lo rodeó con los brazos para ayudarlo a levantarse poco a poco. Los dos recorrieron el camino despacio y cada pocos pasos el inspector se detenía a tomar aliento. En una de esas paradas, vomitó. Gilbert se quitó la bufanda, le limpió la cara y esperó. Y esperó. En mitad del frío y la nieve, esperó hasta que Beauvoir pudo seguir. Con cuidado, sin mediar palabra, renquearon bosque adentro mientras el inspector descansaba su peso sobre la gran estatura del anciano gilipollas.

Con los ojos cerrados, Beauvoir se concentró en arrastrar un pie delante del otro. Sentía el dolor que le irradiaba del costado, pero también el beso de los copos de nieve en la cara, así que intentó concentrarse en eso. Entonces las sensaciones cambiaron: la nieve dejó de rozarle la cara y oyó el eco de sus pasos sobre madera.

Habían llegado a la cabaña. Estaba a punto de echarse a llorar de agotamiento y alivio.

Al entrar abrió los ojos y, a mil kilómetros, en el otro extremo de la estancia, vio una cama grande. Sobre ella había un cálido edredón y almohadas mullidas.

Y todo lo que quiso hacer en aquel momento fue cruzar la habitación, mucho más amplia de lo que recordaba, para llegar a la cama.

—Ya casi estamos —susurró el doctor Gilbert.

A medida que iban recorriendo palmo a palmo el suelo de madera, Beauvoir contemplaba la cama deseando que se acercara a él. Hasta que por fin, por fin la alcanzaron.

El doctor Gilbert lo sentó a un lado y, mientras Beauvoir flaqueaba y dejaba colgar la cabeza como buscando la almohada, él lo sostuvo erguido y lo desvistió.

Cuando hubo terminado, lo dejó hundirse poco a poco en la cama, hasta que la agotadísima cabeza del inspector tocó la almohada, y lo tapó hasta las orejas con las sábanas de franela y, por fin, por fin, con el edredón.

Beauvoir se quedó dormido con el dulce olor a madera de arce de la chimenea y a sopa casera, con la sensación de que la calidez de la cabaña se cernía sobre él mientras en el exterior llegaba la oscuridad y se acumulaba la nieve recién caída.

Se despertó unas horas más tarde y fue recuperando la conciencia poco a poco. Le dolía el costado como si le hubieran propinado una fuerte patada, pero las náuseas se le habían pasado. El doctor le había metido una bolsa de agua caliente en la cama y se despertó acurrucado, abrazado a ella.

Se quedó tendido en la cama con pereza, medio dormido, hasta que empezó a enfocar la habitación con claridad.

Vincent Gilbert estaba sentado en una butaca grande, junto al fuego. Leía un libro y tenía una copa de vino tinto a su lado; los pies calzados en un par de zapatillas, descansando sobre un reposapiés.

A Beauvoir la cabaña le resultó familiar pero diferente al mismo tiempo.

Las paredes seguían siendo de troncos y ni las ventanas ni la chimenea habían cambiado. Por todo el suelo había alfombras, pero ya no eran las delicadas alfombras orientales hechas a mano que tenía el Ermitaño. Aquéllas eran de paño, también hechas a mano, pero en un lugar mucho más cercano.

De las paredes colgaba algún cuadro, aunque no eran las obras maestras que el Ermitaño había coleccionado y escondido allí. No eran más que modestas muestras de artistas quebequeses. Obras refinadas, sí, pero tal vez no espectaculares.

La copa de la que bebía el doctor Gilbert era como cualquier otra, no se trataba del cristal de plomo tallado que encontraron tras el asesinato.

Sin embargo, el cambio más notable era que, mientras que el Ermitaño se iluminaba con candelabros de plata, oro y porcelana fina, el doctor Gilbert tenía una lámpara. Una lámpara eléctrica. Y en la mesita de su lado, Beauvoir vio un teléfono.

La electricidad se había abierto camino hasta el corazón del bosque para llevar energía a aquella rústica cabaña.

Entonces el inspector recordó para qué había ido allí. Para ver una vez más el lugar donde se había cometido el asesinato. Miró hacia la puerta y se dio cuenta de que allí también había una alfombra, justo donde antes estaba la mancha de sangre. O donde tal vez seguía estando.

La muerte se había acercado a aquella tranquila cabaña, pero ¿con qué forma? ¿La de Olivier o la de otra persona? ¿Qué motivos la habían impulsado? Tal como el inspector jefe Gamache les había enseñado, lo importante de un asesinato no era la pistola ni el cuchillo ni el golpe en la cabeza, sino lo que motivaba ese golpe.

¿Qué le había arrebatado la vida al Ermitaño? ¿La avaricia, como sostenían Gamache y la fiscalía de la corona? ¿O fue otra cosa? ¿Miedo, rabia, venganza, celos?

Los tesoros que hallaron allí eran sorprendentes, pero no lo más asombroso del caso. En la cabaña había algo más, algo mucho más inquietante.

Una palabra tejida en una telaraña, en la esquina del techo donde las sombras eran más profundas.

«Woo.»

Habían encontrado la misma palabra tallada con muy poca traza en un pedazo de madera manchada de sangre. Se le había caído al muerto de la mano y había ido a parar debajo de la cama, como si estuviera escondiéndose. Una pequeña palabra de madera... «Woo.» Pero ¿qué quería decir?

¿La había tallado el Ermitaño?

No era probable: él era un maestro, y aquel trabajo era rudimentario, pueril.

La fiscalía había concluido que Olivier había tejido la palabra «Woo» en la telaraña y que la había tallado en madera en su esfuerzo continuado por aterrorizar al Ermitaño y hacer que no saliera de la cabaña. Y al final Olivier había admitido que, en efecto, aquél era su objetivo: convencer al viejo loco de que el mundo exterior era peligroso. De que estaba lleno de demonios y furias y seres espeluznantes.

«Se acerca el caos, viejo amigo», le había susurrado el Ermitaño a Olivier la última noche de su vida. Olivier había hecho bien su trabajo y el hombre estaba completamente aterrorizado.

Sin embargo, a pesar de haber admitido todo lo demás, Olivier negaba dos cosas.

Haber matado al Ermitaño.

Y haber tejido y tallado la palabra «Woo».

El jurado no le creyó, así que lo declararon culpable y lo condenaron a prisión. El inspector jefe Gamache había preparado el caso contra su amigo a conciencia y con mucho dolor, y Jean-Guy no sólo había colaborado, sino que también creía con firmeza en sus argumentos.

Y ahora el jefe le pedía que desmontase esos argumentos y volviera a montarlos. Sólo que esa vez debía averiguar si las mismas pistas podían exonerar a Olivier y señalar a otro culpable.

Como el hombre que estaba con él en la cabaña.

Gilbert levantó la mirada y le sonrió.

—Hola.

Cerró el libro y se levantó sin prisa.

Beauvoir se recordó que aquel hombre alto, delgado, de pelo blanco y mirada inquisitiva estaba más cerca de cumplir los ochenta que de los setenta.

Gilbert se sentó a un lado de la cama y le ofreció una sonrisa tranquilizadora.

—¿Me permite? —preguntó antes de tocarlo.

Beauvoir dijo que sí con la cabeza.

—He hablado con Carole y le he dicho que va a pasar la noche aquí —dijo el doctor Gilbert al tiempo que apartaba el edredón—. Me ha dicho que llamará al hostel para avisar a Gabri. No se preocupe por nada.

—*Merci*.

El doctor le palpó el abdomen con manos cálidas y firmes.

En los dos meses anteriores, a Beauvoir lo habían toqueteado infinidad de veces, sobre todo durante los primeros días. Era como un nuevo tipo de despertador: cada cierto número de horas se despertaba, atontado por la medicación, con el tacto de unas manos frías en la tripa.

Ningunas como las de Gilbert. El inspector hizo alguna mueca de dolor, pese a haberse prometido no hacerlo. El dolor lo pilló por sorpresa, pero en cuanto mostraba signos de incomodidad, las manos del doctor se detenían, dejaban que Beauvoir recobrase el aliento y seguían.

—Seguramente no debería haber cogido la moto de nieve —dijo Gilbert con una sonrisa mientras volvía a taparlo—, pero supongo que eso ya lo sabía. La bala dañó algunos tejidos; sin embargo, los efectos a largo plazo son, digamos, por la onda expansiva del impacto. ¿Se lo ha explicado algún médico?

Beauvoir negó con la cabeza.

—A lo mejor estaban demasiado ocupados. La bala le atravesó el costado. Imagino que perdió bastante sangre.

El inspector asintió, procurando mantener las imágenes a raya.

—No afectó a ningún órgano interno —continuó el doctor Gilbert—, pero la onda del impacto contusionó los tejidos. Eso es lo que le molesta cuando se esfuerza demasiado, como esta tarde. Pero

está curándose bien.

—*Merci* —dijo Beauvoir.

Comprender la situación lo ayudaba.

Y supo entonces que el hombre era un santo. Había estado en manos de muchísimos médicos, hombres y mujeres. Todos se dedicaban a sanar personas y tenían buenas intenciones, aunque unos fueran más amables que otros, o más bruscos. Todos le habían dejado bien claro que querían que sobreviviese y, no obstante, ninguno de ellos le había hecho sentir que su vida era inestimable, que merecía la pena salvarla, que tenía un valor.

Vincent Gilbert sí. Sus poderes curativos iban más allá de la carne, de la sangre. Más allá de los huesos.

Gilbert dio unas palmaditas sobre la ropa de cama e hizo ademán de levantarse, pero cambió de parecer y cogió un botecito de pastillas de la mesita.

—Las he encontrado en su bolsillo.

Beauvoir tendió la mano, pero Gilbert cerró la suya alrededor del bote y lo miró a la cara. Se produjo un largo silencio. Al final el doctor cedió y le devolvió el medicamento.

—Tenga cuidado con ellas.

Beauvoir cogió el botecito y sacó un comprimido.

—Medio, quizá —dijo el doctor Gilbert, y se la quitó de la mano.

Beauvoir miró cómo partía una diminuta pastilla de oxicodona por la mitad con manos expertas.

—Las tengo por si acaso —explicó él, y se la tomó.

Gilbert le dio un pijama limpio.

—¿Por si hace alguna tontería? —preguntó con una sonrisa—. En ese caso, necesitará un bote más.

—Ja, ja —repuso el inspector.

Casi de inmediato empezó a sentir la calidez que se le extendía por el cuerpo y mitigaba el dolor, así que si el comentario de Gilbert tenía alguna mala intención, la pasó por alto.

Mientras se vestía, se fijó en que su compañero servía dos boles de sopa en la cocina y cortaba pan recién horneado.

—Esta noche hay partido de Les Canadiens, ¿verdad? —preguntó Gilbert mientras volvía con la comida. Lo ayudó a acomodarse en la cama y añadió—: ¿Quiere verlo?

—Por favor.

En cuestión de minutos estaban comiendo pan y sopa y viendo a Les Canadiens vapulear a Nueva York.

—Está demasiado salada —espetó Gilbert—. Le dije a Carole que no pusiera tanta sal en la comida.

—Para mí está bien.

—Entonces no tiene gusto. Lo habrán criado con patatas fritas con queso y hamburguesas.

Beauvoir miró al doctor Gilbert esperando ver una sonrisa. Pero en su atractivo rostro sólo vio una expresión de enfado. A alguien lleno de sí mismo, irascible, caprichoso.

El gilipollas había vuelto. O, lo que era más probable, llevaba ahí todo el tiempo, en aparente y perfecta convivencia con el santo.

SIETE

Armand Gamache se levantó de noche sin hacer ruido, encendió la lámpara de la mesita y se vistió con ropa de abrigo. *Henri* lo observaba con la pelota de tenis en la boca, moviendo la cola. Bajaron de puntillas la estrecha escalera de caracol, cuyos peldaños de madera parecían tallados en el corazón mismo de la vieja casa. Émile lo había instalado en la planta superior, donde antes estaba la habitación de matrimonio. Era un espléndido espacio abierto con vigas de madera y ventanas abuhardilladas a ambos lados del tejado. Su mentor le había explicado que ya no se sentía seguro subiendo aquella escalera tan empinada y estrecha, de peldaños desgastados por cientos de años de pisadas, y le había preguntado si le importaría quedarse allí.

Para Gamache no suponía ningún problema, sólo que confirmaba lo que él ya pensaba: su mentor estaba yendo a menos.

Henri y él bajaron dos pisos hasta el salón, donde la estufa de leña aún estaba quemando e irradiaba calor. Encendió una luz, se puso su abrigo más cálido, gorro, bufanda y manoplas, y salió sin olvidar el elemento más importante: el lanzapelotas para *Henri*. El perro estaba enamorado de aquel artilugio. Y Gamache también.

Caminaron por las calles desiertas de la vieja Quebec, subieron St-Stanislas e hicieron un descanso delante de la Sociedad Literaria e Histórica. Veinticuatro horas antes, Augustin Renaud estaba tendido en el sótano, oculto. Asesinado. Si al cavar aquella tumba tan poco profunda el asesino no hubiera cortado la línea de teléfono, habrían cementado el sótano y Augustin Renaud se habría sumado a los incontables cadáveres escondidos por toda la ciudad.

No hacía mucho, los arqueólogos habían descubierto esqueletos dentro de las murallas de piedra que rodeaban el casco viejo: los cadáveres de los soldados americanos capturados tras un asalto en 1803. Las autoridades se apresuraron a confirmar que los hombres ya estaban muertos cuando los emparedaron, pero Gamache, en su fuero interno, se permitía dudar. Al fin y al cabo, ¿de qué servía meter cadáveres en el interior de una muralla si no como grotesco castigo o para ocultar un crimen? Si Quebec se había construido a base de huesos y paradojas, era lógico que los soldados invasores se hubieran incorporado a sus defensas.

A punto había estado Augustin Renaud de seguir ese mismo camino y convertirse para siempre en parte de la ciudad. Cubierto de cemento debajo de la Sociedad Literaria e Histórica, habría ayudado a mantener en pie aquella venerable institución inglesa. Sin lugar a dudas, la vida de Renaud era la madre de todas las ironías. Como aquella vez que, excavando en directo para la televisión en busca de Champlain, sólo consiguió llegar al sótano de un restaurante chino. Y dado que Champlain había pasado gran parte de su vida buscando China, el acontecimiento era cuando menos irónico. O la ocasión en que abrió un ataúd sellado convencido, una vez más, de que se trataba de Champlain y el contenido presurizado explotó formando una columna de fervor misionero. El jesuita del interior salió despedido hacia los cielos convertido en polvo, inmortal. Aunque aquélla no era la clase de inmortalidad que esperaba o por la que había orado. Al final, el clérigo volvió a la tierra en forma de gotas de lluvia para incorporarse a la cadena alimenticia y acabar en la leche materna de las nativas a las que había intentado erradicar.

Renaud había esquivado un destino similar por los pelos. Había estado a tan sólo unas horas de formar parte de los cimientos de la Sociedad Literaria e Histórica.

En un primer momento, Armand Gamache había tenido la esperanza de haber cumplido con el compromiso contraído con Elizabeth MacWhirter y el resto de la sociedad al asistir a las entrevistas iniciales, pero ahora sabía que no iba a ser así. Renaud había exigido hablar con la junta, la junta se había negado y además había eliminado el incidente del acta. En cuanto eso saliese a la luz, iba a costarles caro. Y los anglos serían quienes pagarían los platos rotos.

No, pensó Gamache mientras atravesaba el portal de la muralla arrastrando los pies por la nieve con *Henri* a su lado, no podía abandonarlos. Todavía no.

Casi había parado de nevar y la temperatura estaba bajando. No había tráfico ni el menor ruido, salvo las pisadas de Gamache en la nieve.

Eran las tres y veinte de la madrugada.

Todas las noches se despertaba alrededor de esa hora. Al principio intentaba seguir durmiendo, luchaba contra el insomnio desde la cama. Pero después de varias semanas lo aceptó como situación temporal. En lugar de resistirse, *Henri* y él se levantaban sin hacer ruido y salían a dar un paseo; primero por su vecindario de Montreal y ahora en la ciudad de Quebec.

Gamache sabía que para llegar al final del día, de noche necesitaba ese rato a solas con sus pensamientos.

Necesitaba pasar un rato tranquilo con la voz que tenía en la cabeza.

—Mi padre me enseñó a tocar el violín—respondió el agente Paul Morin a la pregunta de Gamache—. Yo debía de tener cuatro años. En alguna parte tenemos un vídeo: mi padre y mi abuelo tocando el violín, y yo delante de ellos, con unos pantalones cortos que me iban enormes. Parecían unos pañales. —Morin se echó a reír—. Yo y mi violín pequeñito. Mi madre estaba sentada al piano y mi hermana hacía como si dirigiese una orquesta. Tenía tres años, no más. Ahora está casada, ¿sabe? Y espera un bebé.

Gamache giró a la izquierda y atravesó a oscuras las instalaciones del carnaval, a los pies de las Llanuras de Abraham. Había un par de vigilantes de guardia, pero no se le acercaron. Hacía demasiado frío para una confrontación. Gamache y *Henri* siguieron el camino serpenteante entre las atracciones que, al cabo de unas horas, estarían atestadas de críos emocionados y padres helados de frío. Enseguida dejaron atrás los tenderetes, casetas y juegos de feria y atravesaron una arboleda hacia la llanura de triste fama y el monumento erigido donde Wolfe, el general inglés, cayó herido y murió el 13 de septiembre de 1759.

Gamache cogió un puñado de nieve e hizo una bola. *Henri* soltó la pelota de tenis de inmediato y empezó a dar brincos de excitación. El inspector jefe armó el tiro y sonrió al animal, que se agachó. Músculos tensos. Esperando.

Entonces, el dueño lanzó la bola de nieve y el perro corrió tras ella y la atrapó en el aire. Cerró las fauces, extasiado, pero la euforia le duró un instante: la nieve se desintegró y *Henri* aterrizó tan desconcertado como siempre.

Gamache cogió la pelota de tenis con la costra de saliva congelada, la colocó en el lanzapelotas y la arrojó también. La esfera de color amarillo fosforito surcó la oscuridad con el pastor alemán tras ella.

El inspector jefe conocía los Champs-de-Bataille a la perfección en cualquier época del año. Su aspecto cambiante. Había estado allí en primavera y visto los narcisos, y también en verano, con el lugar lleno de gente de picnic. Había ido en invierno a contemplar familias hacer esquí de fondo o pasear con raquetas de nieve, y también a principios de otoño.

También el 13 de septiembre. El día de la batalla en la que, en una hora, murieron o cayeron heridos más de mil hombres. Se había parado allí convencido de estar oyendo los gritos, los disparos, de oler la pólvora y ver las cargas de los soldados. Había ido hasta el lugar donde se creía que estaba el general Montcalm cuando se dio cuenta de la verdadera magnitud de sus errores.

Montcalm había subestimado a los ingleses. Su valentía y su astucia.

¿En qué preciso momento se dio cuenta de que había perdido la batalla?

La noche anterior a la ofensiva, había llegado un mensajero al campamento de Montcalm, aguas arriba de Quebec. Estaba tan agotado que apenas conseguía hablar con coherencia; les dijo que los ingleses estaban escalando los cincuenta metros del despeñadero del río y se hallaban en los campos de un granjero llamado Abraham, a las afueras de la ciudad.

En el campamento de Montcalm nadie lo creyó. Pensaron que estaba loco. No había comandante en el mundo capaz de dar esa orden, ni ejército que la obedeciese. Tal como dijo Montcalm entre risas a sus generales antes de volver a la cama, para hacer algo así necesitarían alas.

Al alba, los ingleses estaban en las Llanuras de Abraham, dispuestos para la batalla.

¿Fue entonces cuando Montcalm supo que todo estaba perdido? ¿Cuando los ingleses alados habían conseguido lo imposible? El general corrió hasta allí, al punto exacto donde estaba Gamache, oteó los campos y vio al enemigo.

¿Lo supo Montcalm entonces?

Aun así, no tendría por qué haber perdido la batalla. Podría haberse hecho con el triunfo. Sin embargo, el gran estratega todavía iba a cometer más errores.

Y Gamache pensó en el momento en que él mismo se dio cuenta de su propio error, fatídico y definitivo. De la magnitud de su equivocación. Le había costado unos instantes comprenderlo, mientras todo se precipitaba y se desmoronaba. A una velocidad endiablada, aunque ahora le pareciese mucho más lenta.

—Homicidios —había dicho su secretaria al contestar el teléfono.

Cuando recibieron la llamada, Beauvoir estaba con él en el despacho, hablando sobre un caso de Gaspé. La secretaria se asomó a la puerta.

—Es el inspector Norman, de Ste-Agathe.

Gamache levantó la vista. La mujer no lo interrumpía casi nunca. Llevaban años trabajando juntos y sabía cuándo ocuparse de un asunto ella misma y cuándo no.

—Pásemelo —dijo el inspector jefe—. *Oui*, inspector, dígame qué puedo hacer por usted.

Y así había empezado la batalla.

«*Je me souviens*», pensó Gamache. El lema de Quebec, de los quebequeses: yo recuerdo.

—Una vez estuve en el carnaval —contaba el agente Morin—. Me encantó. Nos llevó mi padre y tocamos el violín en la pista de hielo y todo. Mi madre intentó impedirselo, porque le daba vergüenza, y mi hermana estaba que se moría. Pero mi padre y yo sacamos los instrumentos y nos pusimos a tocar, y pareció que a la gente le gustaba.

—¿Tocaste esa que nos interpretaste a nosotros? ¿Una que se titula *Colm Quigley*?

—No, porque es un lamento. Después acelera, pero el principio es demasiado lenta para patinar. Necesitaban algo más animado, así que tocamos gigas y música tradicional irlandesa.

—¿Qué edad tenías? —preguntó Gamache.

—Trece o catorce. Debe de hacer diez años ya. Y no he vuelto a ir al carnaval.

—¿Este año quizá?

—*Oui*. Con Suzanne. Le encantará. A lo mejor me llevo el violín.

«*Je me souviens*», pensó Gamache. Ése era el problema. El problema de siempre. «Lo recuerdo.

Todo.»

Beauvoir yacía despierto en la cabaña del bosque. No solía tener problemas para dormir, ni siquiera después del incidente; sin embargo, en aquel momento estaba contemplando las vigas oscuras y el tenue resplandor de la chimenea. Veía al doctor Gilbert dormido en los dos sillones que había juntado. El santo gilipollas le había cedido la cama y él se sentía fatal por permitir que un anciano que había sido tan amable con él durmiese en una butaca. Entonces se planteó durante un instante si no sería ésa la cuestión: ¿para qué ser santo a menos que también puedas ser mártir?

Tal vez fuese por la tranquilidad de la cabaña, quizá por el agotamiento después de haberse esforzado demasiado o por la media pastilla, pero Beauvoir había bajado la guardia.

Y los recuerdos treparon la muralla y la saltaron.

—Homicidios —había dicho la secretaria del inspector jefe.

Gamache había atendido la llamada.

El reloj marcaba las 11.18 horas. Beauvoir había recorrido la habitación ociosamente con la mirada mientras su jefe hablaba por teléfono con el destacamento de Ste-Agathe.

Un momento después, la secretaria de Gamache volvió a asomarse a la puerta.

—El agente Morin al teléfono.

El inspector jefe cubrió el auricular.

—Que llame dentro de unos minutos.

La voz de Gamache sonó cortante y Beauvoir lo miró de inmediato. Estaba anotando lo que le decía el inspector Norman.

—¿Cuándo ha sido?

Frases breves y abruptas. Había ocurrido algo.

—Dice que no puede.

La secretaria se quedó allí de pie, incómoda pero persistente.

Gamache le hizo un gesto a Beauvoir para que cogiera la llamada de Morin, pero la secretaria se mantuvo en sus trece.

—Señor, dice que tiene que ser usted —insistió ella—. Ahora.

Tanto Gamache como el inspector Beauvoir se quedaron mirándola, atónitos por que le llevase la contraria al jefe. Gamache tomó una decisión.

—*Désolé* —se disculpó con el inspector Norman—, debo pasarle con el inspector Beauvoir. Un momento, tengo una pregunta: ¿su agente estaba solo?

Beauvoir se percató de que le cambiaba la expresión. El inspector jefe le hizo una señal para que cogiera el otro teléfono de su despacho y, cuando él levantó el auricular, Gamache contestó la llamada del agente Morin.

—*Oui*, Norman, ¿qué ha pasado? —recordaba haber preguntado Beauvoir.

Porque algo había pasado. Algo serio. De hecho, lo peor que podía pasar.

—Uno de nuestros agentes ha recibido un disparo —dijo Norman.

Era obvio que llamaba desde un móvil. El sonido parecía llegar de muy lejos, aunque Beauvoir sabía que estaba a tan sólo una hora de Montreal, en las montañas de la reserva de Laurentides.

—Había parado al ver un coche aparcado en el arcén de una carretera secundaria.

—¿Está...?

—Inconsciente, de camino al hospital de Ste-Agathe. Los informes que me han ido dando no son muy buenos. Estoy yendo hacia el escenario del crimen.

—Enseguida estamos allí. Dime la ubicación.

Beauvoir sabía que el tiempo no era el único elemento decisivo, la coordinación lo era también. En un caso como aquél, corrían el riesgo de que se presentase allí cualquier policía de cualquier departamento y se formase un caos.

Al otro lado de la habitación, veía a Gamache de pie junto al escritorio. Éste tenía el teléfono pegado a la oreja y hacía gestos de calma con las manos. No a nadie de la habitación, sino para la persona con quien hablaba. Beauvoir supuso que era el agente Morin.

—No estaba solo —dijo Norman.

La conversación iba cortándose a medida que viajaban a toda velocidad entre las montañas.

—Estamos buscando al otro agente —prosiguió.

No hacía falta ser detective de homicidios para saber qué significaba aquello. ¿Un agente herido de bala y otro desaparecido? Estaría tendido sin vida o herido de gravedad en alguna alcantarilla. Eso era lo que estaba pensando el inspector Norman, lo que pensaba Beauvoir.

—¿Quién es el otro agente?

—Morin, uno de los vuestros. Nos lo habíais cedido durante la semana. Lo siento.

—¿Paul Morin?

—*Oui*.

—Está vivo —anunció Beauvoir con gran alivio—. Está hablando por teléfono con el inspector jefe.

—Gracias a Dios. ¿Dónde está?

—No lo sé.

Gamache contestó la llamada de Morin con la mente acelerada por lo que le había dicho el inspector Norman: un agente malherido y otro desaparecido.

—¿Agente Morin? ¿Qué ocurre?

—¿Inspector jefe? —La voz sonaba hueca, vacilante—. Lo siento. ¿Han encontrado a...?

—¿Es el inspector jefe Gamache?

El teléfono había cambiado de manos.

—¿Quién es? —exigió saber Armand.

Le hizo un gesto a su secretaria para que localizase la llamada y se asegurase de que estaban grabándola.

—No puedo decírselo.

La voz parecía de un hombre de mediana edad, o quizá algo mayor, y tenía un fuerte acento del campo. Una voz rural. Gamache debía esforzarse para entender lo que decía.

—No quería hacerlo, pero me he asustado.

Y parecía espantado de verdad, su voz a un paso de la histeria.

—Calma, calma. Tranquilo, cuénteme lo que está ocurriendo.

Sin embargo, Gamache ya tenía un presentimiento.

Un agente herido. Otro desaparecido.

El día anterior habían trasladado a Paul Morin al destacamento de Ste-Agathe para una sustitución de una semana. El agente desaparecido era él.

Al menos seguía con vida.

—No quería pegarle un tiro, pero me ha sobresaltado. Ha parado detrás de mi furgoneta.

El hombre parecía a punto de perder el control, así que Gamache se obligó a hablarle poco a poco y con calma.

—¿El agente Morin también está herido?

—No. Pero no sabía qué hacer. Me lo he llevado.

—Tiene que dejarlo marchar. Debe entregarse.

—¿Está loco o qué?! —Acabó la frase chillando—. ¿Entregarme? ¿Para qué, para que me maten?

Y si no me matan, me meterán en la cárcel hasta que me muera. ¡De eso nada!

La secretaria se asomó a la puerta y le hizo una señal para que alargara la conversación.

—Entiendo. Quiere salir indemne, ¿verdad?

—Sí... —El hombre no sonaba muy seguro de esa posibilidad. Parecía sorprendido por la sugerencia—. ¿Podría?

—Hablémoslo. Cuénteme qué ha pasado.

—Tenía la furgoneta aparcada. Se me había averiado. Bueno, un pinchazo. Acababa de cambiar la rueda cuando un coche patrulla ha parado justo detrás.

—¿Y por qué te has asustado?

Gamache empezó a tutearlo y a hablar de forma más distendida y notó que su interlocutor se sentía algo menos estresado, con menos miedo. Miró a la secretaria, tenía la vista fija en la sala exterior, donde de pronto la actividad era frenética.

Seguían sin localizarlo.

—No lo sé. Me ha entrado miedo.

—Te entiendo —dijo Gamache.

Y hablaba en serio. En las zonas rurales de Quebec había dos cultivos importantes: arces para sirope y marihuana. Lo más probable era que la furgoneta no estuviera cargada de sirope.

—Sigue.

—Tenía la pistola en el asiento y lo sabía, sabía lo que iba a pasar. Iba a verme el arma, iba a arrestarme y entonces... encontraría lo que llevo en la furgoneta.

Gamache pensó que el hombre acababa de disparar a un agente de la Sûreté que podría estar muerto y de secuestrar a otro y, sin embargo, parecía más preocupado por ocultar que o tenía una plantación de marihuana o trabajaba en una. La necesidad de mantener el secreto, de esconderlo, era instintiva. Como la de mentir. Había cientos de miles de dólares en juego.

Y la libertad.

Para alguien que vivía en una zona forestal, la mera idea de estar entre rejas debía de resultarle peor que la muerte.

—¿Qué ha sucedido?

¿Seguían sin rastrear la llamada? Era inconcebible que estuvieran tardando tanto.

—Ha sido sin querer —dijo el hombre prácticamente chillando, suplicante—. Un accidente. Pero ha pasado y entonces he visto que había otro y le he apuntado con la pistola. No sabía qué hacer. No podía dispararle sin más. No a sangre fría. Y tampoco podía dejarlo marchar. Por eso lo he traído aquí.

—Tienes que soltarlo —dijo el inspector jefe—. Desátalo y déjalo donde está. Coge la furgoneta y vete, desaparece. Pero no le hagas daño a Paul Morin.

Sin darse cuenta, en el fondo de su mente, Gamache había empezado a plantearse por qué el hombre que había tomado a Morin como rehén no había preguntado por el estado del agente al que había disparado. Parecía estar angustiado y, sin embargo, no se interesaba por él. Quizá, pensó el inspector jefe, no quisiera saberlo. Parecía el tipo de persona que se sentía más cómoda sin enfrentarse a la verdad.

Hubo una pausa y Gamache pensó que tal vez estuviera a punto de hacer lo que le había pedido. Si conseguía que el agente Morin saliese ileso, encontrarían al hombre. De eso no le cabía duda.

Pero Armand Gamache ya había cometido su primer error.

Beauvoir volvió a quedarse dormido y, en sueños, colgó el teléfono, se montó en el coche con su superior y se apresuraron hacia Ste-Agathe. Encontraron el lugar donde Morin estaba cautivo y lo rescataron. Sano y salvo. Ningún herido, ninguna baja.

Eso soñó Beauvoir. Eso soñaba siempre.

Armand Gamache recogió la pelota y se la lanzó a *Henri*. Sabía que el perro podía seguir así todo el día y toda la noche, y el juego también tenía cierto atractivo para él. Una actividad sencilla y repetitiva.

Sus pisadas hacían crujir el camino y su aliento se condensaba en el aire frío y oscuro. Delante de él veía a *Henri* y oía cómo el viento hacía chocar las ramas desnudas, como dedos de esqueletos. Y también oía la joven voz. Siempre.

Paul Morin le había hablado de su primera clase de natación en el frío *rivière* Yamaska y de cómo unos abusones le robaron el bañador. Gamache lo oyó contar lo del verano en que toda la familia fue a ver ballenas a Tadoussac y que le encantaba ir de pesca. Le habló de la muerte de su abuela, del apartamento nuevo que Suzanne y él habían alquilado en Granby y de los colores que ella había escogido para las paredes. Había escuchado las minucias de la vida del joven agente.

Y mientras Morin hablaba, Gamache volvió a ver todo lo sucedido. Durante el día tenía las imágenes bajo llave, pero de noche las dejaba en libertad. No le quedaba más remedio; había intentado encerrarlas tras una puerta, pero ellas empujaban y presionaban y golpeaban la madera hasta hacerla crujir. Hasta que no tenía elección.

Así que todas las noches, *Henri*, él y el agente Morin salían de paseo. El perro perseguía la pelota y Gamache era perseguido. Al cabo de una hora, Gamache y *Henri*, con el lanzapelotas y el agente Morin, regresaban a pie por Grande Allée, donde los bares y restaurantes habían cerrado. Ni siquiera quedaban los universitarios borrachos. Todos se habían ido. Todo estaba silencioso.

Y Gamache invitaba al agente Morin a respetar ese silencio. Se lo pedía, se lo imploraba. «Ahora. Por favor.» Pero aunque la voz del joven se convertía en un susurro, nunca llegaba a apagarse.

OCHO

Gamache se despertó con el gratificante aroma del café cargado. Después de darse una ducha, bajó a desayunar con Émile.

El anciano le sirvió una taza, los dos sentados a la larga mesa de madera. En el centro había un plato de crujientes *croissants*, miel, mermeladas y fruta cortada.

—¿Has visto esto?

Émile le puso delante la edición de la mañana de *Le Soleil*. El inspector jefe bebió un sorbo de café y leyó el titular.

AUGUSTIN RENAUD ASESINADO CUANDO EXCAVABA EN BUSCA DE CHAMPLAIN

Leyó el artículo en diagonal. La experiencia le había enseñado que no debía desestimar la información de la prensa, pues a menudo los periodistas encontraban a gente o datos con los que la policía no daba. Sin embargo, no vio nada nuevo. Era poco más que un resumen de la alarmante afición de Renaud a buscar a Champlain y los beneficios derivados de cabrear al personal. Había citas de Serge Croix, el jefe del Departamento de Arqueología de Quebec, que hablaba maravillas de los logros de Renaud cuando todos sabían que éstos consistían en agujerear el casco antiguo y, tal vez, haber estropeado algunos yacimientos auténticos. Entre ellos no se habían profesado el menor respeto, aunque, a juzgar por el homenaje que Croix le hacía a Renaud en el diario, nadie lo habría pensado.

Pero el reportero había tenido la astucia de recoger también los anteriores comentarios de Croix sobre Renaud. Y no únicamente éstos, sino también los de multitud de expertos en Champlain, historiadores y arqueólogos. Mientras vivía, todos habían hablado de Augustin Renaud con desdén, con burla; se mofaban de su estatus de aficionado. Eso sí, mientras estaba vivo. Sin lugar a dudas, Renaud se había convertido en vida en una especie de bufón. Sin embargo, de los diarios de aquel día emergía un Augustin Renaud distinto. No sólo difunto, sino algo más. Se le demostraba un afecto como el que se le tiene a un tío cercano pero chiflado. Aunque tal vez estuviese equivocado, Renaud era apasionado. Era un hombre que amaba su hogar, su ciudad, su país. Quebec. Amaba y vivía la historia en perjuicio de todo lo demás; incluso también, al parecer, de su cordura.

Era un excéntrico inofensivo, uno de tantos que había en Quebec, y, con su pérdida, la provincia quedaba empobrecida.

Aquél era el Augustin Renaud fallecido. Respetado al fin.

Gamache se alegró de comprobar que el periódico había tenido la precaución de limitarse a informar del lugar donde habían encontrado el cadáver. Si bien mencionaban que se trataba de una respetada institución anglófona, no iban más allá. No se insinuaba la participación de los ingleses, ninguna conspiración, ningún motivo político o lingüístico que explicase el crimen.

Sin embargo, Gamache sospechaba que la prensa sensacionalista no tendría las mismas reticencias.

—Es en esa biblioteca, ¿no? Donde has estado trabajando.

Émile partió un *croissant* por la mitad y las migas cayeron en la mesa. La noche anterior había cenado con unos amigos, así que no se habían visto desde el asesinato.

—Sí, es la sociedad.

Émile lo miró fingiendo una expresión seria.

—A mí me lo puedes contar, Armand. ¿No lo habrás...?

—¿Matado yo? No sería capaz de cargarme a un extraño. Pero a un amigo...

Émile Comeau se echó a reír, aunque de pronto se quedó callado.

—Pobre hombre.

—Sí, pobre hombre. ¿Sabes que estuve allí toda la mañana? El inspector Langlois tuvo la amabilidad de invitarme a los interrogatorios preliminares.

Mientras desayunaban, Gamache le contó a Émile lo que había hecho el día anterior y su mentor fue interrumpiéndolo con preguntas concisas.

Al final, Émile Comeau se recostó en la silla. Había terminado el desayuno, pero se le había abierto otro apetito.

—¿Qué te parece, Armand? ¿Crees que los ingleses esconden algo? Si no temen nada, ¿por qué pedir ayuda?

—Tienes toda la razón, están asustados. Pero no de la verdad. Creo que lo que les da miedo es el aspecto que tiene el asunto desde fuera.

—No me extraña —apuntó Émile—. ¿Qué hacía Renaud allí?

Gamache pensó que aquélla era la pregunta del millón. Casi tan importante como quién lo había matado. ¿Por qué estaba en la Sociedad Literaria e Histórica?

—Émile —se echó hacia delante y rodeó la taza con sus enormes manos—, tú eres miembro de la Sociedad Champlain y sabes mucho más que yo de ese tema. ¿Es posible que Renaud hubiera encontrado algo? ¿Hay alguna posibilidad de que Champlain esté enterrado allí?

—Ven a comer al bar St-Laurent —propuso el anciano, y se levantó—. Allí habrá algunas personas que pueden responderte mejor que yo.

Gamache dejó a *Henri* en casa, algo que casi nunca hacía. El lugar al que iba no permitía la entrada de perros, aunque él opinaba que deberían hacerlo. Perros, gatos, hámsteres, caballos, ardillas listadas. Pájaros.

Sin embargo, en la misa de domingo de la iglesia presbiteriana de San Andrés sólo había personas, y no precisamente pocas. Los bancos se llenaron enseguida. Reconoció a algunos de los asistentes porque eran periodistas y pensó que lo más probable era que el resto estuvieran allí más por los chismes que por Dios. Sospechaba que la mayor parte de la congregación de aquel día nunca había entrado en aquella iglesia y que tal vez ni siquiera hubiesen sabido que existía. La parroquia había salido a la luz con el descubrimiento del cadáver.

Toda la Quebec inglesa estaba presente.

Los bancos estaban dispuestos en un semicírculo cuyo centro era el púlpito y Gamache encontró asiento en uno curvado, en uno de los laterales. Permaneció unos minutos en silencio, admirando el entorno.

La iglesia parecía inundada por la luz que entraba por las alegres y coloridas vidrieras. Las gruesas paredes estaban encaladas y pintadas de color crema, aunque lo que más le llamaba la atención era el techo. Pintado de azul celeste, se elevaba por encima de una elegante galería semicircular.

Y aún le llamaba la atención una cosa más: no había ningún crucifijo a la vista.

—Es preciosa, ¿verdad?

Gamache se volvió y vio que Elizabeth MacWhirter se había sentado a su lado.

—Así es —susurró él—. ¿Es muy antigua?

—Doscientos cincuenta años. Acabamos de celebrar el aniversario. En realidad, la grande es la iglesia anglicana de la Santísima Trinidad. La mayor parte de la comunidad inglesa va allí, pero nosotros nos las arreglamos con ésta.

—¿Está vinculada a la Sociedad Literaria e Histórica? Diría que está en el mismo terreno.

—Formalmente no. El pastor está en la junta, pero eso es pura coincidencia. Antes lo estaba el arzobispo anglicano, pero hace unos años se mudó y decidimos ofrecerle su puesto al presbiteriano.

—¿Siempre acude tanta gente?

Gamache señaló con la barbilla a las personas que, a falta de asientos, estaban colocándose de pie al fondo.

Elizabeth negó con la cabeza y sonrió.

—En un día normal podríamos tumbarnos en los bancos y echarnos una siesta. Y no crea que más de uno no lo hemos hecho.

—Hoy habrá buena colecta.

—Más nos vale. La iglesia necesita un tejado nuevo. Pero me da que éstos han venido sólo a husmear. ¿Ha visto el artículo de *Le Journalist* de esta mañana?

Gamache sabía que se trataba de la prensa sensacionalista local y respondió que no con la cabeza.

—Sólo el de *Le Soleil*. ¿Por qué, qué dice?

—Decir, no dice nada; pero insinúa que los ingleses hemos asesinado a Renaud para mantener nuestro secreto a salvo.

—¿Y qué secreto es ése?

—Que Champlain está enterrado bajo el edificio de la sociedad, claro.

—¿Lo está?

Le dio la impresión de que la pregunta le causaba un sobresalto a Elizabeth MacWhirter, pero de pronto se oyó el órgano y la congregación se puso en pie, lo que le ahorró la obligación de contestar. Él ya sabía qué le hubiese respondido.

«Por supuesto que no.»

Gamache cantó «Señor de toda esperanza» con la ayuda del cantoral y observó a los congregantes. Casi todos parecían perdidos y ni siquiera intentaban seguir el himno; otros movían los labios, pero le extrañaría que de ellos saliera el menor sonido. Alrededor de una docena cantaban en voz alta.

Un hombre joven subió al púlpito y empezó la misa.

Gamache prestó toda su atención al pastor. Se trataba de Thomas Hancock. Aparentaba unos veinte años, tenía el pelo rubio oscuro y un rostro hermoso; no de una belleza clásica, sino más bien la que acompaña a la buena salud. Vitalidad. Gamache se había percatado de que era imposible ser vital y carecer de atractivo. Pensó que se parecía un tanto a Matt Damon. Inteligente y encantador.

Rezaron por Augustin Renaud.

Entonces Thomas Hancock hizo algo que el inspector jefe no hubiera creído posible. Aunque el pastor mencionó que alguien había asesinado a Renaud a tan sólo unos metros de allí, no se entretuvo demasiado en aquel hecho ni en lo inescrutable de la voluntad divina.

En lugar de eso, el reverendo señor Hancock, con su sotana azul y su cara de niño, habló de la pasión y la determinación. Del evidente amor por la vida que tenía Renaud. Y conectó todo eso con Dios. Como si fuera un gran regalo del Señor.

El resto del sermón versó sobre la alegría.

Gamache sabía que esa estrategia era muy arriesgada. Los bancos estaban atestados de francófonos con curiosidad por saber más sobre aquella subcultura que había aparecido en el centro de su ciudad:

los ingleses. La mayoría de los quebequeses ni siquiera sabía que estaban allí, y mucho menos tan firmemente asentados.

Los ingleses eran una rareza y casi todos los asistentes estaban allí para observar y juzgar. Incluido un gran número de reporteros armados con libretas, listos y ansiosos por informar sobre la reacción oficial de aquella comunidad. Al concentrarse en la dicha y no en la tragedia, el pastor corría el riesgo de que la iglesia y los anglos diesen la impresión de ser indiferentes, de querer trivializar la tragedia que era la pérdida de una vida. Un hombre asesinado a tiro de piedra de allí.

No obstante, en lugar de complacer al público, en vez de hacer poco ruido y ofrecer una disculpa o de escoger pasajes apropiados de la Biblia sobre la contrición, el pastor les hablaba de júbilo.

Armand Gamache no sabía cómo se reflejaría el asunto al día siguiente en las páginas de *Le Journalist*, pero no le quedaba más remedio que admirar a aquel hombre por no ceder, por ofrecer una perspectiva diferente y más positiva. Pensó que si en su propia parroquia se hablase más de alegría y menos sobre el pecado y la culpa, tal vez estaría tentado de volver.

La misa acabó con un himno y con la recolecta, seguida de una oración silenciosa que el agente Morin aprovechó para hablar a Gamache de su difunta abuela, que fumaba sin cesar, sin siquiera quitarse el cigarrillo de los labios.

—No paraba de guiñar el ojo derecho por el humo —le contó Morin—. Y el cigarrillo iba consumiéndose. Nunca tiraba la ceniza, se le quedaba colgando como un largo tubo gris. Nosotros pasábamos horas mirándola. A mi hermana le daba asco, pero a mí me caía bien. También le gustaba beber. Era capaz de comer y beber sin sacarse el cigarrillo de la boca ni una sola vez.

Aquella destreza parecía impresionarlo.

—En una ocasión, estaba preparándonos el desayuno y se le cayó toda la ceniza en las gachas de avena, pero ella siguió removiéndolo. Sabe Dios cuánta ceniza y cuánta porquería habremos comido.

—¿La mató el tabaco? —preguntó Gamache.

—Qué va. Se atragantó con una col de bruselas y se ahogó.

Hizo una pausa y el inspector jefe no pudo evitar reírse.

Elizabeth lo miró.

—¿Está pensando en la dicha? —le susurró.

—Supongo que sí —contestó él, y de pronto sintió tanta presión en el pecho que a punto estuvo de ahogar un grito.

Tras el oficio religioso, la congregación salió al vestíbulo a tomar café y galletas, pero Gamache se quedó atrás.

Una vez hubo estrechado la mano de todos los asistentes, el reverendo Hancock se fijó en el hombre alto que seguía sentado en uno de los bancos y se le acercó.

—¿Puedo ayudarlo en algo?

Tenía los ojos azul claro y a esa distancia Gamache vio que era mayor de lo que aparentaba. Estaba más cerca de los treinta y cinco que de los veinticinco.

—No quiero robarles tiempo a sus feligreses, reverendo, pero me preguntaba si podríamos hablar más tarde.

—¿Por qué no ahora? —propuso, y se sentó—. Y por favor, no me llame «reverendo». «Tom» ya está bien.

—Ya me disculpará, pero eso no puede ser.

Hancock lo observó.

—Entonces llámeme «Su Excelencia».

Gamache miró a aquel joven tan serio y esbozó una sonrisa.

—Quizá podría llamarle «Tom».

Hancock rompió a reír.

—En circunstancias muy formales, soy «el reverendo señor Hancock», pero «señor Hancock» a secas me sirve, si le resulta más cómodo.

—Así es. *Merci*. —Gamache le tendió la mano—. Me llamo Armand Gamache.

La mano del pastor quedó suspendida en el aire un instante.

—Inspector jefe —dijo al final—, ya me parecía que era usted. Elizabeth me dijo que ayer estuvo echándoles una mano. Siento no haber estado allí, estaba entrenando para la regata de canoas. No tenemos nada que hacer, pero al menos es divertido.

A Gamache no le extrañaba que no tuvieran ninguna esperanza. Había visto la famosa regata de canoas del río San Lorenzo todos los carnavales desde hacía décadas, y todos los años se preguntaba qué podía llevar a alguien a participar en algo así. Requería una forma física excelente y no poca locura. Y mientras el joven pastor parecía estar en forma, Gamache sabía por sus notas que su compañero de equipo, Ken Haslam, tenía sesenta bien cumplidos. A decir verdad, iba a ser como arrastrar un yunque por el río. Tener a Haslam en el equipo no era sino una gran desventaja.

Tal vez un día le preguntase a aquel hombre por qué él o cualquier otra persona decidían inscribirse en esa carrera. Pero no en aquel momento en que correspondía hablar de otro tema.

—Me alegro de haber puesto mi granito de arena —confesó Gamache—, pero me temo que, a pesar de su sermón de hoy, el asunto no está ni mucho menos cerrado.

—Oh, no pretendía quitar importancia a lo que ha ocurrido, sino aceptar y celebrar la vida del hombre. Ahí fuera —dijo señalando las preciosas vidrieras y la refinada ciudad que estaba al otro lado— ya hay suficiente gente dispuesta a condenarnos, así que pensé que sería mejor levantar un poco el ánimo. ¿No está de acuerdo?

—¿Acaso importa?

—Claro que sí, siempre importa. Ahora no estoy predicando.

—De hecho, el sermón me ha parecido muy inspirado. Muy bonito.

El reverendo señor Hancock miró a Gamache.

—*Merci*. Era arriesgado y espero no haber metido la pata. Ya se verá.

—¿Nació usted en Quebec?

—No, en New Brunswick. En Shediac, capital mundial del bogavante. Hay una normativa que dice que cada vez que se dice Shediac, también hay que decir...

—Capital mundial del bogavante.

—Gracias.

Hancock sonrió y Gamache se dio cuenta de que el joven pastor hablaba de la dicha con conocimiento de causa. Sabía lo que era.

—Éste es mi primer puesto. Llegué hace tres años.

—¿Y desde cuándo está en la junta de la sociedad?

—Desde hace unos dieciocho meses, más o menos. No es una tarea onerosa. Lo más difícil es acordarme de no hacer ninguna sugerencia. Parar el tiempo supone un esfuerzo considerable, y en general ellos lo han conseguido.

Gamache sonrió.

—¿Historia viva?

—Sí, algo así. Serán viejos y algo cascarrabias, pero adoran la ciudad de Quebec y la Sociedad Literaria e Histórica. Durante años han procurado no llamar la atención porque no quieren que nadie los moleste. Y con lo que ha ocurrido ahora...

—El asesinato de Augustin Renaud —dijo Gamache.

Hancock meneó la cabeza.

—¿Sabe que quiso hablar con nosotros? El viernes por la mañana. Pero la junta se negó a recibirlo. Y debo decir que con razón. Podría haber seguido el procedimiento habitual, como el resto de la gente. Me pareció muy desagradable.

—¿Llegó a verlo?

Hancock dudó.

—No.

—¿Por qué no se incluyó la visita de Renaud en el acta?

Hancock pareció desconcertado.

—Pensamos que no importaba.

Pero a Gamache le dio la sensación de que para el pastor aquel dato era una novedad.

—Entiendo que usted y monsieur Haslam se marcharon pronto.

—Teníamos entreno a mediodía, de modo que sí, nos fuimos.

—¿Augustin Renaud seguía fuera?

—Que yo viese, no.

—¿Quién tenía acceso al sótano?

Hancock se quedó pensando un instante.

—Eso podrá decírselo Winnie. Es la bibliotecaria jefe. Pero no creo que la puerta del sótano esté cerrada en ningún momento. Se trata más bien de quién es capaz de encontrarla. ¿Ha estado allí abajo?

Gamache asintió.

—Entonces sabrá que hay que bajar por una trampilla y una escalera metálica. Digamos que no es una escalinata espléndida. Alguien que pasara por allí, sin más, no encontraría el sótano.

—Pero están haciéndose reformas que también incluyen el nivel inferior, donde lo encontraron. De hecho, tengo entendido que iban a echar cemento en el suelo dentro de un par de días.

—¿Tan pronto? Sabía que iban a hacerse, pero no la fecha exacta. Supongo que ahora ya no las harán, ¿no?

—Siento decirle que de momento no.

El inspector jefe se preguntó si el reverendo señor Hancock se daba cuenta de que acababa de admitir que sólo un miembro de la Sociedad Literaria e Histórica podía haber matado a Renaud. Y no precisamente un usuario ocasional de la excelente biblioteca, sino alguien que conociese el viejo edificio a fondo. Gamache recordaba las vueltas que él mismo había dado por el laberinto de pasillos; la sociedad era una maraña de corredores, escaleras y estancias traseras.

¿Era posible que Augustin Renaud hubiese dado con la trampilla él solo?

Estaba casi seguro de que no.

Alguien lo guió hasta allí y después lo mató.

Alguien que lo sabía todo de la sociedad.

Alguien que sabía que estaban a punto de poner una capa de cemento en el subsótano.

A su lado, el reverendo señor Hancock se había puesto en pie.

—Lo siento, pero tengo que ir a tomar café. Se supone que he de hacer acto de presencia.

Se detuvo un momento y observó al hombre con barba que tenía delante.

Como cualquier otro quebequés, conocía al inspector jefe Gamache. El jefe de Homicidios había aparecido en programas de entrevistas y en las noticias tratando de explicar las decisiones que tomaba la Sûreté. A menudo salía dando información sobre algún caso.

Siempre se mostraba paciente, considerado, claro ante los que le chillaban preguntas y no siempre eran educados. Nunca perdía los estribos, aunque Hancock lo había visto soportar provocaciones intolerables.

Sin embargo, el hombre que contemplaba era diferente del que había visto a lo largo de los tres últimos años, y no sólo por la barba y la cicatriz. Seguía siendo considerado, amable, casi tierno.

No obstante, parecía cansado.

—El café puede esperar —dijo, y se sentó de nuevo.

La iglesia estaba tranquila, en silencio, y el ambiente era fresco.

—¿Le gustaría hablar de algo?

Armand Gamache sabía que el joven no se refería al caso y sintió cierta tentación. Tentación de contárselo todo. Pero Thomas Hancock era sospechoso en un caso de asesinato y, por mucho que le hubiese gustado confesarle sus pecados al joven pastor, se resistió.

—No, vaya, por favor. Ya hablaremos en otra ocasión.

—Espero que así sea —respondió Hancock, y se levantó—. ¿Sabe que la dicha no nos abandona? Siempre está con nosotros. Y un día volverá a encontrarla.

—*Merci* —contestó Gamache.

Permaneció sentado en silencio en la iglesia hasta que el eco de los pasos del hombre se acalló y se quedó a solas con los susurros de su mente.

En la Sociedad Literaria e Histórica, la biblioteca volvía a estar abierta, igual que las oficinas. Una cinta amarilla de la policía impedía el paso en la puerta que conducía a la trampilla que llevaba a la escalera del subsótano.

Y allí estaba el inspector Langlois.

Su equipo había recabado todas las pruebas, habían recorrido hasta el último centímetro cuadrado para recoger todos los pelos, todos los pedazos de rata masticada, todos los restos de tejido. Habían metido muestras de tierra en frasquitos y habían tomado fotografías y usado infrarrojos, rayos ultravioleta, luz negra... Todo.

Además del cadáver, habían encontrado una pala ensangrentada, una cartera de cuero con el plano dentro y huellas. Todo tipo de huellas. Demasiadas, se temía Langlois, para poder confeccionar una lista de sospechosos.

Había enviado a sus investigadores a entrevistar a la ex mujer de Renaud, a sus amigos —muy pocos— y a sus vecinos. Habían empezado a registrar la casa del hombre de arriba abajo, pero estaba tan llena de libros, documentos y toda clase de basura que iba a costarles semanas.

No iban a escatimar esfuerzos. Porque, igual que Gamache, Langlois sabía que el frenesí no había hecho más que comenzar. La prensa amarilla se había hecho eco del asunto y la sería pronto haría lo mismo. Estaban quitándoles el caso de las manos. La cuestión ya no era el cuerpo de Renaud, sino otra: un misterio más antiguo, un cadáver más viejo.

Champlain.

¿Estaba allí?

Y justo por ese motivo, en lugar de encontrarse en el apartamento de Renaud intentando clasificar pistas, Langlois estaba en la penumbra del sótano contemplando un cubo de patatas. Al menos esperaba que fuesen eso.

A su lado se hallaba agachado Serge Croix, el jefe del Departamento de Arqueología de Quebec.

Ninguno de los dos se alegraba de estar allí y ambos sabían que estaban perdiendo el tiempo.

—Bueno, inspector, puedo decirle sin lugar a dudas que eso no es Champlain.

Los dos siguieron mirando las patatas.

El ayudante que el jefe de Arqueología había llevado para cavar estaba apoyado en una pala. Una mujer sostenía un dispositivo con el que recorría poco a poco el suelo de tierra. Ya habían abierto tres agujeros y de cada uno de ellos habían sacado una caja metálica o un cubo lleno de tubérculos que debían de tener cientos de años. Nabos, patatas, chirivías. Pero ni rastro de Samuel de Champlain.

—*Bon* —dijo Croix—. Ya está bien. Todos sabemos que no está aquí. De hecho, si Augustin Renaud creía que lo estaba, eso más bien garantiza que estará en otra parte.

—Espere, aquí hay algo —dijo la mujer del aparato.

Croix suspiró, pero todos se apresuraron hacia la esquina oscura. El de la pala recolocó los focos.

El inspector Langlois sintió que se le aceleraba el pulso y vio que a su alrededor los demás parecían expectantes, esperanzados. Incluso Croix.

A pesar de que sabía que no era posible que Champlain estuviera enterrado allí, el arqueólogo aún era capaz de hacerse ilusiones. Como los inspectores de homicidios, pensó Langlois, los arqueólogos cavaban y cavaban, y nunca pensaban que era en vano. Debajo de la superficie podía haber algo importante.

El excavador clavó la pala en la tierra apelmazada, la aflojó y fue hundiendo la herramienta poco a poco, centímetro a centímetro, para no estropear lo que fuera que hubiese allí abajo.

Y entonces oyeron un golpecito y un roce. Habían encontrado algo.

Una vez más, el jefe de Arqueología de Quebec se agachó. Sacó sus herramientas, que eran mejores que las de los demás, y con mucho cuidado apartó la tierra minuciosamente hasta revelar una caja.

La abrió e iluminó su interior.

Nabos. Aunque uno se parecía un poco al *premier ministre*.

NUEVE

Armand Gamache subió la empinada y resbaladiza acera con brío y entró en el parque conocido como Place d'Armes con el viento gélido de cara. En el grueso manto de nieve que lo cubría, había un entramado de caminitos hechos por la gente al pasar. Las *calèches*, coches tirados por caballos, esperaban en un extremo del parque para llevar a los visitantes por el casco antiguo. Detrás de Gamache había una hilera de pequeños edificios pintorescos, todos convertidos en restaurantes, y a su derecha se erigía la espléndida catedral anglicana de la Santísima Trinidad. Conocía todo aquello, pero no lo miraba. Como el resto de los transeúntes, llevaba la cabeza gacha para protegerse del viento y tan sólo levantaba la vista de vez en cuando para asegurarse de no chocar con alguien o contra algún poste. Le lloraban los ojos y las lágrimas se le congelaban en la cara. Todo el mundo tenía el mismo aspecto que él: la cara redonda, enrojecida y resplandeciente, como semáforos móviles.

De pronto resbaló con una placa de hielo oculta bajo una fina capa de nieve, pero recuperó el equilibrio justo a tiempo y le dio la espalda a la corriente de aire para recobrar el aliento. En la cima de la colina, más allá del parque y de las *calèches*, estaba el edificio más fotografiado de Canadá.

El hotel Château Frontenac.

Era enorme, sobrio e imponente, y sus torrecillas se alzaban como si salieran disparadas de la pared de roca. Inspirado en los castillos, recibía su nombre del primer gobernador de Quebec, Frontenac, y era a un tiempo magnífico y adusto.

Caminando hacia el Château, Gamache pasó frente a la gran estatua que había en el centro del parquecito. El Monument de la Foi. Un monumento a la fe, pues con eso se había construido Quebec. Y también con pieles. Sin embargo, el ayuntamiento había preferido erigir una estatua a los mártires en lugar de a los castores.

Algo más adelante, el Château prometía calidez, una copa de vino y un bol de sopa francesa de cebolla con su costra de pan gratinado. Y Émile. Aun así, el inspector jefe se detuvo a unos metros del ansiado refugio y se quedó mirando una cosa. No el Château ni la estatua gótica a la fe, sino otro monumento que había a la izquierda, mucho más grande que aquélla.

Un hombre oteando la ciudad que había fundado cuatrocientos años antes.

Samuel de Champlain.

Con la cabeza descubierta, decidido, a punto de dar un paso adelante como si quisiera reunirse con ella, formar parte de la ciudad que existía sólo porque él había existido. En la base del pedestal había otra imagen más pequeña: un ángel haciendo sonar una trompeta por la gloria del fundador. Incluso Gamache, que no era un gran amante de los nacionalismos, se maravillaba y sobrecogía ante la inquebrantable visión y el coraje de un hombre que había logrado lo que muchos otros habían intentado sin éxito.

No sólo desembarcar en aquellas costas para cazar animales por sus pieles, pescar y almacenar madera, sino para vivir allí. Fundar una colonia, una comunidad. Un nuevo mundo. Un hogar.

Gamache contempló la estatua hasta que dejó de sentirse la cara y se le entumecieron los dedos pese a las gruesas manoplas. Aun así, miró al padre de Quebec y le hizo una pregunta.

«¿Dónde estás? ¿Dónde te enterraron? ¿Por qué no lo sabemos?»

Émile se levantó y le hizo una señal para que se acercase a la mesa que tenían junto a la ventana.

Los dos hombres que lo acompañaban también se pusieron de pie.

—Inspector jefe —dijeron ambos, y se presentaron.

—René Dallaire —anunció el alto y rechoncho mientras le estrechaba la mano a Gamache.

—Jean Hamel —dijo el otro, pequeño y delgado.

Si René hubiera llevado un bigotito, podrían haber pasado por el Gordo y el Flaco.

Gamache le entregó el abrigo al camarero después de embutir el gorro, la bufanda y las manoplas en una manga. Se sentó, se llevó una mano a la cara y sintió quemazón. La marca del frío extremo tenía cierta paradoja: no se distinguía de una quemadura solar. No obstante, en cuestión de minutos se le había calmado la piel y había recuperado la circulación en las manos después de sentarse en ellas.

Pidieron bebidas y comida y charlaron acerca del carnaval, el tiempo, sobre política. Era evidente que los tres hombres mayores se conocían bien y Gamache sabía que pertenecían al mismo club desde hacía décadas.

La Sociedad Champlain.

Les sirvieron las bebidas y una cestita llena de panecillos recién hechos. Mientras ellos degustaban el whisky, Gamache resistió el impulso de coger un panecillo caliente en cada mano. Los hombres charlaban relajados y el inspector jefe a veces intervenía, otras escuchaba y otras miraba por la ventana.

El bar St-Laurent estaba en un extremo del Château, al final de un elegante, amplio e interminable pasillo, tras unas puertas dobles que daban paso a otro mundo. A diferencia del resto de aquel mastodóntico hotel, el bar era de tamaño modesto y forma circular, pues estaba ubicado en una de las torrecillas. Las paredes curvas estaban recubiertas de paneles de madera oscura y a cada lado había una chimenea. La barra redonda ocupaba el centro de la sala y a su alrededor se distribuían las mesas.

En cualquier lugar normal, aquél ya habría sido un local asombroso, pero la ciudad de Quebec no tenía nada de normal. Y en su interior, el Château era único.

En la pared curva del bar había ventanas. Altas, amplias, con parteluces y enmarcadas en madera de caoba, se abrían a la vista más espléndida que Gamache había contemplado. Para él no había otra igual. Aquél era su Gran Cañón, sus cataratas del Niágara, su Everest. El Machu Picchu, el Kilimanjaro, Stonehenge. Era su maravilla particular.

Desde allí se veía un gran trecho del amplio río y el paisaje alcanzaba hasta tan lejos que casi se asomaba al pasado. A cuatrocientos años de pasado. Los barcos, sorprendentemente pequeños y frágiles, navegaban desde el Atlántico y echaban anclas allí, en el punto más angosto.

Kebek. Una palabra algonquina que quería decir «donde el río se estrecha».

Gamache se imaginaba las velas desplegadas, hombres tirando de cabos, atando sogas, trepando por los mástiles. Casi los veía bajar los botes y remar hasta la costa.

¿Sabían ellos qué les esperaba? ¿Conocían lo que les deparaba el Nuevo Mundo?

Estaba casi seguro de que no; de otro modo, no habrían ido hasta allí. La mayoría nunca se marcharon, sino que fueron enterrados allí abajo, en la orilla. Morían de escorbuto o de frío.

A diferencia de Gamache, no tenían un Château en el que refugiarse. Ni una sopa caliente ni un whisky dorado. Si él a duras penas había aguantado diez minutos con aquel viento helado y penetrante, ¿cómo habían sobrevivido ellos durante días, semanas o meses sin ropa de abrigo y sin un lugar donde resguardarse?

La respuesta, cómo no, era obvia: no lo habían conseguido. Durante los primeros inviernos, la

mayoría sufrió una muerte lenta, espantosa y desesperante. Lo que Gamache veía al mirar por la ventana, el río con sus aguas grises y los témpanos de hielo, era historia. Su historia, que pasaba flotando.

También vio un punto en la distancia. Una canoa. Negó con la cabeza, incrédulo, y prestó atención a sus compañeros.

—¿Qué te tiene tan perplejo? —le preguntó Émile.

El inspector jefe señaló la ventana con la barbilla.

—Un equipo de remo. Los colonos no tenían más remedio que cruzar el río en canoa, pero no entiendo que ahora la gente lo haga por gusto.

—Estoy de acuerdo —convino René, que partió un panecillo y lo untó con mantequilla—. Yo casi no puedo ni mirarlos. Y, sin embargo, tampoco puedo apartar la vista. —Se echó a reír—. A veces pienso que somos una sociedad de remeros.

—¿De qué? —preguntó Jean.

—De remeros. Por eso hacemos cosas así. —Con un gesto de la cabeza, señaló la ventana y el puntito del río—. Por eso Quebec está tan bien conservada. Por eso nos fascina la historia, porque vamos en un bote de remos. Avanzamos hacia delante, pero siempre miramos atrás.

Jean se rió y se apartó para dejar espacio al camarero, que le sirvió una enorme hamburguesa con *frites*. Émile tenía delante una ración borboteante de sopa de cebolla y a Gamache le llevaron un bol de crema de guisantes bien caliente.

—Esta mañana he conocido a un tipo que está entrenando para la regata —explicó Gamache.

—Seguro que está en forma —señaló Émile mientras levantaba la cuchara casi por encima de la cabeza intentando romper un hilo de queso fundido.

—Lo está. Y además es el pastor de la iglesia presbiteriana. De San Andrés.

—Cristianismo musculoso —dijo René con una risa traviesa.

—¿Hay una iglesia presbiteriana? —preguntó Jean.

—Y toda una congregación a su alrededor —respondió Gamache—. Me ha contado que tiene un compañero de equipo que pasa de los sesenta.

—¿Sesenta qué? —preguntó René— ¿Kilos?

—No, debe de ser su coeficiente intelectual —apuntó Émile.

—Espero conocerlo esta tarde. Se llama Ken Haslam, ¿saben quién es?

Intercambiaron miradas, pero la respuesta estaba clara: no.

Después de comer, con los cafés, Gamache dirigió la conversación hacia el motivo de su reunión.

—Como saben, Augustin Renaud fue asesinado el viernes por la noche, o ayer de madrugada.

Todos asintieron y el buen ánimo decayó un tanto. Se encontraba frente a tres rostros de expresión perspicaz. Los tres rozaban los ochenta años, habían tenido éxito profesional en sus respectivos campos y ya se habían jubilado. Pero ninguno había perdido facultades; de eso no le cabía duda.

—Lo que me gustaría averiguar con su ayuda es lo siguiente: ¿es posible que Champlain esté enterrado debajo de la Sociedad Literaria e Histórica?

Se miraron de nuevo y, al final, acordaron en silencio que René Dallaire, el hombre corpulento que se parecía a Oliver Hardy, tomase las riendas de la conversación. En la mesa ya sólo quedaban las *demi-tasses*.

—Como Émile nos había dicho de qué quería hablar, he traído esto.

Desplegó un plano y sujetó las esquinas con las tacitas.

—Siento admitir que no tenía ni idea de que hubiese una Sociedad Literaria e Histórica.

—Eso no es del todo cierto —apuntó Jean—. Conocemos el edificio. Tiene mucha historia, ¿sabe?

En sus orígenes fue un baluarte, un cuartel militar del siglo XVIII. A finales de ese mismo siglo lo usaron para encerrar prisioneros de guerra. Pero luego construyeron otra prisión y supongo que el edificio cayó en manos de algún particular.

—¿Y dice que ahora se llama Sociedad Literaria e Histórica?

René pronunció el nombre en inglés con un marcado acento.

—Un lugar magnífico —contestó Gamache.

René señaló la ubicación del edificio con uno de sus dedos rechonchos, junto a la rue St-Stanislas.

—Es aquí, ¿verdad?

Gamache se inclinó sobre el plano. Los demás imitaron el gesto y a punto estuvieron de entrechocar las cabezas. El inspector jefe asintió.

—Entonces no cabe duda. ¿Estáis de acuerdo? —preguntó René Dallaire mirando a Jean y a Émile.

Los tres eran de la misma opinión.

—Le garantizo —dijo René, mirando ahora a Gamache a los ojos— que Samuel de Champlain no está enterrado allí.

—¿Cómo está tan seguro?

—Dígame, cuando ha llegado al Château, ¿ha visto la estatua de Champlain que hay delante?

—Sí. Sería difícil pasarla por alto.

—*C'est vrai*. Pues no se trata simplemente de un monumento al hombre, también señala el lugar exacto en el que murió.

—Tan exacto como lo podemos llegar a saber, claro —añadió Jean.

René le lanzó una breve mirada molesta.

—¿Cómo saben que murió en ese lugar? —preguntó Gamache.

Llegó el turno de Émile de contestar.

—Hay informes escritos por sus tenientes y por los sacerdotes. Murió durante una tormenta, el día de Navidad de 1635, después de una corta enfermedad. Es una de las pocas cosas sobre Champlain que sabemos a ciencia cierta. La fortaleza estaba justo ahí, donde la estatua.

—Pero no lo enterrarían donde murió, ¿verdad? —dijo Gamache extrañado.

René desplegó otro plano o, por lo menos, una reproducción, y lo colocó sobre el de la ciudad moderna. Era poco más que una simple ilustración.

—Éste es de 1639, cuatro años después de la muerte de Champlain. No es muy diferente de la Quebec que conoció él.

El plano mostraba una fortaleza estilizada con una plaza de armas delante y un puñado de edificios repartidos alrededor.

—Aquí es donde murió. —Posó el dedo sobre la fortaleza—. Es donde está la estatua. Y aquí es donde lo enterraron.

El grueso dedo de René Dallaire apuntaba a un pequeño edificio a unos cientos de metros del fuerte.

—La capilla. La única que había en Quebec en aquel momento. No hay archivos oficiales, pero lo más obvio es que enterrasen a Champlain aquí: o bien en su interior, o en un cementerio colindante.

Gamache estaba perplejo.

—Entonces, si sabemos dónde está, ¿a qué viene tanto misterio? ¿Y por qué no hay documentación oficial sobre la tumba del hombre más importante de la colonia?

—Ojalá las cosas fueran así de fáciles —se lamentó Jean—. Unos años después, la capilla se destruyó en un incendio y con ella todos los archivos.

Gamache reflexionó.

—Un incendio puede quemar documentos, cierto, pero no un cadáver enterrado. Podríamos haberlo encontrado igualmente, ¿no?

René se encogió de hombros.

—Sí, tiene razón. Hay muchas teorías, pero lo más probable es que lo enterrasen en el cementerio, no en la capilla, así que el fuego no lo habría afectado para nada. Con el tiempo, la colonia creció...

René hizo una pausa, pero sus manos se expresaban por sí solas. Abrió las palmas. Sus dos compañeros permanecieron en silencio con la mirada baja.

—¿Está diciéndome que construyeron un edificio encima de Champlain? —preguntó Gamache.

Los tres parecían disgustados, pero ninguno lo contradijo hasta que intervino Jean.

—Hay otra teoría.

Émile suspiró.

—Otra vez no... No hay pruebas de eso.

—No tenemos pruebas de nada de lo que estamos diciendo —le recordó Jean—. No niego que es una suposición, pero tú no quieres darle crédito.

Émile calló. Al parecer, Jean había metido el dedo en la llaga. El hombre más menudo se dirigió a Gamache.

—La otra teoría es que, a medida que la ciudad de Quebec iba creciendo, iba construyéndose más, como dice René. Pero esas obras incluían excavaciones, cavaban por debajo de la línea de congelación para colocar los cimientos de los nuevos edificios. La ciudad estaba en plena expansión y se construía a toda prisa. No tenían tiempo para preocuparse por los muertos.

Gamache empezaba a ver por dónde iba la cosa.

—Entonces la teoría es que no se construyó encima de él.

Jean dijo que no con la cabeza, despacio.

—Exacto. Que lo desenterraron como a muchos otros y lo tiraron en algún vertedero. No es que quisieran hacerlo, es que no lo sabían.

Gamache se quedó sin palabras, estaba asombrado. ¿Habrían hecho eso con Washington los estadounidenses? ¿O los ingleses con Enrique VIII?

—¿Eso es posible?

Se había dirigido a Émile Comeau, que se encogió de hombros y al final asintió con la cabeza.

—Es posible, pero Jean tiene razón, ninguno queremos admitir esa posibilidad.

—Debo decir —apuntó Jean— que ésa es la menos probable de todas las teorías.

—La cuestión es —dijo René volviendo a mirar el plano— que éste es el límite del asentamiento original en el año 1635. —Hizo girar el dedo sobre el plano antiguo y después buscó el mismo punto en el moderno—. Más o menos desde donde estamos ahora sentados, en el Château, hasta un radio de unos cientos de metros. Querían mantenerlo pequeño, que fuera fácil de defender.

—¿Y qué habría sido el resto? —preguntó Gamache, que empezaba a comprender lo que estaban diciéndole.

—Nada —respondió Jean—. Bosque. Rocas.

—¿Y el lugar donde ahora está la Sociedad Literaria e Histórica?

—Árboles.

René sacó el plano antiguo y posó el dedo en un enorme espacio en blanco, alejado de cualquier asentamiento.

Nada.

Era imposible que hubiesen enterrado a Champlain tan lejos de la civilización.

Era imposible que el padre de Quebec estuviera en el sótano de la sociedad.

—En ese caso —dijo Gamache al tiempo que se recostaba en la silla—, ¿qué hacía allí Augustin Renaud?

—Con lo chiflado que estaba, vaya usted a saber... —concluyó Jean.

—Lo estaba de verdad —añadió Émile—. Champlain amaba la ciudad de Quebec en perjuicio de todo lo demás que había en su vida. No conocía otra cosa y vivía sólo para ella. Y Renaud se dedicaba a Champlain con la misma devoción. Una devoción que rayaba en la locura.

—¿Rayaba? —ironizó René—. Era la capital del país de la locura. Y Augustin Renaud, su emperador. Rayaba dice... —masculló.

—Tal vez —prosiguió Émile con la mirada clavada en el plano antiguo—, tal vez no estuviera buscando a Champlain. A lo mejor tenía otros motivos para estar allí.

—¿Como qué?

—Bueno... —El mentor miró a Gamache—. Es una sociedad literaria, igual estaba buscando un libro.

Gamache sonrió. Puede que sí. Se levantó y esperó a que el camarero le llevase el abrigo. Mientras tanto, miró el plano moderno y se dio cuenta de una cosa.

—La antigua capilla, la que se quemó, ¿dónde estaría en este plano?

René estiró el dedo una vez más y señaló.

Se detuvo sobre la basílica de Notre-Dame, la imponente iglesia donde solían rezar los más grandes y buenos. Mientras el camarero ayudaba a Gamache a ponerse la parka, René se le acercó y susurró:

—Hable con el padre Sébastien.

Jean-Guy Beauvoir esperó.

No se le daba muy bien. Al principio puso cara de no importarle y después de tener todo el tiempo del mundo. Pero eso le duró unos veinte segundos. Enseguida se lo vio molesto. Esa expresión tuvo más éxito que las otras y duró hasta que llegó Olivier Brulé, un cuarto de hora más tarde.

Hacía varios meses que no lo veía. La cárcel cambiaba a algunos hombres. Bueno, los cambiaba a todos, pero a unos se les notaba más que a otros. Unos cuantos incluso parecían prosperar. Hacían pesas, ganaban masa muscular, hacían ejercicio por primera vez en la vida y recibían tres comidas decentes al día. Los había que hasta se beneficiaban, aunque pocos lo admitirían, del estricto control, de la organización de la estructuración del tiempo. Muchos no habían tenido eso en su vida y se habían descarriado.

Allí dentro, el camino estaba más claro.

Sin embargo, Beauvoir sabía que en reclusión la mayoría se marchitaban.

Olivier entró por la puerta con el uniforme azul de la prisión. Tenía casi cuarenta años y era de complejión media. Llevaba el pelo mucho más corto de lo que Beauvoir se lo había visto, y eso disimulaba su incipiente calvicie. Estaba pálido, pero parecía sano. El inspector sintió cierta repulsión, como siempre que estaba ante un asesino, pues estaba convencido de que Olivier lo era.

Sin embargo, de pronto se recordó a sí mismo que no, que debía considerarlo inocente. O, como mínimo, no culpable.

Pero aun así, no veía más que a un presidiario.

—Inspector —lo saludó Olivier desde un extremo de la sala de visitas sin saber qué hacer.

—Olivier —respondió Beauvoir con una sonrisa. Aunque, a juzgar por la expresión del otro, más bien debía de parecer una mueca de desdén—. Por favor, llámame Jean-Guy, estoy aquí como particular.

—¿De visita? —preguntó Olivier mientras se sentaba frente a él—. ¿Cómo está el inspector jefe?

—Está en Quebec, para el carnaval. Estoy esperando que me llamen en cualquier momento para que vaya a sacarlo de comisaría.

Olivier se rió.

—Aquí hay más de uno que entró por culpa del carnaval. Al parecer «estaba borracho de Caribou» no sirve mucho como defensa.

—Se lo diré al jefe.

Los dos se rieron, aunque un poco más de lo estrictamente necesario, y luego se sumieron en un silencio incómodo. Ahora que estaba allí, Beauvoir no sabía bien qué decir.

Olivier lo miraba, esperando.

—Cuando has llegado, no he sido del todo sincero contigo —empezó el inspector.

Nunca había hecho nada parecido y tenía la sensación de que estaba adentrándose en una jungla. Eso lo hacía odiar a Olivier aún más, por ponerlo en esa situación.

—Como ya sabes, estoy de baja, así que no es una visita oficial. Pero...

A Olivier se le daba mejor que a Beauvoir esperar. Finalmente, enarcó las cejas a modo de un «vamos» silencioso.

—El inspector jefe me ha pedido que les eche un vistazo a algunos aspectos de tu caso. No quiero que te hagas ilusiones, pero...

Se dio cuenta de que ya era demasiado tarde para eso. Olivier sonreía. Parecía haber recuperado la vida.

—De verdad, Olivier, no esperes nada de esto.

—¿Por qué no?

—Porque yo todavía estoy convencido de que lo hiciste tú.

Beauvoir se alegró de que aquello le cerrase el pico. Aun así, a su alrededor todavía revoloteaba un residuo de esperanza. ¿Estaba siendo cruel? Esperaba que sí. Se apoyó en la mesa de metal.

—Escucha, tengo unas cuantas preguntas. El inspector jefe me ha pedido que no me quede la menor duda, eso es todo.

—A lo mejor tú piensas que lo hice, pero él no, ¿verdad? —dijo Olivier en tono triunfal.

—No está seguro del todo y quiere estarlo. Quiere asegurarse de que él... nosotros no cometimos errores. Mira, si se lo cuentas a alguien, a quien sea, se acabó lo que se daba. ¿Entendido?

Beauvoir le lanzó una mirada muy dura.

—Entiendo.

—Hablo en serio, Olivier. Sobre todo a Gabri. No puedes decirle nada.

Olivier vaciló.

—Si él se entera, se lo largará a los demás. No podrá evitarlo. O como mínimo le cambiará el humor y la gente se dará cuenta. Si voy a hacer preguntas y a hurgar un poco más, tiene que ser de forma sutil. Si el que mató al Ermitaño fue otro, no quiero que se ponga en guardia.

Olivier asintió. Tenía sentido.

—Te lo prometo.

—*Bon*. Debes volver a contarme lo que ocurrió aquella noche. Y tiene que ser la verdad.

La tensión se mascaba en el ambiente.

—Ya te dije la verdad.

—¿Cuándo? —preguntó Beauvoir—. ¿Te refieres a la segunda versión de la historia o a la tercera? Si estás aquí dentro es culpa tuya. No hiciste más que mentir.

Olivier sabía que era cierto. Toda su vida había mentido, sobre cualquier cosa, hasta que al final el

hábito lo absorbió. Ni siquiera se le ocurría decir la verdad y, cuando pasó todo aquello, lo natural fue seguir mintiendo.

Demasiado tarde, se dio cuenta de lo que había conseguido. Ya era imposible distinguir la verdad. Y como mentir se le daba tan bien y tenía tanta labia, todas sus verdades sonaban a falsedades. En cambio, cuando se ajustaba a la realidad, se sonrojaba, no encontraba las palabras, se confundía.

—De acuerdo —le dijo a Beauvoir—. Te lo contaré todo.

—La verdad.

Olivier dijo que sí con la cabeza, un único movimiento breve y contundente.

—Conocí al Ermitaño hace una década, cuando Gabri y yo llegamos a Three Pines. Vivíamos encima de la tienda. Él todavía no se había recluido. Aún salía de la cabaña y se compraba las provisiones él mismo, pero ya parecía un pordiosero. Nosotros estábamos reformando la tienda, que aún no había convertido en el *bistrot*. Era un anticuario. Un día el Ermitaño apareció allí y dijo que quería vender algo. No me hizo mucha gracia, porque creí que quería que le hiciese un favor. Al verlo, pensé que me llevaría alguna porquería que había encontrado en una cuneta, pero cuando me lo enseñó supe que era algo especial.

—¿Qué era?

—Una miniatura. Un retrato muy pequeño, un perfil. Creo que de algún aristócrata polaco. Debieron de pintarlo con un pincel de un solo pelo. Era precioso. Hasta el marco era bonito. Se lo compré a cambio de una bolsa de comida.

Había contado aquella historia tantas veces que Olivier ya casi era inmune a la expresión de asco de sus interlocutores. Casi.

—Sigue —lo exhortó Beauvoir—. ¿Qué hiciste con el retrato?

—Lo llevé a Montreal y lo vendí en la rue Notre-Dame, en el distrito de los anticuarios.

—¿Te acuerdas de la tienda?

El inspector sacó la libreta y un bolígrafo.

—No sé si seguirá abierta. Suelen cambiar a menudo. Se llamaba Temps Perdu.

Beauvoir lo anotó.

—¿Cuánto te dieron por él?

—Mil quinientos dólares.

—Y el Ermitaño siguió yendo a verte, ¿no?

—Sí, y ofreciéndome cosas. Algunas eran fantásticas y otras no tanto, pero aun así eran mejores que lo que puede encontrarse guardado en cualquier desván o granero. Al principio las vendía a través del anticuario de Montreal, pero después caí en que podía sacar más en eBay. Entonces, un día, el Ermitaño llegó con muy mala cara. Estaba flaco y estresado. «Ya no vuelvo más, viejo amigo. No puedo», me dijo. Para mí aquello era un desastre, porque para entonces puede decirse que yo dependía de lo que él me traía. Me explicó que no quería que lo viese nadie más y me invitó a ir a su cabaña.

—¿Y fuiste?

Olivier asintió con la cabeza.

—No tenía ni idea de que viviese en el bosque. La cabaña estaba lejísimos. Bueno, ya sabes dónde es.

Así era. Acababa de pasar la noche allí con el santo gilipollas.

—Cuando por fin llegamos, no podía creérmelo.

Durante un momento, Olivier se trasladó a aquel instante mágico en el que entró por primera vez en la cabaña de aquel viejo desaliñado. Entró en un mundo en el que se bebía leche en vasos de cristal

antiquísimo, se comían sándwiches de crema de cacahuete en platos de porcelana fina de alguna reina y se tapaban las corrientes de las paredes con tapices de seda de valor incalculable.

—Lo visitaba cada dos semanas, aunque para entonces ya había convertido la tienda en el *bistrot*. Un sábado sí y otro no, me adentraba en el bosque sin que nadie me viese, después de la hora de cerrar, y me iba a la cabaña. Hablábamos y él me daba algo a cambio de la comida que le llevaba.

—¿Qué quería decir «Charlotte»? —preguntó Beauvoir.

Había sido el inspector jefe Gamache quien se había dado cuenta de la extraña repetición de la palabra «Charlotte». Había referencias a ese nombre en toda la cabaña, desde el libro *La telaraña de Charlotte* hasta una primera edición de Charlotte Brontë y el singular violín. Nadie más se había dado cuenta, sólo el jefe.

Olivier negó con la cabeza.

—Nada, no significaba nada. Al menos que yo sepa. Nunca lo mencionó.

Beauvoir lo miró fijamente.

—Ándate con cuidado, Olivier. Necesito que me cuentes la verdad.

—No tengo motivos para continuar mintiendo.

Tratándose de cualquier persona racional, eso sería cierto, pero Olivier se había comportado con tanta irracionalidad que Beauvoir se preguntaba si sería capaz de lo contrario.

—El Ermitaño había grabado ese nombre en código en la base de una de las tallas de madera que hacía —observó Beauvoir.

Recordaba las tallas, obras en las que se veía a gente huyendo de algo aterrador y que provocaban una intensa sensación de inquietud. Debajo de tres de ellas, el hombre había grabado palabras en código.

«Charlotte.» «Emily.» ¿Y debajo de la última? En la que representaba a Olivier sentado en una silla, escuchando, había grabado ese puñado de letras incriminatorias.

«Woo.»

—¿Y «Woo»? —preguntó Beauvoir—. ¿Qué quería decir eso?

—No lo sé.

—Pues tenía que significar algo —le espetó el inspector—. Porque lo puso ahí para ti.

—Ése no soy yo. No se me parece.

—Es una talla, no una fotografía. Eres tú y lo sabes. ¿Por qué escribió «Woo» debajo?

La cuestión era que no estaba sólo debajo de la talla. La palabra había aparecido en la telaraña y también en el madero manchado de la sangre del Ermitaño, que se le había caído de la mano e ido a parar debajo de la cama. A una esquina oscura. Un pedazo de cedro rojo que, según los expertos forenses, alguien había tallado años antes.

—Voy a preguntártelo otra vez, Olivier: ¿qué significaba «Woo»?

—No lo sé.

Olivier estaba perdiendo la paciencia, pero respiró hondo y recuperó el control.

—Mira, ya te lo he dicho. Pronunció la palabra delante de mí un par de veces, pero entre dientes. Al principio pensé que suspiraba o algo así. Sonaba igual. Después me di cuenta de que lo que decía era «Woo». Pero sólo cuando estaba asustado.

Beauvoir lo miró a los ojos.

—Necesito algo más que eso.

Olivier negó rotundamente con la cabeza.

—No hay más. Es lo que sé. Si pudiera, te daría más detalles. De verdad. Sé que para él tenía algún significado, pero no me lo contó y tampoco se lo pregunté.

—¿Por qué no?

—No me pareció importante.

—Es obvio que para él sí lo era.

—Sí, pero para mí no. Si preguntádoselo hubiera conseguido alguno más de aquellos tesoros, lo habría hecho, pero la cosa no tenía pinta de ser así.

Y Beauvoir oyó la verdad en esa frase, una verdad humillante y vergonzosa. Se revolvió en la silla, un movimiento imperceptible, y al hacerlo su percepción también cambió un poco.

Quizá el hombre estuviera siendo sincero. Por fin.

—Estuviste visitándolo durante años, pero hacia el final algo cambió. ¿Qué pasó?

—Que Marc Gilbert compró la vieja casa Hadley y la convirtió en un hotel balneario. Eso ya habría sido bastante malo de por sí, pero además Dominique, su esposa, quería tener caballos y le pidió a Roar Parra que reabriese los senderos. Uno de ellos pasaba justo por delante de la cabaña. Tarde o temprano, Parra la encontraría y todo el mundo se enteraría de que allí vivía el viejo con su tesoro.

—¿Qué hiciste?

—¿Qué podía hacer? Estuve años intentando convencer al Ermitaño de que me diese lo que tenía en el saco de arpillera. Me lo había prometido y siempre estaba tentándome con ello. Yo lo quería. Me lo había ganado.

A Olivier se le había colado un tono quejumbroso en la voz y se había instalado allí. Un tono que rara vez mostraba en público, pues prefería la intimidad.

—Explícame otra vez lo del objeto del saco.

—Ya sabes qué era, lo has visto —protestó Olivier. Después respiró hondo y recuperó la compostura—. El Ermitaño lo tenía todo a la vista. Todas las antigüedades, todas esas cosas bonitas estaban expuestas, menos una cosa que tenía escondida. En el saco.

—Y tú la querías.

—¿No la querrías tú también?

Beauvoir reflexionó. Era cierto. La naturaleza humana nos hace codiciar lo que se nos niega.

El Ermitaño lo había hecho rabiarse con aquel objeto, pero no había calibrado con quién estaba tratando. No contaba con la magnitud de la avaricia de Olivier.

—Así que lo mataste y se lo robaste.

Eso era lo que decía la acusación. Que Olivier había asesinado al viejo demente para conseguir su tesoro, el que tenía guardado y que encontraron en el *bistrot* junto al arma homicida.

—No.

De pronto, Olivier se echó hacia delante como si quisiera arremeter contra Beauvoir.

—Fui a por el saco. Lo admito. Pero para entonces, él ya estaba muerto.

—Dime lo que viste —le ordenó Beauvoir al instante, esperando hacerlo tropezar con las prisas.

—La puerta de la cabaña estaba abierta y lo vi tendido en el suelo. Había sangre. Creí que se había dado un golpe en la cabeza, pero al acercarme vi que estaba muerto. Junto a la mano tenía un pedazo de madera que no había visto nunca. Entonces lo cogí.

—¿Por qué? —inquirió Beauvoir, y la pregunta sonó como un ladrido.

—Porque quería verlo.

—¿Ver el qué?

—Lo que era.

—¿Por qué?

—Por si era importante.

—¿Importante? Explícate.

Entonces fue Beauvoir quien se inclinó hacia delante y casi se tumbó sobre la mesa metálica. Olivier no se echó atrás. Estaban poco menos que chillándose a la cara.

—Por si tenía algún valor.

—Explícate.

—Por si era otra de sus tallas, ¿vale? —admitió Olivier casi a voz en grito. Luego se dejó caer contra el respaldo—. ¿Vale? Ya lo he dicho. Creí que sería otra de sus tallas y que podría venderla.

Eso no lo había mencionado en el juicio. Olivier había admitido que había tenido la madera en la mano, pero que la había soltado al ver la sangre.

—¿Por qué la dejaste caer al suelo?

—Porque era una porquería que no valía nada. Hasta un crío podría haberla hecho. La sangre no la vi hasta después.

—¿Por qué moviste el cadáver?

Ésa era la pregunta que acosaba a Gamache. La pregunta por la que Beauvoir volvía a estar trabajando en el caso. Si había matado al hombre, ¿por qué iba a meterlo en una carretilla y llevarlo por todo el bosque como una montaña de compost? ¿Para qué dejarlo tirado en la recepción del nuevo hotel balneario?

—Porque quería joder a Marc Gilbert. Metafóricamente hablando.

—Pues a mí me parece bastante literal.

—Quería arruinarle ese hotelito tan pijo. ¿Quién pagaría una fortuna por alojarse en un establecimiento donde acaban de asesinar a alguien?

Beauvoir se recostó en la silla y observó a Olivier durante un largo momento.

—El inspector jefe te cree.

Olivier cerró los ojos y soltó el aire.

Beauvoir levantó una mano.

—Está convencido de que lo hiciste para arruinar a Gilbert. Si le hundías el negocio, no habrían acabado de desbrozar los senderos para las excursiones a caballo, y si conseguías que Parra no despejase los caminos, nadie encontraría la cabaña.

—Y todo eso es verdad. Pero si lo maté yo, ¿por qué querría anunciar que había habido un asesinato?

—Porque los senderos estaban cerca. Lo hubieras querido o no, alguien habría descubierto la cabaña y el cadáver en cuestión de días. Tu única esperanza era evitar que abriesen los caminos. Evitar que alguien encontrara la cabaña.

—¿Poniendo al muerto a la vista de todos? Entonces ya no había nada que esconder.

—El tesoro.

Se miraron fijamente.

Una vez en el coche, Jean-Guy Beauvoir meditó sobre el interrogatorio. No había conseguido nada nuevo, pero Gamache le había aconsejado que confiase en Olivier y diese crédito a todo lo que le contara.

Sin embargo, él no se sentía capaz de hacerlo. Podía fingir, actuar como si lo creyera. Podía incluso convencerse a sí mismo de que Olivier decía la verdad, pero sería un engaño.

Salió del aparcamiento en coche y se dirigió hacia la rue Notre-Dame, a la tienda Temps Perdu. «Tiempo perdido.» Perfecto. Porque mientras sorteaba el escaso tráfico del domingo por la tarde en Montreal, pensó que se trataba ni más ni menos que de eso: una pérdida de tiempo.

Por el camino, repasó el caso. En la cabaña sólo encontraron huellas dactilares de Olivier. Nadie más conocía la existencia del Ermitaño.

El Ermitaño. Así era como lo llamaba Olivier. Como lo había llamado siempre.

Beauvoir aparcó delante del anticuario, al otro lado de la calle. El local seguía allí, apretujado entre el resto de las tiendas de antigüedades de la rue Notre-Dame. Algunas eran de lujo y otras poco más que de segunda mano.

Temps Perdu parecía de las más especializadas.

Beauvoir fue a abrir la puerta del vehículo, pero se detuvo e hizo un breve repaso de la entrevista, con la mirada perdida. Buscaba una palabra, una única palabra muy corta. Después releyó las notas.

Allí tampoco estaba. Cerró la libreta, salió del coche, cruzó la calle y entró en la tienda. La única ventana que había era el escaparate y, a medida que se adentraba entre los muebles de pino y roble, entre los cuadros agrietados y desconchados que colgaban de las paredes, entre los ornamentos, los platos azules y blancos, los jarrones y los paragüeros, el local fue oscureciéndose. Era como estar en una cueva muy bien amueblada.

—Dígame, caballero.

Al fondo, sentado a un escritorio, había un señor mayor. Miraba a Beauvoir a través de las gafas, evaluándolo. El inspector conocía esa mirada, aunque normalmente era él quien la dispensaba.

Se midieron el uno al otro. Beauvoir vio a un hombre delgado que vestía bien, pero con comodidad. Como su mercancía, parecía viejo y refinado, y olía levemente a cera para muebles.

El anticuario vio a un hombre de entre treinta y cinco y cuarenta años. Pálido, tal vez algo estresado y que no había salido a pasear ociosamente por el distrito de las antigüedades. No era un comprador.

Más bien alguien que necesitaba algo. Un lavabo, quizá.

—Esta tienda... —empezó Beauvoir.

No quería hablar como un investigador, pero de pronto se dio cuenta de que no sabía hacerlo de ningún otro modo. Era como un tatuaje: indeleble. Sonrió y siguió hablando en tono más amigable.

—Un amigo mío solía venir por aquí, pero hace años. Debe de hacer diez o más. La tienda continúa llamándose Temps Perdu, pero ¿ha cambiado de dueño?

—No. No ha cambiado nada.

Beauvoir no lo dudaba.

—¿Estaba usted aquí hace diez años?

—Siempre estoy aquí. Ésta es mi tienda. —El anciano se levantó y le ofreció la mano—. Frédéric Grenier.

—Jean-Guy Beauvoir. Quizá se acuerde de mi amigo, le vendió varias cosas.

—¿Ah, sí? ¿Qué cosas?

Beauvoir se dio cuenta de que el anticuario no había preguntado por el nombre de Olivier, sino por los artículos. ¿Era así como veían a las personas? Éste es el de la mesa de pino. Aquél el del candelabro. ¿Y por qué no? Al fin y al cabo, él veía así a sus sospechosos: ella es la del apuñalamiento; él, el del rifle.

—Creo que le vendió una miniatura, un cuadro.

Beauvoir observó al hombre con atención. Y viceversa.

—Puede ser. ¿Dice que fue hace diez años? Ha pasado mucho tiempo... ¿Por qué lo pregunta?

Cualquier otro día, Beauvoir no habría perdido ni un instante antes de sacar la placa del Departamento de Homicidios de la Sûreté, pero no estaba allí a título oficial. Y tampoco tenía una respuesta preparada.

—Mi amigo acaba de fallecer y a su viuda le gustaría saber si usted la ha vendido. Si aún la tiene, querría comprársela. Llevaba mucho tiempo en la familia. Mi amigo la vendió porque necesitaba dinero, pero ése ya no es el caso.

Beauvoir estaba bastante satisfecho con su reacción, aunque no del todo sorprendido. Vivía rodeado de mentiras y había escuchado miles de ellas, ¿por qué iban a dársele mal?

El anticuario lo observó y al final asintió.

—Eso pasa de vez en cuando. ¿Le importaría describir la miniatura?

—Europea, de magnífica factura. Tengo entendido que le pagó mil quinientos dólares por ella.

Monsieur Grenier sonrió.

—Ya sé de cuál me habla. Fue mucho dinero, pero valió la pena. No acostumbro a pagar tanto por una pieza tan pequeña. Era exquisita. Polaca, si no me equivoco. Siento decirle que la vendí. Creo recordar que, después de eso, su amigo vino con alguna cosa más. Un bastón tallado que necesitaba una pequeña restauración, estaba agrietado. Se lo pasé a mi restaurador y después también lo vendí. Alguien lo compró enseguida. La verdad es que esa clase de artículos se venden como si nada. Sí, me acuerdo de él: joven, rubio. ¿Dice que su esposa quiere recuperar los artículos?

Beauvoir asintió.

El hombre frunció el ceño.

—Menuda sorpresa habrá sido eso para su compañero. Si no recuerdo mal, el caballero era gay.

—Sí... Bueno, intentaba ser delicado. A decir verdad, yo soy su compañero.

—Vaya. Le doy mi más sincero pésame. Al menos tuvieron la posibilidad de casarse.

El hombre señaló la alianza del inspector.

Había llegado el momento de irse de allí.

De vuelta en el coche, atravesando el puente Champlain, Beauvoir pensó que sin duda aquello había sido nada más y nada menos que *temps perdu*. Aparte de afirmar que Olivier, su marido, había fallecido, no había ocurrido nada importante.

Estaba ya llegando a Three Pines cuando recordó a qué le había estado dando vueltas después de la entrevista con Olivier. La palabra que se le escapaba.

Aparcó a un lado de la carretera, marcó el número de la cárcel y al final consiguió que lo pusieran con Olivier.

—Van a empezar a correr rumores, inspector.

—Ni te lo imaginas —dijo Beauvoir—. Escucha, durante el juicio y la investigación dijiste que el Ermitaño no te había dicho nada sobre sí mismo. Sólo que era checo y se llamaba Jakob.

—Sí.

—En las inmediaciones de Three Pines hay una gran comunidad checa que incluye a los Parra.

—Eso es.

—Y muchas de las piezas que él tenía venían de países del Bloque del Este: Checoslovaquia, Polonia, Rusia. Tú declaraste que te daba la impresión de que se había dedicado a robar tesoros familiares y que, en pleno derrumbe del comunismo, había escapado a Canadá. Creías que se escondía de sus paisanos, de la gente a la que había robado.

—Sí.

—Sin embargo, durante nuestra conversación de hoy no lo has llamado Jakob ni una sola vez. ¿Por qué?

Se hizo un largo silencio.

—No vas a creerme.

—El inspector jefe Gamache me ha dado órdenes de creerte.

—Eso me consuela.

—Escucha, Olivier, ésta es tu única esperanza. Tu última oportunidad. Ahora debes decirme la verdad.

—No se llamaba Jakob.

Esa vez fue Beauvoir quien se quedó en silencio.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó finalmente.

—No lo sé.

—¿Ya estamos otra vez?

—La primera vez que os dije que no sabía cómo se llamaba no me creísteis. Por eso me inventé el nombre. Uno que sonase a checo.

Beauvoir casi tenía miedo de hacerle la siguiente pregunta. Pero se armó de valor.

—¿Era checo por lo menos?

—No.

DIEZ

—¿Disculpe?

Según el cálculo aproximado de Gamache, era la millonésima vez que repetía eso o algo parecido en los últimos diez minutos. Se acercó todavía un poco más, a riesgo de escurrirse de la silla. Que el escritorio de roble de Ken Haslam fuera tan grande no hacía más que empeorar las cosas.

—*Excusez?*

Gamache se estiró un poco más y sintió que se levantaban las patas de atrás de la silla. Se recostó justo a tiempo y, al otro lado del abismo de la mesa, el señor Haslam siguió hablando. O por lo menos moviendo los labios.

Murmullo, murmullo, asesinato, farfullo, junta. Haslam lanzó una mirada al inspector jefe Gamache.

—¿Perdón?

El inspector jefe tenía la costumbre de concentrarse en los ojos de la gente, pero sin dejar de lado lo que hacían con el resto del cuerpo. Las pistas aparecían veladas, y uno de los códigos era la manera que tenía cada persona de comunicarse. A menudo las palabras eran las que menos información transmitían y los individuos más viles, resentidos y desagradables hablaban con amabilidad; pero se les notaba en el almíbar con el que endulzaban las palabras, un ligero parpadeo, una sonrisa falsa. O en la tensión de los brazos al cruzarlos o rodearse las piernas con ellos. En los dedos entrelazados con fuerza, los nudillos blancos.

Para él, percibir todas aquellas señales era de vital importancia, y en general lo conseguía.

En cambio, Haslam lo tenía desconcertado, porque el inspector jefe no alcanzaba a ver más allá de su boca. La miraba con desesperación, tratando de leerle los labios.

Ken Haslam no susurraba. Dada la situación, Gamache hubiese recibido un susurro tan bien como un grito. Aquel hombre parecía estar formando las palabras sólo con los labios. Era posible, reflexionó el inspector jefe, que lo hubieran operado. Tal vez le hubiesen extirpado la laringe.

Pero lo dudaba, pues de vez en cuando alcanzaba a entender alguna palabra suelta, como «asesinato». Ésa la había pronunciado con claridad.

La conversación estaba costándole un esfuerzo físico e intelectual importante. El desgaste de intentar comprender algo era agotador. ¿Qué pasaría si los sospechosos se dieran cuenta de que la manera de acabar con la paciencia de sus interrogadores no era gritar, dar voces y poner la sala patas arriba, sino murmurar?

—Lo siento, señor.

Gamache le hablaba en inglés, con el ligero acento británico que había adquirido en Cambridge.

El despacho de Haslam estaba en la Basse-Ville, la parte baja de la ciudad. La forma más rápida de llegar a ese barrio era un ascensor de cristal que llamaban «funicular» y que subía y bajaba la pared de roca que separaba las dos partes de la ciudad. Gamache había pagado los dos dólares y entrado en la cabina, que rebasó el borde del precipicio y descendió. Era un viaje corto y muy bonito, aunque el inspector jefe permaneció en la parte trasera del pequeño cremallera, alejado del cristal y de la caída en picado de la que protegía.

Una vez abajo, salió a Petit-Champlain, una encantadora y estrecha calle peatonal cubierta de nieve y tomada por los transeúntes. Los peatones paseaban sin prisa, abrigados para protegerse del frío, y se detenían aquí y allá para admirar los encajes hechos a mano, las obras de arte, el vidrio soplado o los dulces de los escaparates engalanados para las fiestas.

Gamache continuó hacia la place Royale, donde se había construido el primer asentamiento junto al río.

Allí había encontrado el despacho de Ken Haslam. Estaba muy bien situado, en un edificio de piedra gris. El cartel decía «ROYALE TOURISTS». Había entrado y hablado con una recepcionista alegre y amable, y le había explicado que no, que no le interesaba reservar una visita de la ciudad, sino hablar con el propietario del negocio.

—¿Tiene cita? —preguntó ella.

—Lo siento, pero no.

Justo en el mismo instante en que, en Montreal, Beauvoir sentía la tentación de sacar la placa de la Sûreté, el inspector jefe se llevó la mano al bolsillo del pecho. Sin embargo, se detuvo.

—Pensaba que a lo mejor estaba disponible.

Gamache sonrió. Al final, ella le devolvió la sonrisa.

—La verdad es que está en la oficina. Permítame que le pregunte si tiene un momento.

Y así, unos minutos más tarde, se encontró en un magnífico despacho con vistas a la place Royale y la église Notre-Dame-des-Victoires, la iglesia construida para conmemorar dos grandes victorias frente a los ingleses.

Gamache había tardado unos diez segundos en darse cuenta de la dificultad de la situación. No era que no comprendiese lo que Ken Haslam decía, sino que no lo oía. Al final, viendo que ni siquiera conseguía leerle los labios, el inspector jefe lo interrumpió.

—*Désolé* —dijo con una mano alzada. Haslam paró de mover la boca—. ¿Le importaría si nos acercásemos un poco? Está costándome mucho oír lo que dice.

Haslam parecía perplejo, pero se levantó y se sentó en otra silla, junto al inspector jefe.

—En realidad, sólo necesito saber qué ocurrió durante la reunión de la junta de la sociedad el día que Renaud se presentó allí.

Murmullo, susurro, arrogante, bisbiseo, imposible, murmullo. Parecía muy firme y serio. Era un hombre atractivo, bien afeitado, de pelo gris oscuro y complexión rubicunda que parecía ser el resultado de la exposición al sol y no a la botella. Y ahora que estaban más cerca, Gamache al fin lo entendía un poco mejor. A pesar de que seguía hablando con un susurro apenas audible, alcanzaba a comprender algunas cosas y el resto de las señales se mostraban con mayor claridad.

Haslam estaba enfadado.

No con Gamache, pensó éste, sino a causa de los acontecimientos. Alguien que conocía bien la Sociedad Literaria e Histórica había asesinado a Augustin Renaud. Y el hecho de que, el mismo día de su muerte, el lunático arqueólogo hubiese solicitado hablar con la junta y se le hubiera denegado la petición no podía entenderse como una coincidencia.

Haslam siguió moviendo los labios.

Murmuro, murmullo, Champlain, bisbiseo, idiotez, susurro, regata.

—Sí, según me dijo el señor Hancock, ustedes dos se fueron pronto para entrenar. Tengo entendido que se han inscrito en la regata de canoas del domingo.

Haslam sonrió y dijo que sí con la cabeza.

—El sueño de toda mi vida.

Pronunció las palabras en voz baja, pero con claridad. Un susurro ronco. Tenía una voz cálida y

Gamache se preguntó por qué no la usaba más a menudo, sobre todo en el trabajo. No le cabía duda de que para un guía turístico no hablar debía de suponer una gran pérdida económica.

—¿Por qué se han inscrito? —preguntó sin poder evitarlo.

Estaba ansioso por saber los motivos que llevarían a alguien a castigarse de esa manera, por no hablar de un hombre casi septuagenario.

La respuesta de Haslam lo sorprendió. Esperaba la típica frase sobre el Everest o algo relacionado con la historia, pues era evidente que el hombre era un amante de esa disciplina y la regata recreaba las antiguas rutas del correo antes de la aparición de los barcos rompehielos.

Susurro, gusta, murmullo, la gente.

—¿Le gusta la gente? —preguntó Gamache.

Haslam murmuró algo más, asintió con la cabeza y sonrió.

—¿No sería mejor apuntarse a un coro?

Haslam sonrió.

—No es lo mismo, ¿no cree, inspector jefe?

Su mirada era cálida, inquisitiva, inteligente.

Gamache pensó que aquel hombre conocía el valor no sólo de la amistad, sino de la camaradería. De lo que ocurre cuando la gente se une en circunstancias extremas.

Empezó a temblarle la mano derecha y cerró el puño despacio. Pero no sin que aquella mirada tan considerada se fijase en ello. Y viese el temblor.

Sin decir ni pío.

Armand Gamache subió sin prisa la ligera cuesta hacia Petit-Champlain y el funicular. Por el camino repasó las conversaciones que había mantenido tanto con Haslam como con la recepcionista, que había sido igual de informativa, si no más.

«No, el señor Haslam no participa en los tours, los organiza por correo electrónico. Por lo general, son visitas exclusivas y privadas a la ciudad para dignatarios y famosos.» Según le había explicado ella, el señor Haslam era una especie de conserje. Llevaba tanto tiempo en el negocio que le habían pedido las cosas más extrañas y casi siempre había satisfecho las peticiones. Se apresuró a asegurarle que nunca se había tratado de nada ilegal, ni siquiera inmoral. El señor Haslam era un hombre íntegro. Aunque inusual.

La joven hablaba un francés excelente y el de Haslam, cuando se lo oía, era aún mejor. De no haberse llamado «Ken Haslam», Gamache habría dado por sentado que era francófono. Según la recepcionista, su jefe perdió a su única hija a causa de la leucemia cuando ella tenía once años, y su esposa había fallecido hacía seis. Las dos estaban enterradas en el cementerio anglicano del casco antiguo.

Las raíces del hombre llegaban a lo más profundo de Quebec.

Una vez en la cabina del funicular, aferrado a la barandilla de la pared trasera, Gamache se obligó a apreciar la espléndida vista y se asomó a la gélida corriente de aire. Tenía claro cuál sería su siguiente parada, pero antes debía ordenar las ideas. Para eso, caminó por un pequeño callejón llamado la rue du Trésor, que, pese al crudo frío de febrero, estaba lleno de artistas vendiendo vistosas imágenes de Quebec de dudoso gusto. A un lado del callejón había barras hechas de bloques de hielo donde servían Caribou a turistas que pronto lamentarían su error. Al salir por el otro extremo, encontró el Café Buade y entró a calentarse y a pensar.

Se sentó con un tazón de *chocolat chaud* en un banco tapizado y sacó una libreta y un bolígrafo. Estuvo allí unos minutos con la mirada perdida o tomando notas. De vez en cuando le daba un sorbo

al chocolate y al cabo de un rato se sintió preparado para la siguiente visita.

El café estaba cerca de su destino. Sólo tenía que cruzar la calle para llegar al enorme monolito que era la basílica de Notre-Dame, la magnífica iglesia dorada en la que se casaba, se bautizaba, se reconvenía, se guiaba y se enterraba a los más altos funcionarios y a los mendigos más pobres.

En Quebec nunca habían faltado las iglesias, pero mientras éstas eran satélites, Notre-Dame era el sol.

Atravesó la valla, subió la escalinata y se detuvo junto al plafón donde se anunciaban las misas de domingo. Una había terminado hacía pocos minutos y la siguiente no era hasta las seis de la tarde. Abrió la pesada puerta y al entrar percibió la calidez del edificio y el aroma de años y años de rituales sagrados. Cirios e incienso, y el eco de pasos en el suelo de pizarra.

La iglesia estaba en penumbra y las arañas del techo y las lámparas de las paredes irradiaban una luz tenue sobre el amplio espacio. Sin embargo, en uno de los extremos, más allá de los bancos casi vacíos, había un resplandor. Todo el altar parecía cubierto de oro. Su brillo invitaba a acercarse a él y admirar las cabriolas de los ángeles, la mirada severa de los santos. En el centro, como una casita de muñecas de una niña mimada, descansaba una reproducción de la basílica de San Pedro de Roma.

La imagen era al mismo tiempo gloriosa y un tanto repugnante. Gamache, que no había perdido el hábito de santiguarse, lo hizo y se sentó unos minutos en silencio.

—¿Sabía que mi familia quería que me hiciera cura? —dijo la joven voz.

—Supongo que era porque habías desarrollado tolerancia al humo y la ceniza —contestó Gamache.

—Exacto. Imagino que pensaron que cualquiera que pudiera con mi abuela era un santo o estaba loco. En cualquier caso, era una buena base para una vida con los jesuitas.

—Pero tú decidiste no hacerlo.

—La verdad es que no llegué a planteármelo en serio —le dijo el agente Morin al oído—. Me enamoré de Suzanne cuando ella tenía seis años y yo siete, y pensé que eso era lo que Dios había decidido para mí.

—¿Tanto hace que os conocéis?

—Toda la vida, diría yo. Nos conocimos en catequesis.

Gamache veía al joven y trató de imaginárselo con siete años. No le resultó difícil. Parecía mucho más joven que sus veinticinco y tenía la curiosa habilidad de poner cara de idiota. No era que Morin lo intentase de forma consciente, pero le salía muy bien. A menudo entreabría la boca y, con los labios humedecidos, parecía que estuviese a punto de dejar caer un hilillo de baba. Podía resultar desconcertante o encantador, pero nunca atractivo.

Sin embargo, Gamache y su equipo se acostumbraron en cuanto se dieron cuenta de que lo que hacía con la cara no guardaba relación con su mente ni con su corazón.

—Me gusta quedarme sentado en la iglesia del pueblo, cuando ya se han ido todos. A veces voy por la tarde.

—¿Hablas con el párroco?

—¿Con el padre Michel? Sí, a veces. Pero lo que suelo hacer es sentarme, nada más. Últimamente imagino el día de mi boda; será en junio. Veo la decoración y a todos mis amigos y familiares. También hay algún compañero de trabajo. —El agente Morin vaciló un momento—. ¿Le gustaría venir?

—Si me invitas, allí estaré. Sin duda.

—¿De verdad?

—Por supuesto.

—Espere a que se lo cuente a Suzanne. Cuando me siento en la iglesia, la veo acercarse por el pasillo. Como un milagro.

—«Ya no existe la soledad.»

—*Pardon?*

—Es la bendición que madame Gamache y yo escogimos en nuestra boda. La leímos al final de la ceremonia. «Ya no sentiréis la lluvia, pues uno guarecerá al otro» —citó Gamache.

Ya no sentiréis frío, pues uno calentará al otro.

Ya no existe la soledad para vosotros.

Ya no existe la soledad.

Nunca más habrá soledad.

Gamache calló.

—¿Tienes frío?

—No.

Aun así, el inspector jefe pensó que el joven agente mentía. Estaban a principios de diciembre, mes frío y húmedo, y él estaba inmóvil.

—¿Podemos usarla en nuestra boda?

—Si quieres, sí. Puedo enviártela para que decidáis.

—Perfecto. ¿Cómo acaba? ¿Se acuerda?

Gamache se serenó pensando en su propia boda. Recordó el momento en que vio a todos sus amigos y a la enorme familia de Reine-Marie. Y a Zora, su abuela, la única pariente que le quedaba a él, pero con ella le bastaba. No había un lado para la novia y otro para el novio, sino que todos se mezclaron.

Entonces cambió la música y Reine-Marie apareció. Y en ese instante Armand supo que había estado toda la vida solo hasta aquel preciso momento.

«Ya no existe la soledad.»

Y al terminar la ceremonia, la bendición final.

—«Id a vuestra morada» —recitó para Morin—. «Empezad los días de vuestra unión. Que vuestros días en la tierra sean buenos y largos.»

Hubo una pausa. No demasiado larga. Gamache estaba a punto de hablar cuando el agente Morin rompió el silencio.

—Así es como me siento. En realidad no estoy solo. Desde que conocí a Suzanne no lo estoy. ¿Sabe a qué me refiero?

—Sí.

—Lo único malo de imaginarme la boda es que ella siempre se desmaya o vomita en el altar.

—¿De verdad? Qué cosa tan extraña. ¿Por qué crees que le pasa?

—Supongo que por el incienso. Espero. O eso, o es el anticristo.

—Eso sí que estropearía la boda —dijo Gamache.

—Por no hablar del matrimonio. Se lo he preguntado y ella insiste en que no lo es.

—Bueno, no está mal. ¿Por qué no le haces firmar un acuerdo prenupcial?

Paul Morin se echó a reír.

«Que vuestros días en la tierra sean buenos y largos», pensó Gamache.

—¿Quería hablar conmigo?

El inspector jefe abrió los ojos de golpe, sobresaltado. Un hombre de mediana edad, con sotana, lo miraba desde arriba.

—¿Padre Sébastien?

—Eso es.

Breve, eficaz, diligente.

—Me llamo Armand Gamache. Quería pedirle que me dedicase un poco de su tiempo.

El sacerdote le lanzó una mirada dura, recelosa y penetrante.

—Los domingos hay mucho ajeteo. —Se fijó bien en Gamache—. ¿Le conozco?

Como no parecía tener intención de sentarse, el inspector jefe se levantó.

—No personalmente, pero tal vez haya oído hablar de mí. Soy el jefe del Departamento de Homicidios de la Sûreté du Québec.

Todo rastro de molestia se borró del rostro del hombre, que sonrió.

—Claro, inspector jefe. —Le tendió una de sus delgadas manos y lo saludó—. Discúlpeme. Está un poco oscuro y, si me lo permite, usted no suele llevar barba, ¿verdad?

—No, estoy de incógnito —dijo Gamache con una sonrisa.

—En ese caso, quizá prefiera no ir contando por ahí que es el jefe de Homicidios.

—Buena idea. —Gamache miró a su alrededor—. Hacía tiempo que no entraba en la basílica.

Desde el funeral del *premier*, hace unos años.

—Yo fui uno de los oficiantes —dijo el padre Sébastien—. Fue una ceremonia preciosa.

Gamache la recordaba formal, artificiosa y muy, muy larga.

—Bueno. —El padre Sébastien se sentó y dio unas palmaditas en el banco—. Dígame qué le gustaría saber. A no ser que necesite ir al confesionario.

—Lo siento, lo siento —repetía la voz del joven una y otra vez.

Gamache le había asegurado que no era culpa suya y le había prometido a Morin que lo encontraría antes de que fuese demasiado tarde.

—Esta noche cenas con tus padres y con Suzanne.

Hubo una pausa y el inspector jefe creyó oír un sollozo.

—Voy a encontrarte.

Otra pausa.

—Le creo.

—No —le respondió Gamache al sacerdote—. Necesito información, nada más.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Es sobre el asesinato de Augustin Renaud.

El hombre no parecía sorprendido.

—Terrible. Pero no creo que pueda serle de ayuda. Lo conocía muy poco.

—Pero ¿lo conocía?

El padre Sébastien lo miró con cierta sospecha.

—Claro que sí. Ha venido por eso, ¿no?

—Si le soy sincero, no sé muy bien a qué he venido. Alguien me sugirió que hablase con usted. ¿Se le ocurre el motivo?

El religioso parecía irritado, ofendido.

—Pues a lo mejor porque soy el mayor especialista en los primeros asentamientos de Quebec y en el papel de la iglesia, pero quizá eso no tenga importancia.

«Dios mío —pensó Gamache—, líbrame de un cura enfurruñado.»

—Le pido disculpas. No soy de aquí y no conozco su trabajo.

—Mis artículos se han publicado en todo el mundo.

La cosa no mejoraba.

—*Désolé*. No es uno de los campos que domino, pero admito que tiene una importancia inmensa y necesito su ayuda como el aire que respiro.

El sacerdote se relajó un poco y enseguida escondió los dientes.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó con tono distante.

—¿Podría hablarme de Augustin Renaud?

—Bueno, puedo asegurarle que no estaba loco.

Era el primero en hacer esa afirmación y Gamache se inclinó hacia delante.

—Era una persona apasionada y obstinada —continuó el hombre—, y no cabe duda de que también ofensiva, pero no estaba loco. La gente se lo decía para menospreciarlo, para restarle credibilidad. Un acto cruel.

—¿Le caía bien?

El padre Sébastien se acomodó en el duro banco.

—No diría tanto. Era difícil que cayera bien, no tenía don de gentes. De hecho, era bastante torpe con las personas. Sólo tenía un objetivo en la vida y todo lo demás le parecía trivial, incluso los sentimientos de los otros. No me extraña que haya hecho tantos enemigos.

—¿Es posible que alguien lo odiase tanto como para matarlo? —preguntó Gamache.

—Como usted ya sabe, inspector jefe, hay muchos motivos para el asesinato.

—La verdad, *mon père*, yo he llegado a la conclusión de que sólo hay uno. Detrás de todas las justificaciones, de la psicología, de los argumentos como la venganza o la avaricia o los celos, está la verdadera razón.

—¿Y cuál es?

—El miedo. Miedo a perder lo que tienes o a no conseguir lo que deseas.

—Y aun así, el miedo a condenarse para toda la eternidad no les impide hacerlo.

—No. Ni el miedo a que los atrapen. Porque no creen en ninguna de las dos cosas.

—¿Usted piensa que no es posible creer en Dios y cometer un asesinato?

El cura contemplaba a Gamache con expresión relajada, casi divertida. La mirada tranquila, la voz ligera. Pero entonces, ¿por qué estaba arrugando la sotana en un puño?

—Depende del dios en el que crea cada uno —afirmó Gamache.

—Sólo hay un Dios, inspector jefe.

—Quizá sí, pero también toda clase de humanos que no ven bien. Ni siquiera a Dios. Sobre todo a Dios.

El sacerdote sonrió y asintió con la cabeza, pero apretó el puño aún más.

—Lo siento, nos hemos desviado del tema —dijo Gamache—. Es culpa mía. Es de tontos ponerse a debatir cuestiones de fe con un cura tan célebre. Lo siento, *mon père*. Estábamos hablando sobre Augustin Renaud y usted decía que lo tachaban de loco, pero que a su modo de ver estaba bien cuerdo. ¿De qué lo conocía?

—Me lo encontré en el sótano de la capilla de San José. Estaba cavando.

—¿Se había puesto a cavar sin más?

—Ya le he dicho que era monomaniaco. En lo que a Champlain respecta, había perdido el juicio. La cuestión es que encontró algo.

—¿Qué?

—Unas monedas antiguas, de la década de 1620, y dos ataúdes. Uno era muy sencillo y estaba hundido por un lado, pero el otro estaba forrado de plomo. Nuestra teoría es que Champlain, al igual que otros dignatarios, fue enterrado en un ataúd revestido.

—Y allí era donde estaba la capilla original antes del incendio.

—Sabe más de lo que quiere admitir, inspector jefe.

—Oh, mi ignorancia no conoce límites, padre.

—El ayuntamiento lo obligó a parar la excavación de inmediato. No tenía autorización y lo consideraron poco más que saqueo de tumbas. Pero entonces Renaud acudió a los medios y organizó un buen jaleo. La prensa sensacionalista declaró que al fin habían encontrado a Champlain, pero unos burócratas melindrosos y chupatintas habían parado la excavación. Lo presentaron como la batalla de David y Goliat, el diminuto y viejo Augustin Renaud luchaba con valentía por encontrar el símbolo de la Quebec francesa, y los políticos y arqueólogos oficiales querían impedirselo.

—Serge Croix debía de estar encantado —comentó Gamache.

El padre Sébastien se rió entre dientes.

—El jefe de Arqueología estaba furioso. Durante esa época, venía muy a menudo a despotricar y a quejarse. Yo no tenía claro hasta qué punto esa ira iba dirigida contra Renaud a título personal, o si en realidad tenía miedo de que tuviera razón. De que un aficionado insignificante acabase haciendo el descubrimiento que hubiese consagrado la carrera de cualquier profesional.

—Champlain.

—El padre de Quebec.

—Pero ¿por qué es tan importante? ¿Por qué levanta tantas pasiones el lugar donde enterraron a Champlain?

—¿Quiere decir que a usted no le apasiona el tema?

—Bueno, siento curiosidad, sin duda. Y si lo descubrieran, visitaría el lugar y leería todo lo que encontrase sobre el descubrimiento, pero no lo voy a convertir en algo personal.

—¿Eso dice? Me gustaría saber si es cierto. Yo trato con muchas personas que no se dan cuenta de que tienen una creencia, una fe, hasta que les llega el momento de morir. Entonces la descubren arraigada en su interior. Y resulta que la tenían desde el principio.

—Pero Champlain era un hombre, no una fe.

—Puede que fuera así al principio, pero se ha convertido en más que eso. Al menos para algunos. ¿Me acompaña?

El padre Sébastien se levantó, miró el crucifijo dorado del altar, inclinó la cabeza brevemente y se apresuró a salir de la inmensa iglesia. Gamache lo siguió. Subieron una escalera de madera, recorrieron varios pasillos y al final llegaron a un despacho diminuto, atestado de libros y montones de papeles. En la pared había dos reproducciones: una de Cristo crucificado y otra de Champlain.

El cura retiró unas revistas de dos sillas y se sentaron.

—Champlain fue un hombre excepcional y, sin embargo, apenas sabemos nada de él. Hasta su fecha de nacimiento es un misterio. No sabemos ni qué aspecto tenía. Mire este cuadro. ¿Le suena?

Señaló el retrato de la pared. Era la imagen de Champlain que conocían todos los quebequeses, todos los canadienses. Mostraba a un hombre de unos treinta años, con un jubón verde, cuello de encaje, guantes blancos y una espada con empuñadura. Tenía un peinado típico del siglo XVII, melena oscura y ondulada. Llevaba también una barba y un bigote bien cuidados. Tenía una cara hermosa, de expresión inteligente, ojos grandes y mirada reflexiva, un hombre delgado, atlético.

Samuel de Champlain. Gamache lo distinguiría sin problemas en cualquier rueda de reconocimiento.

Dijo que sí con la cabeza.

—Pues no es él —le aseguró el padre Sébastien.

—¿No lo es?

—Mire esto.

El sacerdote sacó un libro de una estantería en la que no cabía un tomo más. Lo abrió por una página y se lo pasó al inspector jefe.

—¿Le suena de algo?

Le mostró un cuadro de un hombre algo rollizo, de pie frente a una ventana. Detrás, una escena bucólica. Un hombre de unos treinta años, llevaba un jubón verde, cuello de encaje, guantes blancos y una espada con empuñadura. Tenía un peinado típico del siglo XVII, melena oscura y ondulada. La barba y el bigote bien cuidados. Tenía una cara hermosa de expresión inteligente, ojos grandes y mirada reflexiva.

—Éste es Michel Particelli d'Emery, uno de los contables de Luis XIII.

—Pero si es Champlain —protestó Gamache—. Con unos kilos de más y vuelto hacia el otro lado, pero básicamente es el mismo hombre. Hasta la ropa es igual.

Anonadado, le devolvió el libro al cura. El padre Sébastien sonreía y asentía.

—Alguien tomó prestada esta imagen, hizo algunos cambios para imprimirle más coraje, para que pareciese más un explorador valiente, y dijo que era Champlain.

—Pero ¿qué necesidad había? Si tenemos cuadros de aristócratas menores y de comerciantes, habrá también alguno de Champlain, ¿no?

El sacerdote, animado, se echó hacia delante.

—No existe ni un solo retrato suyo hecho en vida. No tenemos ni idea de qué aspecto tenía. Y eso no es todo: ¿por qué no le dieron un título ni tierras en Quebec? Ni siquiera llegó a ser el gobernador oficial.

—¿Cree que hemos exagerado su importancia? —preguntó Gamache, pero se arrepintió de inmediato.

El religioso volvió a molestarse, como si le hubiera arrojado barro a su ídolo.

—No. Toda la documentación que tenemos confirma que fue el padre de Quebec. Documentación escrita en la época por los padres recoletos, que fundaron la misión y la capilla. Champlain les dejó la mitad de su fortuna e hizo construir la iglesia para celebrar que habían recuperado Quebec de manos de los ingleses. ¿Sabía que los odiaba?

—Es difícil no odiar al enemigo. Supongo que los ingleses sentían lo mismo por él.

—Puede ser. Pero no sólo porque fuesen enemigos. Para él los ingleses eran verdaderos salvajes. Los consideraba seres crueles, sobre todo con los nativos. En los diarios de Champlain queda claro que él tenía una relación especial con los hurones y con los algonquinos. Ellos le enseñaron a vivir en estas tierras y le dieron información muy detallada sobre las vías fluviales.

»Odiaba a los ingleses porque estaban más interesados en masacrar a los indios que en colaborar con ellos. No me malinterprete, Champlain también creía que los indios eran salvajes, pero sabía que tenía mucho que aprender de ellos y se preocupaba por sus almas inmortales.

—¿Y por sus pieles?

—Bueno, no olvidemos que era un hombre de negocios —admitió el padre Sébastien.

Gamache volvió a mirar el cuadro que estaba en la pared junto al Cristo crucificado.

—Así que no tenemos ni idea de cómo era, de cuándo nació ni de dónde está enterrado. ¿Qué nos dicen sus diarios?

—Eso también es curioso. Apenas nos cuentan nada. Son poco más que una agenda de sus viajes y de su vida cotidiana, pero no hay nada sobre su vida interior, sus ideas ni sentimientos. Su vida privada era sólo para él.

—¿Incluso en su diario? ¿Por qué?

Sébastien giró las palmas hacia arriba y se encogió de hombros.

—Hay varias teorías. Una es que era un espía del rey de Francia, aunque hay otra aún más cautivadora. Hay gente que está convencida de que era hijo del rey. Ilegítimo, por supuesto. Pero eso explicaría el misterio de su nacimiento y el secretismo que rodeaba a un hombre al que deberían haber honrado. También podría aclarar por qué lo enviaron aquí, a un lugar tan alejado de la civilización.

—Dice que Augustin Renaud encontró un ataúd revestido de plomo debajo de uno de los santuarios, además de unas monedas, pero que lo obligaron a parar la excavación. ¿Podía estar en lo cierto? ¿Podía ser Champlain?

—¿Le gustaría verlo usted mismo?

Gamache se puso en pie.

—Por favor.

Regresaron por donde habían llegado, se detuvieron a santiguarse y cruzaron la nave hasta llegar a una pequeña capilla con un diminuto altar iluminado por velas votivas.

—Por aquí.

Sébastien pasó con cierto esfuerzo por detrás del altar y atravesó un arco bajo. Colocada sobre una repisa irregular tallada en la roca había una linterna. El cura la encendió e inundó la pequeña estancia con su luz. El haz enfocaba las piedras y descansaba encima de un ataúd.

Gamache sintió un escalofrío. ¿Era posible que se tratase de él?

—¿Lo han abierto? —preguntó en voz baja.

—No —susurró el sacerdote—. Después de todo el jaleo, el ayuntamiento dejó que Renaud continuara excavando, pero bajo su supervisión. En privado, los arqueólogos oficiales estaban indignados, pero de cara al público se mostraban contentos con el acuerdo. El caso es que después de hacer más estudios geotécnicos y de investigar mejor los archivos, decidieron que éste no era el ataúd de Champlain, sino otro mucho más reciente, de algún clérigo de nivel intermedio.

—¿Están seguros? —Gamache se volvió hacia el padre Sébastien, apenas visible en la penumbra—. ¿Usted está seguro?

—Yo convencí al ayuntamiento para seguir cavando. La verdad es que respetaba a Renaud. Es cierto que no tenía un título universitario ni la formación necesaria, pero no era un necio. Y halló algo que nadie más había encontrado, ni siquiera yo.

—Pero ¿encontró a Champlain?

—Aquí no. Yo quise creer que era él. Habría sido un triunfo para la iglesia, habría atraído a más gente y, claro, más dinero. Pero cuando lo estudiamos con más detenimiento, no nos salían las cuentas. Era imposible que fuese Champlain.

—¿Y las monedas?

—Eran del siglo XVII y confirmaban que en su día aquí estuvieron la capilla y el cementerio, pero nada más.

Ambos salieron a la luz del pequeño presbiterio.

—Padre, según usted, ¿qué ha sido de Champlain?

El cura lo pensó un momento.

—Creo que tras el incendio volvieron a enterrarlo. Se ha hecho referencia a una exhumación y posterior entierro, pero no se dice dónde ni existe documentación oficial. Esta misma iglesia se ha quemado varias veces, y en cada una de ellas hemos perdido archivos importantísimos.

—Pero usted ha estado casi toda la vida investigando a Champlain. ¿Qué opina?

—Antes me ha preguntado por su relevancia, si todo esto tiene algún valor. Si es esencial hallar sus restos. Y lo es. Champlain no era sólo el fundador de una colonia, tenía algo más, algo que lo

diferenciaba de cualquier otro explorador que lo hubiera precedido. Y creo que eso es lo que explica que él lo consiguiera cuando otros habían fracasado. Y que aún hoy en día lo recordemos y veneremos.

—¿Y qué era ese algo?

—Nunca se refirió a Quebec como Nueva Francia. En Francia sí lo hacían, y otros regímenes posteriores también. Pero Champlain jamás. ¿Sabe cómo llamaba él a este lugar?

Gamache reflexionó. Habían regresado a la nave central y se quedó mirando, casi sin verlo, el largo pasillo vacío que culminaba en el altar dorado, con sus santos y mártires, ángeles y crucifijos.

—El Nuevo Mundo —dijo al final.

—El Nuevo Mundo —convino el padre Sébastien—. Por eso es tan querido. Es un símbolo de grandeza, de valentía, de todo lo que Quebec podría haber sido y puede llegar a ser. Es un símbolo de libertad, sacrificio y visión. No creó una simple colonia, creó un nuevo mundo. Por eso se lo adora.

—Lo adoran los separatistas.

—Los separatistas, no: todos. —El cura observó a Gamache con atención—. Diría que usted también.

—Es cierto —admitió él. Pensó que aquel cuadro de Samuel de Champlain le recordaba a alguien. No sólo al próspero contable regordete, sino a alguien más.

A Jesús. A Jesucristo.

A Champlain le habían dado la imagen del Salvador. Y ahora el hombre que iba a encontrarlo estaba muerto. Asesinado, según la prensa sensacionalista, a manos de los ingleses, que podrían estar ocultando los restos del fundador.

—¿Es posible que Champlain esté enterrado en la Sociedad Literaria e Histórica?

—Del todo imposible —respondió el padre Sébastien sin dudarlo—. En aquella época, esa zona era bosque. No lo habrían llevado a enterrar allí tras encontrarlo.

A menos que el fundador, pensó Gamache, no fuera precisamente el santo en el que se había convertido.

—¿Dónde cree que está? —preguntó de nuevo.

Habían salido a la escalinata helada de la basílica.

—No muy lejos.

Antes de regresar al interior de la iglesia, el cura señaló algo con la cabeza. Al otro lado de la calle. El Café Buade.

ONCE

Aún no eran las cinco de la tarde y el sol ya se había puesto. Elizabeth MacWhirter miró por la ventana. Un grupo de gente llevaba todo el día pululando delante de la Sociedad Literaria e Histórica. Algunos atrevidos habían entrado, casi retando a los socios a que los echasen. Pero en lugar de eso, Winnie los había recibido, les había dado folletos bilingües y los había invitado a asociarse.

A los más interesados, incluso les había hecho una breve visita de la biblioteca, durante la cual les había mostrado las espléndidas cuadras de las paredes y las colecciones de lirios de las estanterías, y les había preguntado si les gustaría ser memos.

Como era de esperar, pocos habían aceptado la oferta. Pero tres habían pagado veinte dólares por hacerse socios, incapaces de decir que no ante la amabilidad y los problemas lingüísticos de Winnie.

—¿Les has dicho que la noche es una fresa? —preguntó Elizabeth a su compañera cuando volvió con el dinero de las cuotas.

—Sí. Y no me han dicho lo contrario. ¿Estás lista?

Antes de apagar la luz y cerrar la puerta con llave, fueron a mirar en la sala principal de la biblioteca. Más de una vez habían encerrado al pobre señor Blake, pero su sillón estaba vacío. Ya se había ido a la rectoría.

La multitud había desaparecido. La oscuridad y el frío habían podido más que la curiosidad. Las dos mujeres caminaron con precaución por la nieve endurecida, plantando cada pie con firmeza y cuidado. Vigilaban no sólo el propio paso, sino también el de la otra.

Todos los inviernos, del suelo parecía salir una mano para agarrar a los ancianos y tirar de ellos como si quisiera engullirlos. Muchos se fracturaban la cadera, una muñeca o el cuello. Mejor tomárselo con calma.

No iban lejos y, a través de las ventanas de la rectoría, ya se veía la luz de dentro. Era un precioso edificio de piedra de proporciones elegantes y ventanas altas que atrapaban hasta el último rayo del escaso sol de invierno. Mientras caminaban despacio, la una al lado de la otra, Elizabeth sintió que las mejillas se le quedaban heladas pese a lo corto del trayecto. La nieve crujía bajo sus pies, con un sonido que llevaba casi ochenta años oyendo. Uno que no cambiaría por la caricia de las olas del mar en la costa de Florida.

Las luces iban encendiéndose en hogares y restaurantes y se reflejaban en la blanca nieve. Aquélla era una ciudad que se prestaba al invierno y la oscuridad. Se tornaba más acogedora, atrayente y mágica, como un reino de cuento de hadas. «Y nosotros somos los campesinos», pensó Elizabeth con una sonrisa sarcástica.

A medida que recorrían los últimos metros con pausa, vieron por la ventana que el fuego ya estaba encendido y Tom repartía las bebidas. El señor Blake y Porter ya se encontraban allí, y Ken Haslam estaba sentado en una butaca, leyendo el periódico.

Elizabeth sabía que a él no se le escapaba nada. Subestimar a Ken, tal como habían hecho tantos otros a lo largo de su vida, era un error. La gente no acostumbraba a tener en cuenta a los más callados, pero ella sabía que en el caso de Ken eso era una paradoja. También sabía por qué era tan silencioso, pero eso no pensaba contárselo a nadie.

Elizabeth MacWhirter lo sabía todo y no olvidaba nada.

Las dos mujeres entraron sin llamar a la puerta, se quitaron los abrigos y las botas y enseguida estuvieron en el gran salón, escuchando el rugido del fuego con los demás. Porter sirvió un whisky para Winnie y una copita de jerez para Elizabeth, y ambas se sentaron en el sofá.

Conocían la estancia muy bien, de las veces que las habían invitado a conciertos de música de cámara privados o a un cóctel o a tomar el té. También de las veces que habían ido a comer, a cenar o a jugar al bridge. Los acontecimientos de la comunidad en los que había más invitados se celebraban al otro lado de la calle, en una sala de la iglesia, pero aquel salón se había convertido en el lugar para sus reuniones más íntimas.

Elizabeth se dio cuenta de que Ken movía los labios. Él sonrió y ella le devolvió la sonrisa.

Estar con Ken era como pasar tiempo con un amigo eternamente extranjero. Era imposible entenderse con él, pero lo único que hacía falta era devolverle sus propias expresiones. Si Ken parecía triste, ellos se mostraban tristes. Si estaba contento, sonreían. De hecho, estar en su compañía les resultaba relajante. Apenas se esperaba nada de ellos.

—Bueno, vaya día he tenido —dijo Porter balanceándose sobre los talones frente al fuego—. Lo he pasado dando entrevistas. Me han grabado para el programa de Jacquie Czernin, de CBC Radio. Van a ponerlo enseguida, ¿queréis escucharlo?

Se acercó al equipo de música y puso la emisora CBC.

—Debo de haber hecho al menos diez entrevistas... —reiteró mientras hacía guardia frente a la radio.

—Yo he hecho un crucigrama —comentó el señor Blake—. Ha sido muy satisfactorio. ¿Conocéis una palabra de seis letras que signifique «idiota»?

—¿Los nombres propios cuentan? —preguntó Tom con una sonrisa.

—Ay, ya empieza.

Porter subió el volumen.

—Tal como hemos sabido por las noticias —anunció una melodiosa voz femenina—, ayer por la mañana encontraron muerto al arqueólogo aficionado Augustin Renaud en la Sociedad Literaria e Histórica. La policía confirma que fue asesinado, aunque todavía no han llevado a cabo ningún arresto.

»Porter Wilson es el presidente de la sociedad y tenemos el gusto de contar con él. Hola, señor Wilson.

—Hola, Jacquie.

Porter hizo un barrido del salón, esperando aplausos por lo brillante de su intervención hasta el momento.

—¿Qué puede contarnos sobre la muerte del señor Renaud?

—Puedo adelantarle que no he sido yo.

El Porter de la radio se rió. El de la rectoría, también. Pero nadie más.

—¿Qué hacía Renaud allí?

—Si te soy sincero, no lo sabemos. Como puede imaginarse, estamos muy sorprendidos. Es una tragedia. Era un miembro muy respetado de la comunidad.

Porter, en la rectoría, decía que sí con la cabeza, de acuerdo consigo mismo.

—Por Dios bendito, Porter, apaga eso —protestó el señor Blake mientras se levantaba de la butaca con cierta dificultad—. No seas imbécil.

—Espera, hombre. —Porter se plantó delante del equipo para impedirle el paso—. Que mejora. Escucha y verás.

—¿Podría explicarnos qué ha pasado?

—Verás, Jacquie, yo estaba en el despacho de la sociedad cuando llegó el técnico de la compañía de teléfonos. Los había avisado porque la línea no funcionaba. Y tenía que ir bien porque, como sabes, estamos en mitad de una reforma muy importante. De hecho, vosotros nos habéis ayudado a recaudar los fondos.

A continuación, cinco minutos de auténtica agonía en los que Porter metía con calzador el tema de la recaudación de fondos de la biblioteca y la entrevistadora intentaba por todos los medios hacerle hablar de algo que no fuera él mismo.

Al final, cortó la entrevista y pusieron música.

—¿Se ha terminado ya? —preguntó Tom—. ¿Puedo parar de rezar?

—¿Cómo se te ocurre hacer eso? —le espetó Winnie a Porter.

—¿Qué quieres decir? Era una ocasión fabulosa para conseguir más donaciones para la biblioteca.

—¡Pero han asesinado a un hombre! —exclamó la mujer—. Porter, de verdad, no era el momento de hacerse publicidad.

Mientras discutían, Elizabeth siguió leyendo la prensa. Todos los diarios hablaban del asesinato de Renaud. Publicaban fotos de aquel hombre de aspecto asombroso, homenajes, panegíricos, editoriales. Su cadáver apenas se había enfriado y ya se había alzado como un hombre nuevo. Respetado, querido, brillante y a punto de encontrar a Champlain.

En la Sociedad Literaria e Histórica, al parecer.

Uno de los periódicos, *La Presse*, había descubierto que Renaud había intentado hablar con la junta poco antes de su fallecimiento y que su petición había sido rechazada. Algo que les había parecido tan razonable, una reacción establecida en sus normas, se había convertido en un gesto sospechoso, en un mal augurio.

Aunque lo más desconcertante del asunto era la estupefacción que mostraban las publicaciones francófonas. Tan sorprendente como el descubrimiento del cadáver de Augustin Renaud era el hallazgo de tantas personas vivas, gente angloparlante, que llevaba tanto tiempo entre ellos.

La ciudad de Quebec parecía estar dándose cuenta en esos momentos de que los ingleses seguían allí.

—¿Cómo es posible que no supiesen que estábamos aquí? —se lamentó Winnie, mientras leía la página por encima del hombro de Elizabeth.

Ésta también había sentido una punzada. Una cosa era ser vilipendiados, tratados como sospechosos o como amenazas. Incluso como el enemigo. Para todo eso estaba preparada. Pero no para no tener ni pizca de visibilidad.

¿Desde cuándo pasaba eso? ¿Cuándo habían desaparecido y se habían vuelto fantasmas en su propia ciudad natal? Elizabeth miró al señor Blake, que también había bajado el periódico y tenía la mirada perdida.

—¿En qué estás pensando?

—En que ya debe de ser la hora de cenar —respondió el interpelado.

«Sí —pensó Elizabeth—, mejor no subestimar a los ingleses», y siguió leyendo.

—También estaba acordándome de 1966.

Elizabeth bajó el diario.

—¿Qué quieres decir?

—No me digas que no te acuerdas, Elizabeth. Estabas allí. Estuve contándoselo a Tom hace una semana, más o menos.

Ella miró al pastor, tan joven y lleno de vida. Estaba riéndose con Porter, ganándose al viejo quisquilloso. En 1966 él ni siquiera había nacido, pero Elizabeth lo recordaba como si fuese ayer.

La llegada de los camorristas. La bandera de Quebec ondeando. Los insultos. «*Maudits Anglais.*» «*Têtes carrées.*» Y cosas peores. Los cánticos frente a la Sociedad Literaria e Histórica. «*Gens du pays.*» El himno separatista, cuya letra era de una belleza apabullante, lanzado a modo de insulto contra el edificio y contra los anglos asustados de su interior.

Y después, el ataque. Los separatistas irrumpieron en el vestíbulo y subieron la curvada escalinata hasta la biblioteca. El corazón de la sociedad. Elizabeth recordaba el humo, los libros ardiendo. Corría de un lado a otro intentando detenerlos, tratando de apagar los fuegos, suplicándoles que parasen. Apelando a ellos en su francés perfecto. Porter, el señor Blake, Winnie y otros también intentaban detener aquello. El humo, los gritos, los cristales rotos.

Elizabeth vio a Porter romper los exquisitos cristales emplomados, ventanales que llevaban allí siglos quedaron hechos añicos. Y lo vio lanzar tomos fuera, sin ton ni son. Montones de libros, pilas. El señor Blake lo ayudó. Mientras los separatistas quemaban los tomos, los ingleses los tiraban por la ventana, y las cubiertas se abrían como si quisieran emprender el vuelo.

Winnie, Porter, Ken, el señor Blake y los demás estaban protegiendo su historia antes que a sí mismos.

Sí, y tanto que se acordaba.

Armand Gamache llegó a casa justo a tiempo para dar de cenar a *Henri* y después salieron a dar un paseo. Las calles de Quebec estaban oscuras, pero también rebosantes de gente festejando el carnaval. La rue St-Jean estaba cortada y tomada por toda clase de entretenimientos: coros, malabaristas, violinistas.

Hombre y perro sortearon el gentío y se detuvieron aquí y allá para disfrutar de la música u observar a los transeúntes. Después del lanzapelotas, ésa era una de las actividades favoritas de *Henri*. Y los plátanos. Y la comida. Mucha gente se paraba a hacerle carantoñas al joven pastor alemán de orejas descomunales. A su lado, Gamache podría haber sido una mera farola.

Henri se dejó acariciar y mimar con gusto y después regresaron a casa, donde el inspector jefe miró la hora. Eran las cinco pasadas. Hizo una llamada.

—*Oui allô?*

—¿Inspector Langlois?

—Ah, inspector jefe, estaba a punto de llamarlo para ponerlo al día.

—¿Hay novedades?

—La verdad es que no. Ya sabe cómo va esto, si no encontramos algo de inmediato, el asunto se alarga. Y esto tiene pinta de ir por esos derroteros. Estoy en casa de Renaud. —Dudó un instante—. ¿Le gustaría venir? Está cerca de donde se aloja usted.

—Me encantaría ver la vivienda.

—Tráigase las gafas de leer y un bocadillo. Y un par de cervezas.

—¿Tan mal está la cosa?

—No va a creérselo. No sé cómo hay gente que vive de esta forma.

Gamache apuntó la dirección, jugó con *Henri* durante unos minutos, le dejó una nota a Émile y se

marchó. De camino, se detuvo en Paillard, el maravilloso horno de la rue St-Jean, y después en un *dépanneur* para comprar la cerveza; luego subió por la rue Ste-Ursule y a medio camino se detuvo a comprobar la dirección que le había dado el inspector, pues no estaba seguro de haberla escrito bien.

Pero sí, allí estaba: el número 9 3/4 de la rue Ste-Ursule. Meneó la cabeza. 9 3/4.

No le extrañaba que Augustin Renaud viviese allí. Había llevado una existencia marginal, ¿por qué no vivir en una dirección fraccionaria? Gamache pasó por un túnel corto y salió a un patio pequeño. Llamó a la puerta, esperó un momento y al final entró.

En treinta años de carrera como investigador, había estado en casas de todo tipo. Casuchas, hogares-trofeo hechos de cristal y mármol, hasta en cuevas. Había visto las condiciones de vida más espantosas y destapado los actos más horribles, y aun así, la forma en que vivían las personas no dejaba de sorprenderlo.

Sin embargo, el hogar de Augustin Renaud era justo como se lo había imaginado: pequeño y abarrotado. Papeles, revistas y pilas de libros por todas partes. No cabía duda de que suponía un riesgo de incendio, pero el inspector jefe debía admitir que se sentía más cómodo allí que en las maravillas de cristal y mármol.

—¿Hay alguien?! —gritó.

—Aquí. Estoy en el salón. Bueno, a lo mejor es el comedor. No lo tengo claro.

Gamache siguió el camino que, como en la nieve, se abría entre los montones de papeles y encontró al inspector Langlois encorvado sobre un escritorio, leyendo. El hombre levantó la mirada y le sonrió.

—Champlain. Hasta el último recorte habla de Champlain. No sabía que el tema diese para tanto.

Gamache cogió la primera revista de un montón: un número antiguo de *National Geographic* que detallaba las primeras incursiones en lo que hoy en día es Nueva Inglaterra. El artículo hacía referencia a Champlain, que había dado nombre al lago Champlain de Vermont.

—Mis agentes están examinándolo todo poco a poco —dijo Langlois—, pero creo que va a costarles una eternidad.

—¿Quiere que le eche una mano?

El inspector se mostró aliviado.

—Sí, por favor, si no le importa.

Gamache sonrió, dejó dos bolsas sobre el escritorio y sacó un surtido de bocadillos y las dos cervezas.

—Perfecto. Hoy todavía no he comido.

—Un día movidito —dijo Gamache.

Langlois asintió con la cabeza mientras le daba un bocado enorme a una *baguette* con ternera asada, mostaza picante y tomate. A continuación, bebió un trago de cerveza.

—De momento sólo hemos podido buscar huellas dactilares y tomar muestras de ADN. Hemos empleado dos días nada más que para eso. Los del departamento forense ya han hecho lo suyo, así que ahora empieza la faena.

Miró a su alrededor.

Gamache cogió una silla, una *baguette* con lonchas gruesas de jamón asado con jarabe de arce, brie y rúcula, y la otra cerveza. Durante las horas siguientes, peinaron la casa de Augustin Renaud para organizar las cosas y separar la documentación original de las fotocopias de ensayos de otros autores.

Gamache encontró reproducciones de los diarios de Champlain y les echó un vistazo rápido. Eran tal como el padre Sébastien los había descrito, poco más que listas de quehaceres. Una ventana

fascinante a la vida cotidiana de Quebec de principios del siglo XVII, pero podríahaberlos escrito cualquiera. No había el menor dato personal y, al terminar, Gamache no había conseguido hacerse una composición de la persona.

—¿Ha encontrado algo?

Langlois, agotado, se pasó la mano por la cara y levantó la vista.

—Copias del diario de Champlain, pero nada más.

—¿No cree que Renaud debía de tener su propio diario o agenda o algo así?

Gamache miró a su alrededor en la habitación en la que estaban y en la siguiente y vio montones y montones de papeles. Librerías a punto de reventar, armarios repletos de revistas.

—Puede que encontremos algo. ¿Ha visto documentación personal?

El inspector jefe se quitó las gafas de lectura y miró al otro lado del escritorio, a Langlois.

—Algunas contestaciones por carta. Las he juntado en una carpeta, pero en general todos los remitentes parecen decirle, con más o menos cortesía, que estaba equivocado.

—¿Respecto a qué?

—Respecto a las varias teorías que tenía sobre Champlain. Que era un espía o el hijo del rey, o incluso que era protestante. Como le dicen en una de las cartas, si era hugonote, ¿por qué dejó casi todo su dinero en herencia a la Iglesia católica? Igual que el resto de sus teorías: se acerca, pero la idea es algo extravagante.

Gamache pensó que Langlois estaba siendo muy generoso al decir que Renaud era «algo» extravagante. Miró la hora: las ocho menos diez.

—¿Tiene más hambre?

—Estoy famélico.

—Perfecto, le invito a cenar. Hay un sitio en esta calle que me muero por probar.

Por el camino entraron en una tienda, Langlois compró una botella de buen vino tinto y después, con mucho cuidado, bajaron unos metros más por el tobogán que era la rue Ste-Ursule hasta llegar a un pequeño restaurante sin pretensiones en el sótano de un edificio.

Nada más entrar, los recibió el ambiente cálido, la fragancia intensa de las especias marroquíes y el dueño del local, que se presentó, les cogió los abrigos y el vino y los llevó a una mesa tranquila en un rincón, junto a la pared de piedra desnuda.

Un momento después, regresó con la botella de vino abierta, dos copas y la carta. Tras pedir la comida, compararon notas. Gamache le contó al inspector lo que había hecho durante el día y las conversaciones con los miembros de la Sociedad Champlain y con el padre Sébastien.

—Vaya, todo eso encaja como un puzle con lo que he hecho yo. Entre otras cosas, he estado un montón de horas en el sótano de la Sociedad Literaria e Histórica con un arqueólogo muy cabreado.

—¿Con Serge Croix?

—Exacto. No le ha hecho ninguna gracia tener que trabajar en domingo, aunque admite que le pasa a menudo. Supongo que son como los médicos, están siempre de guardia, por si de repente alguien desentierra unos huesos o una muralla antigua o algo de cerámica. Al parecer, en Quebec es bastante habitual.

Les sirvieron la cena: un par de platos humeantes y aromáticos de *tagine* de cordero con cuscús y verduras estofadas.

—Croix ha traído un par de técnicos y una especie de detector de metales. Pero más sofisticado que los que yo había visto.

Gamache partió un pedazo de pan y lo mojó en la salsa.

—¿Él cree que es posible que Renaud tuviera razón? ¿Que tal vez Champlain estuviera allí?

—No, en absoluto. Pero sabía que como mínimo tenían que echar un vistazo. Al menos para decir a los reporteros que Renaud se había equivocado una vez más.

—Por última vez —apuntó Gamache.

—Mmm.

Langlois estaba disfrutando de la cena, igual que el inspector jefe.

—Entonces, ¿no han encontrado nada?

—Patatas y unos nabos.

—Supongo que tiene sentido, era una despensa.

Aun así, a pesar de que Gamache estaba aliviado por los ingleses, también se había llevado una decepción. En parte tenía la esperanza de que Renaud por fin hubiera acertado, aunque le hubiese costado la vida.

¿Y por qué lo habían matado? ¿Qué hacía en la sociedad?

¿De qué quería hablar con la junta?

A decir verdad, pensó Gamache, que Champlain estuviera enterrado allí o no era una cuestión irrelevante. Lo que importaba era lo que el propio Renaud creía. Eso y lo que era capaz de hacer creer a los demás. Que, al parecer, podía ser cualquier cosa.

Después de cenar, Langlois y Gamache se despidieron. El inspector regresó a casa con su esposa y su familia, y el inspector jefe a casa de Renaud para ordenar más papeles.

Una hora más tarde los encontró escondidos en una estantería, detrás de dos hileras de libros. Los diarios de Augustin Renaud.

DOCE

Jean-Guy Beauvoir regresó a Three Pines a media tarde, después de visitar a Olivier en la cárcel y al anticuario de Montreal. Había parado en el Tim Hortons de la salida 55 a tomar un sándwich, un donut de chocolate y un café de la casa: doble de azúcar y de nata ligera.

Estaba cansado de tanto ajetreo.

Era la primera vez que se esforzaba de esa manera desde que había ocurrido todo aquello y necesitaba un descanso. En el hostel, decidió darse un largo y magnífico baño y pensó qué iba a hacer a continuación.

Olivier le había soltado un bombazo: el Ermitaño no se llamaba Jakob. Ni siquiera era checo. Se lo había inventado con intención de esparcir la culpa y señalar a los Parra y al resto de las familias checas de la zona.

No sólo había sido un gesto de mal vecino, sino que además no había surtido efecto. La policía había concluido de todos modos que Olivier era el asesino y los tribunales habían estado de acuerdo.

Muy bien. ¿Y ahora qué? Beauvoir se metió en la bañera y, mientras se enjabonaba, apenas prestó atención a la cicatriz irregular que tenía en el abdomen. Sí se percató de que ya no tenía los músculos tonificados. No es que hubiera engordado, pero la inactividad lo había dejado algo fofo. Y si bien sabía que iba recuperando las fuerzas poco a poco, lo hacía con menos celeridad de la que esperaba.

Apartó todas esas ideas de su mente y se concentró en lo que el inspector jefe le había mandado hacer: reabrir el caso de Olivier sin llamar la atención.

«¿Adónde nos llevan las novedades del día?», se preguntó.

Pero no era capaz de pensar en nada que no fuese la enorme cama que lo incitaba desde el otro lado de la puerta del baño, con las sábanas blancas y limpias, las almohadas mullidas y un edredón de plumas.

Diez minutos más tarde, la bañera estaba vacía, el cartel de «No molestar» colgado de la puerta y Jean-Guy profundamente dormido. Caliente y seguro bajo el edredón.

Cuando despertó, todo estaba a oscuras. Satisfecho, dio media vuelta en la cama y miró el reloj de la mesita de noche. Las 5.30 horas. Se incorporó de golpe. ¿De la tarde o de la madrugada?

¿Cuántas horas había dormido, dos o catorce? Se sentía descansado, pero podría ser cualquiera de las dos.

Encendió la luz, se vistió, salió al pasillo y se detuvo frente a su puerta. El hostel estaba en silencio. Había un par de luces encendidas, pero eso no era extraño. Desorientado y desconcertado, bajó la escalera y, al mirar por las ventanas salientes de la planta baja, obtuvo la respuesta que buscaba.

En los hogares que rodeaban el parque había luces encendidas, y las del *bistrot* brillaban con alegría. Contento de tener la cena por delante en lugar del desayuno, Jean-Guy se puso el abrigo y las botas e hizo crujir la nieve al cruzar el césped del parquecito. Dentro lo recibió Gabri, que, contra todo pronóstico, iba en pijama.

A Beauvoir volvía a plantearse la duda original: ¿era de madrugada o por la tarde? Sin embargo, no tenía intención de preguntarlo.

—Bienvenido. Me han dicho que has pasado la noche en el bosque con el santo. ¿Ha sido tan

divertido como suena? Desde luego, no parece que te haya convertido.

Beauvoir miró al grandullón en pijama y zapatillas, y prefirió no decirle lo que parecía él.

—¿Qué te pongo, *patron*? —preguntó Gabri al ver que el inspector no contestaba.

¿Qué quería: huevos revueltos o una cerveza?

—Una cerveza sería fenomenal, *merci*.

Cogió la botella de cerveza artesanal y se buscó una butaca cómoda junto a la ventana. En la mesa había un periódico. Lo cogió y vio la noticia del asesinato de Augustin Renaud. El arqueólogo loco.

—¿Se puede?

Miró a Clara Morrow. Ella también llevaba pijama y bata, y al bajar la vista le vio las zapatillas. ¿Era posible que se tratase de una nueva moda espantosa? ¿Cuánto tiempo había dormido? Sabía que a los anglos la franela les resultaba afrodisíaca, pero a él no le hacía ese efecto. Nunca se había puesto un pijama de esa tela ni pensaba hacerlo.

Entonces miró a su alrededor y se dio cuenta de que una de cada tres o cuatro personas iba en bata. Siempre había sospechado que Three Pines no era un pueblo, sino el centro ambulatorio de un psiquiátrico; por fin tenía la prueba.

—¿Has venido a por la medicación? —le preguntó a Clara mientras ésta se sentaba.

Ella se rió y levantó la cerveza.

—Siempre. —Señaló con la cabeza la botella de Maudite que tenía él y dijo—: ¿Tú también?

Beauvoir se echó hacia delante y susurró:

—¿Qué hora es?

—Las seis. —Y al ver que seguía mirándola, añadió—: De la tarde.

—Entonces ¿cómo es que...? —inquirió señalando su indumentaria.

—Cuando arrestaron a Olivier, Gabri tardó un tiempo en ponerse en marcha, así que unos cuantos le echamos una mano. Al principio él no quería abrir los domingos, pero Myrna y yo insistimos y accedió. Eso sí, con una condición.

—¿Pijama?

—Veo que eres muy espabilado. —Clara sonrió—. No quería tener que vestirse en domingo. Al cabo de un tiempo, los demás empezamos a copiarlo y a venir en pijama. La verdad, es muy relajante. Yo no me lo quito en todo el día.

Beauvoir quiso lanzarle una mirada de reproche, pero tuvo que admitir que parecía estar muy a gusto. Completaba su *look* con el pelo enmarañado de recién salida de la cama, pero en su caso no era una novedad. Siempre tenía algún mechón que salía disparado hacia un lado u otro, dependiendo de por dónde se hubiese pasado la mano. Eso también explicaba las migas que se le quedaban pegadas y los restos de pintura.

Beauvoir quería decir algo amable, algo que hiciera pensar que estaba allí porque le gustaba la compañía de los lugareños.

—Ya falta poco para tu exposición, ¿verdad?

—Sí, un par de meses. —Clara dio un trago largo a la cerveza—. Cuando no estoy ensayando la entrevista para el *New York Times* o para el programa de Oprah, intento no pensar en ello.

—¿Oprah?

—Sí, será un especial en mi honor, una cosa increíble. Estarán los mejores críticos de arte, llorando, por supuesto. Abrumados por mi penetración psicológica y el poder de mis imágenes. Ella misma comprará varias piezas por cien millones cada una. Bueno, a veces se las vendo por cincuenta; otras, por ciento cincuenta.

—Pues menuda ganga se va a llevar.

—Me siento generosa.

Beauvoir se echó a reír, cosa que lo sorprendió. Nunca había tenido una conversación con Clara. Y con los demás tampoco. El inspector jefe sí, pues de un modo u otro se había hecho amigo de casi todos, pero él no había logrado atravesar esa membrana y ver a las personas no sólo como sospechosos, sino también como humanos. Nunca había querido. La mera idea le producía rechazo.

Mientras ella daba un trago a la cerveza y comía unos frutos secos, la miró.

—¿Te importa si te pregunto algo?

—Adelante.

—¿Crees que Olivier mató al Ermitaño?

Clara estaba a punto de coger otro puñado de frutos secos, pero dejó la mano suspendida a medio camino. Beauvoir había hablado en un susurro para que nadie los oyese. Ella bajó la mano y reflexionó durante más de un minuto antes de responder.

—No lo sé. Me gustaría estar convencida de que no fue él, pero las pruebas son tan claras... Y si él no lo hizo, eso quiere decir que fue otra persona.

Miró a su alrededor como si nada y él le siguió la mirada.

En el *bistrot* estaban el Viejo Mundin y La Esposa. La joven y atractiva pareja estaba cenando con los Parra. Pese a su nombre, el Viejo no había cumplido los treinta y era carpintero. Además, restauraba las antigüedades de Olivier y había sido uno de los últimos en salir del restaurante la noche que asesinaron al Ermitaño. Como Beauvoir bien sabía, La Esposa tenía nombre, pero lo había olvidado y sospechaba que los demás también. Lo que empezó como una broma —una pareja joven haciendo mofa de su matrimonio— se había convertido en realidad: ella era La Esposa. Los Mundin tenían un hijo pequeño, Charlie, con síndrome de Down.

El inspector echó un vistazo rápido a la criatura y se acordó de lo que había sido uno de los motivos por los que la gente consideraba al doctor Vincent Gilbert un santo: su decisión de abandonar una lucrativa carrera para vivir en una comunidad de personas con síndrome de Down y cuidar de ellas. A partir de esa experiencia había escrito un libro titulado *Ser*. Según la mayoría, se trataba de un texto de asombrosa honestidad y humildad. Asombrosa, porque lo había escrito semejante gilipollas.

No obstante, como a Clara le gustaba decir, las grandes obras de la creación a menudo eran así.

Roar y Hanna Parra estaban con el Viejo y La Esposa. Ellos habían estado entre los principales sospechosos. En el momento del asesinato, Roar estaba desbrozando caminos en el bosque y podría haber encontrado la cabaña con los tesoros y a su inquilino, harapiento y anciano.

Sin embargo, ¿qué sentido tenía robarle la vida en lugar de las riquezas?

La misma pregunta se podía hacer de su hijo, Havoc Parra. Clara y Beauvoir lo miraron mientras atendía una de las mesas junto a la otra chimenea. La noche del asesinato del Ermitaño estuvo trabajando allí hasta tarde y cerró el establecimiento.

¿Era posible que siguiese a Olivier por el bosque y encontrase la cabaña?

Tal vez mirase el interior, viera los tesoros y se diera cuenta de lo que significaban. No tendría que preocuparse más de las propinas, ni de servir mesas, ni de sonreír a los clientes groseros. Y tampoco de lo que le depararía el futuro.

Significaban la libertad. Y lo único que tenía que hacer era darle un buen porrazo en la cabeza a un viejo solitario. Pero si así era, ¿por qué seguían en la vivienda casi todas esas joyas y riquezas?

Al otro lado de la sala estaban Marc y Dominique Gilbert, los dueños del hotel balneario. A sus cuarenta y tantos años, habían dejado atrás empleos muy bien pagados pero con mucha presión en Montreal para mudarse a Three Pines. Habían comprado el caserón en ruinas de la colina y lo habían

convertido en un magnífico hotel.

Olivier despreciaba a Marc y éste le correspondía.

¿Por qué compraron los Gilbert la vieja casona? ¿Tal vez porque el Ermitaño y la cabaña, escondida en lo más profundo de su bosque, estaban incluidos en el trato?

Por último, debía tener en cuenta al santo gilipollas, al doctor Vincent Gilbert, padre ausente de Marc, que había aparecido al mismo tiempo que el cadáver. ¿Cómo podía tratarse de una casualidad?

Clara volvió a mirar a Beauvoir y justo en ese instante la puerta del *bistrot* se cerró de golpe.

—Asco de nieve, joder.

Beauvoir no necesitaba volverse para saber de quién se trataba.

—Ruth —susurró a Clara.

Ella asintió con la cabeza.

—¿Todavía está loca?

—Y mira que han pasado años.

Ruth apareció junto a la butaca del inspector con el ceño fruncido en medio de un montón de arrugas profundas.

—¡La hostia...! —exclamó.

Tenía el pelo blanco y corto, y lo llevaba tan pegado a la cabeza que parecía que tuviera el cráneo al descubierto. Era alta, pero caminaba encorvada y con bastón. La buena noticia era que no iba en bata.

—Bienvenido al *bistrot* —le gruñó a Beauvoir mientras echaba un breve vistazo a Clara—, donde la dignidad viene a morir.

—Y no sólo la dignidad —repuso el inspector.

La vieja soltó una carcajada que sonó como un ladrido.

—¿Has encontrado otro fiambre?

—Bueno, no voy por ahí buscando cadáveres. Tengo una vida más allá del trabajo.

—Dios, ya estoy aburriéndome —protestó la anciana poeta—. Di algo inteligente.

Beauvoir se quedó en silencio y la miró con desdén.

—Ya me parecía... —dijo Ruth y bebió un trago de la cerveza del inspector—. Qué asco, ¿qué mierda es ésta? ¿Es que no puedes beber algo decente? ¡Havoc! Ponle un whisky escocés.

—Vieja bruja —murmuró Beauvoir.

—Ah, ahora me contestas con una broma. Muy ingenioso.

La mujer interceptó el whisky y se marchó con él. Cuando ya estaba lejos, Beauvoir se echó hacia delante y Clara hizo lo mismo. En el restaurante había gente hablando y riendo, el ambiente perfecto para una conversación discreta.

—Si no fue Olivier —dijo él en voz baja al tiempo que vigilaba el salón—, ¿quién fue?

—No lo sé. ¿Qué te hace pensar que no lo hizo él?

Beauvoir vaciló. ¿Debía cruzar el Rubicón? En realidad sabía que ya lo había hecho.

—Que esto no salga de aquí. Olivier sabe que estamos investigando, pero le he mandado no decir ni palabra. Y a ti te digo lo mismo.

—No te preocupes, pero ¿por qué me lo cuentas a mí?

Exacto, ¿por qué? Porque ella era la manzana menos podrida.

—Necesito que me ayudes. Está claro que los conoces a todos mucho mejor que yo. El inspector jefe está preocupado. Gabri no deja de preguntarle por qué motivo movería Olivier el cadáver. Si encontró al Ermitaño cuando ya estaba muerto, tendría sentido, pero si acabas de matar a alguien en un lugar remoto, lo más seguro es que no se te ocurra airearlo. El inspector jefe cree que tal vez nos

equivocamos. ¿Qué opinas tú?

Era obvio que la pregunta la había desconcertado y estuvo reflexionando un rato antes de contestar sin prisa alguna.

—Gabri no creería nunca que Olivier pudiera hacer algo así, ni siquiera si él mismo lo hubiese presenciado. Pero también me parece que es una buena pregunta. ¿Por dónde empezamos?

«¿Empezamos? —pensó Beauvoir—. Esto no es un “nosotros”, sino “yo” y “tú”, por ese orden.» Pero la necesitaba, así que se mordió la lengua, se obligó a sonreír y contestó.

—Bueno, para empezar, Olivier me ha dicho que el Ermitaño no era checo.

Clara entornó los ojos con incredulidad y se pasó ambas manos por el pelo, que ahora le sobresalía hacia los lados como una peluca de payaso. Beauvoir hizo una mueca de desagrado, pero ella ni se dio cuenta ni le hubiese importado. Estaba pensando en otras cosas.

—Lo de ese hombre es la monda. ¿Alguna mentira más que haya confesado?

—De momento nada más. Cree que el Ermitaño era quebequés o puede que un inglés que hablase francés fluido. Todos los libros estaban en inglés, y los que le pidió a Olivier también, pero hablaba francés perfectamente.

—¿Qué quieres que haga?

Beauvoir se quedó un momento pensando y después tomó una decisión.

—He traído el archivo del caso. Me gustaría que lo leyeses.

Ella asintió.

—Y como conoces a todo el mundo, me gustaría que de vez en cuando hicieras alguna pregunta.

Clara vaciló. No le agradaba la idea de hacer de espía, pero si el inspector tenía razón, había un hombre inocente en prisión y un asesino suelto. Casi con total seguridad, en la misma estancia que ellos en aquel preciso instante.

Llegaron Myrna y Peter, y Beauvoir se sentó con ellos a cenar. Pidió el solomillo con salsa de queso azul al coñac y charlaron sobre los acontecimientos del pueblo, el estado de las pistas de esquí en Mont Saint-Rémy y el partido de los Canadiens de la noche anterior.

Ruth se unió a ellos a los postres. Se comió casi todo el pastel de queso de Peter y luego se marchó sola, renqueando en la oscuridad.

—Echa muchísimo de menos a *Rosa* —dijo Myrna.

—¿Qué le pasó a la pata? —preguntó Beauvoir.

—En otoño se marchó volando —respondió ella.

«Al final el animal era más listo de lo que parecía», pensó el inspector.

—No quiero ni pensar qué pasará cuando llegue la primavera —dijo Clara—. Ruth estará esperando que regrese. Pero imagínate que no viene.

—Eso no querría decir que *Rosa* esté muerta —intervino Peter, aunque todos sabían que no era cierto.

Ruth había criado a la pata *Rosa* desde que salió del cascarón, ella misma la había ayudado a romperlo. Y, contra todo pronóstico, *Rosa* sobrevivió y creció fuerte y seguía a Ruth a todas partes adonde iba.

«La oca y la puta loca», como las llamaba Gabri.

Y en otoño, *Rosa* hizo lo que hacen los patos, lo que le dictaba la naturaleza. Por mucho que quisiera a Ruth, tenía que marcharse. Y una tarde, cuando una bandada pasó graznando en formación hacia el sur, *Rosa* echó a volar.

Y se fue.

Después de la cena, Beauvoir les dio las gracias y se levantó. Clara lo acompañó hasta la puerta.

—Cuenta conmigo —susurró.

Él le entregó el dossier y se enfrentó al frío y la oscuridad de la noche. Mientras recorría poco a poco el camino hacia el hostel y hacia la cama caliente, se detuvo en mitad del parque y contempló los tres pinos altos, aún engalanados con las luces multicolores de Navidad. La nieve recién caída reflejaba los tonos vivos. Alzó la mirada y vio las estrellas, respiró el aire fresco y tonificante, y a su espalda oyó a gente dándose las buenas noches y el crujir de sus pasos en la nieve.

Jean-Guy Beauvoir cambió de dirección y, al llegar a la vieja casa revestida de listones de madera, llamó con los nudillos. La puerta se abrió unos centímetros.

—¿Puedo entrar? —preguntó.

Ruth se echó atrás y abrió del todo.

Armand Gamache estaba sentado al desordenado escritorio de Renaud, encorvado sobre los diarios. Llevaba un par de horas leyendo y de vez en cuando anotaba alguna cosa. Igual que Champlain, el arqueólogo hablaba de acontecimientos, pero no de emociones. Los documentos eran más que una simple agenda, pero eran principalmente informativos.

Por desgracia, a pesar de que Renaud había apuntado la hora a la que se reunía la junta de la Sociedad Literaria e Histórica, no había indicación alguna de por qué le interesaba ese dato. Tampoco mencionaba ninguna otra cita a lo largo de ese día ni por la noche.

El día siguiente estaba en blanco, pero para la semana posterior tenía planeado un encuentro: «SC, el jueves a las 13.00 horas.»

De ahí en adelante, los días se sucedían vacíos. Páginas y más páginas blancas y yermas. Una vida invernal. Ni una sola comida con un amigo ni una reunión ni un solo comentario personal. Nada.

¿Y el pasado más reciente?

Había anotaciones sobre libros, referencias a páginas concretas y a archivos de biblioteca, a artículos. Había comentarios, bocetos de la antigua ciudad, direcciones. ¿Lugares donde quería excavar, quizá? Todos estaban alrededor de la basílica de Notre-Dame.

Al parecer, nunca había considerado ningún sitio más allá de un radio bastante reducido. Siendo así, ¿qué hacía en mitad del relativo páramo que era la sociedad? Y, si tal como Émile había sugerido, Renaud estaba allí tan sólo para buscar un libro, ¿qué hacía cavando en el sótano? ¿Y por qué quería hablar con la junta?

Jean-Guy Beauvoir y Ruth Zardo se miraron fijamente.

Parecía una pelea en una jaula: sólo uno saldría vivo. Beauvoir sintió una desagradable retracción por debajo de la cintura, y no era la primera vez que le ocurría estando en compañía de la poeta.

—¿Qué quieres? —exigió saber Ruth.

—Hablar —le espetó él.

—¿Qué pasa, gilipollas, tanta prisa te corre?

—Eso es, vieja chiflada. —Beauvoir hizo una pausa—. ¿Le caigo bien?

Ella entrecerró los ojos.

—Me pareces un tipo anal, idiota, cruel y puede que hasta un poco retrasado.

—Yo pienso lo mismo de usted —dijo él con alivio.

Todo estaba yendo como había anticipado, como él esperaba que fuese.

—Perfecto, me alegro de que lo hayamos aclarado. Gracias por venir. Buenas noches.

Ruth fue a coger el pomo de la puerta.

—Espere —pidió Beauvoir al tiempo que estiraba la mano, prácticamente tocándole la avejentada

piel del brazo—. Espere —repetió casi en un susurro.

Y Ruth accedió.

Gamache se acercó más al diario con una ligera sonrisa.

«Sociedad Literaria e Histórica.»

Ahí estaba: escrito con todas las letras en el diario de Renaud. No el día de la reunión, el día en que murió, sino una semana antes. Justo encima estaban los nombres de cuatro personas con las que planeaba reunirse allí.

Un tal Chin, un J. D. y dos más llamados S. Patrick y F. O'Mara. Debajo había un número: mil ochocientos y algo más. Gamache se acercó la lamparita y la luz inundó la página. 1800, tal vez 1869 o 1868.

—¿1809? —murmuró para sí forzando la vista.

Le dio la vuelta a la página, por si desde la otra cara se veía más claro. Pero no.

Se quitó las gafas de leer y se recostó en la silla. Absorto, comenzó a darse golpecitos en la rodilla con las gafas.

1800 tendría cierto sentido. Podía ser una hora, las seis de la tarde. Muchos quebequeses decían las horas con el formato militar. Sin embargo...

El inspector jefe se quedó con la mirada perdida. En realidad no tenía sentido. La sociedad cerraba a las cinco de la tarde. A las 17.00 horas.

¿Por qué iba a citarse allí con cuatro personas una hora después del cierre?

Tal vez, pensó Gamache, uno de ellos tuviera una llave para entrar.

O quizá Renaud no se hubiera dado cuenta de que la biblioteca estaría cerrada.

O puede que hubiera quedado con alguien, con un voluntario anónimo de la sociedad que iba a abrirle la puerta.

Se preguntó si Augustin Renaud habría estado en la Sociedad Literaria e Histórica antes del día en que murió. Al parecer sí. Pero no había entrado por la puerta como un usuario normal y corriente; no, ése no era su estilo. Él necesitaba algo más dramático, más clandestino. Al fin y al cabo, se trataba de un hombre que se las había apañado para entrar a hurtadillas en la basílica y ponerse a cavar. La sociedad no le suponía una barrera moral ni física. En su búsqueda quijotesca de Champlain, no había puerta que se le resistiese.

Gamache miró la hora. Eran las once de la noche pasadas. Demasiado tarde para llamar a Elizabeth MacWhirter o a cualquier otro miembro de la junta, y también para dejarse caer por allí. Quería verles la cara cuando les plantease la cuestión.

Volvió al diario. La reacción que le provocaba esa cita quedaba muy clara, pues había dibujado unos círculos alrededor y había añadido un par de signos de exclamación.

El arqueólogo aficionado parecía exultante, como si el mero hecho de haber fijado la cita fuera un golpe maestro. Gamache encontró la guía de teléfonos y buscó a Chin. El nombre sonaba oriental y le recordó la famosa anécdota de cuando Augustin Renaud había cavado a través de una pared buscando a Champlain y había acabado en el sótano de un restaurante chino.

Tal vez «Chin» fuera el nombre del restaurante o de su propietario.

Pero en la guía no había ninguno. Quizá no fuese un apellido, sino un nombre de pila. En la ciudad de Quebec no había muchos chinos, así que no iba a costarle demasiado averiguarlo.

Tampoco había ningún O'Mara, pero sí un S. Patrick que vivía en la rue des Jardins, en el casco viejo. Gamache conocía el lugar, una callecita que rodeaba el convento de las ursulinas y desembocaba en la basílica de Notre-Dame.

¿Y la dirección? 1809, rue des Jardins. 1809. Así pues, no era una hora, sino una dirección. ¿Cuál era el plan, reunirse allí primero y después ir a la sociedad?

En el diario de Renaud había algún nombre más; la mayoría, al parecer, funcionarios con los que tenía alguna disputa o editores que habían rechazado sus manuscritos. Serge Croix, el jefe de Arqueología, aparecía unas cuantas veces, siempre junto a la palabra «merde», como si tuviera un apellido doble. «Serge Croix-Merde.»

En la vida de Augustin Renaud figuraban muchos librereros, sobre todo de segunda mano. Daba la impresión de que si tenía alguna relación con alguien, era con ellos. Gamache anotó los nombres y miró la hora.

Era casi medianoche y Beauvoir estaba sentado en una silla de plástico en la cocina de Ruth. Nunca había estado en su casa. Gamache sí, más de una vez, pero él siempre había pedido permiso para saltarse esas entrevistas.

No soportaba a la vieja e infame poeta, y estaba allí justo por ese motivo.

—Venga, capullo, di algo ya.

Ruth estaba sentada frente a él. Sobre la mesa blanca de plástico moldeado había una tetera llena de té aguado y una sola taza. La mujer tenía los delgados brazos cruzados sobre el pecho, como si quisiera impedir que se le desparramaran las entrañas. Pero no el corazón, como Beauvoir ya sabía. Ése había escapado, igual que la pata, hacía muchos años. Al final, todos y todo se marchaban y dejaban a Ruth atrás.

El inspector necesitaba hablar con alguien, pero alguien sin corazón, sin compasión. Alguien que no le tuviera estima.

—¿Se enteró de lo que pasó?

—¿Qué te crees, que no leo los periódicos?

—Hay cosas que no salieron en la prensa.

Se hizo un silencio.

—Cuenta —dijo ella con tono severo, insensible. Perfecto.

—Estaba sentado en la oficina del inspector jefe...

—Ya me has aburrido. ¿Es una historia muy larga?

Beauvoir la miró con rabia.

—Recibimos la llamada a las once y dieciocho minutos de la mañana.

Ella resopló.

—¿Justo a esa hora?

—Eso es —respondió él mirándola a los ojos.

Beauvoir volvió a ver la oficina del inspector jefe, en una esquina de la planta. Era a principios de diciembre y, al otro lado de las ventanas, Montreal se veía gris y fría. Estaban hablando sobre un caso muy difícil de la zona de Gaspé cuando la secretaria del inspector jefe abrió la puerta. Tenía una llamada, el inspector de Ste-Agathe. Un tiroteo. Un agente derribado y otro desaparecido.

Sólo que no había desaparecido. Estaba al teléfono, intentando hablar con el inspector jefe.

A partir de ahí, todo había sucedido a velocidad de vértigo y, sin embargo, a Beauvoir le pareció que duraba una eternidad.

No paraban de llegar agentes y los equipos tácticos estaban alertados. Satélites, imágenes digitales, análisis. Rastreo. Todo el mundo en acción. En cuestión de unos momentos se desató una actividad frenética que se percibía por la gran ventana del despacho del inspector jefe. Todo de acuerdo con un protocolo diseñado por Gamache.

Sin embargo, en su oficina había silencio. Tranquilidad.

—Lo siento. Lo siento mucho —dijo el agente Morin cuando lo pusieron con el jefe.

—No es culpa tuya. ¿Estás herido? —le preguntó Gamache.

Para entonces, Beauvoir ya estaba escuchando en la otra línea. Por motivos que aún no comprendía, no habían logrado localizar la llamada, y el hombre que retenía al agente Morin y había disparado al otro agente no parecía preocuparse por eso. Le había pasado el teléfono al joven, pero no sin antes dejar una cosa muy clara.

No pensaba soltar a Morin y tampoco iba a matarlo. Lo que pretendía hacer era atarlo y dejarlo allí.

—Gracias —dijo Gamache.

A través del cristal, Beauvoir veía a los agentes trabajar frente a los ordenadores; escuchaban, grababan, intentaban ubicar la procedencia de la llamada. Veía incluso cómo volaban los dedos por encima de las teclas.

En cuestión de segundos sabrían dónde estaba retenido el agente Morin, pero Beauvoir se sentía inquieto. ¿Por qué tardaban tanto? No acostumbraba a costarles más que un momento.

—Van a seguirme. Lo sé —decía el granjero—. Pero necesito que no lo hagan.

—No te seguiremos —mintió Gamache.

—A lo mejor es verdad —dijo el hombre con su marcado acento del campo—, pero no puedo correr riesgos.

Al inspector se le revolvió algo por dentro y miró a su superior. El inspector jefe estaba de pie, concentrado, con la mirada al frente; escuchaba y pensaba al mismo tiempo. No quería cometer ningún error.

—¿Qué has hecho? —exigió saber Gamache con voz dura e inflexible.

Hubo una pausa.

—He atado al agente y le he colocado una cosa.

—¿El qué?

—Algo que he fabricado yo.

Hablaba a la defensiva, con tono débil, estaba justificándose. Tenía la voz empapada de miedo, y por tanto el hombre era impredecible, lo que anunciaba problemas. Para ellos era la peor clase de secuestrador, porque en cualquier momento podía ser presa del pánico. Había perdido la razón y actuaba en función de lo que le dictaban los nervios y no el sentido común.

—¿Qué es? —preguntó Gamache.

Beauvoir sabía qué estaba haciendo su superior. Intentaba convertirse en un árbol robusto, algo que atrajese a un hombre débil y temeroso. Algo firme, sólido, predecible. Fuerte.

—Está hecha con fertilizante. No quería, pero es que si no, no me dejaréis en paz.

Cada vez costaba más y más entender lo que decía. La combinación del acento y la desesperación amortiguaba sus palabras.

—Estallará dentro de veinticuatro horas. A las once y dieciocho de mañana por la mañana.

Beauvoir anotó la hora, aunque no creía que fuese a olvidarla. Y no le faltaba razón.

Oyó al inspector jefe tomar de repente una bocanada de aire; después se quedó callado, tratando de controlar la ira.

—Eso es un error —le advirtió con voz firme—. Tienes que desactivarla. Si no, será peor para ti.

—¿Peor? ¿Cómo va a ser peor? El otro agente está muerto. ¡He matado a un agente de la Sûreté!

—Eso no lo sabemos.

—Yo sí.

—Entonces ya sabes que tarde o temprano te encontraremos. No querrás pasarte la vida huyendo, ¿verdad? Ni preguntándote dónde estamos.

Tuvo un momento de duda.

—Entrégate —le recomendó Gamache con voz grave, tranquila y razonable.

El amigo listo, el de las buenas ideas.

—Te prometo que no saldrás herido. Dime dónde puedo encontrarme contigo.

Beauvoir miró a su superior y éste a la pared, al gigantesco mapa de Quebec. Ambos deseando que el hombre entrase en razón.

—No puedo. Tengo que irme. Adiós.

—¡No! —gritó Gamache al teléfono, aunque enseguida recobró el control no sin hacer un gran esfuerzo—. Un momento, espera. No lo hagas. Si huyes, te arrepentirás toda la vida. Y si haces daño a Paul Morin, lo lamentarás.

Su voz era poco más que un susurro, pero hasta a Beauvoir se le puso el vello de punta al percibir la amenaza en la voz de Gamache.

—No tengo elección. También hay otra cosa.

—Dime.

En la sala de operaciones preparaban equipos más sofisticados. Beauvoir vio al superintendente jefe Francoeur dirigirse con brío hacia la puerta del inspector jefe. Gamache lo vio al mismo tiempo y le dio la espalda para concentrarse sólo en la voz del teléfono.

—No quiero que vengáis a por mí.

Se abrió la puerta y Francoeur entró con una expresión resuelta en su distinguido y hermoso rostro. Gamache continuó de espaldas a él y el inspector Beauvoir cogió al superintendente jefe del brazo.

—Tiene que salir, señor.

—No, tengo que hablar con el inspector jefe.

Beauvoir se lo había llevado fuera del despacho.

—Está hablando con el secuestrador.

—Con el asesino, querrá decir. El agente Bissonette ha fallecido hace cinco minutos a causa de las heridas.

Francoeur se metió la mano derecha en el bolsillo de la chaqueta con gran ímpetu. Era una señal que todos conocían: el superintendente jefe estaba nervioso, enfadado. En la sala, que hasta hacía un momento era un hervidero de actividad, todo el mundo se quedó quieto y sólo se oyeron dos voces altas y claras. La del inspector jefe y la del asesino, por los altavoces.

—A partir de ahora me ocupo yo —dijo Francoeur.

Quiso volver a entrar; sin embargo, Beauvoir le cerró el paso.

—No puedo impedirle que se ponga al mando, pero éste es el despacho privado del inspector jefe y ahora necesita intimidad.

Los dos hombres se miraron y acto seguido oyeron a Gamache.

—No puedes seguir adelante con esto. Entrégate.

—No puedo. He matado a ese poli.

Parecía al borde de un ataque de histeria.

—Más motivo para rendirte. Te garantizo que estarás a salvo.

El inspector jefe sonaba razonable, convincente.

—Tengo que escapar.

—Entonces, ¿por qué no te has ido sin más? ¿Por qué me has llamado?

—Porque tenía que hacerlo.

Hubo una pausa. Beauvoir veía a Gamache de perfil. El inspector jefe entrecerró los ojos y bajó las cejas.

—¿Qué has hecho? —preguntó casi en un susurro.

Gamache recogió los diarios, escribió un recibo a mano con su dirección y número de teléfono y, antes de regresar a casa, lo dejó sobre el escritorio de Renaud.

Era más de medianoche y la gente de la calle empezaba a festejar el carnaval en serio. Unas calles más allá se oía el ruido de las bocinas de plástico y un griterío ininteligible.

Universitarios borrachos armando jaleo.

Gamache sonrió. Algunos de ellos acabarían serenándose en el calabozo y algún día la anécdota les serviría para entretener a sus nietas, que los escucharían con incredulidad.

Un grupo de jóvenes dobló la esquina entre risas y alboroto y empezó a subir la rue Ste-Ursule a trompicones. Hasta que uno de ellos vio a Gamache y se detuvo. El resto, borrachos como una cuba, chocaron con él y se pusieron a darse empujones. Se enzarzaron en una pequeña refriega, pero su líder los separó y, con un movimiento de la cabeza, señaló al inspector jefe, de pie en mitad de la carretera.

Estaba observándolos.

Se miraron y al final Gamache sonrió.

—*Bonne nuit* —les dijo.

Al pasar, posó una enorme mano enguantada en el hombro del cabecilla.

—¿En serio? —se extrañó Ruth—. ¿Puede hacerse una bomba con mierda? —El tema parecía interesarle—. No me lo creo.

—Mierda no, fertilizante químico. No se lo crea si no quiere, me da lo mismo —repuso Beauvoir. De hecho, lo prefería así. A veces ni siquiera él mismo daba crédito. Y esos momentos eran los mejores—. Bruja... —murmuró.

—Retrasado —contestó Ruth, y le sirvió una taza de té que parecía agua estancada.

Se recostó en la silla y volvió a cruzar los brazos.

—Y aparte de eso... ¿qué más decía que había hecho ese granjero loco?

Beauvoir seguía viendo el rostro de Gamache, su imagen estaba grabada para siempre en su mente. Su cara de incredulidad y sorpresa. Aún no llegaba a consternación ni alarma. Eso ocurriría un momento después.

—¿Qué has hecho? —preguntó Gamache.

—Está conectada a algo.

—¿A qué?

—Necesito que estéis ocupados, para tener tiempo.

La voz volvía a ser aduladora, quejumbrosa, como si buscara la aprobación de Gamache, o su comprensión. Su perdón.

En el espacio abierto que eran las oficinas de la división, los agentes se encorvaban sobre los ordenadores, tecleaban, se ponían los auriculares. Daban y recibían órdenes.

El superintendente jefe Francoeur clavó la mirada en Beauvoir y de pronto dio media vuelta y se marchó a toda prisa. El inspector tomó una bocanada de aire, sin ser consciente de que había estado aguantando la respiración, y regresó al despacho del inspector jefe.

—Dímelo —exigió Gamache con autoridad.

Y el hombre accedió. Después le pasó el teléfono al agente Paul Morin.

Fue lo último que supieron del secuestrador, aunque tal vez estuviera entre las víctimas mortales.

—Lo siento —repitió el agente Morin—. Lo siento mucho.

—No es culpa tuya. ¿Estás herido? —le preguntó Gamache.

—No.

Parecía aterrado, aunque empeñado en disimularlo.

—No te preocupes. Vamos a encontrarte.

Hubo una pausa.

—Sí, señor.

—Pero todavía no me has contestado —dijo Ruth con impaciencia—. ¿Qué te crees, que puedo estar aquí toda la noche? ¿Qué había hecho el granjero, aparte de lo de la bomba de mierda?

Jean-Guy Beauvoir miró la mesa blanca de jardín y frotó los bordes irregulares con el dedo. Estaba seguro de que aquella poeta demente la habría encontrado en alguna cuneta o en un contenedor.

Basura que no quería nadie. Menos ella, que se la había llevado a casa.

Se quedó un buen rato con la mirada fija en la mesa, absorto. Ese detalle no se lo habían revelado a nadie, no se había hecho público. Y Beauvoir sabía que no debía responder.

Pero tenía que contárselo a alguien, y ¿quién mejor que a alguien a quien no le importaba en absoluto? No obtendría empatía, ni lástima ni un asomo de comprensión. Cuando se cruzasen en el pueblo, no iban a sentirse incómodos, porque a pesar de que él le hubiese abierto el corazón, a ella el asunto la traía sin cuidado.

—La bomba estaba conectada a la línea de teléfono —dijo al final sin dejar de mirarse las manos y la superficie blanca de la mesa—. Si se cortaba la llamada, explotaría.

—Vale —respondió ella.

—Y también si se quedaban callados, si dejaban de hablar durante unos cuantos segundos.

Entonces se hizo el silencio.

—Así que hicisteis turnos para hablar —se adelantó Ruth.

Beauvoir respiró hondo y suspiró. Había algo en la esquina, junto a la silla de Ruth, que no acababa de distinguir. Se le habría caído un jersey o un trapo de cocina.

—No, no funcionaba así. Él necesitaba que Gamache estuviera atado a Morin, para que no pudiese ir a buscarlo.

—¿Qué quieres decir con «atado a Morin»?

—La llamada tenía reconocimiento de voz. Tenían que estar hablando los dos: Morin y el inspector jefe.

—¡Venga ya! —soltó Ruth y se echó a reír—. Eso no existe. Estás inventándotelo.

Beauvoir se quedó en silencio.

—Bueno, vale, a lo mejor no te lo has inventado. Pero el granjero sí, seguro. Estás diciéndome que un paleta del campo fabricó una bomba, después un temporizador, y que además lo conectó todo a la línea de teléfono con... ¿cómo lo has llamado? ¿Reconocimiento de voz?

—¿Usted se arriesgaría? —gruñó él.

La miraba con dureza, como si la retase a continuar.

Tal como sabía que iba a pasar, la odiaba por estar viéndolo en un momento tan vulnerable. Por no preocuparse, por burlarse de él. Pero ya la odiaba antes y, por tanto, ¿qué más daba un poco más de mala sangre?

Apretó los labios con tanta fuerza que se clavó los dientes.

En la oficina, contempló a Gamache mientras éste se daba cuenta de lo que significaba aquello.

—Lo siento. Lo siento —decía la voz del joven por teléfono.

—Te encontraré —prometió el inspector jefe.

—¿Estuvieron hablando todo el rato? —quiso saber Ruth.

—Sin parar ni un momento. Durante veinticuatro horas. Hasta las once y dieciocho de la mañana siguiente.

Beauvoir echó un breve vistazo a la esquina y se dio cuenta de qué era aquel gurrño. Una manta, una suave mantita de franela convertida en un nido. Preparada, por si acaso.

Armand Gamache se despertó y, sintiéndose aturdido, miró la hora.

Las tres y veinte de la madrugada.

Sintió el aire frío de la noche en la cara y el calor de las sábanas y del edredón que lo arropaban. Tumbado, aún le quedaban esperanzas de volver a quedarse dormido, pero al cabo de un rato se levantó. Poco a poco y algo entumecido. Encendió la luz y se vistió. Sentado a un lado de la cama, mientras hacía acopio de fuerzas, miró el botecito de pastillas de la mesita. Junto a él, *Henri* lo observaba moviendo la cola; tenía la mirada despierta y una pelota de tenis de color amarillo fosforito en la boca. Gamache cogió el bote con una de sus grandes manos y lo apretó. Entonces se lo metió en el bolsillo y bajó la escalera sin hacer ruido para no despertar a Émile. Se puso la parka, la bufanda, el gorro de lana y las manoplas. Por último, cogió el lanzapelotas y salieron a la noche.

Subieron la calle y sus pisadas hicieron crujir la nieve. En un extremo de la rue St-Louis atravesaron la muralla de la gélida ciudad fortificada y pasaron frente al palacio de hielo. El palacio de Bonhomme.

Y desde ahí fueron hasta las Llanuras de Abraham, a lanzar la pelota y a meditar sobre los fatídicos errores del general. *Henri*, el inspector jefe Gamache y el agente Morin.

TRECE

Armand Gamache deslizó el diario sobre la mesa de madera, hacia Émile Comeau.

—Mira qué encontré anoche.

Émile se puso las gafas de leer.

Mientras examinaba el cuaderno, Gamache miró por la ventana y acarició a *Henri*, que dormía debajo de la mesa. Estaban desayunando en Le Petit Coin Latin, un diminuto restaurante de la rue Ste-Ursule. Llevaba allí toda la vida y era uno de los favoritos de los lugareños por su interior de madera oscura, la chimenea, las mesas sencillas. Estaba algo alejado de las calles principales, lo justo para no encontrarlo por casualidad. Allí se iba a propósito.

El dueño les dejó los tazones de *café au lait* sobre la mesa y se marchó. Gamache dio un sorbo y contempló cómo caía la nieve. Daba la sensación de que siempre nevaba en Quebec. Como si el Nuevo Mundo fuera un globo de nieve de particular belleza.

Al acabar, Émile soltó el diario y se quitó las gafas.

—Pobre hombre.

Gamache asintió con la cabeza.

—No tenía muchos amigos.

—Que yo haya visto, ni uno. El precio de la grandeza.

—¿Grandeza? ¿Crees que Renaud era grande? Tenía la impresión de que tanto tú como los demás miembros de la Sociedad Champlain lo considerabais un chiflado.

—¿Acaso no lo son casi todos los grandes? De hecho, creo que no sólo son brillantes y unos majaderos al mismo tiempo, sino que no están hechos para relacionarse en sociedad. A diferencia de nosotros.

Gamache removió el café y miró a su mentor.

Lo consideraba un gran hombre, uno de los pocos que había conocido. No por tener una determinación única, sino por su multiplicidad. El anciano había enseñado a su joven protegido a ser investigador de homicidios, pero además lo había aleccionado en muchas otras cosas.

Gamache recordaba cuando lo llamaron al despacho del inspector jefe Comeau en su primera semana en el cuerpo y él acudió seguro de que iban a despedirlo por alguna misteriosa transgresión. Pero en lugar de eso, aquel hombre tan enjuto y reservado lo miró durante unos segundos, lo invitó a tomar asiento y le dijo las cuatro frases que conducían a la sabiduría. Se las dijo una sola vez y no se las repitió nunca más. Aquélla fue suficiente para Gamache.

Lo siento. Me he equivocado. Necesito ayuda. No lo sé.

No las olvidó y cuando se hizo cargo del puesto de inspector jefe, Gamache se las transmitió a cada uno de sus agentes. Algunos las aplicaron y otros las desestimaron de inmediato.

Cada uno decidía por sí mismo.

Sin embargo, a él esas cuatro afirmaciones le habían cambiado la vida. Émile Comeau le había cambiado la vida.

Émile era un gran hombre porque era bueno sin importar lo que ocurriese a su alrededor. Gamache había visto a su jefe involucrado en casos incendiarios, había oído toda clase de

acusaciones y sido testigo de políticas intestinas que dejarían a Maquiavelo pasmado. Cinco años antes, había visto a su jefe enterrar a su querida esposa.

Un hombre lo suficientemente fuerte como para llorar la pérdida de su compañera.

Y unas semanas antes, mientras Gamache marchaba en el doloroso y lentísimo cortejo fúnebre detrás de los ataúdes y de las banderas que los cubrían, a cada paso titubeante recordaba a sus agentes y a su primer jefe. Era su superior entonces y lo sería toda la vida.

Y cuando al final Gamache no pudo soportar más dolor, acudió a él con Reine-Marie. No para sanar, sino para recibir ayuda.

Necesito ayuda.

El propietario del *bistrot* les sirvió un desayuno compuesto de *omelettes*, fruta fresca y un *croissant* para cada uno.

—Siento respeto por la gente apasionada —decía Émile—. Yo no soy así. Tengo muchas aficiones y algunas me provocan verdadera pasión, pero no hasta el punto de excluir todo lo demás. A veces me pregunto si eso es lo que hace falta para que los genios alcancen sus logros, tener una única determinación. Nosotros, los meros mortales, no hacemos más que estorbar. Las relaciones son complicadas, distraen demasiado.

—«Viaja más rápido aquel que viaja solo» —citó Gamache.

—Lo dices como si no te lo creyeras.

—Depende de adónde vayas; pero no, no me convence. Creo que puedes llegar lejos en poco tiempo, pero tarde o temprano te atascarás. Necesitamos a los demás.

—¿Para qué?

—Ayuda. ¿No fue ésa la revelación de Champlain? Ningún otro explorador consiguió crear una colonia, pero él sí. ¿Por qué? ¿Qué hizo de forma diferente? Me lo contó el padre Sébastien. A Champlain lo ayudaron. El motivo de que su colonia prosperase, la razón por la que hoy estamos aquí, es que no estaba solo. Pidió ayuda a los nativos y así lo logró.

—No creas que no se han arrepentido.

Gamache dijo que sí con la cabeza. Fue una pérdida terrible, un error de juicio. Cuando los hurones, los algonquinos y los cree se dieron cuenta de que el Nuevo Mundo de Champlain no era igual que su viejo mundo, ya era demasiado tarde.

—Sí —convino Émile con un suave cabeceo mientras toqueteaba el salero y el pimentero con sus dedos esbeltos—. Todos necesitamos ayuda.

Se quedó mirando a su compañero. El interés de Gamache por ese caso lo animaba, porque era algo en lo que pensar más allá de su cicatriz. Y aun así, esa misma madrugada, mientras todo el mundo dormía, Émile había oído a Armand y a *Henri* salir en silencio. Otra vez.

—Ya sabes que no es culpa tuya. Salvasteis muchísimas vidas.

—Y otras se perdieron. Cometí demasiados errores, Émile. —Era la primera vez que hablaba del tema con su mentor—. Desde el principio.

—¿Como por ejemplo...?

Volvió a oír la voz del granjero en la mente, con su fuerte acento rural. Todas las pistas estaban ahí, desde el principio.

—No até cabos a tiempo.

—Nadie más lo hizo, ni de lejos. Por Dios, Armand, cuando pienso en lo que podría haber pasado si no hubieras hecho lo que hiciste...

Gamache respiró hondo, bajó la mirada hacia la mesa y apretó los labios.

Émile hizo una pausa.

—¿Quieres que lo hablemos?

Armand levantó la vista.

—No puedo. Todavía no. Pero te lo agradezco de todos modos.

—Cuando tú estés listo —dijo Émile sonriendo, y bebió un sorbo del café fuerte y aromático.

Luego volvió a coger el diario de Renaud—. No lo he leído entero, claro, pero lo que me llama la atención de buenas a primeras es que aquí no parece que haya nada nuevo. Desde luego, no hay nada que no hayamos oído un millón de veces. Los lugares que ha marcado como posibles ubicaciones de la tumba de Champlain ya los conocíamos. El Café Buade, la rue de Trésor. Todos han sido investigados y nadie ha hallado nada.

—Entonces ¿por qué creía que podría estar allí?

—No olvides que también pensaba que lo encontraría en la Sociedad Literaria e Histórica. Veía a Champlain por todas partes.

El inspector jefe reflexionó un momento.

—Hay cadáveres por toda la ciudad de Quebec y todos tienen cientos de años. ¿Cómo se sabría si es él?

—Buena pregunta. Hace mucho tiempo que eso nos preocupa, porque no sabemos si el ataúd llevará su nombre. ¿Qué tendrá? ¿Una fecha o alguna insignia que lo identifique? A lo mejor lo distinguimos por la ropa. Al parecer, llevaba un sombrero de metal muy característico y Renaud siempre pensó que lo reconocería por eso.

—¿Pensaba abrir el ataúd, descubrir si dentro había un esqueleto con un sombrero de metal y proclamar que era el padre de Quebec?

—Es posible que la genialidad tenga límites —admitió Émile—. Pero los estudiosos creen que podría haber algunas pistas. En esa época los ataúdes se hacían de madera, pero había alguna excepción. Los expertos dicen que Champlain sería una de ellas. Casi con total seguridad, el suyo estaría revestido de plomo. Y hoy en día es más fácil datar los restos humanos.

Gamache no parecía convencido.

—El padre Sébastien, de la basílica, dijo que tanto Champlain como su ascendencia estaban rodeados de misterios. Que cabía la posibilidad de que fuese un hugonote o un espía del rey de Francia, o incluso su hijo ilegítimo. ¿Crees que es una idea romántica, o puede haber algo de eso?

—Algo de romántico tiene: el bastardo noble. Pero hay cosas que alimentan ese rumor. Una de ellas es su obsesión por el secretismo. Por ejemplo, aunque tenía esposa, menciona a la mujer con la que estuvo casado durante veinticinco años sólo un par de veces y ni siquiera dice su nombre.

—No tuvieron hijos, ¿verdad?

Émile negó con la cabeza.

—Sin embargo, hubo otros que tampoco soltaban prenda sobre Champlain. Un par de jesuitas y un lego recoleto lo mencionan en sus diarios, pero no dicen nada personal sobre él. Sólo cosas de la vida cotidiana. ¿Por qué tanto secretismo?

—¿Cuál es tu teoría? Llevas casi toda la vida estudiando su figura.

—Creo que en parte se debía a la época; se fijaban menos en el individuo. No había la misma cultura del «yo» que tenemos ahora. Pero también creo que debía de querer ocultar algo, y eso lo hacía muy reservado.

—¿Que era el hijo no reconocido de un rey?

Émile dudó.

—Era un escritor prolífico, miles y miles de hojas. Y enterrada entre todas esas palabras y páginas había una frase.

Gamache escuchaba con atención y se imaginaba a Champlain encorvado sobre el papel, con una pluma y un tintero, iluminado por la luz de una vela en un hogar espartano de hacía cuatrocientos años, situado a unos cientos de metros de donde estaban sentados.

—«Me debo al rey por nacimiento» —citó Émile—. Los historiadores llevan siglos tratando de descifrarla.

El inspector jefe le dio vueltas a la frase. «Me debo al rey por nacimiento.» Era muy evocadora, de eso no había duda. Entonces se le ocurrió algo.

—Si alguien encontrase los restos de Champlain y supiésemos a ciencia cierta que era él, podrían hacerse pruebas de ADN.

Mientras hablaba, observaba a Émile. Su mentor tenía la mirada clavada en la mesa. ¿Era intencionado? ¿Era posible que estuviera evitando el contacto visual?

—En cualquier caso, ¿qué importancia tendría? —se preguntó Gamache—. Supongamos que las pruebas revelan que era hijo de Enrique IV, ¿a quién le importaría hoy en día?

Émile levantó la mirada.

—Desde un punto de vista práctico no significaría nada. Pero en el plano simbólico —Émile se encogió de hombros—, el tema cobraría muchísima fuerza. Sobre todo para los separatistas, que ven a Champlain como un potente símbolo de la independencia de Quebec. Eso aumentaría su esplendor y su imagen romántica. Sería una figura heroica y trágica a la vez. Justo como los separatistas se ven a sí mismos.

Gamache se quedó callado un momento.

—Tú eres separatista, ¿verdad, Émile?

Nunca lo habían hablado. No es que fuese precisamente un secreto inconfesable, sólo un tema privado que nunca habían tratado. En Quebec, la política siempre era territorio peligroso.

El anciano levantó la mirada de la *omelette*.

—Así es.

No era un reto, sino una simple afirmación.

—Entonces quizá tengas algo que aportar —sugirió Gamache—. ¿Crees que el movimiento separatista podría sacarle partido a este asesinato?

Émile tardó un momento en responder. Primero posó el tenedor sobre la mesa.

—Armand, hablamos de algo más que de un «movimiento». Es una fuerza política. Más de la mitad de la población dice ser nacionalista de Quebec. Los separatistas han estado varias veces en el gobierno.

—No pretendía menospreciaros —dijo Gamache—. Mis disculpas. Y estoy al tanto de la situación política.

—Claro que sí. No quería decir que no lo estuvieras.

El ambiente empezaba a ponerse tenso.

—He sido separatista durante toda mi vida adulta —confesó Émile—. Desde finales de los sesenta hasta hoy en día. Pero eso no significa que no ame Canadá. Amo este país. ¿Quién no querría un país en el que se permite tal diversidad de pensamiento y de expresión? Pero también quiero uno propio.

—Como dices, hay muchos que están de acuerdo contigo, pero hay fanáticos a ambos lados del debate. Federalistas fervientes que tienen miedo y desconfían de las aspiraciones francesas...

—Y separatistas dementes que harían cualquier cosa por independizarse de Canadá. Que recurrirían incluso a la violencia.

Los dos pensaron en la Crisis de Octubre de unas décadas atrás. Estallido de bombas, francófonos que se negaban a hablar en inglés, el secuestro de un diplomático británico, el asesinato de un

ministro de Quebec.

Todo en aras de la independencia de Quebec.

—Nadie quiere volver a esa época —dijo Émile mirando a su compañero a los ojos.

—¿Estás seguro? —preguntó el inspector jefe, amable pero firme.

Durante un instante se sintió la tensión en el aire, pero entonces Émile sonrió y cogió el tenedor.

—Vete a saber qué se esconde bajo la superficie, pero yo creo que esos días están muertos y enterrados.

—«*Je me souviens*» —citó Gamache—. ¿Qué dijo René Dallaire sobre Quebec? ¿Que era una sociedad de remeros? Sí, eso, que avanzamos hacia delante, pero miramos atrás. Me pregunto si alguna vez perdemos el pasado de vista.

Émile lo miró un momento y después sonrió y siguió comiendo mientras Gamache oteaba absorto a través del cristal escarchado.

Si Samuel de Champlain era un símbolo tan importante para el nacionalismo quebequés, ¿eran separatistas todos los miembros de la Sociedad Champlain? Tal vez sí. Pero ¿qué más daba? Tal como decía Émile, en aquella ciudad era más normal serlo que no serlo, sobre todo entre los miembros de la *intelligentsia*. Los separatistas de Quebec habían estado en el gobierno más de una vez.

Entonces se le ocurrió algo: ¿y si encontraban a Samuel de Champlain y descubrían que no era hijo del rey? Si así fuera, perdería parte de su romanticismo, de su heroicidad; se convertiría en un símbolo menos poderoso.

¿Era posible que los separatistas prefiriesen un Champlain desaparecido antes que uno con defectos? Tal vez ellos también quisieran impedir que Augustin Renaud continuase la búsqueda.

Gamache decidió cambiar de tema:

—¿Has visto la entrada de la semana pasada?

Abrió el diario y le señaló una página. Émile leyó el texto y lo miró.

—¿La Sociedad Literaria e Histórica? Así que el viernes pasado no era la primera vez que iba allí... Y dice «1800». ¿Eso es la hora de la visita?

—Pensaba que podría serlo, pero a esa hora la biblioteca está cerrada.

Émile volvió a mirar la página. Cuatro nombres y el garabato de un número emborronado: 18--. Forzó la vista y se acercó al papel.

—A lo mejor no es 1800.

—Puede que no. No he encontrado a los demás, pero hay un tal S. Patrick en el 1809 de la rue des Jardins.

—Pues ahí lo tienes.

Émile pidió la cuenta y se levantó.

—¿Vamos?

Gamache se acabó el *café au lait* de un trago y se puso en pie.

—He llamado a monsieur Patrick y le he dejado un mensaje en el contestador. Le he dicho que iríamos a mediodía. Pero antes tengo que ir a la sociedad para preguntarles por esa anotación del diario. ¿Te importa hacerme un favor mientras tanto?

—*Absolument*.

Gamache levantó la barbilla en dirección a la ventana.

—¿Ves ese edificio?

—¿El 9 3/4 de la rue Ste-Ursule? —preguntó Émile entornando los ojos—. ¿De verdad dice eso? ¿Qué pinta tiene un apartamento de tres cuartos?

—¿Lo quieres saber? Es el de Augustin Renaud.

Pagaron, cruzaron la calle nevada con *Henri* y entraron en la vivienda.

—¡Dios mío...! —exclamó *Émile*—. Aquí ha caído una bomba.

—Anoche el inspector Langlois y yo pasamos unas cuantas horas ordenando cosas. Si llegas a verlo antes...

Gamache se abrió paso por el laberinto de pilas y pilas de documentos.

—¿Todo esto es sobre Champlain?

Émile cogió una hoja al azar y le echó un vistazo.

—Todo lo que hemos encontrado de momento sí. Los diarios estaban metidos detrás de esa librería.

—¿Los había escondido?

—Diría que sí, pero no creo que eso signifique gran cosa. Era bastante paranoico. ¿Te importaría revisar algunos documentos mientras yo voy a la sociedad?

—¿En serio?

Su mentor parecía más contento que un niño con zapatos nuevos y Gamache lo dejó sentado a la mesa del comedor, acercándose un montón de papeles.

En cuestión de minutos, el inspector jefe estaba en la vieja biblioteca, plantado en un vestíbulo desierto.

—¿Necesita ayunas? —le preguntó Winnie desde el último peldaño de la escalinata de roble.

—Me gustaría hablar con usted y con cualquiera que esté en la sociedad.

Le habló en inglés con la esperanza de que la bibliotecaria le contestase en su lengua natal.

—¿Reunimos nos en librería sala?

No había captado la indirecta.

—Buena idea.

—Bueno día —convino Winnie y desapareció.

En la biblioteca, Gamache encontró al señor Blake y en cuestión de minutos estaban reunidos con Winnie, Elizabeth y Porter.

—Querría hacerles un par de preguntas, nada más —dijo el inspector jefe—. Tenemos pruebas de que Augustin Renaud estuvo aquí una semana antes de su fallecimiento.

Hablaba sin quitarles ojo de encima. Sin excepción, todos y cada uno de ellos reaccionaron con sorpresa, interés y algo de desconcierto, pero ninguno mostró ni asomo de culpabilidad. A pesar de eso, estaba casi seguro de que uno de los cuatro le había mentado. Uno de ellos había visto a Renaud en la sociedad o tal vez incluso se había reunido con él. Quizá le abriese la puerta.

Pero... ¿por qué? ¿Qué motivo había llevado a Renaud hasta allí? ¿Para qué había convocado a cuatro personas más?

—¿A qué vino? —preguntó Gamache.

Los cuatro lo miraron a él primero y después intercambiaron una mirada.

—¿Augustin Renaud había venido a la biblioteca? —se extrañó el señor Blake—. Pues yo no lo vi.

—Yo tampoco —añadió Winnie, que de la sorpresa había vuelto al inglés.

Elizabeth y Porter indicaron que no con la cabeza.

—Es posible que viniera después de cerrar —apuntó Gamache—. A las seis de la tarde.

—En ese caso no habría podido entrar —dijo Porter—. Ya sabe usted que a esas horas está cerrado con llave.

—Sé que todos tienen una copia. Y que no sería difícil que uno de ustedes le dejase entrar.

—Pero... ¿para qué? —preguntó el señor Blake.

—¿Les suenan de algo los nombres Chin, J. D., Patrick y O'Mara?

De nuevo todos lo pensaron y negaron con la cabeza. Como la Hidra. Un cuerpo y muchas cabezas, pero una sola mente.

—¿Socios, quizá? —insistió Gamache.

—El tal J. D. no sé, pero los otros no lo son —respondió Winnie—. Hay tan pocos socios que me he aprendido los nombres.

—¿Les importaría enseñarme la lista? —preguntó.

Winnie se revolvió en el asiento y Porter soltó:

—Es confidencial.

—¿La lista de socios de una biblioteca es secreta?

—Secreta no, inspector jefe. Confidencial.

—Aun así, necesito verla.

Porter abrió la boca, pero Elizabeth se le adelantó.

—Enseguida se la damos. ¿Winnie?

Y ésta, sin dudar un instante, hizo lo que Elizabeth le mandaba.

Al marcharse con la lista de socios doblada y guardada en el bolsillo interior de la chaqueta, Gamache se detuvo en el primer escalón a ponerse los gruesos guantes. Desde allí arriba miró la iglesia presbiteriana de San Andrés y la rectoría, enfrente de la vieja biblioteca.

¿A quién le resultaría más fácil colar a alguien en la sociedad sin ser visto? Y si después de la hora de cerrar las luces permanecían encendidas, ¿quién podía ser testigo?

El pastor, Tom Hancock.

Después de probar primero en la vivienda de piedra, Gamache encontró al pastor en su despacho de la iglesia, una estancia que no por estar atestada de cosas resultaba menos acogedora.

—Siento molestarle, pero necesito saber si vio a Augustin Renaud en la sociedad una semana antes de que muriese.

Si Tom Hancock le había abierto la puerta, Gamache estaba casi seguro de que lo negaría. Pero el inspector jefe no buscaba la verdad, sólo sorprenderlo lo suficiente para vislumbrar el menor resquicio de culpa en su expresión.

Y ni por asomo.

—¿Renaud estuvo allí una semana antes de morir? No lo sabía. ¿Cómo se ha enterado?

Tom Hancock era el único que no se lo había refutado. Como el inspector jefe, estaba simple y llanamente desconcertado.

—Por sus diarios. Quedó allí con cuatro personas más, creemos que después de la hora de cerrar.

Gamache le indicó los nombres, pero el pastor dijo que no con la cabeza.

—Lo siento, no me suenan de nada. Pero si quiere, puedo preguntar. —Calló y observó a Gamache con atención—. ¿Qué más se le ofrece?

«Ayuda. Necesito ayuda.» Gamache contestó que no necesitaba nada, le dio las gracias y se marchó.

Al llegar al 9 3/4 de la rue Ste-Ursule, encontró a Émile leyendo.

—¿Ha habido suerte? —le preguntó éste, y alzó la mirada.

Gamache negó con la cabeza, se quitó el abrigo y le sacudió la nieve.

—¿Y tú, qué tal?

—Estaba dándole vueltas a esto. ¿Lo habías visto?

El inspector jefe se acercó a la mesa y miró la página que le señalaba Émile. La página del diario donde estaba anotada la reunión en la sociedad con los cuatro hombres. Al final de la hoja, en letra muy pequeña pero legible, había dos números.

9-8499 y 9-8572.

—¿Un número de cuenta? ¿O una matrícula de coche, quizá? Números de referencia no son —aseguró Gamache—. Al menos no de la clasificación decimal Dewey. Los había visto, pero es que tiene tanto número garabateado por ahí... El diario está plagado de ellos.

Tampoco parecían números de teléfono, desde luego, no de la zona de Quebec. ¿Coordenadas de un mapa? Nunca las había visto escritas así.

Gamache miró el reloj.

—Ya es hora de visitar a monsieur Patrick. ¿Me acompañas?

Émile cerró el diario de golpe, se puso en pie y se estiró.

—Es asombroso que aquí haya tanto papel y, sin embargo, nada nuevo. Antes que él hubo otros que ya hicieron toda la investigación, pero lo lógico sería que después de tantos años Augustin Renaud hubiera dado con alguna novedad.

—Puede que sí encontrase algo. A la gente no la asesinan por nada. Algo debió de ocurrir en su vida.

Gamache cerró con llave y recorrieron las estrechas callejuelas en compañía de *Henri*.

—En tiempos de Champlain todo esto era bosque, ¿no? —preguntó Gamache mientras bajaban por la rue Ste-Ursule.

Émile asintió.

—El principal asentamiento llegaba más o menos hasta donde está ahora la rue des Jardins, pero poco después de la muerte de Champlain, la colonia se amplió. Las ursulinas construyeron el convento y, en cuanto se dieron cuenta de que la población no iba a desaparecer, llegaron más colonos.

—Que no iba a desaparecer y que podían hacer fortuna —apuntó Gamache.

—Eso es.

Se detuvieron en la rue des Jardins. Como la mayoría de las calles del casco viejo de la ciudad, ésta giraba y desaparecía tras una curva. Lejos de asemejarse a una cuadrícula, el plano de la ciudad era más bien una maraña de callejuelas adoquinadas, trazadas sin orden ni concierto.

—¿Por qué lado? —preguntó Émile.

Gamache se detuvo en seco. Tardó un momento en recordar de dónde provenía esa frase, la última vez que alguien le había hecho esa pregunta. Jean-Guy. El inspector había mirado primero hacia un lado del pasillo, después hacia el otro y por último a él. Y el inspector exigía saber hacia dónde ir.

—Por aquí.

Igual que entonces, Gamache respondió por intuición. El recuerdo le aceleró el pulso y tuvo que advertirse a sí mismo que no era más que eso. El pasado, algo acabado. Muerto y enterrado.

—Has acertado —anunció Émile señalando un edificio de piedra gris con una elaborada puerta de madera tallada y el número en el dintel: 1809.

Gamache llamó al timbre y esperaron. Dos hombres y un perro. Un señor de mediana edad les abrió la puerta.

—*Oui?*

—Señor Patrick —dijo Gamache en inglés—, me llamo Gamache. Esta mañana le he dejado un mensaje en el contestador. Éste es mi compañero Émile Comeau. Me gustaría hacerle unas preguntas.

—*Quoi?*

—Unas preguntas —repitió Gamache en voz más alta, pues el hombre no parecía haberlo oído bien.

—*Je ne comprends pas* —respondió el hombre con irritación, y se dispuso a cerrar la puerta.

—No, espere —pidió Gamache aprisa, esta vez en francés—. *Désolé*. Pensé que sería inglés.

—Todo el mundo igual —dijo el hombre, exasperado—. Me llamo Sean Patrick —informó poniendo el acento en la última sílaba—. No hablo ni una palabra de inglés. Lo siento.

Una vez más, quiso cerrar.

—Pero, monsieur, eso no es lo que quiero preguntarle —se apresuró a decir Gamache—. Es sobre la muerte de Augustin Renaud.

La puerta se detuvo a medio camino, luego se abrió de nuevo poco a poco y Gamache, Émile y *Henri* pudieron pasar al interior.

Monsieur Patrick les señaló una habitación.

Gamache mandó a *Henri* tumbarse junto a la puerta y después ellos dos se quitaron las botas y siguieron a monsieur Patrick hasta la salita. Aunque la palabra estaba anticuada, encajaba a la perfección. Desde luego, no parecía una sala de estar. Gamache se fijó en los sofás y no descubrió ni una sola señal de que alguien hubiera descansado sobre aquellos cojines alguna vez, y ellos dos tampoco parecía que fueran a hacerlo. Monsieur Patrick no los invitó a tomar asiento, así que se quedaron los tres plantados en el centro de aquella estancia de aire tan estirado.

—Tiene unos muebles preciosos —lo felicitó Émile mirando a su alrededor.

—De mis abuelos.

—¿Son ellos? —preguntó Gamache, y se acercó a unas fotos que colgaban de la pared.

—Sí. Y éstos son mis padres. Mis bisabuelos también vivieron en la ciudad de Quebec. Son estos de aquí.

Señaló otro grupo de fotografías y Gamache vio dos personas de rostro severo. Siempre se preguntaba qué pasaba el instante después a tomar la fotografía. ¿Soltaban el aire, contentos de haber terminado? ¿Se volvían y se sonreían? ¿Eran así de verdad o podía achacarse a una tecnología primitiva que exigía que permaneciesen inmóviles mirando a la cámara con gesto serio?

En cambio...

Le llamó la atención otra fotografía de la pared. Un grupo de hombres cubiertos de tierra y polvo, posando con unas palas delante de un enorme agujero. Detrás de ellos había un edificio de piedra. La mayoría de los trabajadores parecían apesadumbrados, pero dos de ellos sonreían.

—Qué maravilla tener estas fotos —dijo Gamache.

Sin embargo, Patrick no tenía cara de que fuese maravilloso, ni terrible ni nada de nada. De hecho, el inspector jefe tuvo la sensación de que a buen seguro llevaba décadas sin mirar aquellas imágenes de color sepia. Si es que lo había hecho alguna vez.

—¿Conocía mucho a Augustin Renaud? —inquirió Gamache al tiempo que daba media vuelta.

—En absoluto.

—Entonces, ¿por qué se reunió con él?

—¿Qué me dice? ¿Reunirme con él? ¿Cuándo?

—Una semana antes de su muerte. Tenía una cita con usted, con monsieur O'Mara y dos personas más. Alguien llamado Chin y un tal J. D.

—No me suenan de nada.

—Pero conocía a Augustin Renaud —intervino Émile.

—De oídas. Había oído hablar de él, pero no lo conocía en persona.

—¿Quiere decir que nunca se puso en contacto con usted? —quiso saber Gamache.

—¿Son ustedes de la policía?

Patrick empezaba a sospechar.

—Estamos colaborando con la investigación —contestó el inspector jefe sin especificar

demasiado.

Por fortuna, monsieur Patrick no era muy observador ni curioso; de lo contrario, se habría preguntado qué hacía Gamache en su casa con un perro y un anciano. Un perro policía, sin duda, pero ése no era el procedimiento habitual. Aun así, a Patrick no parecía importarle. Como la mayoría de los quebequeses, tenía una fijación con Renaud.

—Me han contado que lo mataron los ingleses y lo enterraron en el sótano del edificio ese.

—¿Quién le ha dicho eso? —preguntó Émile.

—Eso de ahí —respondió Patrick y señaló la copia de *Le Journalist* que tenía en la mesa del recibidor.

—No sabemos quién lo mató —aseveró Gamache.

—Venga ya —insistió Patrick—, ¿quién va a ser si no? Lo mataron para que su secreto no salga a la luz.

—¿Champlain? —intervino Émile.

Patrick se volvió hacia él y asintió.

—Exacto. El jefe de Arqueología dice que Champlain no está allí, pero casi seguro que miente. Estará encubriéndolos.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Los anglos lo habrán sobornado.

Patrick se frotó el índice y el corazón con el pulgar.

—De eso nada, monsieur —replicó Gamache—. Créame, Samuel de Champlain no está enterrado en la Sociedad Literaria e Histórica.

—Pero Augustin Renaud sí lo estaba —repuso Patrick—. No me diga que *les anglais* no han tenido nada que ver.

—¿Por qué salía su nombre en el diario de monsieur Renaud? —exigió saber el inspector jefe, y vio la expresión de asombro de Patrick.

—¿Mi nombre? —Ahora su expresión estaba a medio camino entre el desdén y la impaciencia—. ¿Qué es esto, una broma? ¿Me enseñan su identificación, por favor?

Gamache metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó su documentación. El hombre la cogió, la leyó, miró el nombre y la foto fijamente, y por último a Gamache. Estaba atónito.

—¿Es usted? ¿Es el agente de la Sûreté? Madre mía... Me tenía despistado con la barba. ¿Es usted el inspector jefe Gamache?

Él asintió.

Patrick se les acercó. Gamache no se apartó, sino que se quedó quieto. Un hombre más observador tal vez se habría alarmado.

—Lo vi en la televisión, claro. En los funerales.

Estudió a Gamache como si fuera un artículo en exposición.

—Monsieur... —dijo Émile tratando de detenerlo.

—Debió de ser horrible.

Y, sin embargo, aquel hombre tenía una chispa de emoción en la mirada.

Gamache continuó en silencio.

—Guardé la revista, *L'actualité*. Usted salía en la portada. Ya sabe, la foto esa. ¿Podría firmármela?

—Lo siento, pero no.

Gamache habló en voz baja, con un tono de advertencia que al final ni siquiera Sean Patrick pudo pasar por alto. Antes de llegar a la puerta, el dueño de la casa paró en seco y dio media vuelta con una mueca de contrariedad.

El inspector jefe Gamache estaba mirándolo. Una mirada dura. Llena de desprecio.

Patrick dudó un instante y se sonrojó.

—Disculpe, no debería habérselo pedido.

Se hizo un silencio que se alargó hasta que, por fin, Gamache le dio la razón con la cabeza.

—Tengo algunas preguntas más.

Patrick, ya más sumiso, regresó.

—¿Le ha preguntado alguien por Champlain o le ha pedido detalles sobre la historia de su casa?

—Eso siempre le ha interesado a mucha gente. La construyeron en 1751. Mis bisabuelos se

mudaron aquí a finales del siglo diecinueve.

—¿Sabe qué había aquí antes? —preguntó Émile.

Patrick negó con la cabeza.

—Y estos números —dijo Gamache, le mostró las cifras del diario: 9-8499 y 9-8572—, ¿le suenan de algo?

Patrick negó de nuevo bajo la atenta mirada del inspector jefe.

¿Por qué salía el nombre de Sean Patrick en el diario de Renaud? Juraría que, pese a ser bastante insensible, el hombre no mentía. Cuando le dijo que Augustin Renaud tenía una cita con él, parecía desconcertado de verdad.

—¿Tú qué crees? —preguntó el inspector jefe a Émile cuando se marcharon—. ¿Nos ha mentido?

—La verdad es que yo creo que no. Así que, o bien Renaud se refería a otro S. Patrick, o quería hablar con él y no llegó a concertar la cita.

—Con lo emocionado que parecía, qué raro que no llegara a hacerlo.

Caminaron unos minutos en silencio, hasta que Émile se detuvo.

—He quedado con unos amigos para comer, ¿te apetece venir?

—*Non, merci*. Creo que voy a ir a la Sociedad Literaria e Histórica.

—¿A seguir cavando?

—Más o menos.

CATORCE

Fuera de la sociedad quedaban unos cuantos mirones, de los aficionados a los espectáculos más truculentos. ¿Qué esperaban ver?

Mientras los escuchaba hablar acerca de Augustin Renaud y Champlain, sobre teorías de conspiración, sobre *les anglais*, Gamache se dio cuenta de que la naturaleza humana no había cambiado desde hacía cientos de años. Dos siglos antes se habría formado una muchedumbre igual que aquélla, sus integrantes apiñados para protegerse del frío cortante. Habrían esperado para ver a los alguaciles llevar al condenado hasta la gran apertura que había por encima de la puerta, sacarlo a una pequeña plataforma, ponerle una soga al cuello y lanzarlo al vacío. Y el condenado se balancearía, muerto o moribundo, ante los ojos de la multitud congregada.

La única diferencia con el presente era que la muerte ya se había producido.

Pero... ¿había sido también una ejecución?

El inspector jefe Gamache sabía que la mayoría de los asesinos no consideraban sus actos como un crimen. De un modo u otro, se convencían de que la víctima debía morir, de que se lo había buscado y se lo merecía. Era una ejecución privada.

¿Era eso lo que había pensado el asesino de Renaud? Gamache sabía que no se debía menospreciar el poder de la mente. Un homicidio nunca era cuestión de músculo, sino que tenía su origen y su final en el cerebro, un órgano capaz de justificarlo todo.

El inspector jefe miró a las personas que lo rodeaban. Hombres y mujeres de todas las edades que observaban el edificio como si estuviera a punto de levantarse y hacer algo interesante.

Aun así, ¿era él mejor que ellos? Tras despedirse de Émile, *Henri* y Gamache habían dado un paseo por las estrechas calles nevadas. Él iba pensando en el caso, pero también en los motivos por los que seguía involucrado en la investigación. Creía haber cumplido con su obligación y el inspector Langlois era un hombre competente y considerado. No le cabía duda de que resolvería el caso y se ocuparía de que nadie cargase injustamente contra los ingleses.

Y si todo eso era cierto, ¿por qué seguía metiendo las narices en el asesinato de Augustin Renaud?

«Ya no existe la soledad.»

—¿Sabe que Suzanne y yo tenemos un perro?

—¿Ah, sí? ¿De qué raza?

—Bueno, es una perra mestiza —respondió el agente Morin.

Sentado a su mesa, frente al ordenador, mientras hablaba y escuchaba, el inspector jefe Gamache seguía los avances de la búsqueda. O la ausencia de avances.

Habían pasado seis horas y continuaban sin localizar la llamada. A medida que transcurría el tiempo, iban llevando equipos más sofisticados, personal más experto y, aun así, nada.

Un equipo trataba de rastrear la llamada y otro analizaba la voz del granjero; había varias unidades peinando las zonas rurales y siguiendo las pistas que iban encontrando. Todos bajo la coordinación del superintendente jefe Francoeur.

A pesar de que no se tenían mucho aprecio, Gamache no podía negar que se alegraba de tenerlo allí. Alguien debía estar al mando y era obvio que él no podía.

Cuando se dirigía a Morin, el tono del inspector jefe era tranquilo, casi jovial, pero la cabeza le funcionaba a cien por hora.

Había algo que no cuadraba en absoluto. Nada de lo que ocurría tenía sentido y, mientras Morin hablaba de su cachorro, Gamache le daba vueltas, tratando de encajar las piezas.

De pronto, cayó en la cuenta. Se inclinó sobre el teclado y envió un mensaje instantáneo.

«El granjero no es un granjero. Ha sido una treta. Haz que los analistas de voz verifiquen el acento.»

«Ya lo han hecho —respondió la agente Isabelle Lacoste—. El acento es auténtico.»

Ella estaba en Ste-Agathe, recabando información en el escenario del tiroteo.

«Que lo analicen otra vez. No es tan paleta como quiere hacernos creer. Es imposible. Hay que averiguar qué es en realidad.»

Oía a Morin hablándole sobre comida para perros.

«¿Qué opina usted?», intervino Beauvoir desde la sala de operaciones, donde colaboraba en la investigación.

«Supongamos que no ha sido un accidente —escribió el inspector jefe aporreando el teclado, escribiendo a la misma velocidad que sus pensamientos—. Supongamos que quería matar a un agente y secuestrar a otro. Que estaba todo planeado.»

«¿Por qué?», quiso saber Beauvoir.

Hubo un silencio en el teléfono.

—¿Cómo se llama la perra? —preguntó Gamache.

—La llamamos *Bois*, porque parece un tronco.

Morin se echó a reír y Gamache también.

—Háblame de ella.

«No lo sé —escribió Gamache mientras el agente Morin le hablaba del día en que la rescató de la protectora de animales y se la llevó a Suzanne—. Pero digamos que está todo planeado, hasta las horas. Las once y dieciocho de mañana por la mañana. Quieren que estemos ocupados hasta entonces. Quieren desviar nuestra atención. Que busquemos en un sitio mientras ellos hacen otra cosa en otra parte.»

«¿Cree que planean hacer algo mañana a las once y dieciocho?», escribieron Beauvoir y Lacoste a la vez.

«O puede —tecleó el inspector jefe— que algo termine a esa hora. Algo que esté pasando ahora mismo.»

Hubo una pausa. El cursor parpadeó en mitad de la pantalla silenciosa de Gamache mientras éste escuchaba a Morin hablar sobre la nueva costumbre de *Bois* de comer y descomer calcetines.

«¿Qué hacemos?», preguntó Beauvoir.

Gamache tenía la vista fija en la pulsación del cursor. ¿Qué debían hacer?

«Nada», apareció de pronto en la pantalla.

«¿Quién es?», escribió Gamache al instante.

«El superintendente jefe Francoeur», respondió éste con la misma celeridad.

Gamache levantó la vista y vio a su superior en la sala de operaciones, sentado frente a un ordenador, mirándolo fijamente desde el otro lado del cristal.

«Usted, inspector jefe, seguirá hablando con su agente. Ésa es su única tarea. El inspector Beauvoir y la agente Lacoste continuarán acatando mis órdenes. Esta investigación sólo puede tener un líder y lo sabe. Traeremos al agente sano y salvo, pero debe concentrarse y respetar la cadena de mando. No se dispersen. Eso sólo ayuda a los criminales.»

«Estoy de acuerdo —tecleó Gamache—. Pero debemos tener en cuenta otras posibilidades, señor. Incluyendo que esto forme parte de un plan bien organizado.»

«¿Un plan? ¿Alertar a todos los policías de América del Norte es un plan? Ha muerto un agente y otro está desaparecido, me parece que como plan no vale una mierda. ¿O es que usted cree que sí?»

Gamache se quedó mirando la pantalla y al final escribió una frase:

«Ese granjero no es quien dice ser. Ya lo habríamos encontrado. Y al agente Morin también. Aquí está pasando algo.»

«Dejarse llevar por el pánico no sirve de nada. Siga las órdenes.»

«No está dejándose llevar por el pánico —escribió Beauvoir—. Lo que dice tiene sentido.»

«Ya basta. Inspector jefe Gamache, concéntrese. Vamos a rescatar al agente Morin.»

Gamache se quedó un rato mirando el cursor. Al final, alzó la vista por encima del monitor y vio que Francoeur no le quitaba ojo. Sin enfado. Más bien parecía hacerlo con cierta compasión, como si se hiciera cargo de los sentimientos de Gamache.

Y tal vez fuera así. Le habría encantado que el superintendente jefe supiera lo que estaba pensando en ese momento.

Estaban haciéndolo mal. Tenían dieciocho horas para encontrar al agente Morin y de momento no habían conseguido ningún progreso. Un granjero cualquiera no era capaz de poner en jaque todos los recursos y las tecnologías de la Sûreté. Y, por tanto, no podía ser un granjero corriente.

Gamache asintió con la cabeza al superintendente jefe, que, a su vez, sonrió agradecido. No era el mejor momento para que los dos líderes se enfrentasen y, aunque Francoeur era el oficial de mayor rango, Gamache era el más respetado.

Si se abría una grieta entre ellos, sería un desastre.

No hacer caso de algo que a Gamache le parecía tan obvio, también. Estaban apartándolos de la verdad y con cada minuto que pasaba se alejaban más de ella. Del agente Morin. De cualquiera que fuese el verdadero plan que estaban llevando a cabo.

Le devolvió la sonrisa a su superior y reflexionó. ¿Debería hacerlo? Si daba ese paso no habría vuelta atrás. Podía suponer la ruina de muchas vidas y carreras en el cuerpo. Miró por la ventana.

—Usted tiene perro, ¿verdad?

—Sí. *Henri*. También lo adoptamos, como vosotros a *Bois*.

—Es curioso cómo se convierten en parte de tu vida. Creo que los rescatados tienen algo especial.

—Sí —afirmó Gamache con decisión.

Se echó hacia delante, escribió una nota a mano e intentó llamar la atención de Beauvoir, que se levantó, llenó una jarra con agua fresca y entró sin prisa en la oficina del inspector jefe bajo la atenta mirada del superintendente jefe Francoeur.

Jean-Guy Beauvoir recogió la nota y se la escondió en la mano.

A Gamache se le estaban entumeciendo los pies. Llevaba un rato mirando la fachada de la Sociedad Literaria e Histórica y, a su lado, *Henri* iba levantando las patas por turnos. La nieve y el hielo estaban tan fríos que, por paradójico que pareciese, quemaban.

¿Qué hacía investigando aún el caso Renaud? ¿Era ésa su manera de despistar? ¿Intentaba acaso no pensar en cosas que de otro modo tendría que ver, oír, sentir? Se preguntó si toda su carrera en el cuerpo era eso. Ir reemplazando un fantasma con otro más reciente. Correr un paso por delante de su memoria.

Tiró de la pesada puerta de madera y entró en la Sociedad Literaria e Histórica, donde los anglos guardaban, archivaban y numeraban todos sus fantasmas.

En la biblioteca, justo en ese momento, el señor Blake se servía una taza de té y cogía una galleta

del plato de porcelana azul y blanca que había sobre la larga mesa de madera. Miró a Gamache y le señaló la tetera. Él asintió y cuando se hubo quitado el abrigo y terminó de secarle y frotarle las patas a *Henri* para que entrase en calor, ya tenía una taza y una galleta esperándolo en la mesa.

El señor Blake había vuelto a su lectura y Gamache pensó que por qué no seguir su ejemplo. Durante la hora siguiente, recopiló libros, bebió té, mordisqueó el dulce, leyó y anotó varias cosas.

—¿Qué lee? —El señor Blake bajó su libro, un tomo fino sobre las hierbas de las Hébridas Occidentales—. ¿Tiene algo que ver con el caso Renaud?

Armand Gamache marcó la página con un pedazo de papel y miró al anciano sentado al otro lado de la sala. Iba perfectamente ataviado, con pantalón de franela gris, camisa, corbata, jersey y chaqueta.

—No, he pensado que sería mejor dejarlo de lado un par de horas. Esto —dijo con el libro en alto— es una curiosidad personal. Trata sobre Bougainville.

El señor Blake se echó hacia delante.

—¿Como las *bougainvillea*? ¿Las plantas?

—Correcto.

Ambos imaginaron la exuberante y colorida enredadera, tan común en los trópicos.

—¿A usted también le interesa la botánica? —preguntó el señor Blake.

—No, me interesan las Llanuras de Abraham.

—Allí no se ven muchas buganvillas.

Gamache se rió.

—Cierto. Pero Bougainville estuvo allí.

—¿Cómo dice?

—Que estuvo allí —repitió Gamache—. En la batalla de las Llanuras de Abraham.

—¿Hablamos del mismo hombre? —preguntó el señor Blake—. ¿El oficial de derrota? ¿El hombre que trajo las buganvillas de uno de sus viajes?

—El mismo. La mayoría no sabe que era uno de los *aide-de-camp* del general Montcalm.

—A ver, un momento —dijo el señor Blake—. ¿Me está diciendo que uno de los más importantes oficiales de derrota y cartógrafos de su época luchó en las Llanuras de Abraham?

—Bueno, si luchó o no es discutible. Eso es lo que intento averiguar.

«Más fantasmas —pensó Gamache—. Mi vida está llena de fantasmas.»

El señor Blake lo miraba estupefacto y no sin motivo. Se trataba de un hecho histórico poco conocido que, además, por curioso que pareciera, había sido poco estudiado por los entendidos.

—Y aún hay más. —Gamache se echó hacia delante—. Los franceses, a las órdenes de Montcalm, perdieron la batalla de las Llanuras de Abraham. ¿Sabe por qué?

—Porque los ingleses del general Wolfe escalaron el despeñadero. Hoy en día se considera una táctica brillante. —El anciano bajó la voz para que los fantasmas y la estatua de madera de las alturas no lo pudieran oír—. Entre nosotros, creo que Wolfe había tomado algún medicamento que no le sentó bien y no sabía qué diantres se hacía.

Gamache, sorprendido, rompió a reír. Era cierto que el general Wolfe, el héroe anglo de la batalla, había estado enfermo los días anteriores.

—¿No cree que fue una estrategia deslumbrante?

—Me parece que había enloquecido y tuvo suerte.

Gamache reflexionó.

—Puede que sí. Pero hay otro factor a tener en cuenta en la victoria de los ingleses.

—¿Sí? ¿Montcalm también había tomado algo?

—Cometió algunos errores —afirmó Gamache—, pero ése no fue uno de ellos. No, me refiero a otra cosa. Cuando Montcalm comprendió desde dónde venía el ataque, hizo dos cosas: se apresuró hacia las tropas inglesas y envió un mensaje a su *aide-de-camp*, Bougainville, para que acudiese de inmediato. Entonces entabló combate con los ingleses.

—Demasiado pronto, si no recuerdo mal. ¿No dicen que debería haber esperado a los refuerzos?

—Sí, ése fue uno de sus errores. Se apresuró a batalla sin hombres suficientes.

Gamache hizo una pausa para recuperarse. Mientras lo miraba, el señor Blake se preguntaba por qué una batalla perdida hacía tanto tiempo tenía tal efecto sobre su compañero. Pero así era.

—Le costó la vida —dijo Blake.

—Sí. Murió, pero no en el campo de batalla. El general Wolfe falleció en el campo de batalla, pero Montcalm no. Él recibió varios balazos y lo llevaron al convento de las ursulinas, dentro de las murallas. No estaba lejos de aquí, por cierto. Las monjas intentaron salvarle la vida, pero murió a la mañana siguiente y lo enterraron en el sótano con algunos de sus hombres.

El señor Blake se quedó pensando un momento.

—¿Qué pasó con el *aide-de-camp*, Bougainville? ¿Dónde estaba?

—Exacto —respondió Gamache—, ¿dónde estaba? Esperando a los ingleses aguas arriba, porque todos creían que la primera oleada llegaría desde allí. Pero cuando Montcalm, desesperado por conseguir refuerzos, lo mandó llamar, ¿por qué no acudió?

—¿Por qué?

—No lo sé. Nadie lo sabe. Fue hacia allí, pero a paso muy lento y, al llegar, no atacó. La explicación oficial fue que para entonces consideraba que la batalla estaba perdida. No quería perder sus tropas en una causa inútil.

—Muy sensato.

—Yo también lo creo, pero ¿le parece probable? Su general le había dado órdenes de regresar y ante sus ojos estaba produciéndose una auténtica carnicería. ¿De verdad habría parado por el camino? Hay historiadores que dicen que si el coronel Bougainville hubiese entrado en combate, la victoria habría sido casi segura. En las tropas inglesas reinaba la confusión, la mayoría de sus comandantes estaban heridos o muertos.

—¿Cuál es su teoría? ¿Tiene una?

El señor Blake lo miraba con perspicacia.

—Bueno, no creo que mi teoría genere muchas simpatías y tampoco es muy precisa. Pero había alguien más luchando en el bando inglés, alguien a quien no se menciona a menudo en el relato de este episodio y que, en cambio, era el más famoso de todos los presentes. Conocido en el mundo entero.

—¿Quién?

—James Cook.

—¿El capitán Cook?

—El mismo. Después de eso, cartografió gran parte de América del Sur, del Pacífico, Australia y Nueva Zelanda. Era el cartógrafo más famoso del momento y sigue siéndolo hoy en día. Pero antes de hacer todo eso, comandaba una nave de la que desembarcaron las tropas que escalaron el despeñadero y tomaron Quebec para los ingleses de una vez por todas. Quebec ya no volvería a estar en manos de los franceses.

—¿Y su teoría?

—En mi profesión uno aprende pronto a sospechar de las coincidencias. Ocurren, pero no a menudo. Y cuando las ves te surgen preguntas.

—Y aquélla fue una gran coincidencia —convino el señor Blake—: dos cartógrafos de fama mundial luchando en bandos opuestos de una misma batalla, en una colonia lejana.

—Y uno de ellos vaciló, quizá con consecuencias desastrosas.

—Cree que lo hizo a propósito, ¿verdad?

No era una pregunta.

—Creo que cabe la posibilidad de que se conociesen y de que se hubieran comunicado. Es plausible que el capitán Cook, el mayor de los dos, le prometiese algo a Bougainville a cambio de un favor.

—Una vacilación, un retraso —dijo el señor Blake—. No parece mucho, pero les costó la colonia.

—Y muchas vidas, incluida la del general Montcalm —apuntó Gamache.

—¿A cambio de qué? ¿Qué conseguiría Bougainville?

—Puede que Cook le mostrase el camino de las Indias Occidentales. Puede que hiciese la vista gorda y dejase que Bougainville navegara y cartografiase algunos lugares importantes. No lo sé. Por eso estoy aquí. —Levantó el libro—. Pero me da que no tengo razón y que fue mera coincidencia.

—Al menos sirve para pasar el tiempo —concluyó el señor Blake—. Y a veces eso es de agradecer. «*Avec le temps*», pensó Gamache.

—¿Y usted? —le preguntó al anciano.

El señor Blake le pasó el tomo sobre las hierbas ancestrales de Escocia.

—Tiene gracia que ahora que estoy tan cerca del final de la vida por fin disponga de todo el tiempo del mundo.

Gamache echó un vistazo a tan árida lectura intentando fingir interés. Sin duda alguna, leer algo así haría que una hora pareciese eterna. Si no era malgastar el tiempo, por lo menos sí lo estiraba. Abrió el libro. Se trataba de una primera edición, pero estaba tan dañada por la humedad y era tan desconocida que no debía de valer nada. La habían impreso el año 1845.

Entonces vio algo más: un número medio tapado por la tarjeta de la biblioteca.

—¿Sabe qué es esto?

Se levantó y se lo mostró al señor Blake, pero éste se encogió de hombros.

—Ésos dan igual, los que cuentan son éstos.

Le señaló el número de clasificación decimal Dewey.

—Me gustaría ver los números de debajo de todos modos.

Gamache miró a su alrededor buscando ayuda.

—Si quiere, llamamos a Winnie.

—Buena idea.

El señor Blake cogió el teléfono y en cuestión de minutos llegó la bibliotecaria, menuda y desconfiada. Una vez le explicaron la situación, la mujer se dirigió al inspector jefe.

—Bueno, acompáñeme.

Los tres recorrieron los pasillos, giraron varias veces a la izquierda y la derecha, subieron unas escaleras, bajaron otras, y al final llegaron a la enorme oficina de la parte trasera. Allí estaba Porter Wilson, y también Elizabeth MacWhirter.

—Hola, inspector jefe.

Elizabeth se les acercó y le estrechó la mano a Gamache. Porter hizo lo mismo.

Entonces, como si fuera una cirujana, Winnie se encorvó sobre el libro y con una navaja de precisión levantó la parte superior del tarjetero, que alguien había pegado cien años antes.

Debajo había unos números. Intactos, tan claros como el día que los pusieron en la aburrida primera edición.

6-5923.

—¿Qué significa este número? —preguntó Gamache.

Se hizo el silencio y todos miraron la cifra por turnos. Al final, Winnie respondió.

—Creo que es el antiguo sistema de catalogación, ¿verdad, Elizabeth?

—Creo que sí —dijo Porter, que a todas luces no tenía ni idea.

—¿Qué antiguo sistema? —quiso saber el inspector jefe.

—El del siglo XIX. Ya no lo usamos —contestó Elizabeth—, pero cuando se fundó la Sociedad Literaria e Histórica, marcaban los artículos así.

—Siga.

Elizabeth soltó una risita nerviosa.

—Bueno, como sistema no era gran cosa. La Sociedad Literaria e Histórica se fundó alrededor de 1820...

—En 1824, para ser exactos —apuntó el señor Blake—. Tenemos los estatutos por aquí.

Mientras Elizabeth hablaba, se puso a buscar.

—En aquel momento, se hizo un llamamiento a la comunidad inglesa para que enviaran objetos de interés, cualquier cosa que los ciudadanos considerasen de importancia histórica. —Elizabeth se rió

—. Al parecer, más de uno se lo tomó como una excusa para vaciar el desván, el sótano o el granero.

La gente trajo lagartos disecados, vestidos de fiesta, armarios... Hasta cartas y listas de la compra. Al final, la sociedad concretó la petición y la institución acabó convirtiéndose más que nada en una biblioteca. Aun así, recibían más de lo que podían aceptar.

Gamache se imaginaba montañas de libros antiguos con cubiertas de cuero y de papeles sueltos.

—A medida que llegaban los volúmenes, les ponían el año en que llegaban.

Cogió el tomo de hierbas de Escocia y señaló.

—El año sería el seis, y las otras cifras, el número del libro. Éste fue el cinco mil novecientos

veintitrés.

Gamache no daba crédito.

—*Alors*, el primer número, el seis, representa el año. Pero ¿de qué década? ¿Y era el libro número cinco mil del año o de todos? Lo siento, pero me he hecho un lío.

—Es un sistema ridículo —dijo Winnie con desdén—. Espantoso. Es obvio que no tenían ni idea de lo que hacían.

—Seguramente no estaban preparados para la avalancha —explicó Elizabeth.

—Y esto sólo crea más confusión —protestó Winnie antes de dirigirse al inspector jefe—. Para descifrar el código hace falta esfuerzo e imaginación. Como la fecha de publicación de este libro es de 1845, podemos suponer que lo donaron en 1846. O en el cincuenta y seis o el sesenta y seis, etcétera.

—Pero ¿qué me dice del cinco-nueve-dos-tres? —preguntó Gamache.

—Eso es aún peor —admitió Winnie—. Empezaron con el uno y fueron sumando.

—Entonces ¿éste es el libro número cinco mil novecientos veintitrés?

—Eso sería demasiado cabal, inspector jefe, así que no. Cuando llegaban a diez mil, volvían a

empezar por el uno.

Winnie suspiró. Al parecer le costaba demasiado admitir aquello.

—Lo catalogaban todo. Algunos acababan en las estanterías y, de éstos, algunos fueron recatalogados con el sistema decimal, pero otros no —le informó Elizabeth—. Era un desastre, y sigue siéndolo.

—Aquí está —dijo el señor Blake, que llevaba una carpeta sobada—. Esto es lo que dicen las

instrucciones originales: «Descubrir y rescatar del azote de la implacable mano del tiempo los testigos de la historia más antigua de Canadá que todavía se conserven. Preservar, en la medida de lo posible, los documentos que podrían hallarse ocultos bajo el polvo en lugares aún sin explorar y que podrían ser de gran importancia para nuestra historia y, en particular, la de esta provincia.»

Gamache escuchó la voz del anciano leyendo aquellas palabras tan antiguas y su simplicidad y nobleza lo conmovieron. De pronto, sintió el deseo abrumador de ayudar a aquella gente, de ayudar a salvarlos del azote de la implacable mano del tiempo.

—¿Qué podría significar esto?

Les enseñó las cifras que había encontrado en el diario de Augustin Renaud. 9-8499 y 9-8572.

—¿Y no había un número de catalogación decimal? —preguntó Winnie.

A Gamache le dio la impresión de que si pudiera esnifar referencias del sistema Dewey, la bibliotecaria se colocaría. Pero no le quedaba más remedio que decepcionarla.

—No, sólo éstos. ¿No le dicen nada?

—Podríamos buscarlos en el catálogo.

El inspector jefe se volvió hacia el señor Blake.

—¿Tienen un catálogo?

—Bueno, sí. Para eso sirven los números —respondió el señor Blake con una sonrisa—. Ahí lo tiene.

Resultó que constaba de ocho enormes tomos escritos a mano, agrupados por décadas. Cogieron cada uno un volumen y empezaron a buscar. La primera coincidencia era del año 1839, año en el que Porter encontró un 9-8499 y un 9-8572.

—El primero es un diario de a bordo de un viaje alrededor del cuerno de África, escrito por el coronel Ephram Hoskins, y el nueve-ocho-cinco-siete-dos es un libro de sermones donado por Kathleen Williams.

La cosa no prometía.

Gamache cerró uno de los volúmenes del catálogo y abrió otro. Con el dedo iba recorriendo de arriba abajo la perfecta escritura de las páginas.

—He encontrado otra coincidencia —dijo Elizabeth unos minutos después—. Van desde el nueve-ocho-cuatro seis-seis hasta el nueve-ocho-cinco-nueve-cuatro. Los donó madame Marchand de Montreal en 1899.

—¿No hay datos más específicos? —preguntó Gamache con gran desilusión.

Eran las únicas entradas que podrían corresponder a los libros que interesaban a Augustin Renaud, pero le costaba creer que la circunnavegación de África en la década de 1830 llamase la atención de un experto en Champlain, y lo mismo pensaba de una recopilación de sermones. Un lote de más de cien tomos donados por una señora de Montreal parecía aún menos relevante, pero era la única pista de que disponía.

—¿Los tienen en la biblioteca todavía?

—Vamos a ver —dijo Winnie, y cotejó la información con el «sistema moderno».

Se trataba de un catálogo de fichas. Tras unos minutos, levantó la vista.

—El libro de sermones está en la biblioteca, pero aún no tiene referencia del sistema de clasificación decimal. El del cuerno de África debe de estar por ahí, en alguna caja.

—¿Y el lote de Montreal? —preguntó Gamache.

—Ni idea. Aquí sólo está el número de lote. No dice qué ha sido de los libros en sí.

—¿Me deja ver el de sermones?

Winnie se lo buscó en el fondo y lo anotó a nombre de Gamache, la primera persona en pedirlo en préstamo. El inspector jefe les dio las gracias, se marchó y bajó la cuesta con *Henri*. Por el camino, fueron dejando huellas paralelas en la nieve recién caída.

Una vez en casa, cogió el portátil y se puso a buscar. Émile llegó y preparó una cena sencilla: pollo guisado con hortalizas en una cazuela de barro. Cuando acabaron, Gamache siguió tratando de encontrar al coronel Ephram Hoskins y a Kathleen Williams. El coronel había muerto de malaria y lo habían enterrado en el Congo. Su libro fue considerado una obra importante en la época, pero enseguida cayó en el olvido.

No guardaba ninguna relación con Champlain, con Quebec ni con Renaud.

Kathleen Williams resultó ser una acérrima benefactora de la catedral anglicana de la Santísima Trinidad, en el casco viejo de Quebec. Su marido era un próspero comerciante de té, café y tabaco, y su hijo llegó a ser capitán de una nave. Gamache contemplaba la escasa información como si quisiera que se le revelase algún dato, alguna conexión que él hubiera pasado por alto.

Sin moverse del escritorio, hojeó el libro de sermones, una recopilación de severísimos textos victorianos. Pero no había nada sobre Quebec ni Champlain; tampoco sobre Dios, al menos que Gamache pudiera ver.

Por último, buscó a madame Marchand, de Montreal. Incluso ayudándose de las bases de datos de la Sûreté, tardó un buen rato, pero al final la encontró.

—¿No te acuestas? —preguntó Émile.

Gamache alzó la vista. Era casi medianoche.

—Todavía no, pero pronto.

—No fuerces la vista.

Gamache sonrió, le hizo un gesto de buenas noches y siguió buscando.

Madame Marchand era la esposa de Claude Marchand. Él falleció en 1925, y ella, en 1937.

Entonces, ¿por qué donaron más de cien libros en el año 1899? ¿Formaban parte de su patrimonio? ¿Habría muerto alguno de sus progenitores?

¿Por qué enviar los libros a Quebec? Debió de suponer una molestia considerable. ¿Y por qué a aquella pequeña biblioteca? Era una institución inglesa y, presumiblemente, los Marchand eran franceses.

Gamache tuvo que admitir que le resultaba curioso.

Después de seguir buscando en el registro civil, descubrió que ni los padres de monsieur Marchand ni los de madame Marchand fallecieron alrededor de 1899. Así pues, ¿de dónde habían salido los libros?

Hacía mucho tiempo que el inspector jefe no tenía que sumirse en esa clase de investigación. Lo habitual era que se las encargara a sus agentes o inspectores. Era el tipo de tarea en la que el inspector Beauvoir destacaba. Orden, información.

Ellos le proporcionaban a Gamache los hechos, que a menudo eran apenas datos inconexos y dispersos, y su tarea era encajar las piezas. Descubrir hilos conductores, conexiones, ponerlo todo en orden.

Casi había olvidado la emoción de ir a la caza de información. Sin embargo, a medida que probaba una cosa, después otra y otra más, e iba enredándose en datos y más datos, perdió el entusiasmo.

¿Cómo habían llegado los libros a manos del matrimonio? ¿Por qué se tomaron la molestia de invertir tiempo y dinero en enviarlos a Quebec?

Gamache se recostó en la silla y miró la pantalla, pensativo.

Los había donado ella, no él. Sin embargo, el marido seguía con vida. ¿Qué quería decir eso? Con

la vista clavada en el ordenador, Gamache se frotó la barba, aún desacostumbrado a ella.

¿Qué quería decir?

Que los libros eran de ella y podía donarlos si lo deseaba. No pertenecían a la pareja, sino a la mujer en particular. Según el censo, era ama de llaves y, aunque no decía para quién trabajaba, sí especificaba su dirección.

Un ama de llaves a finales del siglo XIX, pensó Gamache. No podía haber muchas que supieran leer y escribir, por no hablar de que tuvieran un centenar de libros o más.

Se echó hacia delante y empezó a teclear. Fue de una página a otra, buscando información centenaria sobre personas que a buen seguro no habían hecho nada fuera de lo común. No existían motivos para dejar constancia de ellas.

Probó una estrategia y después otra. La dirección no le sirvió de nada. En aquella época no había listín telefónico ni facturas de la electricidad. Por aquel entonces, las personas no dejaban una estela de papeles tras de sí. A menos que... Sí, quizá.

Tecleó algo nuevo. Archivos de compañías de seguros. Y allí lo encontró: el propietario de la casa que madame Marchand, ama de llaves, había registrado como dirección en el impreso del censo.

Chiniquy. Charles Paschal Téléspore Chiniquy.

Fallecido el año 1899.

Gamache se recostó en la silla y sonrió de oreja a oreja.

Lo tenía. Lo había conseguido.

Y aun así, ¿qué quería decir?

QUINCE

—Anoche te acostaste tarde.

Émile Comeau llegó justo cuando Armand colocaba en la mesa la cafetera y un plato de *croissants* con un surtido de mermeladas. Se dio cuenta de que el inspector jefe parecía contento. Caminaba con brío.

—Sí.

—¿Qué hacías?

Émile bebió un trago de café cargado y aromático, y cogió un *croissant*. Al partirlo por la mitad, cayeron migas en la mesa de madera.

—Creo que he averiguado qué quieren decir los números del diario de Renaud.

—¿Ah, sí? Cuenta.

—Tenías razón, no buscaba los restos de Champlain en la Sociedad Literaria e Histórica. Creo que buscaba unos libros. Los números son referencias antiguas de catálogo, de unos volúmenes que alguien donó a la sociedad en el año 1899.

Émile dejó el *croissant* y miró a Gamache con un brillo en los ojos. Un investigador jamás perdía esa necesidad de saber las cosas. Lo llevaba en la sangre.

—¿Qué libros?

—No lo sé. —Gamache dio un sorbo al café—. Pero sé que formaban parte de un lote que una tal madame Marchand envió a la Sociedad Literaria e Histórica. Era el ama de llaves de una familia de nombre Chiniquy. Charles Paschal Télesphore Chiniquy. Falleció en 1899. Es probable que los libros le perteneciesen.

—Chiniquy —repitió Émile sin prisa—. Qué nombre tan inusual.

Gamache asintió.

—Mucho. Lo he buscado y hoy en día en la ciudad no hay ninguno. Después del desayuno pienso acceder al censo para ver si en el pasado hubo algún Chiniquy en la ciudad.

—Los hubo.

Émile parecía distraído. No podía decirse que estuviera preocupado, pero sí algo perplejo.

—¿En serio? —preguntó Gamache, y esperó a que Émile concluyera su reflexión.

—No tiene sentido —dijo el mentor al final—. ¿Quieres decir que Renaud estaba buscando unos libros que pertenecieron a un tal Chiniquy?

—Creo que sí. Al menos tenía los números de catalogación escritos en el diario.

Émile se rascó el cuello y, mientras buscaba una respuesta que se hacía de rogar, se quedó con la mirada perdida.

—No tiene sentido —musitó.

—¿Te suena el nombre? —preguntó Gamache.

—Lo conozco, pero me parece muy raro.

—¿En qué sentido?

—Bueno, me choca que Augustin Renaud se interesase por alguna pertenencia de Chiniquy.

De nuevo se hizo el silencio mientras Émile cavilaba.

—¿Quién era Chiniquy? —insistió Gamache—. ¿De qué lo conoces? ¿También era miembro de la Sociedad Champlain?

—No, que yo sepa no. Vamos, casi seguro que no. No se me ocurre ninguna conexión con Champlain.

—Entonces, ¿quién era?

—Un cura —respondió Émile—. Un instante insignificante de la historia de Quebec, aunque en su momento causó bastante revuelo. Era todo un personaje. Famoso por sus campañas a favor de la abstinencia, en la década de 1860 o 1870. Odiaba el alcohol; según él, provocaba toda clase de males sociales y espirituales. Que yo recuerde, sólo le interesaba una cosa: conseguir que los pobres trabajadores quebequeses dejaran de beber. Durante una temporada fue muy famoso, pero también se alejó de la Iglesia católica. No recuerdo los detalles, pero sé que abjuró y abrazó el protestantismo con fervor. Acostumbraba a frecuentar los bares y los burdeles de Petit-Champlain, en la parte baja de la ciudad, para convencer a los borrachos de que lo dejaran. Durante una época tuvo un sanatorio a las afueras de la ciudad.

—Renaud estaba obsesionado con Champlain, y Chiniquy, con la sobriedad —comentó Gamache casi para sí mismo.

Negó con la cabeza. Igual que su mentor, no veía conexión entre el padre de Quebec, fallecido en 1635, un abstemio del siglo XIX y el cadáver que habían encontrado tres días antes en la sociedad.

Con la salvedad, quizá, de los libros. ¿Qué eran esos tomos?

—¿Para qué querría un estudioso de Champlain los libros que coleccionaba un cura caído en desgracia? —preguntó Gamache, pero no obtuvo respuesta—. ¿Chiniquy no se interesaba en absoluto por Champlain?

Émile dijo que no y se encogió de hombros, desconcertado.

—La verdad es que no sé tanto sobre él. Y lo que acabo de contarte podría ser erróneo. ¿Quieres que investigue un poco?

Gamache se levantó.

—Sí, por favor. Pero primero voy a ir a casa de Renaud. Por si los libros están allí. ¿Te apetece acompañarme?

—*Absolument.*

Mientras se ponían las gruesas parkas de invierno, Émile se dio cuenta de lo natural que le resultaba seguir a aquel hombre. El inspector jefe Émile Comeau había visto a Gamache llegar al Departamento de Homicidios siendo un joven agente. Había visto cómo su oscura cabellera ondulada raleaba y se tornaba gris, cómo se le ensanchaba el cuerpo; había asistido a su matrimonio, al nacimiento de sus hijos, a su escalada en la cadena de mando. Él mismo lo había ascendido a inspector y había visto cómo el joven se hacía con las riendas con la mayor naturalidad. Otros agentes de mayor edad y experiencia le cedían su lugar y acudían a él reclamándole su opinión, su liderazgo.

Sin embargo, Émile sabía una cosa: Gamache no siempre tenía razón. Nadie la tenía.

Mientras subían la cuesta, con el aliento suspendido en el aire gélido y con *Henri* caminando junto a ellos, Émile miró a Armand. ¿Estaba mejor? Le parecía que sí, pero también sabía que las heridas internas eran las que más dolían. Lo peor nunca quedaba a la vista.

Unos minutos después, volvían a estar rodeados de papeles, envueltos por el ambiente cargado del apartamento de Renaud, sorteando las pilas de revistas, montones de cartas y muebles cubiertos de libros y publicaciones periódicas.

Se pusieron a trabajar sin perder un instante. Se quitaron los abrigos y cada uno escogió una

habitación de la casa.

Dos horas más tarde, Émile entró en el comedor, donde estaba casi seguro de que jamás se había celebrado una cena con invitados. Una serie de estanterías cubrían las paredes con dos y hasta tres hileras de libros. Gamache ya había mirado la mitad e iba sacando los libros de uno en uno para examinarlos y volver a colocarlos.

Estaba agotado. Aquella actividad, que tan sólo dos meses antes no le habría costado ningún esfuerzo, ahora le resultaba excesiva. Y se daba cuenta de que Émile también estaba a punto de desfallecer. Apoyado en el respaldo de una silla, el anciano procuraba no parecer tan hecho polvo como estaba.

—¿Hacemos una pausa? —preguntó Gamache.

Émile lo miró con gratitud.

—Si insistes... Podría seguir todo el día, pero no me importa parar si tú quieres.

Gamache sonrió.

—*Merci*.

Lo sorprendía sentirse tan débil. Se había engañado a sí mismo creyendo que había recobrado fuerzas. Lo cierto era que había mejorado, tenía más energía y cada vez estaba más fuerte. Parecía que hasta el temblor había empezado a desaparecer.

Sin embargo, en cuanto se excedía, se agotaba más rápido de lo que pensaba.

Buscaron una mesa junto al escaparate de Le Petit Coin Latin y pidieron al camarero unos bocadillos y un par de cervezas.

—¿Qué has encontrado? —preguntó Gamache.

Dio un mordisco a una *baguette* rellena de un delicioso paté con rúcula y salsa de arándanos. Delante tenía una cerveza artesana con una espuma perfecta.

—Sólo lo que ya me imaginaba. He visto un par de libros muy buscados sobre Champlain que nos encantaría tener en la sociedad, pero como estabas tú, he pensado que mejor no robarlos.

—Muy sabio por tu parte.

Émile inclinó la cabeza y sonrió.

—¿Y tú?

—Lo mismo. No he visto nada que no estuviera relacionado con Champlain o con principios del siglo XVII. Ni una palabra sobre Chiniquy, la abstinencia o el siglo XIX. De todos modos, creo que hay que seguir buscando. Me gustaría saber de dónde sacó todos esos libros.

—De librerías de segunda mano, seguramente.

—Es verdad.

Gamache se sacó el diario de Renaud de la cartera y lo hojeó.

—A menudo recorría las librerías de segunda mano de la ciudad y en verano iba a los mercadillos.

—¿Dónde más hay libros viejos? ¿Te pasa algo? —preguntó Émile.

Armand lo miraba con los ojos achinados y la cabeza ladeada.

—¿De dónde sacan los libros las librerías de segunda mano?

—De la gente que se muda o hace limpieza. De subastas de patrimonio. Los compran por lotes. ¿Por qué lo preguntas?

—Creo que cuando acabemos en el apartamento, tenemos que visitar alguna tienda.

—¿Qué estás pensando? —preguntó Émile antes de dar un largo trago a la cerveza.

—Estoy acordándome de una cosa que me dijo Elizabeth MacWhirter.

Sin embargo, ahora le tocaba a él mirar a su compañero. Émile Comeau tenía la vista clavada en el diario. Gamache tendió la mano y lo giró hacia él. El dedo esbelto del anciano descansaba en la

página, debajo de la letra clara de Augustin Renaud. Debajo de las palabras subrayadas y marcadas con un círculo, de la cita que tenía con un tal Patrick, y O'Mara y J. D. y...

—Chin —dijo Gamache—. Pero en la ciudad no hay nadie que se llame así. Se me ocurrió preguntar en el restaurante chino de la rue de Buade para saber si es un...

El inspector jefe se quedó mirando la expresión de júbilo de su mentor y cerró los ojos avergonzado.

—Ay, no.

Los abrió y miró de nuevo la página.

—Es eso, ¿no? Chin. Chiniquy.

Émile sonreía y asentía con la cabeza.

—¿Qué más podría ser?

Jean-Guy Beauvoir le cogió el plato enjabonado a Clara y lo secó. Estaban en la enorme cocina americana de ella, fregando. Algo que en su casa él no hacía casi nunca, a pesar de que más de una vez había ayudado a su jefe y a madame Gamache a recoger. Cuando estaba con ellos, no le parecía una tarea tan onerosa y se sorprendió al comprobar que tampoco estaba pareciéndoselo en ese momento. Le resultaba una actividad tranquila, relajante. Como el pueblo.

Después de haber comido juntos, Peter Morrow había vuelto a su estudio para seguir trabajando en su cuadro más reciente, mientras Clara y Jean-Guy se ocupaban de recoger los restos de la sopa y los sándwiches.

—¿Has podido leer el dossier que te di?

—Sí —respondió Clara y le pasó otro plato mojado—. La verdad es que las pruebas contra Olivier son muy convincentes. Pero supongamos que no mató al Ermitaño; en ese caso, alguien debía de saber que éste estaba escondido en el bosque, ¿no? ¿Cómo lo encontraron? Sabemos que fue el Ermitaño quien fue a hablar con Olivier porque quería venderle cosas y tener compañía.

—Y también necesitaba que alguien le hiciese los recados y le consiguiera todo lo que le hacía falta —añadió Beauvoir—. El Ermitaño usaba a Olivier y viceversa.

—Una buena relación.

—¿Crees que es bueno que las personas se aprovechen unas de otras?

—Depende de cómo lo mires. Fíjate en nosotros. Peter lleva manteniéndome desde que nos casamos, pero yo le doy apoyo emocional. ¿Crees que eso es aprovecharse? Supongo que sí, pero funciona. Así somos felices.

Beauvoir se preguntó si eso sería cierto. Sospechaba que Clara sería feliz en cualquier parte, pero su marido era diferente.

—A mí no me parece una relación de igual a igual —argumentó Beauvoir—. Cada dos semanas Olivier le llevaba comida y a cambio recibía antigüedades de valor incalculable. A uno de los dos se la estaban metiendo doblada.

Cogieron los cafés y se los llevaron al luminoso salón, donde la luz invernal entraba sin filtrar por las ventanas, y se sentaron en cómodas butacas frente a la chimenea.

Mientras miraba el fuego y escuchaba su rumor, Clara arrugó la frente.

—Me parece que la cuestión más importante, la única en realidad, es quién más sabía que el Ermitaño vivía allí. Llevaba años escondido en el bosque y, de repente, alguien va y lo mata.

—Nuestra teoría era que lo hizo Olivier porque el camino de herradura iba acercándose a la cabaña. Tarde o temprano alguien descubriría al Ermitaño y su tesoro.

Clara dijo que sí con la cabeza.

—Olivier no quería que nadie más encontrase el tesoro y se lo llevase, así que se cargó al Ermitaño. Fue un arrebato, no lo había planeado. Cogió la menorá y le atizó.

Ella lo había oído todo en el juicio y la noche anterior había vuelto a leerlo.

Intentó imaginar a su amigo haciendo eso y, a pesar de que no conseguía representárselo, la verdad era que lo creía capaz de ello. No pensaba que Olivier pudiera planear un asesinato, pero sí lo veía matando a alguien en un ataque de rabia y codicia.

Luego Olivier había cogido la menorá. La había recogido del suelo, donde estaba junto al cadáver, llena de sangre. Dijo que era porque tenía sus huellas dactilares y le entró miedo. Pero no negaba que la menorá tenía un valor incalculable. La avaricia y el pánico se aliaron para obligarlo a cometer una necedad monumental. Fue un acto impulsado por la codicia, no por la culpa.

El juez no le creyó y el jurado tampoco. Sin embargo, Beauvoir debía como mínimo considerar la posibilidad de que Olivier hubiese obrado con estupidez, pero estuviera diciendo la verdad.

—¿Qué sería lo que cambió? —se preguntó Beauvoir, pensativo—. Alguien más debió de encontrar al Ermitaño...

—Alguien que quizá llevase años buscándolo. Tal vez alguien a quien hubiera robado.

—Pero ¿cómo lo encontró?

—O bien siguió a Olivier o bien el camino nuevo... —respondió Clara.

—Eso nos lleva a uno de los Parra. A Roar o Havoc.

—A lo mejor fue el Viejo Mundin. Al fin y al cabo, es carpintero y hace tallas de madera. Puede que siguiese a Olivier una noche después de recoger los muebles para restaurar y que también tallase la palabra en el trozo de madera, «Woo».

—Ya, pero el Viejo Mundin se gana la vida con la madera; he visto lo que hace. Esa palabra la talló un aficionado, parece que la hayan hecho a hachazos.

Clara reflexionó unos instantes.

—Tal vez fuese alguien nuevo en la comunidad, a lo mejor ése es el cambio que buscas. Un asesino recién llegado a Three Pines.

—Los Gilbert —señaló Beauvoir—. Son los únicos nuevos.

Marc y Dominique Gilbert, Carole, la madre de Marc, y Vincent, el padre al que hacía tantos años que no veía. San Gilipollas, el famoso doctor que, por curioso que pareciese, ahora vivía en la cabaña del Ermitaño. Beauvoir ya no deseaba que el asesino fuese el doctor Vincent Gilbert, sino que en el fondo le preocupaba que pudiera tratarse de él.

—Creo que tenemos que hablar de nuevo con los sospechosos —propuso—. Creo que esta tarde me acercaré a casa de los Mundin como si quisiera comprarles unos muebles.

—Muy bien. Yo intentaré hablar con algunos de los demás. —De pronto, Clara vaciló un momento—. Hay otro modo de que el asesino encontrase al Ermitaño.

—Dime.

—Puede que reconociese los tesoros cuando Olivier los vendió. Aquí pone —dijo dando golpecitos en la carpeta con el dedo— que Olivier vendió muchas cosas en eBay. Eso significa que podría haberlo visto gente de todo el mundo, hasta de Europa del Este. Imagínate que alguien reconoció uno de los objetos y buscó a Olivier.

—Y que lo siguió hasta el Ermitaño —continuó Beauvoir—. Vale la pena echar un vistazo a eso.

Empezaba a darse cuenta de por qué el inspector jefe se introducía en las comunidades que investigaban. Era algo que siempre había desconcertado a Beauvoir y que no le parecía bien, pues difuminaba la frontera entre investigador e investigado.

Sin embargo, tal vez no fuese algo tan malo.

Al salir de la pequeña casa, el reflejo del sol en la nieve lo deslumbró. Beauvoir se puso las gafas de sol.

Ray-Ban. De la vieja escuela. Le gustaban, y los días que hacía frío le daban un aire despreocupado.

Se subió al coche y esperó a que se calentase; enseguida notó la calefacción del asiento. Durante los gélidos días de invierno eso le gustaba casi tanto como el sexo. Entonces metió la marcha y subió la cuesta para salir del pueblo.

Cinco minutos después llegó a la vieja granja. La última vez que el equipo de la Sûreté acudió a aquel lugar fue a finales del verano anterior y todo estaba en flor. Las plantas parecían a punto de granar, las hojas empezaban a cambiar de color y las avispas se daban auténticos festines de fruta demasiado madura.

En cambio, ahora estaba todo muerto o en letargo, y la granja, que en verano se sumía en un frenesí de actividad, parecía desierta.

Aun así, según iba acercándose poco a poco a la casa, se abrió la puerta y apareció La Esposa, con el pequeño Charlie Muddin de la mano.

Cuando salió del coche, ella lo saludó y Beauvoir vio que el Viejo Muddin se acercaba a la puerta mientras se limpiaba las manos, enormes y expresivas, con un trapo.

—Bienvenido.

La Esposa sonrió y le dio un beso en cada mejilla. Estando de servicio no solían recibirlo así, pero Beauvoir se recordó a sí mismo que no lo estaba.

Igual que el Viejo Muddin, La Esposa era joven y, también como él, despampanante. No era una belleza como las de *Vogue*, sino una hermosura que respondía a su buena salud y mejor humor. Llevaba la oscura cabellera muy corta y tenía unos grandes ojos de color castaño oscuro y mirada cálida. Siempre con la sonrisa en los labios, como el Viejo y como Charlie.

—Entre, no vaya a quedarse helado —dijo el Viejo antes de cerrar la puerta detrás de él—. ¿Le apetece un chocolate caliente? Charlie y yo acabamos de llegar de jugar con el trineo y nos iría de maravilla.

Charlie, con la carita redonda enrojecida de estar fuera y los ojos brillantes, miró a Jean-Guy como si se conocieran de toda la vida.

—Me encantaría —respondió Beauvoir, y los siguió al interior de la casa.

—Tendrá que disculparnos el desorden —dijo La Esposa de camino a la cálida cocina—. Todavía estamos de obras.

Lo cierto era que saltaba a la vista: algunas de las habitaciones ni siquiera tenían los tabiques hechos, mientras que otras estaban enyesados, pero sin pintar. La cocina parecía sacada de la década de los cincuenta, sin que eso fuera un cumplido. No tenía ese agradable aire retro, sino que era directamente hortera.

—Yo lo veo bien —mintió.

Lo que veía y sentía era comodidad. Un hogar.

—Nadie lo diría —comentó el Viejo mientras ayudaba a La Esposa a preparar el chocolate—, pero hemos hecho muchísimo trabajo. El piso de arriba es una maravilla, ya lo verá.

—Viejo, creo que no ha venido desde tan lejos para ver las obras —lo reprendió La Esposa, y se echó a reír.

Se acercó a la mesa de la cocina con las humeantes tazas de chocolate caliente. Dentro de cada una, se derretía una gran nube de azúcar.

—La otra noche le vimos en el *bistrot* —comentó el Viejo—. Gabri nos dijo que ha venido de vacaciones. Qué bien, ¿no?

La pareja lo miró con lástima. Era un gesto amable cuyo propósito era mostrarle su apoyo, pero Jean-Guy habría preferido que no lo hicieran, por mucho que supiese que era con la mejor intención.

Por suerte, esa empatía también le proporcionó el pie que necesitaba.

—Sí, no había vuelto desde el caso del Ermitaño. Menudo golpe para la comunidad.

—¿La detención de Olivier? —preguntó La Esposa—. Todavía no nos lo creemos.

Beauvoir se dirigió al Viejo.

—Si no recuerdo mal, usted lo conocía bien. ¿No le dio su primer trabajo?

—Así es. Le reparaba y restauraba los muebles.

—*¡Choco iete!*

—Eso es —dijo La Esposa—. Chocolate caliente. Hace seis meses no hablaba, pero ahora el doctor Gilbert viene a cenar una vez a la semana y trabaja con él.

—¿Ah, sí? ¿Vincent Gilbert?

—Sí. ¿No sabía que trabajaba con niños con síndrome de Down?

—*Oui.*

—*Bos* —le dijo Charlie a Beauvoir, que sonrió y trató de no hacer caso del niño—. *Boo* —repitió Charlie.

—*¡Boo!* —exclamó Beauvoir echando la cabeza hacia delante. Pretendía ser un gesto más travieso que aterrador.

—Quiere decir «madera». *Bois* —explicó el Viejo—. Sí, Charlie, viejo amigo, enseguida nos vamos. Por las tardes tallamos madera juntos.

—Havoc Parra solía hacerle juguetes de madera, ¿verdad? —recordó Beauvoir.

—Sí —respondió el Viejo—. La verdad es que se le da de maravilla cortar árboles, pero tallar no tanto. Aunque le gusta hacerlo. Viene de vez en cuando y me ayuda con los muebles. Y le pago algo.

—¿Qué hace? ¿Restauración?

—No, me temo que eso es demasiado especializado para él. Me echa una mano cuando tengo que fabricar algún mueble. Más que nada, me ayuda a teñir.

Hablaron sobre los acontecimientos del pueblo, las obras que tenían en marcha y sobre las antigüedades que tenía que restaurar. Beauvoir fingió interesarse por los muebles del Viejo Mundin y estuvo a punto de comprar una estantería pensando que podría hacerla pasar por una de su propia creación. Sin embargo, sabía que ni siquiera Enid se lo creería.

—¿Se queda a cenar? —preguntó La Esposa cuando el inspector dijo que debía marcharse.

—*Merci*, pero no. Sólo quería saludar y ver los muebles.

Toda la familia esperó junto a la puerta diciéndole adiós con la mano. Había estado a punto de aceptar la invitación de cenar con ellos. Mientras se alejaba de la casa, pensó en el comentario inocente que el Viejo había hecho sobre Havoc y su destreza para tallar, que podía compararse con la de Charlie.

Al llegar a Three Pines fue al *bistrot* y pidió un capuchino y una porción de *tarte au sucre*. Myrna se sentó con él a tomar su *éclair* y su *café au lait*. Estuvieron unos minutos charlando y después Beauvoir se puso a tomar notas y Myrna a leer la revista *Travel Magazine*, del londinense *Sunday Times*. De vez en cuando, soltaba algún que otro gemido, a causa del dulce o de las descripciones de las escapadas a balnearios.

—¿Cree que vale la pena un vuelo de doce horas para ir aquí?

Le dio la vuelta a la revista y le enseñó unas playas de finísima arena blanca, cabañas con tejado de brezo, jóvenes núbiles sin camisa y con bebidas con trozos de fruta.

—¿Dónde es?

—Mauricio.

—¿Cuánto?

Myrna lo miró.

—Cinco mil doscientos.

—¿Dólares?

Beauvoir casi se atraganta.

—Libras. Vuelo incluido. Hoy tengo un presupuesto de cinco mil libras, así que se me sale un poco.

—El negocio de los libros debe de ir muy bien.

Myrna se rió.

—Podría vender hasta el último libro y seguiría sin poder pagar esas vacaciones.

Tapó la brillante foto con una mano. Al otro lado de los cristales escarchados, los niños llegaban de la escuela y los padres esperaban que bajasen de la carretera helada donde los había dejado el autobús. Tenían el rostro enrojecido e iban abrigados hasta las cejas, sólo se los distinguía por el color de los abultados monos de esquí. Parecían una cascada de gigantescas y coloridas bolas de nieve.

—Es dinero de fantasía para un viaje de ficción. Es barato y divertido.

—¿Quién ha dicho «barato y divertido»?

Gabri se les acercó y Beauvoir cerró la libreta.

—¿Adónde vamos esta semana?

—Él también es de ficción, ¿sabe? —dijo Myrna señalando a Gabri con la cabeza.

—A veces soy de mentirijilla —admitió Gabri.

—Estoy pensando en ir a Mauricio.

Le dio la revista a Gabri y le ofreció otra a Beauvoir. El inspector dudó antes de cogerla, pero entonces vio los carámbanos de las casas, la nieve que se acumulaba en los tejados, la gente luchando contra el viento por llegar al calor de casa lo antes posible.

Y se la aceptó.

—Pornografía vacacional —susurró Gabri—, con trajes de goma y todo.

Les enseñó una imagen de un hombre musculoso embutido en un estrecho traje de neopreno.

Beauvoir se asignó un presupuesto ficticio de cinco mil dólares y se perdió en Bali, en Bora-Bora, en Santa Lucía.

—¿Ha ido alguna vez de crucero? —le preguntó a Myrna.

—Sí, a principios de semana estuve en uno. Subí de categoría para que me diesen la suite Princess. Creo que la próxima vez reservaré las mejores desde el principio.

—Estoy pensando en la suite del propietario.

—¿Puede permitírsela?

—Bueno, la verdad es que a lo mejor me arruino de mentira, pero creo que merece la pena.

—¡Dios mío, qué ganas de ir de crucero! —exclamó Gabri, y apartó la revista.

—¿Estás cansado? —le preguntó Myrna.

Como mínimo, lo parecía.

—*Très fatigué.*

—No miente.

Ruth se dejó caer en la cuarta silla y, de paso, le dio a todo el mundo con el bastón.

—Es un *fato gay*.

Los otros dos no hicieron caso del comentario, pero Beauvoir no pudo aguantarse una risilla. No

tardaron en dejarlos solos, Myrna volvió a la tranquila librería y Gabri fue a atender a unos clientes.

—Dime, ¿qué haces aquí en realidad? —preguntó Ruth echándose hacia delante.

—Busco su alegre compañía, vieja bruja.

—Aparte de eso, subnormal. Este sitio no te ha gustado nunca. A Gamache sí, se le notaba. Pero ¿tú? Tú nos desprecias.

Jean-Guy Beauvoir pasaba todas las horas de todos los días buscando no sólo hechos, sino la verdad. No obstante, no se había dado cuenta de lo espantoso que era estar con alguien que no decía más que verdades todo el tiempo. Al menos, su propia verdad.

—Se equivoca.

—Y una mierda. Odias el campo, odias la naturaleza, crees que somos unos pueblerinos imbéciles. Reprimidos, pasivos-agresivos e ingleses.

—Está claro que usted es inglesa. —Se rió.

Ella no.

—No me jodas con tus tonterías. No me queda tanto tiempo como para malgastarlo contigo.

—Si piensa eso, láruese.

Se miraron fijamente. La otra noche, Beauvoir se había abierto a ella y le había contado cosas que muy pocos sabían. Pese a su temor de que se crease un ambiente incómodo entre ambos, al día siguiente la mujer lo había mirado como a un extraño.

—Sé a qué ha venido —dijo él al final—. Quiere escuchar el resto de la historia. Quiere oír los detalles más truculentos. Porque vive de eso, ¿verdad? Del miedo y el dolor. Ni yo ni el inspector jefe ni Morin le importamos una mierda. Lo único que quiere es saber cómo acaba la historia. Arpía asquerosa...

—¿Y qué quieres tú?

«¿Que qué quiero yo? —pensó él—. Contarla.»

DIECISÉIS

Jean-Guy miró a su alrededor. El *bistrot* estaba bastante tranquilo. Posó las manos en los brazos de la butaca y se echó hacia delante. El fuego calentaba el sillón. Los grandes leños de la chimenea chisporroteaban y soltaban ascuas que rebotaban en el salvachispas y resplandecían sobre la piedra hasta que, poco a poco, se apagaban.

El olor de la leña de arce era dulce; el del café, fuerte e intenso. Los aromas de la cocina le resultaban familiares.

No le recordaban su casa, sino aquel lugar.

Se inclinó hacia delante y miró los fríos ojos azules que tenía frente a él. Ojos invernales en un rostro glacial. Desafiante, duro, impenetrable.

Perfecto.

Hizo una pausa y en un instante volvía a estar allí. Ese «allí» nunca andaba lejos.

—Creo que mi estación favorita es el otoño —decía Gamache.

—A mí siempre me ha gustado mucho el invierno —dijo la voz joven por los monitores—. Supongo que porque puedo llevar jerséis gruesos y abrigos y no se ve lo flaco que estoy.

Morin se rió. Gamache también.

Y eso fue todo lo que oyó el inspector Beauvoir. Estaba saliendo a la escalera, al otro lado de la sala de operaciones. Una vez allí, se detuvo, abrió la mano y leyó la nota que Gamache había garabateado.

«Busca a la agente Yvette Nichol. Dale esto.»

Había otra nota doblada que tenía escrito el nombre de la agente. Beauvoir la abrió y gruñó. ¿Era posible que el inspector jefe se hubiera vuelto loco? Porque Yvette Nichol sí lo estaba, de eso estaba casi seguro. Nadie quería a aquella agente en su departamento, y aun así no podían despedirla porque no era lo suficientemente insubordinada ni incompetente. Sin embargo, se la jugaba de continuo. Y al final, el inspector jefe la había destinado al departamento de telecomunicaciones, rodeada de cosas en lugar de gente. Sin interacción alguna. Sin nada importante que fastidiar ni personas a las que enfurecer. Lo único que podía hacer allí era escuchar, hacer seguimientos, grabar conversaciones.

Cualquier persona normal habría dejado el trabajo, cualquier agente que se preciase habría renunciado al puesto. Era como los antiguos juicios de brujería: si se hundía, era inocente; si sobrevivía, era bruja.

La agente Nichol había sobrevivido.

A pesar de todo, Beauvoir no dudó. Bajó los peldaños de dos en dos, corriendo, hasta que por fin llegó al subsótano. Abrió la puerta de un tirón y miró dentro. La sala estaba a oscuras y tardó un momento en distinguir la silueta de una persona sentada frente a unas lucecitas verdes. Se oyó a alguien decir algo y en unas pantallas ovaladas se vieron líneas convulsas y enloquecidas.

Entonces una cara se volvió hacia él. Un rostro verde, ojos de resplandor verdoso. La agente Yvette Nichol. Hacía años que no la veía y al mirarla sintió un cosquilleo bajo la piel. Una advertencia. No pasar. No entrar en la sala. Ni en la vida de aquella persona.

Sin embargo, Gamache le había mandado hacerlo, y obedeció. Se sorprendió al oír la voz del

inspector jefe por uno de los monitores. Hablaba sobre juguetes para perros.

—¿Alguna vez ha usado un lanzapelotas, señor? —le preguntó el agente Morin.

—No lo había oído nunca; ¿qué es eso?

—Es un palo con una especie de copa en un extremo. Sirve para lanzar pelotas de tenis. ¿Le gustan a Henri?

—Por encima de todas las cosas —afirmó Gamache entre risas.

—Conversación de besugos —dijo una voz de mujer.

Una voz verde. Joven, podrida, llena de ira.

—¿Qué quiere?

—¿Has estado siguiendo la conversación? —exigió saber el inspector Beauvoir—. Es un canal seguro. Se supone que nadie tiene acceso a él.

—Sí, pero usted iba a pedirme que empezase a monitorizarla, ¿no? No se haga el sorprendido, inspector. No hace falta ser un genio para llegar a esa conclusión. Aquí no viene nadie a menos que necesite algo. ¿Qué quiere?

—El inspector jefe Gamache quiere que lo ayude.

Casi se le atragantaron las palabras.

—Y lo que quiere el inspector jefe lo consigue, ¿no?

La agente volvió la cara. Beauvoir palpó la pared y encontró el interruptor. Lo accionó y la intensa luz de los fluorescentes inundó la habitación. La mujer, que un momento antes parecía tan amenazadora, tan de otro mundo, de pronto se volvió humana.

Tenía delante una joven mujer, pequeña y algo rechoncha, de piel cetrina y afeada por viejas marcas, con el pelo de color castaño y sin brillo. Tuvo que entrecerrar los ojos para acostumbrarse a la luz.

—Pero ¿qué haces? —preguntó ella.

—Qué hace, señor —replicó él—. Serás una desgracia, pero sigues siendo una agente de la Sûreté. Te dirigirás a mí y al inspector jefe como merece nuestro rango y harás lo que se te diga. Toma esto.

Tendió la mano de golpe y le dio la nota a la agente, que en ese momento parecía muy joven y muy furiosa. Como una niña enfurruñada. Acordándose de su temor inicial, Beauvoir sonrió: le daba pena. Una personita patética. Nada más.

Entonces recordó a qué había bajado.

Por muy lamentable que fuese como persona, el inspector jefe Gamache estaba jugándose la carrera para involucrarla en secreto en la investigación.

¿Por qué?

—Cuénteme lo que sabe —dijo ella mirando a Beauvoir a los ojos después de bajar la nota—, señor.

Era una mirada desconcertante. Mucho más inteligente y despierta de lo que Beauvoir hubiese esperado. Una mirada atenta, aunque en el fondo conservaba un resplandor verde.

Las palabras que usó, la frase, lo incomodaron. «Cuénteme lo que sabe.» Eso era lo primero que decía el inspector jefe al llegar al escenario de un crimen. Gamache escuchaba con cuidado y respeto. Con consideración.

Todo lo contrario que aquella agente testaruda y retorcida.

Debía de estar burlándose del inspector jefe, pero en aquel momento Beauvoir tenía cosas más importantes de que ocuparse que reñirla por eso.

Le contó lo que sabía.

El tiroteo, el secuestro, la historia que les había explicado el granjero sobre la bomba. Que iba a

explotar a las once y dieciocho de la mañana siguiente.

Ambos miraron el reloj por instinto. Las seis y diez de la tarde: quedaban diecisiete horas.

—El superintendente jefe Francoeur está convencido de que el secuestrador es un granjero asustado de algún lugar remoto, donde es probable que tenga una plantación de marihuana. No duda que se asustó y por eso ha hecho lo que ha hecho. Cree que no hay bombas ni ningún otro plan.

—En cambio, el inspector jefe Gamache no está de acuerdo —dijo la agente Nichol leyendo la nota—. Quiere que escuche con mucha atención.

Asimiló las instrucciones del inspector jefe y levantó la vista.

—Supongo que arriba también estarán bien atentos a la conversación, ¿no?

O bien era incapaz de hablar sin resentimiento, o bien no quería hacerlo. Estaba molesta y su voz también resultaba molesta.

Beauvoir asintió con un gesto breve y seco de la cabeza y Nichol plegó la nota y sonrió.

—En ese caso, supongo que el inspector jefe piensa que yo soy mejor.

La agente Nichol miró a Beauvoir esperando que la contradijese, pero él se limitó a mirarla con rabia.

—Debe de ser eso —admitió al final.

—Pues tendrá que hacer algo más que hablar sobre juguetes para perros. Dígale que haga pausas.

—¿Es que no has escuchado nada? Si hay una pausa, la bomba explota.

—¿Hay alguien que se trague lo de la bomba?

—¿Quieres arriesgarte?

—Eh, yo aquí estoy a salvo y calentita, ¿qué más me da?

Beauvoir la fulminó con la mirada y ella continuó:

—Mire, no le pido que vaya a prepararse un café. Con un segundo aquí y otro allá me vale. Así puedo grabar el sonido ambiente. ¿Está claro? ¿Señor?

La agente Yvette Nichol había empezado en Homicidios; el propio Gamache la había escogido. Él había sido su mentor. Sin embargo, la elección había sido un gran fracaso y Beauvoir llegó al extremo de suplicarle al inspector jefe que la despidiera. Pero en lugar de eso, después de darle muchas oportunidades, Gamache la transfirió. Para que hiciese algo que debía aprender.

Lo único que, a todas luces, era incapaz de hacer.

Escuchar.

Ahora ése era su cometido. Su única tarea. Y el inspector jefe Gamache estaba poniendo toda su trayectoria profesional, y quién sabía si también la vida del agente Morin, en manos de aquella incompetente.

—¿Cómo es que aún no han localizado la llamada? —preguntó la agente Nichol.

Giró la silla hacia los monitores y pulsó algunas teclas del ordenador. La voz del inspector se oyó con mayor definición y claridad. Como si estuviera en la sala con ellos.

—No consiguen una ubicación fija —dijo Beauvoir.

Se inclinó sobre la silla de Nichol y el baile de las ondas de las pantallas lo cautivó.

—Cada vez que la localizan, las coordenadas muestran a Morin en un sitio diferente, como si estuviera moviéndose.

—A lo mejor no para quieto.

—Un momento está junto a la frontera de Estados Unidos y de repente aparece en el Ártico. No es él quien se mueve, es la señal.

Nichol hizo una mueca.

—Creo que el inspector jefe tiene razón. No tiene pinta de que esto lo haya montado un granjero

asustado. —Se volvió hacia Beauvoir—. ¿De qué cree él que se trata?

—No lo sabe.

—Tiene que ser algo grande —musitó Nichol, concentrada en la pantalla y en las voces—. Matar a un agente, secuestrar a otro y después llamar al inspector jefe...

—Gamache tiene que poder comunicarse con nosotros sin que el superintendente jefe Francoeur se entere —le advirtió el inspector Beauvoir—. Ahora mismo están vigilándole todas las comunicaciones.

—No pasa nada. Consígame el código de su ordenador y crearé un canal seguro.

Beauvoir la observó y dudó.

—¿Qué? —preguntó ella, y después sonrió.

Era una sonrisa fea, y de nuevo Beauvoir sintió un hormigueo de advertencia.

—No olvide quién ha acudido a quién. ¿Quiere que lo ayude o no? ¿Señor?

—... Zora es un terremoto, por lo visto —se oyó decir a Gamache—. Están saliéndole los dientes. Por cierto, le encanta la manta que Suzanne y tú le regalasteis.

—Me alegro —respondió Morin—. Quería enviarles una batería de juguete, pero Suzanne dijo que mejor esperar un poco.

—¡Fantástico! De paso, ¿por qué no les mandas un poco de cafeína y un cachorro? —dijo Gamache entre risas.

—Me imagino que los echará de menos, señor. A su hijo y a sus nietas.

—Y a mi nuera también —añadió Gamache—. Es cierto, pero ellos están disfrutando mucho en París. No voy a tenérselo en cuenta.

—Maldita sea. Tiene que bajar la marcha —soltó la agente con irritación—. Tiene que dejarme espacios.

—Se lo diré.

—Dese prisa —exigió ella—. Y consígame el código.

Antes de que el inspector Beauvoir saliese por la puerta, Nichol ya le había dado la espalda.

—«Señor...» —murmuró él mientras subía los peldaños de dos en dos—. «Sí, señor.» Tarada de mierda.

Al llegar al octavo piso, se detuvo resollando e intentó coger aire. Abrió la puerta un poco y vio que el superintendente jefe Francoeur estaba cerca. A través de los monitores se oían las voces que llevaban escuchando todo el día.

—¿Han hablado con mis padres? —quiso saber el joven.

—Vamos poniéndolos al corriente con regularidad. He enviado a un agente para que haga compañía a tu familia y a Suzanne.

Hubo una pausa algo más larga.

—¿Estás bien? —preguntó Gamache al instante.

—Sí —contestó la voz, más baja y tensa que antes—. No me preocupo por mí, sé que no pasará nada. Pero mi madre...

Se hizo otro silencio, pero antes de que se alargase demasiado, el inspector jefe habló para tranquilizar al joven agente.

El superintendente jefe Francoeur y el inspector que estaba a su lado se miraron.

Desde el otro lado de la sala, Beauvoir miró el reloj.

Quedaban dieciséis horas y catorce minutos. Morin y el inspector jefe charlaban sobre las cosas de la vida que hubieran preferido que les fuesen de otra forma.

Ninguno de los dos mencionó lo que estaba ocurriendo.

Ruth exhaló.

—Esto que acabas de contarme, esta historia, no salió en las noticias.

Dijo «historia» como si hablase de un cuento, una fantasía para niños.

—No —convino Beauvoir—, sólo la conocen unos cuantos.

—Entonces, ¿por qué estás contándomelo a mí?

—Porque si dice algo, ¿quién va a creerla? Pensarán que está borracha.

—Y no se equivocarían.

Ruth soltó una carcajada y Beauvoir esbozó una ligera sonrisa.

Gabri y Clara los observaban desde el otro extremo del *bistrot*.

—¿Qué te parece? ¿Lo salvamos? —preguntó Clara.

—Demasiado tarde —respondió Gabri—. Ha hecho un pacto con el diablo.

Volvieron a ocuparse de la barra y de sus respectivas bebidas.

—O sea, que la cosa está entre Mauricio y una ruta por las islas griegas en el *Queen Mary*.

Pasaron la siguiente media hora discutiendo sobre vacaciones de fantasía mientras a unos metros de allí, Jean-Guy Beauvoir le contaba a Ruth lo que había sucedido en realidad.

Armand Gamache y *Henri* entraron en la tercera y última tienda de la lista de Augustin Renaud. El hombre, cuando aún estaba vivo, rondaba las librerías de segunda mano de la ciudad de Quebec como un fantasma y compraba cualquier cosa que contuviera la mínima referencia a Samuel de Champlain, por remota que fuese.

Al entrar, sonó la campanilla de la puerta y Gamache se apresuró a cerrarla, antes de que el día entrase a hurtadillas detrás de él. No hacía falta mucho, con una estrecha rendija, el frío tenía suficiente para colarse como un alma en pena.

El interior estaba a oscuras, pues el escaparate y las ventanas estaban tapiados con libros. Junto a los cristales había pilas de tomos polvorientos, no como reclamo sino por almacenarlos en alguna parte.

Alguien que sufriese de claustrofobia no llegaría a dar ni tres pasos dentro de la tienda. Los pasillos, que ya eran estrechos de por sí, estaban atestados de estanterías tan cargadas que amenazaban con volcar, y en el suelo había aún más montones de libros. Detrás de Gamache, *Henri* sorteó los obstáculos con cuidado. El inspector jefe iba rozando los libros con los hombros, así que prefirió quitarse la parka antes de derribar alguna estantería.

Deshacerse del abrigo resultó ser toda una aventura.

—¿Puedo ayudarlo en algo?

La voz provenía de algún lugar de la tienda. Gamache miró a su alrededor, igual que *Henri*, cuyas orejas de satélite se menearon hacia los lados.

—Me gustaría hablar con usted sobre Augustin Renaud —dijo Gamache hacia el techo.

—¿Por qué?

—Porque sí —respondió Gamache.

A aquel juego podían jugar dos. Hubo una pausa y enseguida oyó el ruido de unos pasos en los travesaños de una escalera.

—¿Qué quiere? —preguntó el librero al tiempo que salía de detrás de una estantería a pasos pequeños pero rápidos.

Era bajo y delgado y llevaba un jersey grueso de lana lleno de bolas y manchas. Por el cuello le sobresalía una camiseta casi blanca. Tenía el pelo cano y grasiento, y las manos ennegrecidas de tanto polvo. Se las limpió en las perneras del sucísimo pantalón y miró a Gamache. Entonces descubrió a

Henri, que miraba desde detrás de las piernas de su corpulento amo.

Escondido.

Aunque Gamache nunca se lo diría a la cara, tanto él como *Henri* sabían que no era el perro más valiente del mundo. A decir verdad, tampoco era el más inteligente. En cambio, su lealtad no tenía límites y sabía qué cosas eran importantes: la comida, los paseos, las pelotas. Pero sobre todo, su familia. El corazón le ocupaba todo el pecho y le llegaba desde las gigantescas orejas hasta la punta de la cola. Le llenaba la cabeza y no dejaba sitio para el cerebro. *Henri*, el perro adoptado, era un humanista y, aunque su inteligencia dejaba que desear, era la criatura más lista que Gamache conocía. Todo lo que sabía, lo sabía a conciencia.

—*Bonjour*.

El librero se arrodilló en un acto reflejo y tendió la mano hacia *Henri*. Gamache reconoció el impulso. A él también le pasaba en presencia de un perro, igual que a Reine-Marie. La necesidad de postrarse.

—¿Le importa? —preguntó el hombre.

Preguntar antes era señal de que esa persona tenía experiencia a la hora de tratar con perros. No sólo era cuestión de respeto, sino de prudencia. Nunca se sabe cuándo puede tratarse de uno que no quiere carantoñas.

—Se arriesga a que no quiera marcharse de aquí, monsieur —dijo Gamache con una sonrisa.

El librero acababa de sacar una galleta.

—Por mí, bien.

Le dio la galleta a *Henri* y le rascó detrás de las orejas mientras el perro se relamía, contento.

Entonces Gamache vio los cojines del suelo y el nombre «Maggie» grabado en un bol. Pero no había ningún perro.

—¿Cuánto hace? —preguntó el inspector jefe.

—Tres días —dijo el hombre.

Se levantó y dio media vuelta. Gamache, que también reconocía ese gesto, esperó.

—Veamos —dijo el hombre al final, y se volvió hacia Gamache y *Henri*—. Dice que quiere hablar sobre Augustin Renaud. ¿Es periodista?

Por su aspecto, Gamache podría serlo, pero no para ningún programa de televisión ni de radio. Ni siquiera para un diario. Tal vez podría haber trabajado en una de esas revistas mensuales para intelectuales. O en una desconocida editorial universitaria de publicaciones especializadas en ideas moribundas y las personas fallecidas que las defendían.

Llevaba camisa y corbata debajo de un cárdigan ocre. Los pantalones eran de pana de color gris oscuro. Si el librero se había percatado de la cicatriz de la sien izquierda, no dijo nada al respecto.

—*Non*, no soy periodista. Estoy ayudando a la policía, pero a título personal.

Henri se había apoyado en las piernas del menudo librero y éste le acariciaba las orejas.

—¿Es usted Alain Doucet? —preguntó Gamache.

—¿Es usted Armand Gamache? —repuso Doucet.

Ambos asintieron.

—¿Té? —ofreció monsieur Doucet.

En cuestión de minutos, estaban sentados al fondo de la tienda, en una cueva de libros, palabras, ideas e historias. Monsieur Doucet, después de haber servido sendas tazas de té aromático y de ofrecerle a su invitado una galleta, contaba su historia.

—Augustin venía por lo menos dos veces al mes, en ocasiones incluso más a menudo. Y si mientras tanto me llegaba un libro que pensaba que podía interesarle, lo llamaba.

—¿Qué solía interesarle?

—Champlain, claro. Cualquier cosa relacionada con la primera colonia, otros exploradores, mapas. Le encantaban los mapas.

—¿Sabe si encontró algo en su tienda que lo emocionase de manera especial?

—Bueno, no sé qué decirle. Se emocionaba por todo y, sin embargo, casi nunca decía ni palabra. Nos conocíamos desde hacía cuarenta años, pero nunca nos sentamos a charlar, ni una sola conversación. Cuando compraba los libros se animaba mucho, parecía entusiasmarse; pero cuando le preguntaba sobre ellos se cerraba en banda y se ponía a la defensiva. Era un hombre muy extraño.

—Ni que lo diga —convino Gamache, y le dio un mordisco a la galleta—. ¿Le caía bien?

—Era buen cliente. Nunca regateaba, pero yo tampoco intenté aprovecharme de él.

—Pero ¿le caía bien?

Era curioso, Gamache les había hecho la misma pregunta a todos los dueños de las librerías de segunda mano y todos habían respondido con evasivas.

—No lo conocía, pero le diré algo: tampoco tenía el menor deseo de conocerlo mejor.

—¿Por qué no?

—Porque era un fanático y la gente así me asusta. Creo que habría hecho cualquier cosa con tal de acercarse a los restos de Champlain. Así que era cortés con él, pero mantenía las distancias.

—¿Tiene idea de quién podría haberlo matado?

—Bueno, ese tipo tenía la habilidad de irritar a la gente, pero no se asesina a alguien porque sea molesto. Si así fuera, habría cadáveres por todas partes.

Gamache sonrió y bebió un trago de té sin prisa, pensativo.

—¿Sabe si a Renaud se le había ocurrido algo últimamente? ¿Si tenía alguna teoría nueva sobre dónde podrían haber enterrado a Champlain?

—¿Se refiere a la Sociedad Literaria e Histórica?

—Me refiero a cualquier parte.

Monsieur Doucet pensó y dijo que no con la cabeza.

—¿Les ha comprado usted algún libro?

—¿A la sociedad? Sí, claro. El verano pasado. Hicieron una venta y les compré tres o cuatro lotes.

Gamache posó la taza de té.

—¿Qué libros había?

—Si le digo la verdad, no tengo ni idea. Suelo revisarlos, pero era verano y estaba demasiado liado con el mercadillo. Muchos turistas y muchos coleccionistas de libros. No tuve tiempo de mirar en las cajas. Las coloqué y eso fue todo. Cuando vino Renaud, se llevó un par.

—¿De libros?

—De cajas.

—¿Las revisó antes de comprarlas?

—No, las compró y ya está. Hay gente así, sobre todo entre los coleccionistas. Prefieren mirarlos en privado. Creo que forma parte del atractivo. Más tarde conseguí otros dos lotes de la sociedad. Fue en otoño, antes de que decidiesen dejar de venderlos. Llamé a Renaud y le pregunté si le interesaban. Al principio dijo que no, pero hace unas tres semanas apareció y me preguntó si aún los tenía.

—Mmm. —El inspector jefe tomó un trago de té y reflexionó—. ¿Qué cree usted que significa eso?

Alain Doucet parecía sorprendido. Era obvio que no se había parado a pensar en ello.

—Pues, supongo que podría querer decir que encontró algo en las dos cajas del verano y que pensó que a lo mejor había más.

—Pero ¿por qué tardó tanto? Si compró las primeras dos cajas en verano, ¿por qué no lo llamó hasta después de Navidad?

—Me imagino que era como los demás coleccionistas. Compran muchos libros con la intención de mirarlos, pero a la hora de la verdad éstos se quedan esperando unos cuantos meses, hasta que el dueño se organiza.

Gamache asintió con la cabeza, pensando en la madriguera que Renaud llamaba casa.

—¿Estos números le suenan de algo?

Le enseñó los números de catálogo que había encontrado en el diario de Renaud: 9-8499 y 9-8572.

—No, pero los libros de segunda mano acostumbran a tener todo tipo de cosas raras escritas. Algunos están clasificados por colores, otros llevan números, otros firmas. Eso tira por tierra su valor, a menos que la firma sea de Baudelaire o de Proust.

—¿Cómo lo vio cuando vino a por el otro lote?

—¿A Renaud? Como siempre. Brusco, ansioso. Estaba como un yonqui antes de un chute. Los amantes de los libros son así, y no sólo los mayores. Fíjese en los críos cuando hacen cola para comprar la última entrega de sus libros favoritos. Las historias crean adicción.

Gamache sabía que era cierto, pero ¿con qué historia había dado Augustin Renaud? ¿Y dónde estaban los dos libros? En su apartamento no, y con el cadáver tampoco. ¿Qué había sido del resto de los libros del lote? Tampoco estaban en su casa.

—¿Le devolvió algún libro?

Doucet negó con la cabeza.

—Pregunte en las otras librerías de segunda mano. Sé que las frecuentaba todas.

—Ya lo he hecho. Usted es el último, y el único que compró libros de la Sociedad Literaria e Histórica.

—El único idiota que intentaría vender libros en inglés en el casco antiguo de Quebec.

El móvil del inspector jefe vibró y se lo sacó del bolsillo. Era una llamada de Émile.

—¿Me disculpa? —preguntó, y Doucet dijo que sí con la cabeza—. *Salut, Émile. ¿Estás en casa?*

—No, estoy en la sociedad. Menuda maravilla, no me puedo creer que no hubiese entrado nunca. ¿Te importaría venir?

—¿Has encontrado algo?

—A Chiniquy.

—Ahora mismo voy.

Gamache se levantó y *Henri* lo siguió, listo para ir a cualquier parte adonde fuese su amo.

—¿Le suena el nombre de Chiniquy? —le preguntó al librero mientras salían de la trastienda.

Eran casi las cuatro de la tarde y el sol ya se había puesto. Ahora, iluminada con lámparas, la librería tenía un ambiente muy acogedor y los libros no eran más que siluetas en la penumbra.

Doucet reflexionó.

—No, lo siento.

El tiempo, pensó Gamache al salir a la oscuridad, lo cubría todo tarde o temprano. Acontecimientos, personas, recuerdos. Chiniquy había desaparecido bajo el manto del Tiempo. ¿Cuánto más pasaría antes de que Augustin Renaud siguiera sus pasos?

En cambio, Champlain había prevalecido y su figura crecía.

No el hombre, como Gamache bien sabía, sino su misterio. Champlain tenía mucho más atractivo desaparecido del que tendría si lo hallasen.

Henri y él apretaron el paso y serpentearon entre la gente que festejaba con un vaso de plástico a cuestas lleno de Caribou y el pin del Bonhomme prendido en la parka de plumón. Sonreían y llevaban

enormes manoplas y mullidos gorros de lana de alegres colores que los mantenían calientes y parecían signos de exclamación. Desde lejos, oyó el reclamo evocador de una bocina de plástico. Una llamada a las armas, a la fiesta, a la juventud.

Gamache la oyó, pero no era para él. Él tenía que atender a otra invocación.

A los pocos minutos, *Henri* y él estaban contemplando la vistosa iluminación de la Sociedad Literaria e Histórica. El pequeño grupo de mirones se había dispersado, puede que atraídos por las bocinas o por algo más interesante. Atraídos por la vida, no por la muerte.

Gamache entró y en la biblioteca encontró a su antiguo mentor rodeado de pequeños montones de libros. El señor Blake había emigrado de su sillón al sofá y los dos ancianos charlaban. Cuando el inspector jefe entró, ambos lo miraron y lo saludaron.

El señor Blake se levantó y le señaló su asiento.

—No, por favor —dijo Gamache.

Pero ya era demasiado tarde. El distinguido caballero ya estaba junto a su butaca habitual.

—Hemos tenido una charla muy entretenida —le informó el señor Blake—. Sobre Charles Chiniquy, un hombre excepcional. Pero claro, es de esperar que nos lo parezca —dijo entre risas.

—He encontrado otro, monsieur Comeau —dijo Elizabeth MacWhirter desde la galería del segundo piso.

En cuanto vio a Gamache, lo saludó con la mano.

Él intercambió una mirada con Émile y sonrió. Ya había conquistado a varias personas.

Enseguida se sentaron los cuatro alrededor de la mesita.

—Bueno —dijo Gamache mirando a los tres ancianos impacientes—, cuéntenme lo que sepan.

—Lo primero que he hecho ha sido llamar a Jean —empezó Émile—. ¿Te acuerdas de él? Comimos juntos hace unos días, en el Château Frontenac.

Gamache se acordaba de él: el Laurel que hacía juego con el Hardy René Dallaire.

—Uno de los miembros de la Sociedad Champlain.

—Eso es. Pero también es un estudioso de la historia general de Quebec, como la mayoría de los miembros. Él había oído hablar de Chiniquy, aunque no mucho más que yo. Era una especie de fanático de la abstinencia que abjuró de la Iglesia católica y se hizo protestante. La mayoría lo toma por un chiflado. Hizo un buen trabajo, pero luego se volvió majara y lo echó todo por tierra.

»Iba de camino a casa y justo cuando pasaba por aquí se me ha ocurrido que tal vez conociesen a Chiniquy. Al fin y al cabo, se trata de una Sociedad Literaria e Histórica y se supone que tiene algún vínculo con el protestantismo. Así que he entrado.

Elizabeth siguió con la explicación.

—Ha preguntado por Chiniquy. Yo no conocía el nombre, pero he visto que teníamos algún libro suyo en la biblioteca. Escribió unos cuantos. Entonces ha llegado el señor Blake y le he sugerido a monsieur Comeau que hablase con él.

El señor Blake se echó hacia delante.

—Charles Chiniquy fue un gran hombre, inspector jefe. Pero muy incomprendido y vilipendiado. Deberían considerarlo uno de los grandes héroes de Quebec en vez de olvidarlo o recordarlo sólo por sus excentricidades.

—¿Excentricidades?

—Debo admitir que era un poco fanfarrón. Llevaba un estilo de vida bastante extravagante y sus charlas no lo eran menos. Era carismático. Sin embargo, salvó muchas vidas y construyó un sanatorio. En su momento de máxima popularidad, decenas de miles se comprometieron con la causa tras escuchar uno de sus discursos. Era infatigable. Ehmm... —De pronto, el señor Blake parecía no

saber cómo seguir—. Después fue un poco más allá y a la Iglesia católica le resultó incómodo. La verdad es que le hicieron muchas advertencias, pero al final le quitaron la parroquia. Él montó en cólera, renegó y se hizo presbiteriano.

—¿No dijo que Roma estaba conspirando para hacerse con el control de la América del Norte y que habían enviado a los jesuitas a matar a Lincoln? —preguntó Émile.

—Es posible que lo dijera, sí... —respondió el señor Blake—. De todos modos, hizo muchas cosas buenas.

—¿Qué le pasó? —preguntó Gamache.

—Se mudó a Illinois, pero allí hizo enfadar a tanta gente que enseguida tuvo que marcharse y acabó en Montreal, hasta el fin de sus días. Sepa usted que se casó y tuvo descendencia. Creo que fueron dos hijas. Y murió a los noventa años.

—En 1899 —apuntó Gamache, y al ver que Elizabeth se sorprendía, se explicó—: Lo busqué anoche, pero el archivo sólo incluía las fechas; no había información útil.

—El *New York Times* publicó una necrológica enorme —dijo el señor Blake—. Muchos lo consideraban un héroe.

—Y otros muchos un tarado —admitió Elizabeth.

—¿Qué interés podía tener Chiniquy para Renaud?

Los tres negaron con la cabeza. Gamache le dio más vueltas.

—La sociedad tiene varios de sus libros y justo al lado hay una gran iglesia presbiteriana. ¿Sería correcto suponer que podría haber una conexión? ¿Algún tipo de relación?

—¿Entre Charles Chiniquy y la sociedad? —preguntó Elizabeth.

—Bueno, estaba James Douglas; él podría ser un vínculo —comentó el señor Blake.

—¿Quién es? —inquirió Gamache.

Elizabeth y el señor Blake se revolviéron en sus asientos y miraron por la ventana. El inspector jefe y Émile también, pero con la oscuridad de la calle no vieron más que su propio reflejo.

—Es ése —dijo el señor Blake.

Siguieron mirando y lo único que veían eran sus caras de desconcierto.

—¿La ventana? —inquirió Gamache por fin, tras esperar un buen rato a que Émile hiciera tan absurda pregunta.

—No, la ventana no, el busto —respondió Elizabeth, y sonrió—. Ése es James Douglas.

Tal como decían, en la amplia repisa descansaba el busto de alabastro blanco de un caballero victoriano. A Gamache, este tipo de esculturas siempre le resultaban algo inquietantes. Eran los ojos blancos y vacíos, como si el artista hubiera esculpido un fantasma.

—Fue uno de los fundadores de la Sociedad Literaria e Histórica —aclaró el señor Blake.

Elizabeth se echó hacia delante y se dirigió a Émile, que estaba a su lado.

—También saqueaba tumbas. Coleccionaba momias, ¿lo sabían?

Ni Gamache ni Émile lo sabían. Pero querían conocer los detalles de la historia.

DIECISIETE

—Disculpe, madame. Explíquese, por favor —pidió Émile con una sonrisa—. ¿Ha dicho momias?

—Era un hombre excepcional, vaya que sí —intervino el señor Blake, que estaba entusiasmándose con el tema—. James Douglas era médico y todos estaban de acuerdo en que tenía mucho talento. Era capaz de amputar un miembro en menos de diez segundos. —Al ver la cara que ponían sus interlocutores, continuó con gesto de desaprobación—. Entonces eso era importante: no había anestesia. Cada instante debía de ser un puro martirio. Y el doctor Douglas le ahorró mucho dolor a mucha gente. Además, era un profesor brillante.

—Por eso tenía cadáveres —anunció Elizabeth con mayor gusto del esperado—. Empezó en alguna parte de Estados Unidos y...

—Pittsburgh —apuntó el señor Blake.

—Pero después de que lo pillasen saqueando una tumba, lo echaron de la ciudad.

—Las cosas no eran como hoy en día —lo excusó el señor Blake—. Era médico, y en su profesión necesitaban cadáveres para diseccionarlos. La práctica habitual era sacarlos de las tumbas de los más pobres.

—Aunque seguro que no era normal que lo hiciesen los propios médicos —dijo Gamache, y Elizabeth ahogó una risita.

El señor Blake hizo una pausa.

—Puede que así sea —concedió—, pero nunca fue una cuestión de beneficio personal. Jamás vendió ninguno. Los usaba sólo para dar clase y casi todos sus alumnos se convirtieron en distinguidos profesionales.

—Sin embargo, ¿dice que lo pillaron? —le preguntó Émile a Elizabeth.

—Cometió un error. Desenterró a un ciudadano importante y uno de los estudiantes lo reconoció. Todos hicieron una mueca.

—¿Por eso vino a Quebec? —preguntó Gamache.

—Aquí empezó a dar clases —explicó el señor Blake—. También abrió un hospital psiquiátrico en las afueras de la ciudad. Era un visionario, que conste. En esa época, los que tenían algún trastorno mental acababan encerrados de por vida en lugares que eran peores que las prisiones.

—Como Bedlam —convino Elizabeth.

El señor Blake dijo que sí con la cabeza.

—La gente pensaba que James Douglas era un tipo raro por considerar que había que tratar a los enfermos mentales con respeto. Su hospital ayudó a cientos, puede que miles de personas. Gente a la que nadie más quería asistir.

—Debió de ser un hombre extraordinario —comentó Émile.

—Según la mayoría —dijo el señor Blake—, era un hombre desagradable, muy aferrado a sus ideas y, además, arrogante. Menos cuando trataba con los pobres y los marginados. En ese caso demostraba una compasión sin igual. Es extraño, ¿no les parece?

Gamache asintió. Eso era lo que hacía que su profesión fuese tan fascinante y al mismo tiempo tan difícil: una misma persona podía ser amable y cruel, compasiva y mezquina. Desenmarañar un

asesinato tenía más de conocer a las personas implicadas que las pruebas. Gente contraria y contradictoria que muy a menudo no se conocía a sí misma.

—Pero ¿qué tienen que ver las momias? —quiso saber Émile.

—Bueno, al parecer siguió robando cadáveres de los cementerios de la ciudad de Quebec —explicó Elizabeth—. Para las clases, como antes. Se las apañó para no desenterrar al primer ministro ni a ningún obispo, pero se diría que su fascinación por los muertos fue más allá de la función de enseñar.

—Era mera curiosidad —protestó el señor Blake un poco a la defensiva.

—Eso no lo discuto —contestó Elizabeth—. El doctor Douglas estaba de vacaciones en Egipto y se trajo dos momias. Las guardaba en su casa y daba charlas sobre ellas en esta misma sala. Las apoyaba en la pared —dijo, y señaló la pared de enfrente.

—Bueno —respondió Gamache sin prisa, tratando de imaginar la escena—, en aquella época eran muchos los que saqueaban tumbas. Aunque «saquear» tal vez sea una palabra demasiado contundente —se apresuró a rectificar para calmar al señor Blake—. Por aquel entonces estaban descubriendo todas esas tumbas: Tutankamón, Nefertiti... —De pronto se quedó sin referencias egipcias—. Y otras.

A Émile le hizo gracia el lapsus.

—Nómbreme el museo que quiera —dijo el señor Blake—, y le mostraré los tesoros que han sacado de las tumbas. El British Museum apesta a sarcófago, pero ¿qué sería sin ellos? Y menos mal que se llevaron todo eso, porque si no, alguien lo habría saqueado o destruido.

Gamache permaneció en silencio. El acto de valentía de una civilización era la violación de otra. Así era la historia y la arrogancia desmedida. En ese caso se trataba del famoso ego victoriano que a tanto se atrevió, tanto descubrió y tanto profanó.

—Llámalo como quieras —concedió Elizabeth—, pero no era normal. Mis abuelos estuvieron en Egipto durante su Grand Tour y al volver trajeron alfombras. Ni un solo cadáver.

Émile sonrió.

—Una de las momias acabó en un museo de Ontario y al cabo de unos años la devolvieron a Egipto —continuó explicando Elizabeth—. Cuando descubrieron que era de Ramsés.

—*Pardon?* —exclamó Gamache—. ¿El doctor Douglas se llevó el cadáver de un faraón?

—Se ve que sí —dijo el señor Blake con una mezcla de vergüenza y orgullo.

Gamache meneó la cabeza.

—Entonces, ¿qué tiene que ver este sorprendente doctor Douglas con Chiniquy?

—Ah, ¿no se lo hemos dicho? Eran buenos amigos —explicó el señor Blake—. Cuando todavía era cura, Chiniquy iba al sanatorio de Douglas para atender a los católicos. Fue él quien lo motivó a actuar. Muchos de los dementes eran además borrachos, y el doctor Douglas había descubierto que si los encerraban, les daban comida y les negaban el alcohol, a menudo recobraban la cordura. Pero tenían que mantenerse sobrios o, mejor aún, no haber bebido demasiado en su vida anterior. Todo esto se lo contó a Chiniquy y el cura lo entendió enseguida. Lo convirtió en su misión, en su forma de salvar almas antes de que se condenasen.

—Abstinencia —dijo Gamache.

—La promesa de la misma —convino el señor Blake—. Conseguir que dejaran de beber o no llegasen a hacerlo. Y gracias al padre Chiniquy, decenas de miles lo lograron. Sus mítines se hicieron famosos. Era el Billy Graham de su época; atraía a gente de todo Quebec y del este de Estados Unidos. Les faltaba tiempo para sumarse a la promesa.

—Todo gracias a la inspiración de James Douglas —concluyó Émile.

—Eran amigos de toda la vida —dijo Elizabeth.

Con el rabillo del ojo, Gamache alcanzó a ver un movimiento entre las sombras. Miró la galería superior, pero sólo vio la escultura de madera del general Wolfe, que los miraba desde arriba, escuchando sus palabras. No obstante, Gamache tenía la sensación de que el general no estaba solo, de que allí había alguien más, en la penumbra. Una persona escondida entre los libros y las historias. Escuchando. Atenta al relato de dos locos inspirados, dos viejos amigos.

Sin embargo, en aquella historia había un loco más: Augustin Renaud, que también estaba obsesionado con los muertos.

—Los libros que vendieron el año pasado... —empezó Gamache. Al instante notó el cambio de humor de sus compañeros. Tanto Elizabeth MacWhirter como el señor Blake se pusieron en guardia—. Tengo entendido que la venta no salió bien.

—No, la idea no cuajó en la comunidad inglesa —admitió Elizabeth—. Al final no nos quedó más remedio que abandonar.

—¿Por qué?

—Son reaccionarios —aclaró el señor Blake—. Tal vez no le sorprenda, pero los que más se opusieron fueron los que nunca habían estado en la sociedad. Odiaban la idea por principio.

—Si me lo permite, ¿qué principio era ése? —preguntó Émile.

—Que la sociedad se creó para preservar la historia inglesa —contestó Elizabeth—. Y que cualquier pedazo de papel con algo escrito en inglés, hasta la última lista de la compra, entrada de diario o carta son sagradas. Vender algunos de los libros significaba traicionar nuestro patrimonio, nuestro legado. No les parecía correcto.

Sentimientos. Por mucho que las personas tratasen de racionalizar, justificar y explicar las cosas, al final todo se reducía a sentimientos.

—¿Alguno de ustedes revisó los libros? ¿Cómo decidieron qué vender? —preguntó Gamache.

—Empezamos por el sótano, por los que no se consideraron importantes cuando los donaron y se quedaron en cajas. Había tantos que, si le digo la verdad, no sabíamos qué hacer con ellos. Los vendimos por lotes, contentos de deshacernos de ellos.

—Hicieron dos ventas, ¿verdad? —prosiguió el inspector jefe.

—Sí. La primera fue en verano y después hicimos otra más pequeña algo más tarde. Para ésa sólo avisamos a las librerías y a los que apoyaban la causa.

—Los libros que donó la señora Marchand en 1899 estaban entre los que se vendieron —informó Gamache.

—¿Sí?

—¿Se trata de un dato importante? —preguntó el señor Blake.

—Creemos que sí. La señora Marchand fue el ama de llaves de Chiniquy en Montreal. Tras su muerte, debieron de repartir sus posesiones y a ella le dieron algunos libros, o puede que él pidiera que los enviaran aquí. En cualquier caso, supongo que la mujer sabía que su patrón tuvo alguna relación con la Sociedad Literaria e Histórica y los mandó. Según parece, cuando llegaron se quedaron en las cajas y alguien debió de guardarlos en el sótano. O bien no se molestaron en echar un vistazo, o les pareció que no tenían ningún valor.

—¿Está diciéndome que teníamos una colección de libros de Chiniquy sin saberlo? —preguntó el señor Blake bastante alarmado—. Esto es justo lo que muchos se temían, que con las prisas acabásemos vendiendo joyas. ¿Qué eran?

—No lo sabemos —admitió Gamache—. Pero Augustin Renaud compró algunos de ellos y había dos que le interesaban más que los demás.

—¿Cuáles?

—Tampoco lo sabemos. Tenemos los números de catálogo, pero nada más. Ni título ni pistas sobre qué contenían.

—¿Qué podría haber tenido el padre Chiniquy que quisiera Renaud? —se preguntó Elizabeth—. A Chiniquy no le interesaba Champlain, al menos que sepamos.

Gamache pensó que había dos preguntas clave: qué eran esos libros y por qué no los encontraban.

Émile y Gamache se detuvieron delante de la sociedad.

—¿Qué te parece? —preguntó Émile mientras se ponía el gorro y las manoplas.

—Creo que si el Chin del diario de Augustin Renaud es Chiniquy, entonces J. D. debe de ser James Douglas.

—Y Patrick y O'Mara también llevarán unos años muertos —dijo Émile.

El aliento se les quedaba suspendido a bocanadas y estaban entumeciéndoseles los labios de frío. Aun así se quedaron hablando en la calle.

Gamache asintió con la cabeza.

—Renaud no tenía una cita con esos cuatro hombres. Era una nota sobre una reunión que habían tenido ellos. Aquí. Hace más de cien años.

Ambos contemplaron el edificio que se alzaba a sus espaldas.

—¿Y el mil ochocientos y no sé qué más? El número del diario —inquirió Émile—. ¿Qué era? ¿Una hora, una fecha?

Gamache sonrió.

—Lo averiguaremos.

—Y tanto que sí —convino Émile, contento de estar trabajando con él de nuevo—. ¿Vienes?

—Tengo que pasar un momento por un sitio. ¿Te importa llevarte a *Henri* a casa?

Gamache los miró bajar St-Stanislas con sumo cuidado de no resbalar con el hielo y la nieve.

El inspector jefe recorrió unos pocos metros hasta llegar a la iglesia presbiteriana de San Andrés. Empujó la puerta y se sorprendió al ver que estaba abierta. Se asomó dentro. El techo azul celeste estaba iluminado; el resto, en penumbra.

—Hola —dijo en voz alta.

El eco rebotó en las paredes hasta desaparecer. Sólo quería hablar con el joven pastor, pero se dio cuenta de que aquel espacio de tranquilidad lo atraía. Se despojó del abrigo y se sentó unos minutos en un silencio que sólo rompía de vez en cuando para inspirar hondo y exhalar sin prisa.

«Ya no existe la soledad.»

Cerró los ojos y dejó que la voz saliese a jugar en libertad. Que le rondase la cabeza a sus anchas y riese y le contase una vez más lo del día que rompió su primer violín, uno diminuto que le prestaron en la escuela. Valía más dinero del que tenían, pero su madre lo reparó y se lo devolvió a su consternado hijo. Lo tranquilizó.

«Las cosas se hacen más fuertes cuando se rompen. No te preocupes.»

—Qué bonito que te digan algo así —dijo Gamache, y hablaba en serio.

—Sobre todo para un niño torpe —convino Morin—. Es que yo lo rompía todo: violines, aspiradoras, vasos, platos, cualquier cosa que se le ocurra. Una vez me cargué un martillo. Y lo que no rompía, lo perdía.

Morin se echó a reír.

Gamache se dio cuenta de que, en medio de aquella tranquilidad y calidez, y con la suave risa en la mente, estaba a punto de dar una cabezada. Cuando abrió los ojos, se sorprendió al ver que no estaba solo. El joven pastor estaba sentado en silencio en el otro extremo del banco, leyendo.

—Tenía cara de contento —dijo Tom Hancock.

—¿Sí? Es que me he acordado de algo. ¿Qué lee? —preguntó Gamache en un susurro.

Tom Hancock miró el libro que tenía en las manos.

—«Navegue hacia el tercer roble alto desde la punta de Fischer's Point» —leyó—. «Una vez haya recorrido la mitad de la distancia, debe corregir el curso dependiendo de la corriente, los vientos y el hielo. Navegue siempre hacia los témpanos de hielo, no hacia aguas abiertas.»

—Un evangelio muy poco conocido —comentó Gamache.

—Bueno, después de la Reforma son más difíciles de reconocer —dijo el reverendo señor Hancock.

Colocó el marcapáginas, cerró el viejo tomo y se lo ofreció a su compañero. Gamache lo aceptó y miró el título:

MANUAL DE ENTREGA DEL CORREO AL
OTRO LADO DEL IMPONENTE
RÍO SAN LORENZO EN INVIERNO

Abrió la cubierta, echó un vistazo a la portada y vio la fecha: 1854.

—Qué libro tan poco corriente —dijo, y se lo devolvió—. ¿Dónde lo ha encontrado?

—Es una de las ventajas de estar tan cerca de la sociedad, que puedes rebuscar en las estanterías a tu antojo. Creo que soy la segunda persona que lo saca de la biblioteca en ciento cincuenta años.

—¿Ha encontrado más libros interesantes?

—Sí, algunos, pero la mayoría igual de desconocidos que éste. Cuando llegué hace tres años, solía consultar libros de sermones antiguos con la intención de causarles una buena impresión a mis parroquianos, pero creo que nadie se daba cuenta y al final lo dejé. —Se echó a reír—. Sin embargo, éste es muy útil. Habla de estrategias para cruzar el río en invierno.

—¿Por la regata de canoas? Debe de haber pasatiempos más agradecidos.

—Ni lo sueñe. Cruzar un río helado con una canoa es coser y cantar en comparación con lo que hago a diario.

Gamache se movió en el duro banco para sentarse de cara a Tom Hancock.

—¿Tan difícil es?

Al joven se le apagó la sonrisa.

—A veces sí.

—¿Ha oído hablar del padre Chiniquy?

Tom Hancock lo pensó y al final negó con la cabeza.

—¿Quién es?

—Era. Vivió hace más de cien años. Era un famoso cura católico que abandonó su Iglesia y se fue con los presbiterianos.

—¿De verdad? ¿Y dice que se llama Chiniquy?

Le dio vueltas al nombre y negó con la cabeza de nuevo.

—Lo siento, supongo que debería saber quién era, pero no soy de por aquí.

—No se preocupe, ya casi nadie se acuerda de él. Yo mismo nunca había oído mencionarlo.

—¿Tiene alguna relevancia en el caso?

—Pues yo no se la veo, sin embargo, su nombre salía en el diario de Augustin Renaud. Al parecer, el arqueólogo compró unos cuantos libros de Chiniquy en la venta que organizó la sociedad.

El reverendo señor Hancock hizo una mueca.

—Esa decisión nos persigue.

—¿Usted estaba a favor?

—Lo vimos muy claro: el edificio se había deteriorado y se trataba de deshacernos de unos cuantos libros que no se usaban para salvar el resto. Parecía una decisión fácil.

Gamache asintió.

A menudo la ecuación era justo ésa: renunciar a unos pocos para salvar a la mayoría. Desde la distancia parecía simple y claro. No obstante, desde la distancia también se veía el contexto, pero no todo, era fácil pasar por alto los detalles. Desde lejos no se distinguía igual de bien.

—¿Le sorprendió que la gente se opusiera?

Tom Hancock dudó.

—Más que sorpresa, sentí cierta decepción. La comunidad inglesa está menguando, pero no tiene por qué desaparecer. Tal como está la cosa, la moneda podría caer de cualquiera de los dos lados. Ahora es de vital importancia que las instituciones sigan vivas. Son el ancla de una comunidad. —Vaciló un instante, insatisfecho con las palabras que había escogido—. El ancla no. Son el puerto. El sitio adonde la gente va porque sabe que es seguro.

«Seguridad —pensó Gamache—. Qué idea tan primaria, qué poderosa.» ¿Qué haría la gente para preservar un puerto, un lugar seguro? Lo mismo que llevaban haciendo siglos. Lo mismo que los franceses hicieron para salvar Quebec y lo que los ingleses hicieron para arrebatárselo. Lo que hacen los países para proteger sus fronteras y los individuos sus hogares.

Matar. Para sentirse a salvo. Y casi nunca funcionaba.

Tom Hancock continuó hablando.

—Escuchar la propia lengua, verla escrita y valorada es vital. Es uno de los motivos por los que me hizo tanta ilusión que me ofrecieran participar en la junta de la Sociedad Literaria e Histórica. Para intentar salvar la institución.

—¿Los demás comparten su inquietud?

—Sí, claro, saben lo precario que es esto. El debate gira alrededor del mejor modo de mantener las instituciones a flote. La sociedad, la catedral anglicana, esta iglesia, el instituto y el geriátrico. La CBC, el periódico... Todo está en peligro.

El joven pastor miró a Gamache con seriedad. No con la mirada ardiente de un fanático, no con los ojos de Renaud, de Champlain ni de Chiniquy, sino con los de alguien con una vocación que iba más allá de su persona. El simple deseo de ayudar.

—Todo el mundo es sincero, pero es una cuestión de estrategia. Algunos creen que el enemigo es el cambio, y otros, que eso es lo que los salvará. Sin embargo, todos saben que están al borde del precipicio.

—¿Como en una repetición de las Llanuras de Abraham?

—No, una repetición, no. Es que esa batalla nunca acabó. Los ingleses ganaron la primera refriega, pero los franceses han ganado la guerra. El plan a largo plazo.

—¿Por desgaste? —preguntó Gamache—. ¿Es la venganza de las cunas?

Era una discusión habitual y una estrategia conocida. La Iglesia y los políticos católicos llevaban generaciones exigiendo que los quebequeses tuvieran familias numerosas para poblar el enorme territorio y dejar sin sitio a la modesta población inglesa.

Pero a fin de cuentas no fue tan sólo el tamaño de la población francesa lo que pudo con los ingleses, sino la propia arrogancia de éstos. Su negativa a compartir el poder y la riqueza con la mayoría francesa.

Si estaban al borde de un precipicio, era un abismo que habían creado ellos mismos y un enemigo de su invención.

—Para que la comunidad inglesa sobreviva —explicó Tom Hancock—, tiene que hacer sacrificios. Actuar. Adaptarse.

Hizo una pausa y miró el libro que sujetaba en la mano.

—¿Cambiar de rumbo? —preguntó Gamache también con la vista puesta en el tomo—. ¿Cree que están sorteando los témpanos, probando la ruta más fácil primero?

Tom Hancock miró a Gamache y la tensión disminuyó. Incluso se rió un poco.

—*Touché*. Supongo que todos lo hacemos. Creo que la gente me ve como un hombre joven y musculoso. Increíblemente guapo. —Lanzó una breve mirada furtiva a su compañero, que sonreía divertido—. Pero la verdad es que no soy fuerte. El día a día me asusta. Por eso voy a participar en la regata. Es una idea ridícula, la de cruzar un río remando y corriendo sobre el hielo a treinta bajo cero, pero ¿sabe por qué lo hago?

Cuando Gamache dijo que no con la cabeza, el joven continuó:

—Para que la gente piense que soy fuerte. —De pronto bajó la mirada y la voz—. Porque no lo soy. No en lo que importa. La verdad es que prefiero sudar y cargar con una canoa sobre el hielo y la nieve que hablar a solas con un parroquiano enfermo y moribundo. Eso me aterra.

Gamache se echó hacia delante y habló con una voz tan suave como la luz.

—¿Qué es lo que le da miedo de eso?

—No saber qué decir, decepcionarlos. No dar la talla.

«Te encontraré. No dejaré que te pase nada.»

«Sí, señor. Le creo.»

Los dos miraron hacia el infinito, perdidos en sus propios pensamientos.

—La duda —dijo Gamache por fin.

La palabra pareció llenar el enorme espacio que los rodeaba. El inspector jefe miró al frente y vio la puerta cerrada. La puerta equivocada.

Tom Hancock observó a su compañero y le concedió unos momentos de silencio.

—La duda es natural, inspector jefe. Tiene el poder de fortalecernos.

—¿Y las cosas se hacen más fuertes cuando se rompen? —preguntó Gamache con una sonrisa.

—Más me vale, porque cuento con ello —respondió el reverendo señor Hancock.

Gamache asintió con la cabeza, pensativo.

—De todos modos, ya lo hace —dijo al fin—. Se sienta a hablar con los parroquianos que están enfermos y moribundos. Le da miedo, pero lo hace día tras día. Sin salir huyendo.

—No tengo elección. Si quiero llegar a donde yo quiero, he de navegar hacia los témpanos de hielo, no hacia las aguas abiertas. Igual que usted.

—¿Adónde quiere llegar?

Hancock hizo una pausa para reflexionar.

—A la orilla.

Gamache respiró hondo y soltó el aire poco a poco bajo la atenta mirada del pastor.

—No todo el mundo consigue cruzar el río —dijo en voz baja.

—Tampoco todos están destinados a ello.

Gamache asintió de nuevo.

«Le creo», susurró la voz del joven.

El inspector jefe se inclinó hacia delante, apoyó los codos en las rodillas y entrelazó los fuertes dedos. Con una mano se sujetaba a la otra, que le temblaba un poco. Por último, apoyó la barbilla en ellas.

—Yo he cometido errores abismales —dijo por fin mirando la penumbra—. No reconocer todas

las implicaciones a pesar de las pistas. No comprender una situación hasta que ya era casi demasiado tarde. Y aún cometí una equivocación más.

El pasillo, la puerta cerrada. La incorrecta, el pasillo equivocado. Los segundos que iban consumiéndose. La carrera hacia la otra puerta con el corazón latiendo a toda prisa.

«No te preocupes, hijo. Todo saldrá bien.»

Tirar la puerta abajo y verlo sentado, verle la estrecha espalda, y a él de cara a la pared. Delante del reloj. Delante de la cuenta atrás.

«Sí, señor. Le creo.»

Hasta cero.

Gamache se obligó a regresar al silencio de la iglesia y miró a Tom Hancock.

—A veces la vida discurre en una dirección que no hemos escogido —dijo el pastor en un susurro—. Por eso tenemos que adaptarnos. Nunca es demasiado tarde para cambiar de dirección.

El inspector jefe permaneció callado. Sabía que el pastor no tenía razón y que a veces era demasiado tarde. El general Montcalm lo sabía. Él mismo lo sabía.

—Deberían haber vendido todas esas cajas de libros —dijo Tom Hancock, perdido en su ensoñación—. Eso sí que es un símbolo: la sociedad abarrotada de textos en inglés que nadie quiere para nada. Lastrada por el pasado.

—*Je me souviens* —musitó Gamache.

—Eso al final acabará con ella —sentenció el reverendo señor Hancock con tristeza.

Gamache empezaba a comprender a aquella comunidad y aquel caso.

Y a sí mismo.

DIECIOCHO

—¡Diez más!

Clara se quejó y levantó las piernas al unísono.

—¡La espalda recta!

Clara no obedeció la orden. No era un espectáculo digno de ver ni iba a salirle perfecto, pero estaba decidida a acabar el ejercicio como fuese.

Uno, gruñido, dos, gruñido, tres...

—¿Os he contado que fui a esquiar a Mont Saint-Rémy?

Al parecer, Pina, la monitora de gimnasia, no necesitaba respirar. Sus brazos y piernas parecían independientes del resto de su cuerpo y se movían con precisión militar mientras ella charlaba tranquilamente, tumbada en la estera como si estuviera en la playa.

Myrna sudaba con profusión, juraba en arameo y de vez en cuando hacía otros ruidos mientras Ricky Martin cantaba *Living on a Prayer*. A Clara le encantaba hacer ejercicio cerca de Myrna, pues podía culparla de toda clase de pecados y sonidos. Y además era fácil esconderse detrás de ella. Toda la clase cabía a su espalda.

—Si tú la sujetas, yo la mato —le propuso Myrna a Clara.

—¿Cómo? Seguro que nos pillan.

Clara llevaba un rato contemplando la idea. De momento había levantado las piernas doce veces de las diez que había anunciado Pina al principio y ahora la monitora estaba quejándose con amargura de los *snowboarders* mientras subía y bajaba las piernas como si tuvieran un mecanismo neumático.

—Nadie nos delataría —dijo Myrna, y levantó las piernas un milímetro—. Y si nos amenazan con chivarse, los matamos a ellos.

A Clara le pareció el mejor plan que había oído en la vida.

—¿Cuántas llevamos ya? —preguntó Pina—. Venga. Tres, cuatro...

—Cuenta conmigo —dijo Clara entre resoplidos.

—Y conmigo —se apuntó Dominique Gilbert.

Estaba al otro lado de Clara y su voz resultaba casi tan irreconocible como su rostro congestionado.

—Dios mío —se quejó La Esposa desde el otro extremo—, hacedlo ya, por favor.

—¿El qué? —preguntó Pina y se puso a hacer bicicleta.

—Asesinate, ¿qué iba a ser? —le espetó Myrna.

—Ah, vale —dijo Pina, y se echó a reír.

Nunca se daba cuenta de lo mucho que arriesgaba en cada clase.

Veinte minutos después, la sesión había terminado con el último movimiento de tai chi, que Clara aprovechó para meditar sobre el asesinato. Menos mal que adoraba a Pina y necesitaba el ejercicio.

Clara se secó con la toalla, recogió la estera y se acercó al grupo de mujeres que se había formado en medio de la sala. Al cabo de un minuto o dos, había conseguido llevar la conversación al tema que le interesaba.

—¿Habéis visto que el inspector Beauvoir ha vuelto al pueblo? —preguntó como si nada mientras

se secaba un hilillo de sudor del cuello.

—Pobre hombre —dijo Hanna Parra—. Aunque la verdad es que tiene buena cara.

—Yo creo que es bastante mono —comentó La Esposa.

Tenía unos ojos grandes, expresivos y sin asomo de malicia. Una mujer de espíritu maternal casada con un carpintero.

—De eso nada —respondió Myrna entre risas—. Está demasiado flaco.

—Yo lo engordaría —aseguró La Esposa.

—Ese inspector tiene un efecto curioso: quiero salvarlo —admitió Hanna—. Ayudarlo a recuperarse, hacerlo sonreír.

—Como al señor Spock —dijo Clara.

No sólo la conversación no iba por el camino que esperaba, sino que ella misma acababa de lanzarla al espacio.

—¡El vulcaniano! —explicó al ver que algunas de las mujeres la miraban perplejas—. Por el amor de Dios, no me digáis que no habéis visto *Star Trek*.

Todas estaban locas por Spock porque era distinguido y muy distante. Querían ser la única en conseguir penetrar esa barrera y entrar en su corazón.

—Yo no estaba pensando precisamente en su corazón —dijo Hanna.

Todas se echaron a reír. Se pusieron los abrigos y, corriendo, cruzaron la carretera nevada para ir a su habitual merienda de té y *scones* en el hotel balneario después de gimnasia.

Siempre que entraba en el hotel, Clara se maravillaba, pues aún lo recordaba como la ruinoso casa Hadley, antes de que Dominique y su marido Marc la comprasen. Allí las esperaba su anfitriona, relajada y elegante en su butaca, sirviendo té con una sonrisa.

Clara se preguntó si Dominique habría asesinado al Ermitaño, pero no lo veía probable. A decir verdad, Clara opinaba que el sospechoso más plausible, tanto meses atrás como en ese momento, era Marc Gilbert. El marido de Dominique.

De nuevo, sacó el asesinato a colación.

—Cuesta creer que Olivier lleve ya seis meses fuera —dejó caer al tiempo que aceptaba una taza de aromático té de manos de Dominique.

Por la ventana se veía un día claro y azul, siempre los más fríos. Un remolino de nieve atrapado por una corriente de aire pasó frente a la ventana con un leve tintineo como de arena al chocar contra el cristal.

En el interior del hotel balneario el ambiente era tranquilo. La sala estaba repleta de antigüedades, no voluminosos muebles victorianos de roble, sino piezas sencillas de pino y cerezo. Las paredes estaban pintadas en tonos pastel y producían una sensación de relax y serenidad. El fuego encendido inundaba la estancia de un delicado olor a humo de madera de arce, crema hidratante y tisanas. Manzanilla, lavanda, canela.

Una joven les sirvió un plato de *scones* calientes con nata espesa y mermelada casera de fresa. La parte de la clase de gimnasia que más le gustaba a Clara.

—¿Qué tal le va a Olivier? —preguntó La Esposa.

—Bueno, intenta acostumbrarse —contestó Myrna—. Fui a visitarlo hace unas semanas.

—Todavía insiste en que no mató al Ermitaño —añadió Clara, prestando atención a la expresión de todas y cada una.

Se sentía una farsante. Estaba jugando a ser detective de homicidios, haciendo teatro. Aun así, había escenarios peores que aquél. Clara extendió la espesa nata sobre un *scone* recién horneado y, después, la mermelada de fresa.

—Pues si no fue él, ¿quién lo hizo?

Hanna Parra era una columna robusta y atractiva. Clara la conocía desde hacía décadas.

¿Participaría en un asesinato? Valía la pena preguntarlo.

—¿Seríais capaces de matar a alguien?

Hanna la miró sorprendida, pero sin asomo de enfado ni sospecha.

—Qué pregunta tan interesante. Sé que yo sí.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —inquirió Dominique.

—Si alguien entra en casa y amenaza a Havoc o a Roar, lo mato en menos que canta un gallo.

—Hay que matar a las mujeres primero —dijo La Esposa.

—¿Perdona? —exclamó Dominique.

Se echó hacia delante y posó la delicada taza de té en el platito.

—Lo dice un panfleto de formación del Mossad —explicó La Esposa.

Hasta las esteticistas que estaban haciéndoles la pedicura a Myrna y a Hanna pararon un momento para fijarse en aquella hermosa joven que había dicho algo tan horrible.

—¿Y eso cómo lo sabes? —quiso saber Myrna.

La Esposa sonrió satisfecha.

—Os he asustado, ¿verdad?

Todas se echaron a reír, pero la verdad era que no lo entendían muy bien. La Esposa las dejó sufrir unos instantes y luego se rió.

—Lo oí en la emisora de radio de la CBC. Era un programa sobre terrorismo. La teoría dice que las mujeres casi nunca matan. Para que lo hagan, hace falta algo muy muy fuerte. Sin embargo, en cuanto deciden hacerlo, no descansan hasta que lo consiguen.

Mientras todas reflexionaban, se hizo el silencio.

—Sí, yo lo entiendo —dijo Myrna al fin—. Cuando una mujer se compromete a algo, se emplea a fondo, con el corazón y la cabeza. Es algo muy potente.

—Eso es lo que querían decir en la entrevista —convino La Esposa—. Las mujeres casi nunca forman parte de las células terroristas, pero a los agentes del Mossad les enseñan que si hacen una redada y encuentran a una, deben matarla primero, porque jamás se rendirá. Será la peor de todos, la más despiadada.

—Qué idea tan espantosa —se lamentó Dominique.

—A mí también me lo parece —admitió La Esposa—, pero diría que es muy probable que no se equivoquen. Yo no le haría daño físico o emocional a nadie por casi nada del mundo, pero tengo la sensación de que si tuviera que hacerlo, sería capaz. Y sería horrible.

Pronunció esa última frase con tristeza y Clara supo que era cierto.

¿Era posible que, después de todo, una de aquellas mujeres hubiese matado al Ermitaño? Pero ¿por qué? ¿Qué podría haberla llevado a hacer algo así? ¿Y qué sabía Clara en realidad sobre cada una?

—¿Sabíais que Charlie ha empezado a hablar? —dijo La Esposa para cambiar de tema—. Gracias al doctor Gilbert. Viene una vez a la semana a trabajar con él.

—Qué amable por su parte —dijo un hombre desde la entrada.

Todas se volvieron hacia allí.

Era Marc Gilbert. Alto, desgarbado, pelo rubio cortado al cero e intensos ojos azules.

—Ya sabe decir «boo» y «choco» —explicó La Esposa con entusiasmo.

—Enhorabuena —dijo Marc con una sonrisa.

Al comentario no le faltaba sarcasmo, y tampoco cierto regocijo.

Clara se puso tensa. Qué fácil era sentir desagrado por aquel hombre sonriente.

Ella se había esforzado en descubrirle el lado bueno por el bien de Dominique, pero se trataba de una batalla perdida.

—Recuerdo que mi primera palabra fue «caca» —le dijo Clara a La Esposa, que miraba a Marc con perplejidad.

—¿Caca? —preguntó Myrna para romper el incómodo silencio—. Mejor no pregunto.

Clara se echó a reír.

—Quería decir «caramelo», pero eso es lo que me salió. Lo malo es que empezaron a llamarme así y se me quedó durante años. Mi padre todavía lo usa de vez en cuando. ¿Tu padre te puso algún mote de pequeño? —le preguntó a Marc para rebajar la tensión.

—No estaba nunca en casa. Y luego se largó, así que no.

El ambiente se enrareció aún más.

—Ahora parece que ha encontrado otra familia.

Marc fulminó a La Esposa con la mirada.

Así que se trataba de eso, pensó Clara. Celos.

La Esposa le devolvió el encaro y Clara vio que se le iban enrojeciendo el cuello y el rostro. Marc sonrió, dio media vuelta y se marchó.

—Lo siento... —empezó a decir Dominique.

—No pasa nada. La verdad es que tiene algo de razón. El Viejo adora a tu suegro. Creo que lo ve como una especie de abuelo adoptivo para Charles.

—¿Su padre no os visita?

—No. Murió cuando el Viejo era adolescente.

—Debía de ser muy joven cuando pasó, ¿no? —aventuró Myrna—. ¿Fue un accidente?

—Una primavera echó a caminar por el río y el hielo no era tan sólido como él pensaba.

Lo dejó ahí y con eso fue suficiente. Todas las presentes se hicieron a la idea de lo que había sucedido. Las grietas bajo los pies, la telaraña de finas fracturas, el hombre contemplándose los pies. Plantado allí en medio. Inmóvil.

La orilla debe de parecer muy lejana cuando se camina sobre una delgada capa de hielo.

—¿Lo encontraron? —preguntó Myrna.

La Esposa negó con la cabeza.

—Creo que eso es lo peor de todo. La madre del Viejo aún está esperando.

—Dios mío —se lamentó Clara.

—¿Y el Viejo también? —quiso saber Myrna.

—¿Si cree que sigue vivo? No, gracias a Dios. Pero tampoco está convencido de que fuese un accidente.

En eso Clara le daba la razón. A ella le parecía un acto deliberado. Todo el mundo sabía que caminar por el hielo en primavera era tentar a la muerte.

Y como era de esperar, el hielo se había resquebrajado bajo sus pies. Tal como él sabía que pasaría. Pero ese día no fue el único a quien se le hundió el soporte bajo los pies: su hijo también lo perdió. Y Vincent Gilbert lo había ayudado a levantarse. El santo gilipollas había entrado en escena para ayudar a Charlie y también al Viejo. Pero ¿a qué precio?

¿Era eso lo que acababa de escuchar en la voz de Marc Gilbert? No era sarcasmo, sino una finísima grieta.

—¿Y los tuyos, Clara? —preguntó Dominique mientras servía más té—. ¿Siguen con vida?

—Mi padre sí, pero mi madre murió hace unos años.

—¿La echas de menos?

«Menuda pregunta —pensó Clara—. ¿La echo de menos?»

—A veces. Al final tuvo alzhéimer. —Al verles la cara se apresuró a tranquilizarlas—. No, no pasa nada. Por extraño que parezca, los últimos años fueron de los mejores que vivimos juntos.

—¿Cuando se le fue la cabeza? —preguntó Dominique—. No me extraña que te llamasen Caca. Clara soltó una carcajada.

—La verdad es que fue una especie de milagro. Se olvidó de todo: de su dirección, de sus hermanas. Se olvidó de mi padre y hasta de nosotros. Pero también de enfadarse. Era maravilloso. — Clara sonrió—. Un alivio enorme. No se acordaba de su larga lista de quejas y se convirtió en una persona encantadora.

No recordaba cómo amar, pero tampoco cómo odiar. Y ése fue un cambio que Clara aceptó de buen grado.

Las mujeres que se habían reunido en aquel salón charlaron sobre el amor, la infancia, sobre perder a los padres, sobre el señor Spock y sobre buenos libros.

Se mimaban unas a otras. Y a la hora de comer ya estaban preparadas para enfrentarse al día invernal. De camino a casa, con migas en el pelo y el sabor de la manzanilla aún en los labios, Clara pensó en el padre del Viejo, congelado en el tiempo. Y en la expresión de Marc Gilbert cuando apareció la grieta.

Armand Gamache estaba sentado en la panadería Paillard de la rue St-Jean con la mirada clavada en el diario de Augustin Renaud. *Henri* estaba hecho un ovillo debajo de la mesa, mientras en la calle la gente avanzaba penosamente en el frío y la nieve con la cabeza gacha.

¿Qué conexión podía haber entre Chiniquy, el cura caído en desgracia, y Augustin Renaud, el arqueólogo aficionado? Gamache no apartaba la vista de las marcas hechas con excitación, los signos de exclamación, los círculos trazados alrededor de los cuatro nombres. Chin, J. D., Patrick y O'Mara. Remolinos de tinta dibujados con tanto ímpetu que el bolígrafo casi había agujereado el papel. Y debajo de esa entrada estaban los números de catálogo.

9-8499.

9-8572.

Estaba casi seguro de que correspondían a algunos de los libros que la Sociedad Literaria e Histórica había vendido, y también de que formaban parte del lote que había donado el ama de llaves de Chiniquy y que permaneció durante más de un siglo metido en una caja en el sótano de la institución.

Hasta que Augustin Renaud se lo compró a Alain Doucet, el librero de segunda mano. En dos lotes separados: el primero el verano anterior y el segundo hacía tan sólo unas semanas.

¿Qué había entre las cubiertas de esos libros?

¿Qué tenía Chiniquy que le ilusionaba tanto a Augustin Renaud?

Gamache tomó un sorbo de chocolate caliente.

Tenía que guardar alguna relación con Champlain, pero el cura no había mostrado el menor interés por el fundador de Quebec.

Chin, Patrick, O'Mara, J. D. Mil ochocientos algo.

Si Chiniquy tenía noventa años cuando murió en el año 1899, eso significaba que nació en 1809. ¿Era posible que fuera ésa la cifra? ¿O tal vez 1899? Quizá sí. Pero ¿adónde lo llevaba eso?

A ninguna parte.

Gamache entrecerró los ojos.

Miró el 1809 con atención y al final cerró la libreta de golpe, se acabó el chocolate de un trago,

dejó el dinero sobre la mesa y se apresuró a salir al frío de la calle con *Henri* a su lado. Caminaba a grandes zancadas y, a medida que iba acercándose a la basílica, ésta fue haciéndose cada vez más grande.

Al llegar a la esquina se detuvo, absorto en un mundo propio en el que la nieve y el frío cortante no lo afectaban. Un mundo en el que todavía no hacía mucho que Champlain estaba muerto y enterrado, y después vuelto a enterrar.

Un mundo con pistas que sobrevivían a los siglos, enterradas como el cadáver.

Dobló la esquina, subió la rue des Jardins con brío y se detuvo frente a la preciosa puerta antigua con números de hierro forjado.

1809.

Llamó a la puerta y esperó. De pronto sintió el frío y *Henri* se le apoyó en las piernas buscando su calor y confort. Gamache estaba a punto de dar media vuelta cuando de repente la puerta se abrió un poquito y después, del todo.

—*Entrez* —dijo Sean Patrick, que se apartó al instante de la corriente de aire que invadía su hogar.

—Siento volver a molestarlo, monsieur Patrick —dijo el inspector jefe cuando aún estaban plantados en el oscuro y diminuto recibidor—. Tengo un par de preguntas. ¿Le importa?

Señaló el interior de la casa.

—De acuerdo —respondió Patrick y echó a andar a regañadientes—. ¿Adónde quiere ir?

—Al salón, por favor.

Enseguida estuvieron en la conocida habitación, rodeados de los severos antepasados de Patrick.

—Éstos son sus bisabuelos, ¿correcto?

Gamache miró a la pareja que posaba frente a aquella misma casa. Era una fotografía maravillosa de dos personas muy serias, en color sepia, ataviadas con sus mejores galas de domingo.

—Así es. Se la hicieron el mismo año que compraron esta casa.

—A finales del siglo XIX, según nos dijo la última vez que hablamos.

—Exacto.

—¿Le importa?

Gamache estiró los brazos para descolgar la fotografía de la pared.

—Como guste.

Era obvio que Patrick tenía curiosidad.

El inspector jefe dio la vuelta al marco y vio que la trasera estaba sellada con papel marrón. Allí estaba pegada la etiqueta de la tienda de fotografía, pero no había fecha. Y tampoco ningún nombre.

Gamache se puso las gafas de leer y miró la foto de cerca. Y asomando por debajo del marco, en la esquina inferior derecha, descubrió lo que buscaba.

Una fecha.

1870.

Colgó la foto en su sitio, siguió hacia un lado y se detuvo frente a otra fotografía del bisabuelo Patrick. En ésta salía con un grupo de trabajadores, posando delante de un gran agujero. El edificio de atrás apenas era visible.

El bisabuelo Patrick sonreía, igual que el hombre que estaba a su lado. Sin embargo, el resto de los fotografiados tenían una expresión lúgubre. ¿Por qué no? Lo más probable era que sus vidas, como las de sus padres antes que ellos, fuesen deprimentes.

Inmigrantes irlandeses que viajaron a Canadá en busca de una vida mejor para acabar sucumbiendo a una plaga en los barcos en los que navegaban apiñados. Los que sobrevivían se pasaban la vida haciendo los peores trabajos y viviendo en la miseria en la Basse-Ville, la parte baja de la ciudad, a la

sombra del despeñadero, bajo el poderoso Château Frontenac.

Una vida que rayaba con la desesperación. Y si así era, ¿por qué sonreían aquellos dos hombres? Gamache dio la vuelta a la foto y vio que también estaba sellada.

—Si me permite, me gustaría quitarle la trasera.

—¿Para qué?

—Creo que podría ser útil para el caso.

—¿De qué manera?

—No sabría decírselo, pero le prometo que no dañaré la foto.

—¿No me meterá en ningún lío?

Patrick escrutó el rostro de Gamache y se detuvo en sus ojos amables.

—En absoluto. Y lo consideraré un favor.

Tras una brevísima pausa, Patrick dijo que sí con la cabeza.

—*Bon, merci*. ¿Podría encender todas las luces y dejarme un cuchillo bien afilado?

Patrick hizo lo que le pedía y los dos hombres y el perro se apoyaron en la mesa mientras Gamache blandía el cuchillo. Le tembló ligeramente, así que el inspector jefe lo sujetó con más fuerza. Patrick le echó una breve mirada, pero no dijo nada. Gamache llevó la punta a la parte trasera y con mucho cuidado fue levantando el frágil papel antiguo. Poco a poco, lo soltó de la cartulina.

Pese a la tentación de arrancarla de una vez, entre los dos despegaron la trasera con precaución hasta que la separaron del todo y la parte de atrás de la foto quedó expuesta a la luz del sol por primera vez desde que la habían enmarcado hacía más de un siglo. Y ahí, con letra clara y precisa, estaban los nombres de los hombres fotografiados, incluidos los de los dos que sonreían.

Sean Patrick y Francis O'Mara.

1869.

Gamache no podía apartar la vista.

La nota del diario de Augustin no decía 1809, sino 1869.

Chiniquy se reunió con ese Patrick, con O'Mara y con James Douglas en 1869.

¿Por qué?

Gamache se fijó en los antepasados de la pared, plantados frente a la fachada de su casa. Estaban muy lejos de la Basse-Ville, a un universo de esas calles. La distancia era mucho mayor que la que separaba Irlanda de Canadá, pues se trataba del abismo insalvable entre Nosotros y Ellos.

Un rudo jornalero irlandés en un distinguido hogar de la parte alta en el año 1870. Algo que no podía ser. Y sin embargo era.

Gamache miró de nuevo a los sonrientes hombres de la imagen, de pie delante de un edificio. O'Mara y Patrick. ¿Por qué estaban tan contentos?

Gamache ya tenía una idea.

DIECINUEVE

—¿Doctor Croix?

Gamache lo vio ponerse tenso. Fue un sutil pero elocuente movimiento de la espalda, involuntario y habitual. Delante tenía a un hombre enfrascado en alguna tarea y por eso no agradecía la interrupción. El inspector jefe comprendía la reacción, ¿a quién no le había pasado alguna vez?

Sin embargo, lo que sí le interesó fue la larga pausa. Gamache prácticamente vio cómo se le iba armando la coraza, cómo las placas iban colocándose a lo largo de la espalda del arqueólogo con un ruido metálico, los pinchos, las púas y cadenas encajando con un sonido seco. Y por último, después de la armadura, el arma.

La ira.

—¿Qué quiere? —exigió saber la espalda tensa.

—Me gustaría hablar con usted, si no tiene inconveniente.

—Pida una cita.

—No tengo tiempo.

—Yo tampoco. Que tenga un buen día.

Serge Croix se inclinó todavía más sobre la mesa para examinar algo de cerca.

Gamache sabía que había un motivo por el cual el jefe de Arqueología de Quebec prefería trabajar con arcilla y fragmentos de cerámica, con puntas de flecha y viejas murallas de piedra: podía cuestionarlas y, a pesar de que de vez en cuando lo contradecían, el asunto nunca se ponía feo ni emocional, nunca era una cuestión personal.

—Me llamo Armand Gamache. Estoy ayudando a investigar el asesinato de Augustin Renaud.

—Usted es de la Sûreté, ésta no es su jurisdicción. Métase en sus asuntos.

La espalda tensa se negaba a darse la vuelta.

Gamache lo contempló un momento.

—¿Es que no quiere ayudar?

—Ya he ayudado.

Serge Croix dio media vuelta y miró a Gamache con muy poca simpatía.

—Estuve toda una tarde con el inspector Langlois cavando en el sótano de la Sociedad Literaria e Histórica. Malgasté el domingo entero y ¿sabe qué encontramos?

—¿Patatas?

—Patatas. Que es más de lo que encontró Augustin Renaud cuando buscaba a Champlain. Y ahora, no me gustaría ser descortés, pero váyase. Tengo mucho trabajo que hacer.

—¿En qué está trabajando?

Gamache se acercó a la mesa.

Estaban en el sótano de la capilla del convento de las ursulinas. Habían instalado focos industriales y unas largas mesas de trabajo en el centro de la sala principal. El doctor Serge Croix estaba junto a la más larga.

—Es un yacimiento que lleva abierto bastante tiempo.

Gamache miró el interior de un agujero que había junto a una de las paredes de piedra áspera.

—¿Es aquí donde enterraron al general Montcalm y a sus hombres?

—No, los encontraron allí.

Croix señaló otra zona del sótano y siguió trabajando. Gamache dio unos pasos y miró el agujero. Nunca había estado en aquel sótano, pero llevaba leyendo cosas en torno a ese momento de la historia desde que iba a la escuela. El heroico paseo del *général* a lomos de su magnífico caballo por el campo de batalla para inspirar a las tropas. Y más tarde, la descarga de fusilería. Lo hirieron, pero él se aferró a su montura. Cuando estuvo claro que habían perdido la batalla, cuando no hubo duda de que Bougainville no iba a llegar, las fuerzas francesas se replegaron dentro del recinto amurallado de la ciudad. Montcalm llegó hasta allí a caballo con la ayuda de dos soldados que lo sujetaban por los costados. Lo llevaron justo hasta aquel punto, donde estaban, y donde moriría en paz.

Contra todo pronóstico, aguantó hasta el día siguiente, cuando por fin sucumbió.

Las monjas, temerosas de que los ingleses profanasen el cadáver y con miedo a las represalias, enterraron al general donde había muerto. Y más adelante desenterraron el cráneo y un hueso de una de las piernas y los metieron en una cripta de la capilla para protegerlos y rezarles en la intimidad.

Una reliquia.

En Quebec esas cosas tenían mucho poder.

Y al fin el general Montcalm se había reunido con los hombres con los que murió. Unos años antes, habían enterrado sus restos en una fosa común de soldados, la tumba que contenía los cuerpos de todos los hombres que perdieron la vida en una espantosa hora, en los campos del granjero Abraham.

Franceses e ingleses juntos para toda la eternidad. Tiempo suficiente para hacer las paces.

Gamache se fijó en el jefe de Arqueología, inclinado sobre un pedazo de metal, limpiando la tierra con un pincel. ¿También a eso podían llamarlo saquear tumbas? ¿Es que no eran capaces de dejar a los muertos en paz? ¿De qué servía desenterrar al general y volver a enterrarlo con gran pompa, boato y un monumento a menos de doscientos metros de allí? ¿Qué fin se perseguía?

Gamache sabía cuál. Todos lo sabían.

Que nadie olvidase nunca las muertes y los sacrificios. Quién había muerto y a manos de quién. Aunque la ciudad se hubiese construido a base de fe y de pieles, sobre carne y huesos, su combustible eran los símbolos. Y la memoria.

Al volverse, Gamache se dio cuenta de que el doctor Croix miraba en la misma dirección: el lugar donde habían enterrado y desenterrado al *général*.

—*Dulce et Decorum est* —recitó el arqueólogo.

—*Pro patria mori* —terminó Gamache.

—¿Conoce a Horacio? —preguntó Croix.

—Conozco la cita.

—«Dulce y honorable es morir por la patria.» Magnífico —dijo Croix mirando más allá de Gamache.

—¿Usted cree?

—¿Acaso usted no, monsieur?

Croix lanzó una mirada de sospecha al inspector jefe.

—No. Es una mentira antigua y peligrosa. Tal vez sea necesario, pero nunca es dulce y rara vez honorable. Es una tragedia.

Se miraron con rencor desde extremos opuestos del sótano de tierra.

—¿Qué quiere? —exigió saber Croix.

El arqueólogo era alto y delgado, duro y afilado. Como un hacha. Y apuntaba a Gamache.

—¿Por qué se interesaría Augustin Renaud por unos libros que habían pertenecido a Charles Chiniquy?

No era de extrañar que el doctor Croix lo mirase como si se hubiera vuelto loco.

—¿Qué quiere decir? Ni siquiera entiendo la pregunta.

—Poco antes de ser asesinado, Renaud encontró dos libros que lo exaltaron bastante. Provenían de la Sociedad Literaria e Histórica; sin embargo, en su día habían pertenecido al padre Chiniquy. ¿Sabe de quién le hablo?

—Claro que sí, ¿quién no lo conoce?

Todo el mundo exterior, pensó Gamache. Le hacía gracia que la gente creyese que los demás se obsesionaban con las mismas cosas que ellos o que, al menos, compartían sus intereses. Y a los arqueólogos e historiadores, presas del pasado, les resultaba inconcebible que los demás no lo fueran.

Para ellos, la historia estaba tan viva como el presente. Y pese a que olvidar el pasado condenaba a las personas a repetirlo, recordarlo con demasiada intensidad los castigaba a no dejarlo nunca atrás. Aquél era un hombre que lo recordaba con viveza.

—¿Qué conexión podían tener Charles Chiniquy y Champlain? —preguntó Gamache.

—Ninguna.

—Piénselo, por favor. —El inspector jefe, sin dejar de ser agradable, había hablado en un tono más cortante—. Chiniquy poseía algo que a Augustin Renaud le causó cierta excitación, y sabemos que éste tenía una única pasión: Champlain. Por tanto, a finales del siglo XIX, Charles Chiniquy debió de encontrar algo, un libro, cualquier cosa sobre Champlain. Y Renaud estaba convencido de que cuando la encontrase, esa cosa lo llevaría hasta la tumba del fundador.

—¿Está chalado o qué? Los pajaritos lo llevarían a esa tumba. Una vocecita en el interior de su cabeza, los posos del café. Veía pistas por todas partes, todo le parecía irrefutable. Estaba chiflado.

—No estoy diciendo que esos libros resolvieran el misterio de Champlain —explicó Gamache—. Sólo que Renaud lo creía.

Croix entrecerró los ojos, pero Gamache se daba cuenta de que ya no descartaba la idea sin más. Al final, negó con la cabeza.

—Tengo otra pregunta —dijo el inspector jefe—. Chiniquy y James Douglas eran amigos, ¿correcto?

Croix contestó que sí, interesado por saber adónde quería llegar Gamache.

—¿Sabe por qué motivo podrían haberse citado con dos jornaleros inmigrantes irlandeses en el año 1869?

—Los obreros estaban borrachos, locos o ambas cosas. No hay misterio.

—Ya, pero es que sí lo hay porque se reunieron en la Sociedad Literaria e Histórica.

Al oír eso, Croix se paró a pensar.

—Vaya, eso sí que es un misterio —admitió—. Los irlandeses odiaban a los ingleses. No habrían ido a la Sociedad Literaria e Histórica por voluntad propia ni muertos.

—¿Quiere decir que no fue idea suya?

—Si le digo la verdad, dudo que supieran leer y escribir. Lo más probable era que ni siquiera supiesen que la sociedad existía. Y si la conocían, el corazón de la comunidad inglesa sería el último lugar al que querrían ir.

—Y no obstante fueron. Para ver al padre Chiniquy y al doctor James Douglas. ¿Por qué?

Al ver que no recibía respuesta, Gamache metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó la vieja fotografía.

—Éstos son los trabajadores, los dos que sonrían. Poco después de que les hicieran esta foto, este hombre —Gamache señaló la figura de Sean Patrick con el dedo— compró una casa en la parte alta de la ciudad, a la vuelta de la esquina de aquí, en des Jardins.

—Imposible.

—Es un hecho.

Croix escrutó el rostro del inspector jefe y volvió a mirar la fotografía.

—¿Sabe qué excavaciones estaban haciéndose en ese momento?

—¿En 1869? Imagino que habría muchas en marcha.

—A juzgar por la ropa que llevan, debía de ser verano, y supongo que están en el casco viejo. Fíjese en las paredes de piedra.

Croix examinó la foto pese a la poca nitidez y asintió.

—Puedo intentar averiguarlo.

—*Bon* —respondió Gamache y tendió la mano para que le devolviese la fotografía.

Croix parecía reticente a soltarla, pero al final se la entregó.

—¿Cómo descubrió que Chiniquy y Douglas se habían reunido con los dos trabajadores? —preguntó Croix.

—Por el diario de Renaud. Pero no tengo ni idea de cómo lo sabía él. Supongo que estaría en uno de los libros que encontró. Compró la colección de Chiniquy que tenían en la Sociedad Literaria e Histórica y estoy seguro de que en alguno de los volúmenes hay algo. Pero no los hemos encontrado. Creo que Renaud los escondió. ¿Qué podrían decir unos libros de hace más de cien años para que alguien estuviera dispuesto a matar por ellos? —preguntó Gamache.

—Se sorprendería. No todo lo que está enterrado está muerto —afirmó el arqueólogo—. Para muchos, el pasado sigue vivo.

Gamache reflexionó. ¿Qué pedazo putrefacto de historia campaba a sus anchas entre ellos? ¿Qué piedra habría levantado Renaud?

De pronto, recordó una entrada del diario. No la que tenía los círculos y los signos de exclamación, sino otra más discreta. Una reunión a la que ya no pudo asistir con un tal S. C.

Sin prisa y con la mirada clavada en Croix, que ya regresaba a su mesa de trabajo, el inspector jefe se guardó la foto en el bolsillo.

—¿Había quedado usted con Augustin Renaud?

Croix se detuvo en seco y al final dio media vuelta y se quedó mirándolo.

—¿Qué?

—El jueves a la una. Augustin Renaud tenía una cita con un tal S. C.

—¿S. C.? Podría ser cualquiera.

—Sí, cualquiera con esas iniciales. ¿Era usted?

—No comería con Renaud por nada del mundo. Ni siquiera me dejaría ver en la misma habitación que él. No. Siempre estaba pidiéndome cita, exigiendo hablar conmigo, pero siempre me negué una y otra vez. Era un hombre muy desagradable que se creía más listo que los demás. Era vengativo, manipulador y estúpido.

—Y tal vez, al final, tuviera razón —aventuró Gamache—. A lo mejor encontró a Champlain. ¿Se temía usted eso? ¿Tenía miedo de que se saliera con la suya y por eso le puso todas las trabas que pudo?

—Intenté pararle los pies porque era un charlatán idiota que, con sus fantasías, no hacía más que estropear yacimientos reales y de gran valor. Era una amenaza.

Serge Croix había levantado tanto la voz que las duras palabras rebotaron en las paredes de piedra,

salieron proyectadas hacia ellos y llenaron el espacio con una rabia que iba aumentando con el eco.

Sin embargo, la última frase no había sido más que un susurro áspero. Apenas audible, se arrastró por el suelo de tierra y le provocó un escalofrío a Gamache.

—Dice que intentaba pararle los pies. ¿Lo consiguió?

—¿Se refiere a si lo maté?

Se miraron a los ojos sin pestañear siquiera.

—No había quedado con él y que no le quepa duda de que no lo maté.

—¿Sabe dónde está enterrado Champlain? —preguntó Gamache.

—¿Perdone?

—Si sabe dónde está enterrado Samuel de Champlain.

—¿Qué quiere decir con eso?

La voz de Croix era un susurro y su mirada estaba cargada de rabia.

—Ya sabe qué quiero decir. Es una pregunta muy clara.

—¿Cree que sé dónde está la tumba y que lo mantengo en secreto?

Croix bañó hasta la última sílaba de la última palabra de desprecio.

—Me parece casi inconcebible que sepamos dónde están los clérigos de menor importancia, los héroes de guerra, hasta los granjeros —dijo Gamache sin quitarle ojo— y en cambio no sepamos adónde fue a parar el fundador de este país. El padre de este país. Me da la sensación de que tanto usted como el resto de los arqueólogos se burlaron de Renaud no por ser un hazmerreír, sino justamente porque no lo era. ¿Estaba acercándose? ¿Encontró a Champlain?

—¿Se ha vuelto loco? ¿Por qué iba a esconder el hallazgo arqueológico más importante de la nación? Sería mi consagración, un espaldarazo para mi reputación. Se me recordaría para siempre como el hombre que dio a los quebequeses la pieza que faltaba en su historia.

—La pieza no falta, monsieur, sólo faltan los restos mortales. ¿Por qué?

—Hubo un incendio. La primera iglesia donde estuvo se quemó junto con los documentos...

—La versión oficial ya la conozco, pero eso no explica el misterio y usted lo sabe. ¿Por qué no han encontrado el cuerpo? No tiene sentido. Por eso me hago otra pregunta. No por qué no lo hemos hallado, sino otra muy diferente: suponiendo que se supiera dónde está, ¿por qué ocultarlo?

Gamache fue acercándose al jefe de Arqueología a medida que hablaba, hasta que estuvieron cara a cara, casi tocándose. Entonces susurró:

—Hasta el punto de cometer asesinato.

Se sostuvieron la mirada hasta que Croix dio un paso atrás.

—¿Por qué querría alguien hacer algo así? —preguntó.

—Sólo hay un motivo, ¿no? —dijo Gamache—. Que Champlain no fuera lo que parecía. Que no fuera el héroe, la figura paterna, el gran hombre que todos pensamos. Se ha convertido en un símbolo de la grandeza de los quebequeses y para los separatistas es un potente icono de lo que la colonia podría haber sido si los ingleses no se hubieran hecho con el control. Champlain odiaba a los ingleses, se burlaba de ellos diciendo que eran auténticas bestias. Es la herramienta perfecta para los separatistas de Quebec, a todos los niveles. Pero ¿y si nada de eso fuese verdad?

—¿De qué está hablando?

—Muchas de las cosas que conocemos como historia no lo son. Usted lo sabe y yo también. Pero tienen un propósito. Los acontecimientos se exageran, se inventan héroes, se redefinen los objetivos para que parezcan más nobles de lo que eran. Todo para manipular a la opinión pública y fabricar un enemigo u objetivo común. ¿Y cuál es la piedra angular de todo gran movimiento? Un símbolo poderoso. Si quitamos eso o lo mancillamos, todo lo demás se desmorona, todo se pone en duda. Y

eso no se puede permitir.

—¿Y qué podía tener Champlain tan malo? —respondió Croix.

—¿Cuándo nació?

—No lo sabemos a ciencia cierta.

—¿Qué aspecto tenía?

Croix abrió la boca, pero volvió a cerrarla.

—¿De quién era hijo?

Croix se quedó callado, sin siquiera intentar responder la pregunta.

—¿Era espía? Era un experto cartógrafo y, sin embargo, muchos de sus mapas mostraban criaturas ridículas y hablaban de acontecimientos que a todas luces eran mentira.

—Era el estilo de la época.

—¿Mentir? ¿Ahora resulta que mentir es un estilo? Sabemos quién lo quiere encontrar, doctor Croix, pero la cuestión es quién quiere que permanezca bajo tierra.

Gamache se marchó, deseando que la charla con el jefe de Arqueología hubiera sido algo más cordial, si es que Serge Croix era capaz de eso. Le habría encantado echar un vistazo en aquel sótano rebosante de historia, hacerle preguntas sobre la batalla de las Llanuras de Abraham, sobre las balas de cañón que aún aparecían incrustadas en los árboles del casco viejo de Quebec.

Le habría encantado preguntarle por la extraña coincidencia de que el capitán Cook y Bougainville luchasen en bandos opuestos en la misma batalla y por la casi inconcebible decisión que tomó el cartógrafo de no ayudar a su general.

Sin embargo, ésas eran preguntas que tendrían que esperar y para las que quizá no hubiera respuesta.

Justo antes de precipitarse de nuevo al invierno de Quebec, llamó al inspector Langlois y quedó con él. Diez minutos más tarde, recorría los pasillos de la comisaría en busca de su despacho mientras lo tomaban por un profesor visitante quizá, o un académico al que habían llamado como consultor.

—Inspector jefe.

El inspector Langlois avanzaba con la mano tendida. El resto de los presentes se pusieron de pie al verlo entrar. Gamache los saludó con la cabeza y les ofreció una breve sonrisa antes de que Langlois lo condujera a su despacho privado.

—Ya debe de estar acostumbrado —dijo el inspector.

—¿A las miradas? Va con el puesto. Así que, en efecto, estoy acostumbrado. —Gamache le dio el abrigo a Langlois—. Pero claro, desde lo del secuestro y los demás acontecimientos, la cosa ha cambiado.

No valía la pena fingir que no era así.

El inspector Langlois colgó la parka del inspector jefe.

—Estoy al tanto de todo lo que ha pasado desde entonces, claro. La principal cuestión es por qué no lo vimos venir.

Langlois escrutó el rostro de Gamache, ansioso por obtener una respuesta. Pero no la encontró.

—Los que organizaron el ataque fueron muy pacientes. El plan se gestó a lo largo de muchísimo tiempo —explicó al final el inspector jefe—. Avanzaba tan despacio que era invisible.

—Pero algo de esa envergadura...

La pregunta del inspector Langlois era la misma que se hacía todo el mundo: ¿cómo pudieron no darse cuenta?

Tácticas de despiste. Astucia. Y la capacidad de los atacantes de adaptarse. Por eso no se dieron cuenta, pensó Gamache.

Aceptó la silla que le ofreció Langlois, pero no dijo nada. El inspector se sentó enfrente.

—¿Cuándo se dio cuenta de que era más que un simple secuestro?

Gamache permaneció en silencio. Vio al inspector Beauvoir regresar después de hablar con la agente Nichol en el sótano de la jefatura de la Sûreté, adonde él mismo la había enviado hacía un año, tal vez más. Una tarea que sabía que ella odiaría, pero que necesitaba aprender. Escuchar a otras personas. Y no hablar.

Debía aprender a estar en silencio.

A Beauvoir no le hacía gracia involucrar a la agente Nichol. Y, a decir verdad, a él tampoco, pero no había visto otra salida. El superintendente jefe Francoeur estaba persiguiendo a los secuestradores por caminos que Gamache cada vez identificaba con mayor claridad como los previstos por los propios criminales. Para llevar a la Sûreté de aquí para allá. Las transmisiones de Morin aparecían en cualquier parte de la vasta provincia. La tarea de localizar la llamada era una farsa.

No. Necesitaban ayuda. Y la rencorosa joven agente del sótano era la única persona a quien podía recurrir.

El superintendente jefe Francoeur no se acordaría de ella. Nadie la tenía en cuenta. Y así Gamache podría operar a escondidas a través de ella.

«Dice que necesita la contraseña de su ordenador —escribió Beauvoir a mano— para que nadie más vea sus mensajes. También quiere que haga pausas lo más largas que pueda mientras habla con Morin para grabar el sonido ambiente.»

Gamache asintió y, sin pensárselo dos veces, le dio la contraseña. Sabía que estaba dándole acceso a todo, pero también que no le quedaba más remedio que hacerlo. Estaban a ciegas. Ni siquiera Morin podía ayudarlos. Estaba atado de cara a una pared y a un reloj. Ya había ayudado todo lo posible con una descripción del entorno: el suelo de hormigón, la suciedad, la sensación de que, fuera aquello lo que fuese, el edificio estaba abandonado. Paul Morin les había descrito el silencio.

Pero se equivocaba. No era un lugar abandonado. Y tampoco estaba en silencio. No del todo. Los auriculares que le llevaban la voz de Gamache de forma clara desde kilómetros de distancia lo habían engañado al amortiguar los sonidos más cercanos.

Sin embargo, la agente Nichol los identificó. Pequeños ruidos envueltos en el silencio.

—El *premier* parece aliviado por que el asunto no haya alcanzado el nivel político. Todavía —añadió Langlois, y cruzó las piernas—. Las consecuencias están bajo control.

Al ver la expresión impasible de Gamache, se arrepintió de inmediato de su comentario.

—*Désolé*, lo he dicho sin pensar. Yo también estuve en el cortejo fúnebre. Pero mucho más atrás, claro.

Gamache sonrió levemente.

—No pasa nada, es difícil saber qué decir. Sospecho que no hay una única opción correcta. No se preocupe.

Langlois asintió con la cabeza y entonces se decidió y se echó hacia delante.

—¿Cuándo se dio cuenta de lo que estaba pasando?

—No esperará que le responda, ¿verdad?

Lo dijo con una nota de humor en la voz, lo suficiente como para limar el filo de sus palabras.

—Supongo que no. Lo siento. Sé que ya ha hecho declaraciones, pero como policía siento curiosidad. No entiendo cómo se nos escapó a todos. Tenía que ser obvio, ¿no? El plan de ataque era tan...

Langlois buscó la palabra adecuada.

—¿Primitivo? —ofreció Gamache después de un momento.

El inspector asintió.

—Muy simple.

—Y eso es justo lo que lo hizo tan eficaz —dijo Gamache—. Llevábamos años buscando una amenaza de alta tecnología, una bomba de última generación. Algo bioindustrial, genético, nuclear. Rastreábamos internet, usábamos telecomunicaciones, satélites...

—Y la respuesta estaba delante de nuestras narices —añadió Langlois negando con la cabeza—. Pero no nos dimos cuenta.

«Te encontraré. No voy a permitir que te ocurra nada.»

«Le creo, señor.»

Durante las breves pausas que Gamache hacía en su conversación con Paul Morin, registraron sonidos de fondo, como los susurros de algún fantasma en la distancia.

El agente Morin no estaba solo. Al fin y al cabo, el «granjero» no lo había abandonado. Allí había otras personas; gente que hablaba en voz muy muy baja. Que caminaba con mucho cuidado. Sin apenas hacer ruido. Pero un poco sí. Lo suficiente para que lo percibiesen equipos muy delicados y oídos de sorprendente sensibilidad.

¿Y qué se decían entre ellos? Había tardado horas, horas valiosísimas, pero al final Nichol logró aislar una frase crucial.

«La Grande.»

La agente le había puesto la grabación a Beauvoir una y otra vez, examinando cada sílaba, cada letra. El tono, la respiración. Hasta que llegaron a una conclusión.

La Grande. La presa hidroeléctrica que contenía billones de toneladas de agua. Un dique gigante diez veces más grande que cualquier otro de América del Norte y que proporcionaba energía eléctrica a millones, cientos de millones de personas.

Sin ella, gran parte de Canadá y de Estados Unidos quedaría sumida en las tinieblas.

La presa La Grande estaba en mitad de la nada y era casi imposible llegar a ella sin permiso oficial.

Gamache había mirado el reloj en el momento en que Beauvoir y Nichol le escribieron desde el sótano y le enviaron el archivo de audio para que oyese lo que habían descubierto.

Eran las tres de la mañana. Tenían ocho horas. Morin y él habían estado hablando de muestras de pintura y de sus nombres. Concha marina. Azul transatlántico. Perla de la Patagonia.

Con sólo tres o cuatro pasos, Gamache se acercó al enorme mapa de Quebec que colgaba de la pared. Buscó el río La Grande con el dedo y el punto donde se había desviado y contenido su caudal. A consecuencia de ello, no sólo habían desaparecido cientos de hectáreas de antiguos bosques y con ellos manadas enteras de caribús, ciervos y alces, sino que se habían removido depósitos de mercurio que envenenaron a las comunidades indígenas.

Pero también había sido un milagro de la ingeniería y décadas después continuaba generando energía. ¿Qué pasaría si de pronto desapareciese?

El dedo del inspector jefe Gamache siguió un espantoso recorrido hacia el sur, trazando el torrente que se crearía al liberar de golpe toda el agua, toda aquella fuerza. Sería como si una serie de bombas nucleares arrasaran la provincia.

Pasó el dedo por encima de poblados crece y poblaciones cada vez más grandes hasta llegar a las ciudades. Val-d'Or. Rouyn-Noranda.

¿Hasta dónde llegaría el agua antes de que el torrente perdiese fuerza y se disipase? ¿Cuánto

tardaría toda esa energía en agotarse? ¿Cuántos cadáveres arrastraría consigo?

Paul Morin hablaba de cuando el gato que tenían en casa marcó la impresora de su padre.

¿Era allí adonde habían llevado a Morin? ¿Lo tenían cautivo en la presa?

«Te encontraré.»

«Le creo, señor.»

—¿Gamache?

El inspector jefe miró al inspector Langlois a la cara.

—¿Todo bien?

Gamache sonrió.

—Sí, estoy bien. Disculpe.

—¿En qué puedo ayudarlo?

—Es por el caso de Renaud. ¿Han encontrado alguna caja de libros que pudiera pertenecerle, pero no estuviera en su casa?

—Su ex mujer tiene algunas. Él las llevó a su sótano hace unas semanas. ¿Qué pasa?

Gamache se inclinó hacia delante y sacó la libreta.

—¿Me daría la dirección?

—Por supuesto.

Escribió las señas y le entregó el pedazo de papel al inspector jefe.

—¿Algo más?

—No, con esto ya me vale. *Merci*.

Gamache plegó la nota, se puso el abrigo, le dio las gracias al inspector y se marchó. El eco de sus pasos decididos lo siguió por el largo pasillo hasta la salida.

Paró un taxi y llamó a Émile. Hizo que el conductor pasara a recogerlo y, una vez juntos, salieron del casco viejo por Grande Allée, con sus bares y restaurantes de alegre iluminación. El taxi giró a la derecha en la avenida Cartier y después otra vez a la derecha en una pequeña calle, la rue Aberdeen.

Gamache había llamado a madame Renaud desde el taxi para asegurarse de que estaba en casa. Un momento después, la mujer les abrió la puerta de su hogar y entraron. Vivía en una planta baja, en una hilera de antiguas casas elegantes, todas ellas con escaleras de hierro forjado que conducían a los apartamentos de los pisos superiores.

En el interior, los suelos eran de madera oscura y las habitaciones generosas y de proporciones muy agradables. Las amplias molduras originales aún recorrían la unión entre las paredes y el techo, y todas las lámparas de araña colgaban de un rosetón de yeso. Eran hogares refinados en un *quartier* de los más apreciados de Quebec. No todo el mundo quería vivir dentro de la muralla, donde apenas había sitio y la vida obedecía a los caprichos de los urbanistas de antaño. En cambio, en aquella parte de la ciudad las calles eran más anchas, estaban flanqueadas por altísimos árboles centenarios y cada casa tenía un modesto jardín delantero, al menos cuando no estaba enterrado bajo medio metro de nieve.

Madame Renaud era pequeña y alegre. Les cogió los abrigos y les ofreció una taza de café, que ambos rechazaron.

—Sentimos su pérdida, madame —dijo Gamache al sentarse en el acogedor salón.

—*Merci*. Es cierto que era insoportable, más tozudo que una mula y ensimismado como nadie. Pero aun así...

Gamache y Émile la miraron mientras recobraba la compostura.

—Aun así, ahora que ya no está, la vida parece algo más vacía, menos vibrante. Su pasión me daba envidia. Creo que yo no he sentido algo así de fuerte por nada. Y tampoco es que fuese tonto. Sabía lo

que las cosas que hacía iban a costarle, pero estaba dispuesto a pagar el precio.

—¿Cuál era ese precio? —preguntó Émile.

—Se burlaban de él, lo ridiculizaban. Pero lo peor es que a nadie le caía bien.

—Excepto a usted.

Ella no dijo nada.

—Al final se quedó solo. Pero no podía parar, no fue capaz de cambiar a un explorador muerto por unos cuantos amigos vivos.

—¿Cuándo le trajo los libros? —inquirió Gamache.

—Hará unas tres semanas. Hay cuatro cajas. Me dijo que ya no le quedaba sitio en casa.

Émile y Gamache intercambiaron una mirada fugaz. No cabía duda de que el apartamento de Renaud estaba a reventar, pero aquello ya era un desastre y no le iba de cuatro cajas más.

No. Las había llevado a casa de su esposa por otro motivo. Para que las tuviera a buen recaudo.

—¿Le trajo algo más? —preguntó Émile.

Ella negó con la cabeza.

—Era muy reservado por naturaleza, algunos dirían que paranoico.

La mujer sonrió. Era alegre y Gamache se maravilló de que Renaud la hubiera escogido como esposa. ¿Acaso había conocido la felicidad durante unos cuantos años dorados? ¿Habría sido ése un magnífico intento de cambiar el rumbo de su vida y encontrar un lugar en la orilla, con aquella mujer amable y jovial? Pero como era de esperar, no fue capaz.

Gamache observó a madame Renaud mientras ella charlaba con Émile. Pensó que a pesar de todo, ella aún lo quería, y se preguntó si eso era una bendición o una maldición?

También si todo aquello desaparecería con el tiempo. Si la voz se apagaría y los rasgos se desdibujarían. Si los recuerdos se desvanecerían y ocuparían su lugar en el olvido junto a otros acontecimientos del pasado, igual de agradables pero neutros.

Avec le temps. ¿Es que con el paso del tiempo amamos menos?

—¿Le importa que echemos un vistazo a las cajas? —preguntó Gamache.

—En absoluto. Los otros agentes ya lo han hecho, pero no debieron de interesarles mucho. ¿Qué buscan exactamente?

—Dos libros —respondió Gamache al llegar a una gran cocina como las de antes, en la parte de atrás del apartamento—. Por desgracia, no sabemos cuáles son.

—Espero que los encuentren aquí.

Abrió una puerta y encendió la luz.

Gamache y Émile vieron unos escalones de madera que llevaban a un sótano oscuro con suelo de tierra. Les llegó un ligero aroma almizclado y, a medida que iban bajando, les dio la sensación de que entraban en el agua. Gamache sintió el aire fresco subiéndole por las piernas hasta que le llegó al pecho. Al final, se sumergió por entero en el aire frío y húmedo.

—Cuidado con la cabeza —dijo la mujer, pero ambos estaban acostumbrados a aquellas casas viejas y ya se habían agachado—. Las cajas están junto a la pared del fondo.

A Gamache le costó un momento adaptar la vista a la oscuridad, pero enseguida vio las cuatro cajas de cartón. Se acercó y se arrodilló delante de una al tiempo que Émile se dedicaba a otra.

La de Gamache contenía una variedad de libros de diferentes tamaños. Antes que nada, miró el número de catálogo. Todos eran de la Sociedad Literaria e Histórica y algunos también llevaban escrito el nombre de Charles Chiniqy, aunque ninguno coincidía con la numeración que había en el diario. Siguió con otra caja.

Ésa estaba llena de sermones encuadernados, obras de consulta y viejas biblias familiares, algunas

católicas y otras presbiterianas. Abrió el primer libro y comprobó el número: 9-8495. De pronto se le aceleró el pulso. Aquélla era la caja. Abrió el siguiente libro y después uno más, los números iban en progresión. 9-8496, 9-8497, 9-8498. Entonces Gamache sacó el siguiente, una colección de sermones encuadernada en cuero negro, y lo abrió: 9-8500.

Lo miró como si así pudiera cambiar los números, y con mucho cuidado volvió a abrirlos todos muy despacio. Después guardó los veinte libros de nuevo en la caja, uno a uno.

En efecto, faltaba uno.

El 9-8499.

Uno que había estado entre el tomo de sermones y la biblia de la confirmación de Chiniquy.

—*Maudits* —Gamache masculló entre dientes. ¿Por qué no estaba allí?—. ¿Has tenido suerte? —le preguntó a Émile.

—Nada. El condenado debería estar aquí —Émile metió el dedo entre dos tomos—, pero no está. El nueve- ocho-cinco-siete-dos. ¿Crees que se nos ha adelantado alguien?

—Madame Renaud ha dicho que sólo han venido los del equipo de Langlois.

—Bueno, lo que queda podría ser útil —dijo Émile.

Gamache miró dentro de la caja. Contenía una serie de tomos de cuero negro, todos del mismo tamaño y ordenados con el lomo hacia fuera. Cogió uno y lo examinó. Era un diario. La caja de Émile contenía las agendas y los diarios personales de Charles Paschal Télesphore Chiniquy.

—Cada uno corresponde a un año —observó Émile—. El que falta es el de 1869.

Gamache se sentó sobre los talones y miró a su mentor, que estaba sonriéndole.

Incluso en la penumbra del sótano, Gamache se dio cuenta de que Émile tenía un brillo en los ojos.

—Bueno, inspector jefe, ¿qué hacemos ahora?

—Sólo nos queda una alternativa, jefe —respondió Gamache con una sonrisa, y cogió la caja de los diarios de Chiniquy—. Vamos a tomar algo.

Ambos subieron la escalera y, con permiso de madame Renaud, se marcharon con los libros. Justo a la vuelta de la esquina estaba el Café Krieghoff y después de un gélido minuto se sentaron a una mesa rinconera, junto a la ventana, alejados del resto de los clientes. Eran las seis de la tarde y en aquel momento iban llegando los que salían del trabajo. Funcionarios, políticos de las oficinas gubernamentales de la zona, profesores, escritores y artistas. Era un lugar frecuentado por los bohemios y uno de los bares favoritos de los separatistas desde hacía décadas.

La camarera, vestida con vaqueros y jersey, les sirvió un bol de frutos secos y dos whiskies. Bebieron, comieron y leyeron los diarios. Era una lectura fascinante, una ventana abierta a una mente noble y, al mismo tiempo, enferma. Una mente sin la menor conciencia de sí misma, llena de determinación y delirios.

Iba a salvar almas, y al diablo con sus superiores.

El teléfono de Gamache vibró y él respondió a la llamada.

—¿Inspector jefe?

—*Salut, Jean-Guy*. ¿Cómo estás?

La pregunta no era una mera fórmula de cortesía, sino que la hacía con sinceridad.

—La verdad es que estoy bien. Mejor.

Y así lo parecía. La voz del joven tenía un matiz enérgico que hacía meses que no le oía.

—¿Y usted, dónde está? Hay mucho ruido.

—En el Café Krieghoff.

La risa de Beauvoir le llegó por el teléfono.

—Ya veo que está enfangado en un caso.

—*Bien sôr*. ¿Y tú?

Gamache también oía ruido de fondo.

—En el *bistrot*. Investigando.

—Claro que sí. Pobre.

—Necesito su ayuda —dijo Beauvoir—. Es sobre el asesinato del Ermitaño.

VEINTE

A Gamache le costó un momento despegarse del Quebec de mediados del siglo XIX que aparecía en los diarios de Charles Chiniquy y situarse en el precioso pueblo de Three Pines de hoy en día.

Y, sin embargo, el salto no era tan grande. Sospechaba que en los últimos ciento cincuenta años, Three Pines no había cambiado mucho. Si el padre Chiniquy hubiera visitado el diminuto pueblo, habría visto las mismas viejas casas de piedra, las construcciones revestidas de listones de madera, con las ventanas abuhardilladas, y las chimeneas humeantes. Habría cruzado el parquecito para llegar a las tiendas de ladrillo rosado, y tal vez se habría detenido a admirar la trinidad de árboles en el corazón de la comunidad.

En esos ciento cincuenta años de historia de Three Pines, sólo los habitantes habían cambiado. Con la posible excepción de Ruth Zardo. Gamache imaginó cómo habría recibido ella al padre Chiniquy y sonrió al pensar en lo que la loca poeta borracha le habría dicho al loco pastor abstemio.

Pues bien, toma esto —había escrito Ruth—. Toma un poco más de cuerpo. Bebe y come. Sólo conseguirás enfermar. Más todavía. No sanarás.

¿Habría curado Chiniquy a Ruth? Sin embargo, ¿qué podría haberle aliviado él? ¿La costumbre de beber, de escribir poesía? ¿Le habría curado las heridas? ¿El dolor de las palabras?

—Dime, ¿en qué puedo ayudarte? —preguntó a Beauvoir.

Estaba imaginando a su segundo sentado en el *bistrot*, delante del fuego, con una cerveza artesanal y un bol de patatas chips al punto de sal.

—Si Olivier no mató al Ermitaño, tenemos cinco sospechosos —anunció Beauvoir—: Havoc Parra y su padre, Roar. Vincent Gilbert y su hijo Marc, y el Viejo Mundin.

—Sigue.

Gamache miró por la ventana del Café Krieghoff. Los coches avanzaban sin prisa por la vespertina calle nevada, aún engalanada con alegres lucecillas festivas. La capital nunca había estado tan hermosa.

—Hay dos cuestiones importantes: quién tuvo la oportunidad y quién un motivo. Que yo sepa, Roar, Havoc y Marc tuvieron la ocasión de hacerlo. Por un lado, Roar estaba desbrozando los caminos de herradura que iban directos a la cabaña; por otro lado, la casita está en los terrenos de Marc y él podría haber recorrido esos caminos en cualquier momento y encontrarla.

—*C'est vrai* —dijo el inspector jefe asintiendo con la cabeza como si Beauvoir pudiera verlo.

—Havoc trabaja todos los sábados hasta tarde y podría haber seguido a Olivier hasta casa del Ermitaño.

Gamache calló un momento para hacer memoria del caso y de la noche en que asesinaron al Ermitaño.

—Pero en el *bistrot* había más gente, además de Havoc. Todos los sábados por la noche, el Viejo Mundin llega a la hora de cerrar para recoger los muebles que hay que restaurar. La noche del asesinato acudió como de costumbre.

—Cierto —convino Beauvoir—. Aunque en general se iba directo a casa, incluso antes de que

cerrasen. De todos modos, es una posibilidad.

—Entonces tenemos a Roar y a Havoc Parra, al Viejo Mundin y a Marc Gilbert. Todos podrían haber encontrado la cabaña y matado al Ermitaño. En ese caso, ¿por qué sigues contando a Vincent Gilbert entre los sospechosos? Según lo que dices, no parece que tuviera la oportunidad de encontrar la cabaña.

Beauvoir tardó un momento en contestar.

—Es que todo me parece demasiada casualidad. Marc compra un caserón hecho polvo que nadie quiere, la familia se muda allí, entonces alguien asesina al Ermitaño y casi al mismo tiempo aparece Vincent, a pesar de que hacía años que su hijo no sabía nada de él.

—Pero no tienes ninguna prueba —dijo Gamache con cierto apremio—. Nada más allá de una sensación.

Entonces notó que su segundo se ponía tenso. Jean-Guy Beauvoir no quería saber nada de sensaciones ni de intuiciones. Gamache, en cambio, sí.

—Puede que tengas razón —concedió el inspector jefe—. ¿Qué me dices de los motivos?

—Eso ya es más difícil. Sabemos por qué razón Olivier podría haber querido que el Ermitaño muriese, pero ¿el resto? Si lo que el asesino pretendía era robar, le salió el tiro por la culata. Que sepamos, en la cabaña no faltaba nada.

—¿Qué otros motivos podría haber? —preguntó Gamache.

—Una venganza. Tal vez el Ermitaño hiciera algo horrible y el asesino lo descubriese y lo matase por ello. Quizá llevara años tras su pista. Eso también explicaría la reclusión: el Ermitaño estaba escondido. Esos tesoros debieron de salir de alguna parte, y estoy casi seguro de que los robó él.

—En ese caso, ¿por qué no lo mató y después se llevó las cosas? ¿Por qué lo dejó todo donde estaba?

Gamache volvió a ver la casa, oculta en lo más recóndito del bosque. Desde fuera parecía una rústica cabaña de madera con macetas llenas de flores y hierbas aromáticas en las ventanas, un huerto y un riachuelo en la parte de atrás. Pero ¿y lo que se escondía en su interior? Primeras ediciones autografiadas, cerámica antigua, tapices, uno de los paneles de la famosa Cámara de Ámbar, cristal de plomo y candelabros de oro y plata. Y el violín.

Entonces vio al agente Morin de pie en mitad de la cabaña, torpe como una marioneta de madera, todo piernas y brazos desgarrados. Pero tan pronto como se puso a tocar aquel violín de valor incalculable, su cuerpo se transformó.

Gamache recordó las evocadoras primeras notas de *Colm Quigley*.

—Hay otra posibilidad —prosiguió Beauvoir—: que el asesinato no tuviese nada que ver con los tesoros, sino con algo que hubiera hecho el Ermitaño.

—Quieres decir que el tesoro nos distrajo, ¿verdad? Que me distrajo a mí.

—A ninguno de los que entraron en aquella cabaña se le pasó por la cabeza que el móvil pudiese ser nada más que aquellas riquezas. Parecía la respuesta obvia.

No obstante, Gamache se daba cuenta de que Beauvoir estaba empleando un tacto muy poco habitual. El inspector jefe había estado al mando de la investigación. Él asignó los agentes y los investigadores, y siguió su instinto, lo que a menudo provocaba enérgicas protestas por parte del inspector Beauvoir, que insistía en que tanto el móvil como el asesino estaban en Three Pines.

Y ahora Gamache estaba convencido de que el inspector tenía razón y de que él se había equivocado. Cabía la posibilidad de que hubiese enviado a un hombre inocente a prisión.

—De acuerdo, supongamos que el tesoro no tuvo nada que ver con el asesinato —concedió el inspector jefe—. Supongamos que lo único que tenía valor para el asesino era la vida del Ermitaño y

que, una vez se la hubo arrebatado, se marchó.

—Veamos —dijo Beauvoir.

El inspector pasó la pierna por encima del apoyabrazos de la butaca y se arrellanó hacia un costado de la misma. Quedaba oculto ante cualquiera que estuviese en el *bistrot*, lo único que lo delataba era la pierna en ademán despreocupado. No se lo veía, pero él tampoco veía a nadie.

—Si eliminamos el tesoro de la ecuación —dijo—, aún nos quedan otras pistas. La repetición de la palabra «Woo», tallada en el leño de cedro rojo y tejida en la telaraña. Debe de significar algo. Y «Charlotte». ¿Se acuerda de que ese nombre también era recurrente?

Vaya si lo recordaba. Por su culpa, Gamache había ido a toda prisa hasta el otro lado del continente, hasta un archipiélago del norte de la Columbia Británica sumido en la niebla, en lo que ahora le parecía que había sido una misión inútil.

—Tu lista de sospechosos tiene una pega —afirmó Gamache después de repasarlos uno a uno de cabeza.

—*Oui*?

—Todos son hombres.

—¿Tiene miedo de que se queje el Departamento de Igualdad? —preguntó Beauvoir entre risas.

—Es que no sé si deberíamos tener en cuenta a alguna de las mujeres —explicó Gamache—. Ellas son pacientes. Algunos de los crímenes más atroces que he visto los han cometido mujeres. No se dan tantos casos como entre los hombres, pero a ellas se les da mejor esperar el momento perfecto.

—Tiene gracia, Clara me decía lo mismo esta tarde.

—¿Y eso?

Gamache se echó hacia delante. Según el inspector jefe, valía la pena escuchar cualquier cosa que Clara Morrow tuviera que decir.

—Ha pasado la mañana con un grupo de mujeres del pueblo y al parecer la esposa del Viejo ha dicho algo curioso. Ha citado no sé qué manual de instrucciones que aconsejaba a las brigadas antiterroristas matar primero a las mujeres.

—Sí, el del Mossad —dijo Gamache—. Lo he leído.

Beauvoir enmudeció. El inspector jefe lo sorprendía a menudo. A veces lo hacía citando versos incomprensibles sacados de los poemas de Ruth, pero en general, como en aquel momento, era por las cosas que sabía.

—Entonces ya sabe a qué se refería —respondió Beauvoir—: a la capacidad de una mujer para matar.

—Sí, pero habla sobre todo de su dedicación. En cuanto tienen la determinación de matar, algunas mujeres no abandonan. Son despiadadas, imparables.

Gamache permaneció en silencio durante unos instantes. Miraba por la ventana sin ver el flujo de transeúntes abrigados hasta las cejas para protegerse del frío cortante.

—¿De qué estaban hablando para sacar eso a colación? ¿Por qué lo ha dicho La Esposa?

—Hablaban del caso. Clara acababa de preguntarle a Hanna Parra si ella sería capaz de matar.

—Clara tendría que ir con más cuidado —le advirtió el inspector jefe—. ¿Alguien que respondiese de forma particular?

—Clara me ha dicho que han contestado todas y que, después de hablarlo, no les ha quedado más remedio que admitir que es posible que el Mossad tenga razón.

Gamache frunció el ceño.

—¿De qué más han hablado?

Beauvoir consultó sus notas y le relató el resto de la conversación. Padres y madres, alzhéimer,

Charlie Mundin y el doctor Gilbert.

—Hay otra cosa que me llama la atención... Clara piensa que Marc Gilbert tiene unos celos desesperantes del Viejo Mundin.

—¿Por qué?

—Por lo visto, su padre está pasando mucho tiempo con los Mundin. La Esposa ha admitido que el Viejo ha desarrollado una especie de vínculo con el doctor. Como si fuera un padre sustituto.

—Los celos son un sentimiento muy poderoso. Lo suficiente como para matar.

—Pero la víctima es otra persona. El muerto no es el Viejo Mundin.

—¿Y cómo lo relacionarías con la muerte del Ermitaño? —preguntó el inspector jefe.

Gamache esperó durante la larga pausa y, al final, Beauvoir admitió que no veía ninguna relación.

—Tanto Carole Gilbert como el Viejo Mundin vienen de la ciudad de Quebec. ¿Le importaría preguntar por ellos por ahí?

El inspector jefe aceptó y Beauvoir hizo una pausa antes de la siguiente pregunta.

—¿Cómo está?

No le gustaba tener que preguntarlo, pues tenía miedo de que un día el inspector jefe le dijera la verdad.

—Estoy en el Café Krieghoff con Émile Comeau, un bol de frutos secos y un whisky. ¿Cómo voy a estar mal? —preguntó Gamache con tono cálido y amigable.

Sin embargo, Jean-Guy Beauvoir sabía exactamente lo mal que podía estar y que había estado.

Al colgar, se le coló una imagen en la mente. Por sorpresa, sin avisar, sin su permiso.

El inspector jefe empuñando una pistola. De pronto salta por los aires y, entre contorsiones, retorciéndose, cae al suelo. Y yace inmóvil sobre la fría superficie de cemento.

Gamache y Émile pararon un taxi y se llevaron los diarios de Chiniquy a casa. Mientras Émile preparaba una cena sencilla a base de estofado recalentado, Gamache dio de comer a *Henri* y lo sacó a pasear hasta la panadería, donde compró una barra de pan recién horneado.

Una vez en casa, los hombres se sentaron en el salón con un cesto de pan crujiente sobre la mesa, sendos boles de estofado delante y los diarios de Chiniquy apilados entre ambos en el sofá.

Pasaron la velada comiendo, leyendo y anotando cosas. De vez en cuando, uno de los dos leía en voz alta un fragmento de especial interés, unas líneas conmovedoras o un párrafo que, sin pretenderlo, resultase gracioso.

A las once de la noche, Armand Gamache se quitó las gafas de leer y se frotó los ojos cansados. Por muy fascinantes que fuesen desde un punto de vista histórico, de momento los diarios de Chiniquy no habían revelado ningún dato importante. No hacían mención de los trabajadores irlandeses Patrick y O'Mara y, a pesar de que en los primeros hablaba de James Douglas, hacia el final lo nombraba tan sólo de pasada, nada más. En un momento dado, Émile le leyó un fragmento a Gamache en el que Douglas empaquetaba las tres momias y se marchaba a Pittsburgh para vivir con su hijo.

Gamache escuchó y sonrió. Chiniquy hacía que sonase como un acto sin importancia, como si se tratase de un niño enfurruñado que recogía las canicas y se iba a casa. Se preguntó si el sacerdote lo habría descrito así de forma intencionada, para menospreciar al doctor Douglas. ¿Era posible que se hubieran enfadado? Y si así era, ¿tenía eso alguna relevancia?

Una hora más tarde, le echó un vistazo a Émile y se dio cuenta de que el anciano se había dormido con uno de los diarios abierto sobre el pecho. Con delicadeza, le levantó la mano para recuperar el tomo, le puso una almohada bajo la cabeza y lo tapó con un edredón.

Con mucho cuidado, echó un gran leño de cerezo al fuego y, acompañado de *Henri*, se fue a dormir sin hacer ruido.

Al día siguiente, antes del desayuno, vio que tenía un correo electrónico del jefe de Arqueología.

—¿Es algo interesante? —le preguntó Émile.

—Mucho. ¿Has dormido bien?

Gamache apartó la vista del mensaje y le sonrió.

—Ojalá pudiera decir que es la primera vez que me quedo roque delante del fuego —contestó el anciano entre risas.

—Entonces, ¿no fue por mi estimulante conversación?

—No. Nunca te hago caso, ya lo sabes.

—Ah, se confirman mis sospechas... Bueno, escucha esto ahora. —Gamache volvió a mirar el mensaje—. Es de Serge Croix. Le pedí que averiguase qué excavaciones estaban en curso en el casco antiguo durante el verano de 1869.

Émile se acercó a la mesa donde estaba su amigo.

—Es el año en que Chiniquy y Douglas quedaron con los trabajadores irlandeses.

—Exacto, y el año del diario que nos falta. El doctor Croix me ha escrito para decir que había tres grandes excavaciones. Una en la ciudadela, para reforzar las murallas; otra para ampliar el hospital Hôtel-Dieu, y ¿la tercera? La tercera fue en el sótano de un restaurante. El Old Homestead.

Émile se sentó. Un momento después se recostó en la silla y, pensativo, se llevó una mano a la cara. Gamache se levantó.

—Émile, me parece que voy a invitarte a desayunar por ahí.

Comeau se levantó con una chispa en la mirada.

—Creo que ya sé adónde me llevas.

Al cabo de veinte minutos, ya habían subido la empinada y resbaladiza cuesta que era Côte de la Fabrique y se detuvieron para recuperar el aliento y contemplar la imponente basílica de Notre-Dame. Era donde se había erigido la pequeña iglesia original, construida por los sacerdotes y los hermanos jesuitas y patrocinada por Champlain. Una modesta capilla del Nuevo Mundo dedicada a la Virgen María, para celebrar que, en una larga batalla por la estratégica colonia —en la que se habían vuelto las tornas varias veces—, habían recuperado la ciudad de Quebec de manos de los ingleses.

Allí era donde tuvo lugar el funeral del gran hombre y donde lo enterraron, si bien por poco tiempo. En un momento dado, Augustin Renaud había estado convencido de que los restos seguían allí, en la pequeña capilla de San José, donde el arqueólogo aficionado había hallado un ataúd revestido con una capa de plomo y algunas monedas antiguas. Se había puesto a excavar sin permiso y, en consecuencia, se desató una tormenta que salpicó incluso a la Iglesia. El padre Sébastien se había puesto del lado de Renaud, cosa que enfureció al jefe de Arqueología.

Aun así, no encontraron nada. Ni rastro de Champlain.

No obstante, y por extraño que pareciese, no llegaron a abrir el ataúd. Todos estaban de acuerdo en que no había ninguna posibilidad de que se tratase del fundador. Fue una extraña muestra de respeto ante el fallecido por parte de los arqueólogos, de Renaud y de una Iglesia más que dispuesta a desenterrar al *général* Montcalm, pero no a aquel cadáver anónimo.

«Así pues —pensó Gamache mientras caminaba—, supongamos que no hubiesen enterrado a Champlain en la capilla, sino en el cementerio de fuera.» El registro que mostraba la ubicación exacta de la última morada del padre de Quebec se destruyó en un incendio y hasta el lugar preciso donde se situaba el cementerio era algo que sólo podían aproximar. Pero si estaba junto a la capilla, eso significaba que estaría...

Justo ahí.

Gamache se detuvo. Por encima de ellos se alzaba el Château Frontenac y a un lado el propio Champlain, imponente y de una heroicidad imposible, oteando la ciudad.

¿Y delante del inspector jefe? El Old Homestead, que se había convertido en un restaurante.

Se quitó los guantes, metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó la fotografía de color sepia que alguien había tomado en 1869.

El inspector jefe retrocedió unos pasos y se desplazó un poco hacia la derecha. Miró la foto, después la realidad y por último volvió a contemplar la antigua imagen. Los dedos desnudos se le habían enrojecido y le quemaban del frío, pero continuó sujetando la fotografía para estar seguro.

Sí.

Aquéel era el sitio. El lugar exacto en el que habían estado Patrick y O'Mara ciento cincuenta años antes en un sofocante día de verano.

Habían estado cavando en el sótano del Old Homestead y habían encontrado algo que provocó una sonrisa en aquellos dos hombres cuyo gesto acostumbrado era mucho más huraño. Antes de ser un restaurante, el Homestead era, tal como indicaba su nombre en inglés, el hogar de algún particular. ¿Y antes de eso? Un bosque o tal vez un campo.

O quizá un cementerio.

El Old Homestead era ahora una simple casa de comidas y no estaba en su mejor momento. Si los cañones de los ingleses lo hubieran destruido, habría sido un final más digno que aquél.

Las camareras —que llevaban con alegría un uniforme que alguien generoso describiría como de época— servían café aguado en tazas blancas de producción industrial. Las duras sillas, incómodas piezas de madera diseñadas para tener un aspecto antiguo, daban descanso a los turistas que habían entrado pensando que la encantadora fachada era una promesa de un interior de las mismas características.

Pero no.

Una de las camareras les colocó delante sendas tazas rebosantes de café. Émile y Gamache habían conseguido sentarse en un banco de polipiel rojo, cuyas roturas y desgarrones estaban reparados con reluciente cinta americana.

Intercambiaron una mirada. Les dolía ver que uno de los monumentos de la ciudad había acabado así. La vieja Quebec había sido objeto de disputas y los franceses habían defendido su legado con valor, su *patrimoine*. Se la habían arrebatado a los ingleses una y otra vez para acabar estropeándola ellos mismos siglos más tarde.

De todos modos, el interior del edificio no era lo que les interesaba en ese momento. Ni siquiera lo que había fuera. Lo que les importaba era lo que yacía debajo de él. Pidieron un sencillo desayuno de huevos con beicon y charlaron sobre las diferentes teorías. Poco después les sirvieron lo que habían pedido, con los acompañamientos correspondientes: una ración de patatas fritas y otra de alubias guisadas. Al probar los huevos, ambos se sorprendieron de que estuvieran justo en su punto; el beicon estaba crujiente y el *pain de ménage* no sólo era casero, sino que además estaba calentito y tenía un sabor estupendo. Cuando hubieron terminado y pagado la cuenta, Gamache llamó a la camarera.

—Tengo una petición.

—Dígame —contestó con evidente impaciencia.

Ya le habían dado la propina y tenía prisa por ganarse la siguiente y después otra, y así reunir lo suficiente para un modesto hogar y comida para sus hijos. Aquellos ricachones de ropa bonita y olor

a jabón y a algo más estaban haciéndole perder el tiempo.

Sándalo, ése era el olor que reconocía. La fragancia le resultaba agradable y el más corpulento de los dos tenía una mirada amable, considerada, y le sonreía. El problema era que no podía pagar el alquiler con sonrisas, por mucho que lo intentase. No podía alimentar a sus hijos con la amabilidad de los extraños. Necesitaba que aquellos tipos se marchasen y otros tomasen asiento en el banco.

—Nos gustaría hablar con la encargada. —Gamache vio que se alarmaba y se apresuró a tranquilizarla—. No, descuide, no es para quejarnos de nada. Queremos pedirle un favor. De hecho, tal vez usted pueda ayudarnos. ¿Conocía a Augustin Renaud?

—¿El tipo ese de Champlain? ¿El muerto? Sí, claro.

—¿Lo conocía en persona?

—¿Qué insinúa?

—¿Solía venir al restaurante?

—Sí, alguna vez. Todos lo conocíamos. Yo misma lo atendí hace unas semanas.

—¿Vino solo o lo acompañaba alguien?

—Siempre venía solo.

—¿Se acuerda de todos los clientes? —preguntó Émile y ella lo sometió a escrutinio.

—Para nada —respondió con desdén—. Sólo de los más memorables. Y Augustin Renaud lo era. Era famoso en la ciudad.

—¿Puede ser que empezase a venir hace poco?

—Supongo que desde hacía unas semanas. ¿Por qué?

—¿Sabe si alguna vez habló con la encargada?

—Puede preguntárselo usted mismo —dijo, y con la cafetera le señaló una joven que estaba junto a la caja.

Gamache le dio veinte dólares más de propina y ambos se acercaron para presentarse. La encargada, una joven muy agradable, respondió a sus preguntas. Sí, se acordaba de Augustin Renaud. Sí, les había pedido permiso para bajar al sótano. A ella le había dado miedo que quisiera ponerse a excavar allí abajo.

—¿Se lo enseñó usted? —preguntó Émile con tono relajado y encantador.

—Sí, hace unas semanas. ¿Vienen de parte de la policía?

—Estamos colaborando en la investigación —contestó Gamache—. ¿Le importaría dejarnos ver el sótano?

La joven vaciló, pero al final accedió. El inspector jefe se alegró de no tener que conseguir una orden judicial ni que pedirle a Émile que fingiese un derrame cerebral mientras él aprovechaba para bajar a hurtadillas.

El sótano tenía el techo bajo y, una vez más, tuvieron que agachar la cabeza. Las paredes estaban hechas de bloques de hormigón y el suelo de cemento. En las frías esquinas se acumulaban cajas de vino y de cerveza, mientras que en las salas adyacentes había mobiliario roto.

Como esqueletos, pero sin serlo. No quedaba el menor indicio de que aquello hubiera sido cualquier cosa aparte del sótano de un restaurante deprimente. Gamache le dio las gracias a la encargada y, cuando ella ya estaba arriba y Émile a medio camino, se detuvo.

—¿Qué pasa? —preguntó Émile.

Gamache se quedó callado. Pese a la intensa luz fluorescente, el olor a cerveza y cartón y las telarañas, a pesar de la sensación cansina que producía el lugar, Gamache no pudo evitar hacerse una pregunta.

¿Era posible que aquél fuese el sitio? ¿Era allí donde Champlain había sido enterrado?

Émile bajó la escalera de nuevo.

—¿Qué pasa? —repitió.

—¿Puedo hablar con tus compañeros de la Sociedad Champlain?

—Claro que sí. Hemos quedado hoy a la una y media.

—Fabuloso —respondió Gamache, y se dirigió a la escalera con energías renovadas.

Al llegar arriba, justo antes de apagar las luces, miró hacia abajo una vez más.

—Nos reunimos en la sala que está junto al St-Laurent Bar, en el Château —le dijo Émile.

—No sabía que hubiese una sala.

—No muchos lo saben. Pero nosotros conocemos todos los secretos.

Tal vez no todos, pensó Gamache al accionar el interruptor.

VEINTIUNO

Se separaron justo al salir del Old Homestead. Émile se fue a hacer recados y Gamache giró a la derecha, hacia la iglesia presbiteriana. Tenía la tentación de entrar, pasar un rato en el tranquilo interior y hablar con el joven pastor que tenía mucho más que ofrecer de lo que él mismo sabía.

A Gamache le caía bien Tom Hancock. De hecho, mientras cavilaba de camino a la iglesia, se dio cuenta de que todos los que estaban relacionados con el caso le caían bien. Los miembros de la junta de la Sociedad Literaria e Histórica, los de la Sociedad Champlain. Hasta le tenía simpatía, o al menos lo comprendía, al jefe de Arqueología.

Y no obstante, todo apuntaba a que uno de ellos era un asesino. Uno había golpeado a Augustin Renaud con una pala en la nuca y después lo había enterrado en el sótano con la esperanza y la expectativa de que el cadáver acabase cubierto por una gruesa capa de cemento. De no haber cortado la línea de teléfono al cavar, Augustin Renaud habría desaparecido igual que Champlain.

Gamache se detuvo un momento a contemplar la fachada de la sociedad y rumiar el caso.

Móvil y oportunidad, había dicho Beauvoir. Y por supuesto tenía razón. Un asesino debía contar tanto con un motivo para matar como con la ocasión de hacerlo.

En el caso del Ermitaño se había equivocado y se había dejado cegar por el tesoro; había visto tan sólo la fachada del suceso y había pasado por alto lo que se escondía detrás.

¿Estaba cometiendo el mismo error con aquel caso? ¿Cabía la posibilidad de que la tumba de Champlain fuera el gran móvil llamativo y obvio, pero también erróneo? Tal vez la muerte de Renaud no tuviera nada que ver con la búsqueda del fundador de Quebec. Y, de ser así, ¿con qué otra cosa guardaba relación? Si en vida había una cosa que consumía a Renaud, su muerte también debía tener algo que ver.

Subió los escalones y empujó la puerta de la sociedad, pero estaba cerrada. Miró la hora. Todavía no eran las nueve de la mañana, claro que no estaba abierta. Se quedó sin saber qué hacer y, por terco que pareciese, aún tuvo más ganas de entrar.

Sacó el móvil y marcó un número. Tras el segundo tono respondió una mujer con voz fuerte y clara.

—*Oui allô?*

—Madame MacWhirter, soy Armand Gamache. *Désolé*, espero no molestarla llamando tan temprano.

—En absoluto. Justo ahora me siento a desayunar. ¿Qué se le ofrece?

Gamache vaciló.

—Bueno, esto me resulta un poco embarazoso, pero siento decirle que he sido algo optimista con el tiempo. Estoy delante de la Sociedad Literaria e Histórica, sólo que está cerrada.

Ella se echó a reír.

—Nunca hemos tenido un socio que tuviera tantas ganas de entrar. Es una experiencia nueva. Bueno, tengo una llave...

—Pero no quiero molestarla durante el desayuno.

—Ya, pero tampoco puede esperarme en la calle, se morirá de frío.

Y Gamache sabía que no se trataba de una mera expresión. Todos los inviernos, a decenas de personas les ocurría justo eso: pasaban demasiado rato en el frío de la calle, o exponían demasiadas partes del cuerpo. Y eso los mataba.

—Acérquese hasta aquí. Lo invito a un café y dentro de unos minutos podemos ir juntos a la sociedad.

Gamache no tenía ningún problema para reconocer una orden. Ella le dio su dirección, una de las casas justo a la vuelta de la esquina, en la rue d’Auteuil.

Al llegar un par de minutos más tarde, se paró frente a la fachada y se maravilló. El edificio era tan espléndido como esperaba. En el casco antiguo de Quebec el esplendor no se medía en metros cuadrados, sino en detalles. Los bloques de piedra gris, los relieves sobre las puertas y las ventanas, las líneas sencillas y limpias. Era una hilera de casas elegantes y refinadas.

Había recorrido la rue d’Auteuil en muchas ocasiones. Era una calle de especial belleza en una ciudad donde éstas abundaban. Seguía el trazado de las viejas murallas de piedra que defendían la capital, pero no pegada a ellas, pues entre la calle y los muros había un cinturón de jardines y, al otro lado de la calzada, estaban las casas.

Allí era donde vivieron las primeras familias de Quebec, tanto ingleses como franceses. Los *premier ministres*, los industriales, los generales y obispos, todos residían en esa hilera de elegantes casas con vistas a las murallas, como si retasen a sus enemigos a atacar.

Gamache había acudido a cócteles en algunas de ellas, a alguna recepción y, como mínimo, a una cena de Estado. Pero nunca había entrado en la que tenía delante en ese momento. El rejuntado de la piedra estaba muy bien hecho, la madera pintada de forma impecable y todos los elementos de hierro bien mantenidos y reparados.

Mientras Gamache estaba frente a la entrada, la puerta se abrió. Él cruzó el umbral y arrastró algo de frío al interior. De pie en el recibidor de madera oscura, el frío se resistía a abandonarlo, pero poco a poco resbaló de su cuerpo como una capa.

Elizabeth le cogió el abrigo y él se quitó las botas. A un lado del recibidor había una fila ordenada de zapatillas de terciopelo, algunas para hombres y otras para mujeres.

—Si quiere, puede usar cualquier par que le vaya bien.

Gamache buscó unas y se preguntó cuántos pies habrían utilizado aquellas zapatillas y a lo largo de cuántas generaciones. Parecían eduardianas y eran cómodas.

El papel de las paredes tenía un estampado estilo William Morris, rico, recargado y hermoso. Unos paneles de brillante madera de caoba cubrían el tercio inferior de las paredes.

Sobre los suelos de maderas preciosas, había repartidas varias alfombras indias.

—Venga conmigo. Desayuno en la salita que da al este.

La siguió hasta una habitación amplia y luminosa donde había una chimenea con el fuego encendido, una serie de librerías a lo largo de la pared y varias *jardinières* con lozanos helechos y cactus de Navidad. Y una bandeja de desayuno sobre un reposapiés acolchado que descansaba frente a la chimenea. Tostadas, mantequilla y dos tazas de café de porcelana.

—¿Me permite? —preguntó ella.

—Por favor.

Elizabeth le sirvió un café y le añadió un chorrito de nata líquida y un poquito de azúcar. Al sentarse en una silla cómoda enfrente de donde estaba ella, Gamache vio que en el suelo había unos libros y tres periódicos: *Le Devoir*, *Le Soleil* y el *Gazette*.

—¿Qué lo trae a la sociedad a estas horas, inspector jefe?

—Cada vez estamos más cerca de averiguar cuáles eran los libros que Augustin Renaud consiguió

en su venta.

—Qué apuro —dijo ella con una media sonrisa—. Los que nos criticaron tenían razón, qué vergüenza. ¿Hemos vendido libros de los que no deberíamos habernos deshecho?

Gamache la miró a los ojos. Firmes, determinados; tal vez ya se imaginase la infausta respuesta, pero aun así quería oírla. Mientras la observaba, el inspector jefe se percató de algunas cosas, detalles que le llamaron la atención. El tapizado descolorido y deshilachado del sofá y de la silla en la que estaba él sentado. Unas cuantas tablas ligeramente combadas que rompían la uniformidad del suelo. Podrían haberlas clavado en su sitio sin problema. En una de las puertas de la alacena faltaba un tirador.

—Siento decirle que así es. Son los diarios y las agendas personales del padre Chiniquy.

Ella cerró los ojos, pero no agachó la cabeza. Cuando volvió a abrirlos un momento después, su mirada seguía igual de firme, pero algo triste, quizá.

—Vaya por Dios, qué mala noticia. Habrá que decírselo a la junta.

—Ahora mismo esos libros son pruebas, pero diría que si habla con la viuda de monsieur Renaud, tal vez acepte vendérselos a un precio razonable.

Elizabeth parecía aliviada.

—Eso sería una maravilla. Muchas gracias.

—No obstante, nos falta uno. El de 1869.

—¿De verdad?

—Es uno de los que estamos buscando. Augustin Renaud hace referencia a ellos en sus diarios.

—¿Por qué el de 1869?

—No lo sé.

Y hasta cierto punto, era cierto. De hecho había formulado una teoría bastante acertada de por qué ese año, pero no pensaba revelarlo todavía.

—¿Y el otro libro?

—Tampoco lo tenemos. Hemos encontrado el lote en el que iba cuando Renaud lo compró, pero podría ser cualquier cosa. —Con mucho cuidado, posó la taza en la bandeja—. ¿Ha oído hablar de alguna reunión entre el padre Chiniquy, James Douglas y dos jornaleros irlandeses que hubiera tenido lugar en la Sociedad Literaria e Histórica?

—¿A finales del siglo XIX? —preguntó ella con sorpresa—. No. ¿Jornaleros irlandeses? ¿Está seguro?

Gamache dijo que sí con la cabeza. Ella calló, pero frunció el ceño.

—¿Qué pasa?

—Es muy poco probable que en aquella época algún irlandés fuera a la sociedad. Hoy en día sí, tenemos muchos socios que lo son. Gracias a Dios, ya no hay grandes distinciones. Pero en esos años, por desgracia, los irlandeses y los ingleses se tenían mucha animadversión.

Gamache sabía que ése era el punto débil de los nuevos mundos. Que la gente se llevaba consigo los viejos conflictos.

—Pero ahora la cosa no está tan mal, ¿verdad?

—No, con el paso del tiempo ha mejorado mucho. Además, nuestra comunidad es demasiado pequeña, no podemos pelearnos entre nosotros.

—El bote salvavidas, ¿no es así? —le recordó Gamache con una sonrisa, y cogió el café.

—Veo que se acuerda de la analogía. Así es, tal cual. ¿Quién es el tonto que va a hacer zozobrar un bote salvavidas?

«¿Y qué harían los pasajeros para preservar la paz?», se preguntó el inspector jefe. Bebió un trago

de café y miró a su alrededor. La habitación estaba algo deslucida, pero era cómoda, una sala en la que no le importaría vivir. No obstante, le extrañó que ella no se diese cuenta de que la tapicería estaba raída y la pintura desconchada. ¿Acaso se le estaban acumulando las tareas de mantenimiento? Gamache sabía que cuando la gente vivía muchos años en un mismo sitio, durante toda una vida, dejaba de ver el hogar en su estado actual, y en vez de eso lo veía como era antaño.

Y, sin embargo, la fachada exterior estaba en perfecto estado. Pintada y bien mantenida.

—Hablando de comunidades pequeñas, ¿conoce a la familia Mundin?

—¿A los Mundin? Claro que sí. Él tuvo una tienda de antigüedades en Petit-Champlain durante muchos años. Funcionaba muy bien. Tenía cosas preciosas. Yo misma le llevé algunos objetos.

Gamache la miró extrañado.

—Para venderlos, inspector jefe.

Lo dijo sin inmutarse, sin sonrojarse y sin ofrecer disculpa alguna. Estaba enunciando un hecho.

Ésa era la respuesta que Gamache buscaba minutos antes. Elizabeth se percataba de todo, pero gastaba sus modestos ingresos en reparar el exterior. La fachada, la cara pública. La famosa fortuna de los MacWhirter había desaparecido, se había convertido en una ficción que ella no pensaba desvelar.

Aquella era una mujer que se preocupaba por las apariencias, para quien las fachadas eran importantes. ¿Qué sería capaz de hacer para que no cayesen?

—He oído que hubo una tragedia —continuó Gamache. En la familia de los Mundin.

—Sí, fue muy triste. Él se suicidó una primavera. Caminó río adentro y atravesó el hielo. Dijeron que fue un accidente, pero todos sabíamos lo que pasó.

—Hielo fino.

Ella esbozó una débil sonrisa.

—Eso es.

—¿Por qué cree que lo hizo?

Elizabeth lo pensó y luego negó con la cabeza.

—No puedo ni imaginármelo. Parecía feliz, pero las cosas no siempre son lo que aparentan.

Igual que la pintura reluciente, la piedra rejuntada y la perfecta fachada de su hogar.

—Tenía un par de hijos, pero yo sólo conocí al chico. A su hijo. Adorable, de pelo rubio y rizado. Solía seguir al padre a todas partes. Tenía un mote, pero ya no lo recuerdo.

—Viejo.

—¿Perdone?

—Que lo llamaban Viejo.

—Eso es, el padre lo llamaba «viejo», de «viejo amigo». ¿Qué habrá sido del chico?

—Vive en un pueblecito llamado Three Pines. Hace y restaura muebles.

—Las cosas que nos enseñan nuestros padres —apuntó Elizabeth, y sonrió.

—Mi padre me enseñó a tocar el violín —explicó el agente Morin—. ¿Su padre le enseñó a tocar algún instrumento?

—No, pero le encantaba cantar. Mi padre me enseñó lo que era la poesía. Dábamos largos paseos por el Outremont hasta Mont Royal y él recitaba poemas. Yo los repetía. Mal, porque no entendía casi nada, pero me acordaba de todo. Hasta de la última palabra. Hasta mucho después no me di cuenta del significado.

—¿Y qué quería decir?

—Significaba el mundo —contestó Gamache—. Mi padre murió cuando yo tenía nueve años.

Morin calló un momento.

—Lo siento. No me imagino lo que sería perder a mi padre, ni siquiera a mi edad. Debió de ser horrible.

—Lo fue.

—¿Y su madre? Supongo que ella también lo pasó fatal.

—Ella también falleció. En un accidente de tráfico.

—Lo siento mucho —se disculpó la voz.

Era un hilillo de voz. El joven agente sufría por un hombre corpulento que estaba sentado cómodamente en una oficina mientras él estaba solo, atado a una silla dura, pegado a una bomba y de cara a la pared mirando un reloj.

Una cuenta atrás. Quedaban seis horas y veintitrés minutos.

Y en el ordenador de Gamache, los veloces mensajes instantáneos de su equipo, que seguía pistas de forma encubierta.

Estaba claro que el joven agente no estaba retenido en el pantano de La Grande. La agente Nichol y el inspector Beauvoir no percibían el sonido de las gigantescas turbinas. Sin embargo, sí captaban otros ruidos. Trenes. Según Nichol, eran trenes de mercancías de algún tipo. Algunos eran de pasajeros. Desde el cielo llegaba el ruido de aviones.

La agente Nichol fue desentrañando una a una las capas de sonidos, aislando pequeños detalles.

«No podemos localizar la llamada porque está embebida», decía el mensaje de Nichol.

«¿Qué significa eso?», escribió Gamache.

«Es como un vagabundo, está aprovechando una línea de telecomunicación y aparece aquí y allá. Por eso es como si estuviera en todas partes al mismo tiempo.»

«¿Puedes averiguar qué línea es?»

«No hay tiempo», contestó Nichol.

Quedaban seis horas. Entonces sucederían dos cosas a la vez: una bomba destruiría la presa más grande de Norteamérica y el agente Morin sería ejecutado.

A medida que pasaban los segundos, el inspector jefe Armand Gamache se dio cuenta de que se acercaba una decisión espantosa. Una elección.

—¿Es feliz el hijo de Mundin? —preguntó Elizabeth.

Gamache tardó un momento, un abrir y cerrar de ojos en regresar.

—Diría que sí. Tiene un hijo. Charlie.

—Charlie —dijo ella, y sonrió—. Siempre me gusta que a los hijos les pongan el nombre de uno de los padres.

Elizabeth se levantó y retiró el desayuno. Gamache llevó la bandeja a la cocina.

—Me gustaría preguntarle una cosa más —dijo el inspector jefe mientras secaba los platos—. ¿Conoce a Carole Gilbert?

—¿Se refiere a la esposa de Vincent Gilbert?

—*Oui*.

Estaba convencido de que a madame Gilbert no le gustaría que la definiesen a partir de su desaparecido y exigente marido.

—La conocía un poco. Estábamos en el mismo club de bridge. Pero creo que se ha mudado. La ciudad de Quebec es muy pequeña, inspector jefe. Y el casco viejo, con las murallas, más todavía.

—Por no hablar de los círculos sociales, ¿verdad?

Gamache sonrió.

—Eso es. Algunos se definen por el idioma, otros por el estatus social y la economía, otros por intereses comunes. A menudo, todos esos factores se solapan y la mayoría pertenece a más de un

círculo de amigos y conocidos. Digamos que Carole Gilbert era una conocida de las del bridge.

Elizabeth le ofreció una sonrisa cálida. Iban de camino al recibidor.

—¿Por qué lo pregunta?

Se pusieron los gruesos abrigos, las botas, los gorros y las bufandas, y cuando hubieron acabado, no quedaba mucho a la vista que distinguiese al inspector jefe del Departamento de Homicidios de Quebec de aquella señora de setenta y cinco años.

—Tuvimos un caso hace unos meses en un pueblecito llamado Three Pines. Es donde Carole Gilbert vive ahora. Y también el Viejo Mundin.

—¿Ah, sí?

En realidad, el tema no parecía interesarle mucho. Estaba siendo cortés, pero no se la veía fascinada, ni mucho menos. Salieron a la luz del día y caminaron codo con codo por el centro de las estrechas calles. Al frente podían ver a los jóvenes montañeros amarrados con los arneses de seguridad, a diez metros de altura. Trabajaban todo el invierno retirando la nieve de los inclinados tejados de metal. Verlos blandir hachas y piquetas para hacer trizas los grandes bloques de hielo y nieve que se acumulaban en ellos y amenazaban con hundirlos era un espectáculo estremecedor.

Todos los inviernos se desplomaba más de un tejado y todos los inviernos la nieve y el hielo se deslizaban hasta la acera y aplastaban a algún peatón desafortunado. El hielo hacía un ruido particular al deslizarse, un ruido diferente de cualquier otro, una mezcla entre un lento y grave lamento y un chillido. Todos los quebequeses lo conocían, como el silbido de las bombas durante el Blitz de Londres.

Sin embargo, oír el ruido y evitar el desastre eran dos cosas muy diferentes. El sonido rebotaba en los viejos edificios de piedra y ocultaba la ubicación del desprendimiento. Podía estar justo encima de uno o a varias calles de distancia.

Los verdaderos quebequeses caminaban por el centro de la calzada y los turistas a menudo pensaban que los ciudadanos eran muy amables por cederles las aceras. Hasta que se oía el ruido.

—¿Es posible que se conociesen entre sí mientras estaban aquí? —preguntó Gamache.

—Sí, es posible. Puede que ella le comprase alguna antigüedad a monsieur Mundin, o que le vendiera algo, supongo. Recuerdo que tenían auténticas maravillas. Es una de las viejas familias de Quebec.

—¿Los Gilbert?

—No, la familia de madame Gilbert. Los Woloshyn.

Ya estaban cerca de la Sociedad Literaria e Histórica.

—Carole siempre me ha caído bien. Tiene la cabeza bien amueblada —dijo Elizabeth mientras sacaba la llave. Estaba calentita de llevarla dentro del guante—. Jugar al bridge con ella era todo un placer, nunca hacía ninguna tontería. Era paciente, tranquila y una estratega fabulosa.

Una vez dentro, Gamache la ayudó a encender las luces y a subir la calefacción. Luego, Elizabeth fue al despacho y dejó al inspector jefe solo en la magnífica biblioteca. Él se plantó en medio de aquel esplendor como un niño en una tienda de caramelos, pero enseguida se dirigió a la escalera de caracol de hierro forjado y subió a la galería. Al llegar allí se detuvo de nuevo. Había un silencio como sólo puede haberlo en una vieja biblioteca, y Gamache se quedó a solas con sus pensamientos.

—¿La Grande? ¿Están de coña? —preguntó el superintendente jefe Francoeur.

El inspector Beauvoir había entrado en la oficina de Gamache para llevarle las pruebas que la agente Nichol y él habían recabado. Eran escasas, pero suficientes. Al menos eso pensaban. O esperaban. Beauvoir acababa de subir los escalones de dos en dos. Prefería llegar sin que nadie se diese cuenta, por la parte de atrás. Desde la puerta de la escalera había visto al superintendente jefe

dirigir la operación de búsqueda. Monitorizaba, daba órdenes. Daba la sensación de estar empleándose a fondo.

Y seguro que ése era el caso. Sin embargo, Beauvoir sabía que, tratándose de él, emplearse a fondo no era suficiente.

Por los monitores oyó al inspector jefe Gamache hablar sobre los años que pasó en la Universidad de Cambridge y cómo al llegar hablaba muy poco inglés. Poco más que unas cuantas frases que había pillado al vuelo viendo los programas que en los sesenta se emitían en Quebec en inglés.

—¿Como por ejemplo? —preguntó Paul Morin.

Su voz sonaba pesada y tenía que esforzarse por pronunciar las palabras.

—«Abrid fuego sobre los klingon» —dijo el inspector jefe.

El agente Morin se rió y eso lo animó un poco.

—No llegó a decírselo a nadie, ¿verdad?

—Siento decir que sí. Era eso o: «Dios mío, almirante, es horrible.»

El agente Morin explotó en una carcajada y Beauvoir vio a los hombres y mujeres de la sala de operaciones sonreír, incluido el superintendente jefe Francoeur. Él mismo esbozó una sonrisa y buscó al inspector jefe con la mirada.

Lo vio a través del cristal. Tenía los ojos cerrados y barba de dos días. Y entonces hizo algo que él nunca le había visto hacer. En todos aquellos años, en todos los casos, toda la muerte, la desesperación y el agotamiento de casos anteriores.

El inspector jefe Gamache bajó la cabeza y se cubrió la cara con las manos.

Fue sólo un momento, pero Beauvoir nunca lo olvidaría. Mientras el joven Paul Morin se reía, el inspector jefe Gamache se tapó la cara.

Después levantó la vista y lo miró a él a los ojos. Y la máscara reapareció. Confiado. Enérgico. Al mando.

Jean-Guy Beauvoir entró en su despacho con las pruebas y, a petición de Gamache, llamaron al superintendente jefe Francoeur y le pusieron la grabación.

—¿Están de coña?

—¿Le parece que estoy hablando en broma?

El inspector jefe estaba de pie. Le había pedido a Paul Morin que llevase él el peso de la conversación, que continuase hablando. Se había quitado los auriculares y tapaba el micro con la mano.

—¿Y de dónde han sacado la grabación? —exigió saber Francoeur.

De fondo se oía a Paul Morin hablar sobre el huerto de su padre y el tiempo que tardaban en crecer los espárragos.

—Es sonido ambiente del lugar donde Morin está retenido —explicó Gamache.

—Pero ¿de dónde la han sacado?

Francoeur estaba irritándose.

—No creo que eso importe ahora. ¿Está escuchando?

Gamache volvió a reproducir el fragmento que había identificado Nichol.

—La mencionan dos o tres veces.

—La Grande, sí, ya lo he oído. Pero podría significar cualquier cosa. Podría ser un sobrenombre del responsable del secuestro.

—¿Un sobrenombre? ¿La Grande, como Catalina la Grande de Rusia? Seamos serios, por favor.

Gamache respiró hondo e intentó controlar la sensación de frustración. Por los monitores oyeron que Morin estaba haciendo un monólogo sobre variedades tradicionales de tomates.

—Esto es lo que yo pienso, señor —dijo Gamache—: el secuestro no lo ha llevado a cabo un granjero asustado que tiene una plantación de marihuana. Esto es algo que alguien lleva tiempo planeando y...

—Sí, eso ya lo ha dicho. Pero no tiene pruebas.

—Esto es una prueba.

Gamache hizo un esfuerzo colosal por no gritar y bajó la voz hasta que sonó como un gruñido.

—El granjero no ha dejado a Morin solo como dijo que haría. De hecho, es obvio que además de no estar solo, con él hay otras dos o tres personas.

—¿Y qué tiene eso que ver? ¿Piensa que lo tienen secuestrado en la presa?

—Al principio sí lo he pensado, pero no se oyen las turbinas.

—Entonces, ¿cuál es su teoría, inspector jefe?

—Creo que el plan es hacer volar la presa por los aires. Y que han secuestrado al agente Morin para tenernos ocupados en otra parte.

El superintendente jefe Francoeur lo miró fijamente. Se trataba de un panorama para el que la Sûreté se había preparado. Para el que tenían protocolos a punto. Un escenario que temían: la todopoderosa presa bajo amenaza.

—Está delirando. ¿En qué se basa para decir eso? ¿En dos palabras que casi ni se oyen? Podría ser un cruce de líneas. ¿Cree que dentro de... —Francoeur se volvió para mirar la hora en el reloj de pared— seis horas alguien va a destruir la presa de La Grande? ¿Y que a pesar de eso ni siquiera están allí, sino que están sentados con nuestro joven agente en alguna otra parte?

—Es una maniobra de distracción. Quieren...

—Ya basta —lo cortó el superintendente jefe Francoeur—. Si es una maniobra de distracción, se la ha tragado. Quieren que salga corriendo tras una pista ridícula. Creía que no era tan tonto como para que le engañen de esta manera. Y, en cualquier caso, ¿quién es esta gente tan misteriosa? ¿Quién querría destruir la presa? Menuda idea tan absurda...

—Por Dios, Francoeur —dijo Gamache en voz baja y ronca del agotamiento—. Supongamos que tengo razón.

El superintendente jefe ya iba de camino hacia la puerta, pero se detuvo en seco. Se dio la vuelta y miró al inspector jefe Gamache a los ojos. Durante el largo silencio que se hizo entre ambos, se oyó una charla sobre los pros y contras del compost de vaca y de caballo.

—Necesito más pruebas.

—La agente Lacoste está en ello.

—¿Dónde está?

El inspector jefe Gamache le lanzó una rápida mirada al inspector Beauvoir. Dos horas antes habían enviado a la agente Lacoste a una remota comunidad cree. A los poblados más cercanos a la gran presa. Los más afectados por su construcción. Y los que saldrían peor parados si de pronto una catástrofe la destruyera. Le habían dado instrucciones para que hablara con una anciana cree que Gamache había conocido años antes mientras estaba sentada en un banco. Frente al Château Frontenac.

Esperaban que para entonces Lacoste ya les hubiera enviado alguna prueba más para convencer al superintendente jefe Francoeur de que detuviera la búsqueda tecnológica y apuntara más bajo. Cambiara de rumbo. Dejara de fijarse en el presente y mirara al pasado.

Pero de momento no sabían nada de la agente Lacoste.

—Se lo suplico, señor —dijo Gamache—. Asigne a unos cuantos agentes, nada más. Avise al personal de seguridad de la presa sin disparar las alarmas. Veamos si algún otro cuerpo sabe algo.

—¿Y quedar como un tonto?

—Quedar como un comandante meticuloso.

El superintendente jefe Francoeur fulminó a Gamache con la mirada.

—De acuerdo. Haré eso, pero sólo eso.

Se marchó y Gamache lo vio hablar con el siguiente en la cadena de mando. Aunque sospechaba muchas cosas de Francoeur, el asesinato de decenas de miles de quebequeses no estaba entre ellas.

Se colocó los auriculares de nuevo y retomó la conversación con el agente Morin, que describía una pelea entre su hermana y él que había resultado en una batalla de guisantes frescos. Una vez más, sonaba lento y agotado.

El inspector jefe tomó el hilo de la conversación y le contó a Morin las peleas que tenían sus hijos, Daniel y Annie, cuando eran más jóvenes. Daniel era el más sensible y comedido de los dos, mientras que Annie, más joven y lista, siempre ganaba a su hermano. También le habló de que, con el tiempo, esa competitividad mutua se había convertido en un profundo afecto.

Sin embargo, mientras hablaba se daba cuenta de dos cosas.

Al cabo de tan sólo seis horas, a las once y dieciocho, la presa de la central hidroeléctrica de La Grande saltaría por los aires. Y el agente Paul Morin sería ejecutado. Pero además sabía otra cosa: si tenía la oportunidad de impedir sólo uno de los dos actos, era consciente de cuál tendría que ser.

—¿Cómo está su amigo?

—¿Amigo?

Gamache se volvió y vio a Elizabeth, que cargaba con unos cuantos libros. Los llevaba de vuelta a la biblioteca y los dejó en el carro de devoluciones.

—Monsieur Comeau —le aclaró ella—. Émile.

Se inclinó sobre el carro para ordenar los libros sin mirar a Gamache.

—Ah, está bien. He quedado con él dentro de unas horas, en el Château. Hay una reunión de la Sociedad Champlain.

—Un hombre muy interesante —dijo ella, y se marchó.

Gamache se quedó de nuevo a solas en la biblioteca. Esperó hasta que el eco de los pasos desapareció y echó un vistazo a los cientos de metros cuadrados de libros. ¿Por dónde empezar?

—¿Están cerca? ¿Van a llegar a tiempo?

La fatiga le había ganado la partida a Morin y el miedo que llevaba tanto tiempo conteniendo se filtró a través de sus nervios atezados y de la línea de teléfono.

—Lo conseguiremos. Confía en mí.

Hubo una pausa.

—¿Está seguro?

Hablaba con voz tensa, quebradiza.

—Seguro. ¿Tienes miedo?

No hubo respuesta. Sólo un silencio y después un lamento.

—Agente Morin —dijo Gamache y se levantó de la silla.

Esperó, pero no hubo más respuesta que aquel sonido tan elocuente.

El inspector jefe estuvo hablando unos minutos, diciendo cualquier cosa para tranquilizarlo. Charlando sobre flores primaverales y cómo envolver regalos para sus nietas, sobre almuerzos en el Leméac Bistro de la rue Laurier y sobre la canción favorita de su padre. Y mientras tanto, se oían gemidos, sollozos, toses, alaridos; el agente Morin se había venido abajo. Gamache se sorprendía de que el joven hubiera controlado el pavor durante tanto tiempo.

Pero ahora que lo había dejado aflorar, el miedo había viajado a toda velocidad por la línea de

teléfono.

El inspector jefe Gamache siguió hablando sobre esquiar en Mont Saint-Rémy, el arte de Clara Morrow y la poesía de Ruth Zardo, y poco a poco los alaridos de fondo se convirtieron en sollozos y los sollozos en una respiración trémula y la respiración trémula en un suspiro.

Gamache hizo una pausa.

—¿Tienes miedo? —volvió a preguntar.

Fuera del despacho, al otro lado de la cristalera, los agentes, los analistas, los investigadores especiales y el superintendente jefe Francoeur se detuvieron, clavaron la vista en el inspector jefe y escucharon al agente que había sido tan valiente y ahora estaba desmoronándose.

En la penumbra de su estudio del sótano, la agente Nichol lo grabó todo y, bañada en el resplandor verdoso, escuchó.

—¿Estás ahí, agente Morin?

—Sí, señor —contestó él, pero su voz era tenue, vacilante.

—Voy a encontrarte a tiempo.

Pronunció todas las palabras despacio, con decisión. Palabras hechas de piedra y roca, palabras sólidas.

—Deja de imaginarte lo peor.

—Pero...

—Escúchame —le ordenó el inspector jefe—. Sé lo que estás haciendo. Es natural, pero debes parar ya. Te imaginas que el reloj llega a cero y la bomba explota, ¿verdad?

—Más o menos.

Morin jadeaba como si hubiera participado en una carrera.

—Pues para. Si tienes que pensar en el futuro, piensa en cuando vuelvas a ver a Suzanne, a tu padre y a tu madre. Piensa en las maravillosas historias con las que podrás aburrir a tus hijos. Controla tu pensamiento y así controlarás las emociones. ¿Confías en mí?

—Sí, señor —respondió con voz más firme.

—Agente Morin, ¿confías en mí? —insistió el inspector jefe.

—Sí, señor —afirmó con mayor seguridad.

—¿Crees que te mentiría?

—No, señor, eso nunca.

—Te encontraré a tiempo. ¿Me crees?

—Sí, señor.

—¿Qué voy a hacer?

—Encontrarme a tiempo.

—Nunca jamás olvides eso.

—Sí, señor.

La voz del agente Morin tenía fuerza y la misma certeza que la del inspector jefe.

—Le creo.

—Muy bien.

Gamache siguió hablando y dejó que el joven agente descansase. Le contó que su primer trabajo fue rascar chicles de los andenes del metro de Montreal y cómo conoció a madame Gamache. Habló de enamorarse.

«Ya no existe la soledad.»

Mientras hablaba, iba siguiendo los mensajes instantáneos. La información. Mensajes del inspector Beauvoir y de la agente Nichol a medida que iban aislando las grabaciones e informaban sobre sus

conclusiones. Sonidos ocultos en segundo plano. Aviones, pájaros, trenes. Ecos. Y cosas que no se oían. Coches y camiones.

Por fin, la agente Lacoste dio parte desde la comunidad cree. Les informó sobre las pistas que estaba siguiendo sobre el terreno. Pistas que los acercaban a la verdad.

Miró el reloj. Faltaban cuatro horas y diecisiete minutos.

En su oído, en su cabeza, Paul Morin hablaba de los Canadiens y de la temporada de hockey.

—Me parece que este año por fin podemos luchar por la copa.

—Sí —convino Gamache—, creo que por fin tenemos una oportunidad.

En la galería superior de la Sociedad Literaria e Histórica, Armand Gamache cogió un libro. A lo largo de las siguientes horas, la biblioteca abrió, llegaron los voluntarios y se enfrascaron en sus tareas; apareció el señor Blake y se sentó en su lugar acostumbrado. También acudieron unos cuantos socios que buscaron libros, leyeron periódicos y revistas, y se marcharon.

Y mientras tanto, en la galería de arriba, el inspector jefe estuvo sacando libros de las estanterías y examinándolos uno a uno. Y al final, justo después de mediodía, se sentó frente al señor Blake. Se dispensaron las habituales cortesías y ambos se sumieron en la lectura.

A la una, Armand Gamache se levantó, saludó al señor Blake con la cabeza y se marchó con dos libros escondidos en su cartera.

VEINTIDÓS

Myrna le pasó un libro a Clara.

—Creo que te gustará. Es uno de mis favoritos.

Clara lo puso del derecho: Mordecai Richler, *Solomon Gursky estuvo aquí*.

—¿Qué tal es? ¿Es bueno?

—No, es una porquería. Aquí sólo vendo mierda y, claro, la recomiendo.

—Entonces Ruth tenía razón —repuso Clara, y levantó el libro en dirección a Myrna—. Gracias.

—Bueno —dijo la librera, sentada frente a su amiga—, desembucha.

La estufa de leña calentaba la librería y mantenía la perpetua tetera a la temperatura adecuada. Clara bebió un sorbo de té de su taza favorita y a continuación leyó la contraportada como si no hubiese oído lo que le decía su compañera.

—¿Qué está pasando? —insistió Myrna.

Clara la miró con cara inocente.

—¿Con qué?

Myrna le lanzó una mirada asesina.

—Aquí pasa algo. Te conozco. ¿De qué iba todo ese asunto en el hotel de Dominique, después de la clase de gimnasia?

—Nada, conversación interesante.

—Eso no te lo crees ni tú.

Myrna estaba vigilando a Clara. Llevaba días queriendo preguntárselo y el episodio del hotel balneario la había convencido.

Su amiga tramaba algo.

—¿Tan obvio te pareció?

Clara dejó el libro y la miró con preocupación.

—No, para nada. No creo que ninguna se diese cuenta.

—Tú sí te coscaste.

—Pero es que yo soy muy lista.

De pronto le desapareció la sonrisa y se echó hacia delante.

—No te preocupes, estoy segura de que a nadie más le pareció raro. Pero las preguntas que hiciste no eran normales. ¿Por qué hablaste de Jean-Guy y de lo de Olivier y todo eso?

Clara vaciló. No esperaba que la interrogasen al respecto y no tenía ninguna falsa excusa preparada. La verdad, muy necio por su parte. ¿Cuáles eran sus mentiras habituales?

«Esta noche estoy ocupada.» «El mundo del arte es demasiado conservador para valorar mi trabajo.» «Ha sido el perro» o, para variar, de vez en cuando, «es culpa de Ruth». Eso cubría cualquier cosa, desde malos olores y la desaparición de comida, hasta suciedad en la casa. A veces, incluso sus obras de arte.

No obstante, ninguna de aquellas excusas le servía en aquella situación.

—Creo que con la visita del inspector me he acordado de Olivier, nada más.

—Y una mierda.

Clara suspiró. Había metido la pata hasta el fondo. Estaba a punto de incumplir la única promesa que le había hecho a Beauvoir.

—No se lo digas a nadie.

—Ni una palabra.

Clara confiaba en Myrna, pero también era cierto que Beauvoir había hecho lo mismo con ella. Pues bien, se había equivocado.

—El inspector Beauvoir no ha venido a recuperarse. Está aquí para reabrir el caso de Olivier de forma oficiosa.

Myrna sonrió.

—Esperaba que fuese eso. Si no, la única explicación posible era que te habías chiflado.

—Y no tenías claro cuál de las dos cosas podía ser, ¿verdad?

—Es difícil saberlo —dijo Myrna con la mirada encendida—. Fantástica noticia. Entonces, ¿creen que a lo mejor Olivier no mató al Ermitaño? ¿Quién pudo ser?

—Ésa es la cuestión. Al parecer, tiene que ser Roar, Havoc, Marc, Vincent o el Viejo Mundin. Pero debo admitir que lo que La Esposa dijo sobre matar me pareció muy raro.

—Es verdad. Pero...

—Pero si ella o el Viejo tuvieran algo que ver con el asesinato, ella nunca habría hablado sobre matar. Habría cerrado el pico.

—¡Por fin te encuentro!

Ambas levantaron la vista con un sobresalto sospechoso. El inspector Beauvoir estaba en la entrada que conectaba la librería con el *bistrot*.

—Estaba buscándote —aseguró, y las miró con desconfianza y el ceño fruncido—. ¿De qué estáis hablando?

A diferencia de Gamache, que era capaz de hacer que un interrogatorio pareciese una agradable conversación, Beauvoir se las arreglaba para que hasta sus preguntas de cortesía tuvieran un matiz acusatorio.

Sin embargo, las dos sabían que tenía motivos.

—¿Té? —ofreció Myrna.

Le sirvió una taza y echó más agua y otra bolsita de té en la clásica tetera Brown Betty que siempre tenía encima de la estufa. Clara se quedó en su sitio, intentando no establecer contacto visual con Beauvoir. En cambio, él se sentó a su lado y la miró fijamente.

«Ha sido el perro, ha sido el perro.»

—Se lo he contado todo a Myrna —soltó Clara, e hizo una pausa—. Es culpa de Ruth.

—¿Todo? —preguntó Beauvoir en voz baja.

—Me han dicho que el asesino anda suelto entre nosotros —comentó Myrna.

Le dio la taza al inspector y se sentó.

—Eso parece —respondió Clara.

Beauvoir meneó la cabeza con incredulidad. Aun así, aquello no lo pillaba de sorpresa ni tenía por qué ser malo. Myrna había colaborado con inspector jefe en otras ocasiones y, a pesar de que Beauvoir no había querido pedir ayuda a los habitantes de Three Pines hasta entonces, sospechaba que se la podían brindar. Ahora no le quedaba más remedio que aceptarla.

—Bueno, pues ¿qué os parece? —preguntó.

—Me gustaría saber más detalles. ¿Habéis averiguado algo nuevo?

Les relató la conversación con Gamache y lo que el inspector jefe había averiguado en la ciudad de Quebec sobre la familia del Viejo Mundin y también sobre Carole Gilbert.

—¿Woloshyn? —repitió Clara— ¿«Woo»?

—Podría ser —dijo Beauvoir, y cabeceó.

—En el hotel balneario tienen muchas antigüedades —apuntó Myrna—. ¿Cree que las sacaron de la rue Notre-Dame?

—¿De la misma tienda donde Olivier vendía las cosas del Ermitaño? —preguntó Beauvoir—. ¿Creéis que si fueron a la tienda tal vez reconociesen algunos de los artículos de Olivier?

—Exacto —dijo Myrna—. Carole sólo tendría que haberle preguntado al dueño cómo las había conseguido, así como si nada. Él le habría proporcionado el nombre de Olivier y del pueblo de Three Pines, y *voilà*.

—No, eso no tiene sentido —repuso Beauvoir.

—Claro que sí, es perfecto —protestó Clara.

—Piénsalo —pidió Beauvoir dirigiéndose a ella—. Olivier le vendió todo eso al anticuario hace años. Si Carole Gilbert lo hubiera encontrado, ¿por qué esperar casi diez años antes de comprar la vieja casa Hadley?

Los tres reflexionaron en sus respectivas sillas. Al final, Clara y Myrna empezaron a lanzar teorías, pero Beauvoir permaneció absorto en sus pensamientos.

Sobre nombres. Y familias. Y sobre paciencia.

Armand Gamache dobló el puño de la parka para mirar la hora.

La una y cuarto. Llegaba algo pronto a la reunión. Dejó colgar el brazo por encima de la cartera, para protegerla.

En lugar de ir directo al Château Frontenac, prefirió pasear por Dufferin Terrace, el ancho paseo entarimado que se extendía frente al hotel y tenía vistas al río San Lorenzo. En verano estaba ocupado por los carritos de helados, los músicos y la gente que se relajaba bajo las pérgolas. En invierno soplaba una corriente helada desde el cauce del río que azotaba a los peatones, los dejaba sin respiración y prácticamente les arrancaba la piel de la cara. A pesar de eso, las vistas eran tan espectaculares que la gente seguía paseando por allí.

También había otra atracción: *la glissade*. El tobogán de hielo. Lo construían todos los inviernos y se elevaba sobre el paseo. Al doblar la esquina del Château, Gamache recibió la bofetada del viento en la cara. Se le saltaron las lágrimas y se le congelaron al instante. Y al frente, en medio del entarimado, vio el tobogán: tres amplios carriles y, a un lado, los escalones tallados en la nieve.

Incluso en un día tan gélido como aquél, había niños cargando con los trineos de alquiler escaleras arriba. De hecho, cuanto más frío el día, mejor. El hielo estaba más duro y los trineos bajaban a toda velocidad por la cuesta empinada, tanto que al llegar al final salían disparados. Algunos iban tan rápido que los que paseaban por la *terrasse* no tenían más remedio que apartarse de un salto.

Se dio cuenta de que entre los que subían hasta la cima del tobogán no había sólo niños, sino también adultos y alguna que otra pareja de jovencitos. A la hora de conseguir un abrazo, aquella estructura tenía el mismo efecto que una película de terror, y él mismo recordaba haber subido con Reine-Marie al principio de su noviazgo. Subieron hasta arriba con el largo trineo a rastras y esperaron su turno. Gamache, que tenía un miedo cerval a las alturas, intentaba fingir lo contrario ante la muchacha que le había robado el corazón de aquella manera.

«¿Quieres que me ponga yo delante?», le había susurrado ella cuando los que iban antes que ellos se ayudaron de un empujoncito para precipitarse tobogán abajo.

Él la miró con una protesta en la punta de la lengua, pero entonces se dio cuenta de que no tenía por qué mentirle, con ella no necesitaba fingir. Podía ser él mismo.

El trineo voló cuesta abajo hacia Dufferin Terrace, sin embargo, a él le parecía que iban directos al río. Armand Gamache chilló y se aferró a Reine-Marie. Una vez abajo, se rieron tan fuerte que tuvo miedo de hacerse daño. Pero jamás repitió la experiencia. Las veces que llevaron a Daniel y a Annie, fue su madre quien subió con ellos mientras papá esperaba abajo con la cámara.

El inspector jefe Gamache observó a varios niños, a alguna pareja, a un hombre mayor y a una mujer subir la estrecha escalera tallada en la nieve y tirarse por el tobogán.

Oírlos chillar lo consolaba un poco. Y también escuchar cómo se reían.

Mientras los miraba, oyó otro grito, aunque éste no procedía de la rampa de hielo. Provenía del otro lado del paseo, del río.

No fue el único en darse cuenta, porque varias personas se acercaron a la barandilla. Gamache caminó hasta allí y cuando vio a los equipos de remeros entrenando no se sorprendió. La regata era el domingo, sólo faltaban dos días.

—¡Ahí, venga! —se oyó.

A pesar de que allí abajo había tres canoas, sólo se oía una voz, alta y clara.

—¡Babor, vamos! ¡Babor, vamos!

En inglés.

Gamache forzó la vista, pero no consiguió distinguir de qué canoa provenía, ni de quién era la voz. No era Tom Hancock. Y tampoco creía probable que fuese Ken Haslam. El telescopio estaba libre y, aunque estaba tan congelado como él, el inspector jefe metió una moneda y enfocó hacia el río.

La primera canoa no era.

La segunda tampoco. Veía al capitán mover la boca, pero no oía lo que decía.

Movió el telescopio hacia la última, aunque estaba seguro de que ésa no podía ser. No desde tan lejos. ¿Era posible que aquella voz tan penetrante llegase desde aquella distancia?

La embarcación estaba en medio del río y en ella había seis hombres sentados y remando. Las canoas podían ser de zaguales o de remos, y desplazarse por el agua o sobre el hielo. Ese equipo estaba evitando la corriente del río y se dirigía aguas arriba hacia un témpano.

—¡Venga, ahí! ¡Dale, ahí!

Gamache volvió a oír la orden. Y ahora, como los remeros avanzaban en una dirección, pero iban sentados hacia la otra, el inspector jefe pudo ver quién era.

Miró con atención a través de la lente, sin atreverse a apoyar la frente en el telescopio de metal por si se le quedaba la piel pegada.

Aquella voz tan clara y retumbante pertenecía a Ken Haslam.

De camino hacia el Château, Gamache reflexionó sobre aquello. ¿Por qué motivo se pasaría un hombre toda la vida susurrando en todas las circunstancias posibles cuando en realidad era capaz de esos gritos?

Gritos más potentes que los de cualquier otro regatista. La suya era una voz penetrante.

Se preguntó si Haslam estaría tan sorprendido como él. Quizá, en su sexagésimo octavo año de vida, Haslam hubiera encontrado su voz en el hielo de Quebec, haciendo algo que pocos más se atreverían a hacer.

Entrar en un edificio siempre era un alivio, pero cuando se trataba del Château Frontenac, la experiencia era aún más maravillosa. En el espléndido vestíbulo principal, Gamache se quitó los guantes, el abrigo, el gorro y la bufanda, y los dejó en el guardarropa. Después, protegiendo con el brazo la cartera que llevaba colgando del hombro, recorrió el largo y amplio pasillo hasta llegar a las puertas de cristal del otro extremo y la luz que entraba desde fuera.

Una vez dentro del St-Laurent Bar, se detuvo. Al frente tenía la barra circular de madera y

alrededor de ella estaban las mesas y los grandes ventanales. El fuego crepitaba en dos hogares.

Pero no lo habían citado allí.

Miró a la derecha y se sorprendió al ver una puerta, una de la que nunca se había percatado. La abrió y entró en una sala diáfana y luminosa, casi un solárium, con su propia chimenea encendida.

Había alguien hablando, pero calló en cuanto lo vio. Una docena de caras se volvieron hacia él. Todas de ancianos, todos blancos, todos hombres. Estaban sentados en cómodos sofás de estampado floral y en butacas y sillones de orejas. Gamache esperaba encontrar algo más formal, una sala de juntas, una mesa larga, un atril.

Tampoco esperaba que la reunión ya estuviera en marcha. Era la una y veinticinco, y Émile le había dicho que empezaban a la media. No obstante, parecía que llevaban ya un rato en conferencia.

Gamache miró a su mentor, que le sonrió y apartó la vista.

—*Bonjour* —saludó el inspector jefe—. Espero no molestarlos.

—En absoluto.

René Dallaire, tan voluminoso y afable como la última vez que se habían visto, lo saludó. Los demás también se pusieron en pie y Gamache hizo la ronda estrechando manos y saludando con una sonrisa.

Todos se comportaban con cordialidad y amabilidad, y aun así tenía la sensación de que el ambiente era tenso, como si hubiese interrumpido una discusión.

—Bueno, quería hablar con nosotros, ¿verdad? —dijo monsieur Dallaire al tiempo que señalaba un asiento.

—Sí. Imagino que no les sorprenderá que sea sobre la muerte de Augustin Renaud.

Gamache se sentó. Algunos de los presentes cabecearon con ademán comprensivo y otros se limitaron a mirarlo con cierta aprensión. A pesar de no tratarse de una sociedad secreta, los miembros sí parecían muy reservados.

—De hecho, me gustaría empezar hablándoles sobre Charles Chiniquy.

Aquello provocó la reacción que esperaba. Hubo alguno que se irguió en el asiento y unos cuantos intercambiaron miradas antes de volver a centrarse en él con algo de fastidio.

Una vez más, René Dallaire se hizo cargo de la situación.

—Disculpe, monsieur Gamache, pero supongo que se da cuenta de que no somos una sociedad de historia general.

—*Oui, merci*. Sé que son la Société Champlain.

Al decirlo, algo le encajó de pronto. La Société Champlain.

—Pero mi historia no empieza con Samuel de Champlain ni con Augustin Renaud, sino en un punto intermedio: en 1869 para ser exactos, con el padre Chiniquy.

—¡Ése era un chiflado! —exclamó uno de los ancianos del fondo.

—Veo que ya saben quién es —repuso Gamache—. Sí, algunos lo consideraban un majadero y otros un héroe. Sin embargo, en esta historia tiene un papel muy diferente.

Gamache se fijó en Émile, que miraba por la ventana. ¿Acaso estaba distanciándose de lo que iba a ocurrir? Pensó que tal vez sí.

—El padre Chiniquy fue famoso por una cosa —explicó el inspector jefe—: quería salvar a los alcohólicos. Con esa intención, frecuentaba los mismos lugares que ellos, que, en la ciudad de Quebec de alrededor de 1860, estaban todos en la rue du Petit-Champlain. Justo debajo de donde nos encontramos ahora.

En efecto, si pudiera saltar por la ventana con el impulso suficiente, volaría sobre Dufferin Terrace y aterrizaría en la rue du Petit-Champlain, que se había convertido en una encantadora calle

adoquinada llena de tiendas de encajes y *souvenirs* y cafeterías, pero en aquella época era la famosa Basse-Ville. Lugar predilecto de borrachos, canallas y prostitutas, asolado por las aguas residuales y las enfermedades.

Atestado de pobres trabajadores franceses e inmigrantes irlandeses. Y un cura caído en desgracia y empeñado en salvarlos a ellos y, tal vez, también a sí mismo.

—Una tarde de verano, Chiniquy estaba en un bar a la caza de almas cuando oyó una conversación entre dos irlandeses. Patrick y O'Mara. Alguien les había dado trabajo como excavadores en la parte alta, para construir un sótano debajo de una casa vieja. Allí había más de veinte jornaleros, pero el descubrimiento lo hicieron Patrick y O'Mara. Habían encontrado algo y estaban convencidos de que podría ser valioso.

Muy a su pesar, los miembros de la Sociéte Champlain estaban interesándose por la historia. Unos cuantos todavía parecían molestos e impacientes, pero no por eso dejaban de escuchar. Émile era el único que continuaba mirando por la ventana.

¿En qué estaría pensando?, se preguntó entonces Gamache. ¿Acaso veía venir lo que iba a ocurrir? ¿Lo sabía ya de antemano?

No importaba. Ya era demasiado tarde.

—Chiniquy escuchó con creciente interés a los trabajadores y al final se sentó con ellos. Los irlandeses, que sabían quién era el cura, al principio no le hicieron mucho caso, pero cuando se ofreció a pagar una ronda, se abrieron un poco a él. Después de unas cuantas, le contaron lo que habían hallado.

»Era un ataúd. Al principio Chiniquy se decepcionó. El casco viejo de Quebec estaba prácticamente construido sobre ataúdes, sobre huesos. Lo raro hubiese sido no encontrar ninguno, y los trabajadores deberían haberlo sabido. Sin embargo, le dijeron que aquél era diferente. Pesaba mucho.

»Los jornaleros comprendían que aquello no sólo era inusual, sino que podía significar que tenía valor. Por eso se lo habían llevado a rastras hasta abajo, hasta casa de Patrick. Su mujer se negaba a meterlo en su hogar, pero él insistió, aun sabiendo que no podría tenerlo allí mucho tiempo. La casa era poco más que una choza y entre él, su esposa y los seis hijos ya estaban apretados. Lo último que necesitaban era añadir un muerto.

Gamache se fijó en su público. Todos escuchaban, incluso Émile. Veían la escena, igual que el inspector jefe. La señora irlandesa, pisoteada y desanimada. Después de sobrevivir al angustioso viaje hasta el Nuevo Mundo, éste le resultaba aún peor que la humillación y las hambrunas de las que había huido, y como si la vida no fuese de sobra difícil, su marido había vuelto del trabajo con un cadáver.

—Los hombres se propusieron abrir el ataúd y, con mucho cuidado, intentaron levantar la tapa sellada —continuó explicando Gamache—. Se preguntaban por qué pesaría tanto y creyeron que debía de estar lleno de oro. De joyas y de plata. Debía de ser el ataúd de una persona de gran fortuna. Pero al abrirlo se llevaron una amarga decepción, pues dentro no había más que un libro antiguo hecho trizas, una biblia y restos humanos. Huesos y prendas de ropa. Pesaba porque estaba revestido de plomo.

Un revuelo recorrió la sala. ¿Sabían hacia dónde iba la historia?

—Patrick y O'Mara estaban en el bar discutiendo la mejor manera de sacar el plomo, venderlo y tirar el cadáver al río. Y la biblia también. No sabían leer; por tanto, no les hacía ningún servicio. Chiniquy pidió verla y entonces los dos jornaleros empezaron a preocuparse. Así que el cura cambió de táctica. Les prometió una pequeña recompensa a cambio de llevar el ataúd y la biblia a la Sociedad Literaria e Histórica al día siguiente por la noche.

»“¿Por qué”, preguntaron ellos. Pues porque allí coleccionaban cualquier cosa histórica, sobre

todo libros. El ataúd podría ser muy viejo, razonó Chiniquy.

»Patrick y O'Mara estaban medio borrachos y ya no les importaba nada. Si había dinero que ganar, allí estarían. Al día siguiente, se presentaron en la sociedad y se encontraron con el padre Chiniquy y con otro hombre: James Douglas.

—¿Esto nos lo cuenta por algún motivo? —preguntó uno de los miembros de la Société Champlain.

—Benoît, por favor —protestó René Dallaire con cara de pena—. No seas maleducado.

—Lo seré si sigue haciéndome perder el tiempo de esta manera.

—La historia tiene un motivo, monsieur, ya falta poco —contestó Gamache. Estaba sonándole el móvil, pero no podía mirar quién era en ese preciso instante—. Estoy seguro de que han oído hablar del doctor Douglas, ¿verdad?

Algunos asintieron.

—Pues bien, Douglas abrió el ataúd y examinó su contenido mientras el padre Chiniquy estudiaba la biblia. Entonces, James Douglas cometió un error: ofreció a Patrick y a O'Mara quinientos dólares a cada uno. Chiniquy se puso furioso, pero no dijo nada. De inmediato, los jornaleros supieron que allí pasaba algo. Era una pequeña fortuna, demasiado dinero a cambio de una biblia destrozada y los restos de alguien que llevaba muerto tanto tiempo.

»Así que rechazaron la oferta. Insistieron en que tenían que ser mil por barba. Y los consiguieron, pero para ello tuvieron que jurar mantener aquello en secreto y darle la dirección de sus casas. Los irlandeses odiaban a los ingleses, pero también les tenían miedo. Sabían qué se ocultaba tras aquella fachada tan civilizada. Sabían de qué era capaz un inglés cuando se lo provocaba. Patrick y O'Mara accedieron, cargaron con el ataúd hasta el sótano y se marcharon.

Volvió a sonarle el teléfono, pero Gamache siguió sin prestarle atención.

—¿Cómo sabe todo esto? —preguntó alguien.

—Porque he encontrado esto.

Gamache se agachó y sacó de la cartera un libro encuadernado en cuero negro. Con él en la mano, miró a Émile. Su mentor parecía sorprendido, pero también algo más. ¿Era aquello una ligera sonrisa? ¿Una risita o una mueca?

—Es el diario del padre Chiniquy, de 1869. Augustin Renaud lo encontró y, al darse cuenta de su importancia, lo escondió.

—¿Dónde estaba? —pregunto Émile.

—En la biblioteca de la Sociedad Literaria e Histórica —respondió Gamache mirando a su mentor.

—¿Augustin Renaud escondió el diario en una biblioteca? —preguntó René Dallaire.

—No —aclaró Gamache—. Fue su asesino.

—¿Por qué nos cuenta todo esto? —preguntó Jean Hamel, delgado y contenido y, como siempre, sentado junto a René Dallaire.

—Creo que ya saben el porqué —contestó Gamache y lo miró a los ojos hasta que Hamel apartó la vista.

—¿Dónde dice que estaban excavando los trabajadores irlandeses? —preguntó uno de los miembros.

—No lo he mencionado, pero se lo digo ahora: bajo el Old Homestead.

La sala se quedó en silencio y todos clavaron la mirada en Gamache.

—Has encontrado el otro libro, ¿verdad? —aventuró Émile en mitad del silencio.

—Así es.

El inspector jefe metió la mano en la cartera, que había dejado sobre su regazo. Llevaba varias

horas protegiéndola.

—El año pasado, la Sociedad Literaria e Histórica vendió unas cuantas cajas de libros, cajas que no se habían molestado en mirar. Augustin Renaud compró algunas y cuando quiso saber qué había conseguido, vio que provenían de la colección del padre Charles Chiniquy. Un hallazgo poco prometedor para un estudioso de Champlain.

El uso de la palabra «estudioso» hizo que más de uno se revoliera en el asiento.

—Así que no tuvo prisa por leer ninguno de los volúmenes. No obstante, finalmente les echó un vistazo y se topó con algo extraordinario. Lo mencionó en su propio diario, pero, fiel a su propio estilo, lo hizo de forma... —Gamache buscó la palabra adecuada— muy cautelosa.

—Querrá decir absurda —intervino Jean Hamel—. No podemos fiarnos de nada de lo que dijo o escribió.

—No, quiero decir cautelosa. Y hacía bien, porque lo que había descubierto era asombroso.

Gamache sacó otro libro encuadernado en cuero negro. Más grande y grueso que el anterior, tenía los bordes desgastados y las hojas estaban algo frágiles, pero en buenas condiciones. No había visto la luz del sol durante cientos de años y, después de desenterrado, había permanecido en el anonimato de las estanterías del padre Chiniquy durante treinta años, hasta su muerte.

—Éste —dijo Gamache levantando el libro— fue el secreto del padre Chiniquy. Al final se lo llevó a la tumba y, cuando hace más de cien años, su ama de llaves empaquetó sus libros y los envió a la sociedad, nadie sabía los tesoros que había entre ellos.

»Al leer los diarios de Chiniquy, Augustin Renaud se topó con el relato del azaroso encuentro, una tarde de julio de 1869. Y entre los muchos libros sobre religión, los cantorales, los sermones y las biblias familiares, encontró esto.

Gamache colocó su enorme mano sobre la sencilla cubierta de cuero, que apenas daba pistas de lo que era.

Una vez más le sonó el teléfono. Era su línea privada. Muy pocas personas tenían el número, y llevaban diez minutos llamando sin parar.

—¿Me permites? —dijo Émile con el brazo tendido.

—*Oui*.

El inspector jefe se levantó, le pasó el libro a su mentor y lo observó mientras hacía lo mismo que él una hora antes. Justo lo que se imaginaba que Augustin Renaud había hecho hacía un mes. Y el padre Chiniquy un siglo atrás.

Abrió la cubierta, estampada con un sencillo motivo, y miró la portadilla.

Gamache oyó a Émile tomar aire de forma repentina y suspirar después. Con el aire se escaparon dos palabras:

—*Bon Dieu*.

—Eso es —convino el inspector jefe—, Dios mío.

—¿Qué es? —preguntó Jean Hamel, saliendo de la conveniente sombra de su amigo René.

Estaba claro quién era el verdadero líder de la Société Champlain.

—Habían encontrado a Champlain —anunció Émile con la mirada clavada en Gamache.

No era una pregunta, sino una afirmación más allá de toda duda.

—Lo que los jornaleros irlandeses encontraron debajo del Old Homestead era el ataúd de Champlain.

—¡Qué ridiculez! —protestó el de las malas pulgas—. ¿Cómo iba a estar Champlain enterrado debajo de ese restaurante? Todos sabemos que lo enterraron en la capilla que se quemó o en el cementerio, pero no a cientos de metros de allí, en medio del campo.

—Champlain era hugonote —anunció Émile con un hilo de voz—. Era protestante.

Les enseñó el libro. Era una biblia.

—Pero ¡eso es imposible! —espetó Jean.

Se oyó un barullo de voces que coincidían con él. Unas manos agarraron la biblia y, a medida que ésta circuló por la sala y todos vieron las pruebas, el alboroto fue acallándose.

«Samuel de Champlain» estaba escrito con tinta. La fecha: 1578.

Era una biblia hugonota original, un hallazgo muy poco común. La mayoría habían sido destruidas por las diferentes Inquisiciones, quemadas junto con sus propietarios. Era un libro tan peligroso para la Iglesia como para el que lo poseyera.

Champlain debió de ser un hombre muy devoto. De otro modo no la habría conservado ni se hubiese hecho enterrar con ella.

Salvo por el crujido y el rumor del fuego, en la sala imperaba el silencio. Gamache recuperó la biblia, la guardó en la cartera junto con el diario de Chiniquy, dijo «*Excusez-moi*» a todo el grupo —cada uno de sus miembros absorto en sus pensamientos— y salió de allí.

Una vez fuera, cogió el móvil y vio que tenía veintisiete llamadas perdidas de varias personas: Reine-Marie, su hijo Daniel y su hija Annie. De los superintendentes Brunel y Francoeur, y de la agente Isabelle Lacoste. De varios amigos y colegas, y de Jean-Guy Beauvoir. La llamada que entraba en ese preciso instante era de éste.

—*Bonjour*, Jean-Guy. ¿Qué pasa?

—Jefe, ¿dónde estaba?

—En una reunión. Dime qué pasa.

—Hay un vídeo en internet que está haciéndose viral. Acaba de contármelo Peter Morrow y después me han llamado Lacoste y unos cuantos amigos. Han estado llamándome, pero aún no lo he visto.

—¿Qué es?

Pero antes de acabar la pregunta ya se lo imaginó. Se le revolvió el estómago.

—Es de las imágenes que se grabaron durante el asalto.

Todos llevaban cámaras integradas en los auriculares, para grabar lo que ocurría. Los investigadores sabían desde hacía tiempo que no era suficiente con que los agentes diesen parte de forma verbal. Hasta los policías con las mejores intenciones podían olvidar algunos detalles, sobre todo con la excitación del momento. Y si las cosas salían mal, como ocurría a menudo, podían pasar de tener buenas intenciones a mentir.

Las cámaras se lo ponían más difícil, pero no imposible.

Cada una de ellas mostraba lo que veía el agente que la llevaba, lo que hacía y decía. Y, como con las películas, con los fragmentos de vídeo podían hacerse montajes.

—¿Jefe? —dijo Beauvoir.

—Vaya.

Gamache se sentía tal como Beauvoir sonaba. Molesto, agotado, desconcertado porque alguien quisiera hacer algo así y otros quisieran verlo. Era una violación, sobre todo para las familias. Las de sus agentes.

—Ahora los llamo —dijo.

—Puedo hacerlo yo, si quiere.

—No, *merci*. Me ocupo yo.

—¿Quién habrá sido? —preguntó Beauvoir—. ¿Cómo habrán accedido a las grabaciones?

Gamache agachó la cabeza. ¿Cómo era posible?

Le habían dicho que en el lugar había tres hombres. Pero eran más, muchos más. Gamache había supuesto que se trataba de un error, un error espantoso, pero no deliberado.

Él había multiplicado por dos el número de sospechosos y había dado por sentado que en lugar de tres encontrarían seis.

Sabía que con eso tenía las espaldas cubiertas.

Sin embargo, se equivocaba.

Había ido allí con seis agentes escogidos por él mismo. Seleccionados. Y había llevado también al inspector Beauvoir, pero no a la agente Yvette Nichol. Ella se había quedado plantada con el chaleco táctico puesto, la pistola en el cinturón, la mirada atenta. Dispuesta a acompañarlos al interior de la fábrica. El lugar que ella misma había localizado escuchando los sonidos. Escuchando con más atención que en toda su vida.

Los trenes. Su frecuencia. Su cadencia. Trenes de mercancías. Uno de pasajeros. Un avión en el cielo. Un silbido en la lejanía. Una fábrica.

Y susurros. Fantasmas en segundo plano.

Tres, había dicho ella.

Con la ayuda febril del inspector Beauvoir habían acotado la zona cada vez más. La habían reducido, restringido. Estudiaron los horarios de los trenes, las rutas aéreas, las fábricas viejas que aún pudieran usar silbatos.

Hasta que supieron dónde estaba retenido el agente Paul Morin.

Sin embargo, había otro objetivo: la hidroeléctrica La Grande. Si salvaban al joven agente, eso alertaría a los sospechosos de que habían descubierto el plan para destruir la presa. Y, una vez en guardia, podrían destruirla en el acto, antes de que la brigada táctica se desplazase hasta allí.

No podía ser. Tenían que escoger. Había una decisión que tomar.

Gamache vio a la agente Nichol en la puerta. Preparada. Y su rabia cuando le comunicó su decisión.

—¿Va a verlo? —preguntó Beauvoir.

Gamache lo pensó.

—Sí. ¿Y tú?

—Puede. —Calló un momento—. Bueno, sí.

Se hizo un silencio mientras ambos reflexionaban sobre lo que eso significaba.

—Dios mío —suspiró Beauvoir.

—Cuando lo hagas, no estés solo —le aconsejó Gamache.

—Ojalá...

—Sí, a mí también me gustaría —lo interrumpió el inspector jefe.

Los dos tenían el mismo deseo. Que si tenían que revivir el momento, al menos pudiesen hacerlo juntos.

El inspector jefe Gamache dejó caer todo su peso en uno de los sillones de cuero del St-Laurent Bar, pidió un vaso de agua y llamó a Reine-Marie.

—Estaba intentando hablar contigo.

Parecía estresada, disgustada.

—Lo sé, lo siento. Estaba en una reunión. Jean-Guy acaba de contármelo. ¿Cómo te has enterado?

—Daniel me ha llamado desde París. A él se lo ha dicho un compañero de trabajo. Después me ha llamado Annie. Al parecer, lo han colgado a mediodía y en nada ya se había convertido en una locura. Hace media hora que no paran de llamar periodistas. Armand, lo siento muchísimo.

Él oyó la tensión de su voz y no habría tenido reparos en matar a quienquiera que hubiese hecho

aquello. Obligar a Reine-Marie a revivir la angustia, obligar a Annie y a Daniel y a Enid Beauvoir. Y, peor aún, a las familias de los fallecidos.

Lo que más deseaba en ese momento era meterse en la línea de teléfono y abrazar a Reine-Marie, estrecharla entre sus brazos. Acunarla y decirle que todo saldría bien, que no era más que un fantasma del pasado. Lo peor ya lo habían dejado atrás.

O tal vez no.

—¿Cuándo vuelves?

—Mañana.

—¿Quién puede haber hecho algo así, Armand?

—No lo sé. Yo tendré que verlo, pero tú no. ¿Puedes esperar hasta que llegue a casa? Si entonces aún quieres echarle un vistazo, lo haremos juntos.

—Te esperaré —contestó ella.

Podía esperar.

Reine-Marie recordaba fragmentos de ese día. Armand no estaba en casa. Isabelle Lacoste había contactado con ella para explicarle que el inspector jefe estaba trabajando en un caso y no podría ni siquiera hablar con ella. No hasta al cabo de un día.

Nunca había pasado veinticuatro horas sin oír la voz de su marido. Ni una sola vez en los más de treinta años que llevaban juntos. Entonces, al día siguiente, justo después del mediodía, una compañera de la Bibliotheque Nationale llegó al trabajo con el rostro demudado.

Las noticias de Radio-Canadá. Un tiroteo. Agentes de la Sûreté entre los fallecidos, incluido un miembro de alto rango del Departamento de Homicidios. La carrera hacia el hospital sin atreverse a escuchar los boletines. Tenía demasiado miedo. El mundo se había hundido bajo un imperativo: llegar al hospital. Llegar allí. Llegar. Una vez en Urgencias, se encontró con Annie, que llevaba allí unos minutos.

—La radio ha dicho que papá...

—No me lo digas, no quiero saberlo.

Se consolaron la una a la otra. En la sala de espera también consolaron a Enid Beauvoir, la esposa de Jean-Guy. Y llegaron más personas que Reine-Marie no conocía. Una farsa grotesca. Extraños reconfortándose entre sí mientras, en secreto, en medio de tal desesperación, rezaban por que fuesen los demás quienes recibieran las malas noticias.

Un técnico de emergencias sanitarias salió de los boxes de urgencias por las puertas batientes, los miró y apartó la vista de inmediato. Tenía sangre en el uniforme. Annie le agarró la mano a Reine-Marie.

Entre los fallecidos.

Recordaba que el médico las llevó a un lado, a otra parte, las separó del resto del grupo. Reine-Marie, aturdida y algo mareada, se armó de valor para escuchar unas noticias imposibles de soportar. Y, sin embargo, escuchó otras palabras.

«Está vivo.»

No procesó el resto de información. Herida en el pecho. Herida en la cabeza. Neumotórax. Hemorragia.

Lo único que necesitaba saber era que estaba vivo. Pero había alguien más.

—¿Jean-Guy? —había preguntado ella—. ¿Jean-Guy Beauvoir?

El doctor vaciló.

—Debe decírnoslo —insistió Annie, con mucha más fuerza de la que Reine-Marie hubiese esperado.

—Ha recibido un disparo en el abdomen. Está en el quirófano.

—Pero ¿saldrá adelante? —exigió saber Annie.

—No lo sabemos.

—Ha dicho que mi padre tiene una hemorragia. ¿Qué quiere decir eso?

—Es por la herida de la cabeza, tiene una hemorragia intracraneal —contestó él.

Un derrame.

A Reine-Marie no le importaba. Estaba vivo. Y ahora, hablando con Gamache por teléfono, repitió ese mantra para sus adentros, tal como hacía todas las horas de todos los días desde aquel suceso. Daba igual lo que apareciese en el vídeo: estaba vivo.

—No tengo ni idea de qué se ve —admitió Gamache.

Y era cierto. Cuando se llevó a cabo la investigación, se obligó a recordar, pero apenas conservaba algunas impresiones y la sensación de caos, el ruido, los gritos y alaridos. Y hombres armados por todas partes. Muchos más de los que esperaban.

Rápidas ráfagas. Balas que volaban a su alrededor y hacían saltar hormigón y madera por los aires. Ráfagas de armas automáticas. La sensación desacostumbrada del chaleco táctico. El fusil de asalto que tenía en las manos. Las personas que tenía en la mira. Dar parte después de cada tiro. Porque disparaba a matar.

Recordaba haber barrido el lugar con la mirada en busca de más hombres armados y dar órdenes. Incluso en mitad de la tormenta, él mantuvo el orden.

Recordaba también el momento en que abatieron a Jean-Guy. Y a otros.

Por las noches, se despertaba con esas imágenes y esos sonidos. Con aquella voz.

«Te encontraré a tiempo. Confía en mí.»

«Le creo, señor. Confío en usted.»

—Volveré mañana —repitió el inspector jefe a Reine-Marie.

—Ten cuidado.

Eso era algo que su esposa no acostumbraba a decir. No antes de que sucediese todo aquello. Sabía que Reine-Marie lo pensaba siempre que él se marchaba de casa para ir a trabajar, pero nunca había llegado a pronunciar las palabras. Hasta ahora.

—Lo tendré. Te quiero.

Gamache colgó e hizo una pausa para recomponerse. Notó el botecito de pastillas que tenía en el bolsillo. Lo rodeó con la mano y apretó.

Cerró los ojos.

Un momento después, sacó la mano vacía del bolsillo y llamó a los agentes que habían sobrevivido y a las familias de los que no.

Habló con sus madres, sus padres, con sus esposas y con un marido. Al fondo oyó a un niño pequeño pidiendo leche. Llamó una y otra vez, y prestó oídos a la rabia y el dolor por la publicación de un vídeo como aquél. Ni uno solo de ellos lo culpó a él, aunque Armand Gamache sabía que estaban en su derecho.

—¿Estás bien?

Gamache levantó la vista y vio a Émile Comeau sentarse frente a él.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el anciano al ver la expresión de Gamache.

El inspector jefe vaciló. Por primera vez en su vida tuvo la tentación de mentir a aquel hombre que acababa de mentirle a él.

—¿Por qué me has dicho que la Société Champlain se reúne a la una y media cuando es obvio que empieza a la una?

Émile se quedó callado. ¿Iba a mentirle de nuevo? Gamache no lo tenía claro. Sin embargo, su mentor negó con la cabeza.

—Lo siento, Armand. Había cosas que teníamos que discutir antes de que llegases. Me pareció que sería mejor así.

—Me has mentido —lo acusó.

—Sólo ha sido media hora.

—Es mucho más que eso, y lo sabes. Has hecho una elección, has escogido un bando.

—¿Un bando? ¿Quieres decir que la Sociedad Champlain y tú estáis en bandos opuestos?

—Lo que estoy diciendo es que todos tenemos a quién ser leal. Y está claro a quién lo eres tú.

Émile lo miró fijamente.

—Lo siento, no debería haberte mentido. No volverá a ocurrir.

—Ya ha ocurrido —dijo Gamache.

Se levantó de su asiento y dejó en la mesa cien dólares, por el agua y por el uso de la mesa tranquila junto a la chimenea.

—¿Qué quería decirnos Augustin Renaud?

Émile también se puso en pie.

—¿De qué hablas?

—«SC», en el diario de Renaud. Había supuesto que era una cita con alguien, tal vez con Serge Croix. Una reunión a la que no llegó porque fue asesinado. Pero me equivoqué. «SC» era la Société Champlain, y la cita era para hoy a la una. ¿Por qué quería hablar con vosotros?

Émile lo miró pasmado, pero no dijo ni una palabra.

Gamache dio media vuelta y recorrió el pasillo a grandes zancadas, con el móvil sonando y el corazón martilleándole en el pecho.

—Armand, espera —lo oyó decir desde lejos.

Siguió caminando sin hacerle caso. Entonces pensó en lo que Émile había significado para él, y en lo que aún significaba. ¿Acaso una sola cosa mala borraba todo lo anterior?

Ése era el peligro. No que las personas se traicionasen ni cometiesen actos crueles, sino que eso tuviera más peso que todo lo bueno. Que fuéramos capaces de olvidar lo positivo y recordar tan sólo las cosas malas.

Ese día no. Gamache se detuvo.

—Tienes razón. Renaud quería venir a vernos —admitió Émile, que lo alcanzó mientras él recuperaba la parka del guardarropa—. Dijo que había encontrado algo. Algo que no iba a gustarnos, pero que estaba dispuesto a enterrar si le dábamos lo que quería.

—¿Y qué quería?

—Formar parte de la Société y conseguir la credibilidad asociada a ella. Y cuando encontrase el ataúd, quería que admitiésemos que siempre había tenido la razón.

—¿Eso era todo?

—Sí.

—¿Le dijisteis que sí?

Émile negó con la cabeza.

—Decidimos no reunirnos con él. Nadie creía posible que hubiera encontrado a Champlain, y tampoco que tuviera algo comprometedor. El sentimiento general fue que permitirle la entrada a la Société a Renaud era rebajarnos. Todos votamos en contra.

—Un anciano acude a vosotros en busca de aceptación, nada más que eso, y ¿le dais la espalda?

—No me enorgullezco de ello. Y es justo lo que teníamos que discutir en privado. Quería que te lo

contasen todo y les he dicho que si no lo hacían ellos, lo haría yo mismo. Lo siento mucho, Armand. Ha sido una equivocación. Pero sabía que no tenía ninguna importancia para la investigación. Nadie creyó a Renaud. Nadie.

—Una persona sí. Y lo mató.

En la reunión de la Société Champlain no había más que ancianos quebequeses. ¿Qué era lo que los mantenía unidos como club? Sin duda, su fascinación por Champlain y la colonia original, pero ¿explicaba eso su lealtad vitalicia o acaso había algo más?

Samuel de Champlain no era un simple explorador más, era el padre de Quebec y como tal se había convertido en un símbolo de grandeza para los quebequeses. De grandeza y de libertad. De los nuevos mundos y los nuevos países.

De soberanía. De la escisión de Canadá.

Gamache recordaba los acontecimientos extremos de finales de los sesenta. Las bombas, los secuestros, los asesinatos. Todo a manos de jóvenes separatistas. Pero los jóvenes separatistas de los sesenta se habían convertido en separatistas viejos que se apuntaban a sociedades, se sentaban en elegantes salones y tomaban aperitivos.

Quizá también urdiesen conspiraciones.

Se había hallado a Samuel de Champlain y con él, su protestantismo. ¿Qué opinaría la Iglesia de eso? ¿Y los separatistas?

—¿Cómo has encontrado los libros? —preguntó Émile, y bajó la mirada para contemplar la cartera que Gamache llevaba colgada del costado.

—Por la cartera de cuero de Renaud. ¿Para qué cargar con ella si sólo tenía un plano pequeño? Estaba seguro de que llevaba algo más. Entonces, al ver que no encontrábamos los libros, me di cuenta de que lo más probable era que los tuviera consigo. Augustin Renaud se habría negado a separarse de ellos ni un solo momento, así que debió de cargar con ellos cuando quedó con su asesino en la Sociedad Literaria e Histórica. Sin embargo, no los encontraron junto al cadáver. Lo que significa que el asesino se los llevó. La cuestión era qué hizo con ellos.

Émile entrecerró los ojos y su pensamiento siguió la senda que Armand estaba mostrándole. Al cabo de un momento, sonrió.

—El asesino no podía llevárselos a casa. Si lo encontraban en posesión de esos libros, lo incriminarían.

Gamache observó a su mentor.

—Imagino que podría haberlos destruido —continuó Émile pensando en voz alta—, tirarlos al fuego, quemarlos. Pero no era capaz de algo así. En lugar de eso, ¿qué fue lo que hizo?

Ambos se miraron en el abarrotado vestíbulo del hotel. La gente se arremolinaba a su alrededor como un gran río, unos abrigados para protegerse del frío, otros vestidos de fiesta para asistir a un cóctel. También había algunos ataviados con las coloridas fajas carnavaleras, *les ceinture fléchée*. Pero ninguno de ellos prestaba la menor atención a los dos hombres plantados en mitad de la corriente.

—Los escondió en la biblioteca —concluyó Émile con aire triunfal—. ¿Dónde si no? Los escondió entre otros miles de viejos tomos de cuero que nadie leía ni apreciaba. ¡Qué simple!

—He pasado la mañana buscándolos y al final los he encontrado —explicó Gamache.

Salieron juntos del Château y, cuando el aire frío les azotó la cara, aguantaron la respiración.

—Has encontrado los libros, pero ¿qué fue de Champlain? —preguntó Émile parpadeando a causa del intenso frío—. ¿Qué hicieron James Douglas y Chiniquy con él?

—Estamos a punto de descubrirlo.

—¿Vamos a la sociedad? —quiso saber Émile al girar a la izquierda y pasar frente a los viejos edificios de piedra, por delante de los árboles que aún tenían balas de cañón incrustadas y del pasado que ambos amaban—. El jefe de Arqueología estuvo mirando allí hace unos días, ¿cómo es que no encontró al fundador?

—¿Cómo sabes que no lo hizo?

VEINTITRÉS

Cuando el inspector jefe y Émile Comeau llegaron a la Sociedad Literaria e Histórica, Elizabeth, Porter Wilson, la pequeña bibliotecaria, Winnie, y el señor Blake estaban reunidos en el vestíbulo, esperándolos.

—¿A qué se debe todo esto? —espetó Porter antes de que Gamache y Émile hubieran cerrado la puerta—. Ha vuelto el jefe de Arqueología con unos cuantos técnicos y ese tal inspector Langlois también ha venido. Nos ha ordenado que no bajemos al sótano... ¡A nuestro propio sótano!

—¿Tenía pensado bajar por algún motivo? —le preguntó Gamache mientras se quitaba el abrigo.

—Pues no.

—¿Necesita hacerlo?

—En absoluto.

Los dos hombres se miraron.

—Por Dios bendito, Porter, no hagas el ridículo —lo riñó Elizabeth—. Deja que hagan su trabajo. No obstante —añadió dirigiéndose a Armand Gamache—, si nos puede dar algo de información, se lo agradeceremos. Lo que sea.

Gamache y Émile intercambiaron una mirada.

—Es posible que Augustin Renaud tuviera razón... —anunció el inspector jefe.

—¿Sobre qué? —preguntó Porter con brusquedad.

—No seas tonto —le espetó el señor Blake—. Sobre Champlain, ¿sobre qué va a ser?

Cuando Gamache asintió, el señor Blake frunció el ceño.

—¿Creen que Samuel de Champlain lleva en el sótano todo este tiempo?

—Bueno, al menos desde hace ciento cuarenta años. *Pardon*.

Los dos se abrieron paso a través del corrillo de voluntarios y recorrieron los ya conocidos pasillos hasta llegar a la trampilla que conducía al primer sótano y, por la empinada escalera metálica, hasta el segundo nivel.

A través de los tablones del piso de arriba habían visto una luz cegadora, como si el sol estuviera atrapado allí abajo. Sin embargo, una vez hubieron descendido, descubrieron que se trataba sólo de una serie de lámparas industriales que, una vez más, los técnicos habían enfocado sobre la tierra y la piedra del sótano.

El jefe de Arqueología estaba plantado en el centro de la sala. Tenía los larguísimos brazos cruzados sobre el pecho, como si tratara, puede que sin éxito, de contener su enfado. Los mismos técnicos que lo habían acompañado las veces anteriores estaban presentes, igual que el inspector Langlois, que sin dejar pasar un segundo se llevó a Gamache a un lado.

—Puedo explicárselo —empezó a decir éste antes de que lo interrumpiera.

—Eso ya lo sé. No es por eso. Deje que Croix siga cabreado un rato. Total, es gilipollas. ¿Se ha enterado?

Langlois escrutó el rostro del inspector jefe.

—¿De lo del vídeo? *Oui*, pero no lo he visto.

Era el turno de Gamache de interrogar a su compañero.

—¿Usted sí?

—Sí. Todo el mundo lo ha visto.

Por supuesto estaba exagerando, pero tal vez no demasiado. Gamache siguió buscando pistas en la expresión de Langlois. ¿Le adivinaba acaso una pizca de compasión o era otra cosa?

—Siento mucho que esto haya ocurrido, señor.

—Gracias. Yo lo veré esta tarde.

Langlois calló un momento, como si quisiera decir algo a continuación, pero permaneció en silencio. Entonces lanzó una breve mirada al jefe de Arqueología.

—¿De qué va todo esto, *patron*?

—Ahora lo verá. —Gamache sonrió.

Le tocó el brazo y lo llevó hacia el amplio espacio donde estaban todos reunidos.

Entonces se dirigió a Serge Croix.

—Sé que estuvo aquí hace casi una semana para averiguar si el de Augustin Renaud era el único cadáver que había en este sótano. Para ver si el hombre que usted consideraba una amenaza estaba en lo cierto y Champlain se hallaba enterrado aquí. Pero tal como era de prever, no encontró nada.

—Desenterramos un montón de tubérculos —contestó Croix.

Los técnicos que estaban detrás de él soltaron una risita burlona.

—Me gustaría que echasen otro vistazo —replicó el inspector jefe, sonriendo y mirando al arqueólogo a los ojos—. En busca de Champlain.

—De eso nada, aquí no. No voy a perder el tiempo.

—Si no lo hace usted, lo haré yo. —Gamache alcanzó una pala—. Pero quiero que sepa que tengo menos de arqueólogo que Renaud.

Se quitó el cárdigan, se lo pasó a Émile, se remangó la camisa y miró a su alrededor. La tierra del sótano estaba revuelta, marcada por los agujeros que habían hecho aquí y allá y después habían vuelto a tapar.

—Voy a empezar por aquí.

Clavó la pala en la tierra y apoyó la bota.

—Espere —le pidió Croix—. Esto es absurdo. Ya hemos examinado todo el sótano; ¿qué le hace pensar que Champlain está aquí?

—Eso.

Gamache le hizo una señal a Émile y éste abrió la cartera y le pasó la vieja biblia a Serge Croix. Ambos observaron mientras la vida del jefe de Arqueología daba un giro. Empezó con un movimiento casi imperceptible. Abrió los ojos un ápice, parpadeó y soltó aire.

—*Merde* —susurró—. *Oh, merde.*

Croix levantó la mirada de la biblia y la clavó en Gamache.

—¿Dónde ha encontrado esto?

—Arriba. Estaba escondida donde cualquiera ocultaría un libro antiguo y valioso: entre otros de su misma clase, en una biblioteca que nadie utiliza. Estoy casi seguro de que fue el asesino quien la dejó allí. No quería destruirla, pero tampoco podía quedársela, y por eso la escondió. Antes de eso, la tenía Renaud, y antes perteneció a Charles Chiniquy.

Gamache notó que Croix le daba vueltas a algo. Estaba haciendo conexiones a través de los años, de los siglos. Ligando movimientos, acontecimientos, personalidades.

—¿Cómo la encontró Chiniquy?

—Patrick y O'Mara, los dos trabajadores irlandeses de los que le hablé, la encontraron y se la vendieron.

—Me pidió que averiguase qué excavaciones estaban haciéndose en 1869, ¿era por esto? ¿Estaban trabajando en uno de esos lugares?

Gamache dijo que sí con la cabeza y esperó a que Croix atara los últimos cabos sueltos.

—¿El Old Homestead? —preguntó al final el jefe de Arqueología. Se llevó la mano a la frente y echó la cabeza hacia atrás—. Claro que sí. El Old Homestead. Siempre lo hemos descartado porque estaba fuera del radio que considerábamos razonable para el camposanto. Pero Champlain no podía descansar en el cementerio. No si era hugonote.

Croix agarró la biblia con fuerza, parecía presa de una gran excitación, como si estuviera fuera de sí.

—Corría algún rumor, claro, pero eso es lo típico con Champlain. Se sabe tan poco de él que se especula sobre cualquier cosa. Lo de su religión era un rumor más, y no lo considerábamos plausible. Porque ¿cómo iba a poner el rey a un protestante, a un hugonote, al mando del Nuevo Mundo? Aunque si el rey no lo sabía... Pero no, no, es más probable que sí lo supiera. De hecho, eso explicaría muchas cosas.

El arqueólogo se había convertido en un adolescente encaprichado por primera vez y hablaba con atropello, como embriagado.

—Explicaría por qué nunca recibió un título real, por qué no lo reconocieron de forma oficial como gobernador de Quebec. Por qué nunca lo honraron por sus logros, cuando otros recibían reconocimientos por mucho menos. Eso siempre ha sido un misterio. Podría aclarar incluso por qué lo enviaron aquí. Entonces lo consideraban casi una misión suicida y tal vez, siendo hugonote, Champlain fuera prescindible.

—¿Es posible que los jesuitas lo supieran? —preguntó uno de los técnicos.

La cuestión también tenía a Gamache intrigado. La Iglesia católica tuvo un papel muy relevante en la fundación de la colonia y a la hora de convertir a los nativos y mantener a los colonos a raya.

Pero los jesuitas no eran famosos por su tolerancia.

—No lo sé —admitió Croix, pensativo—. Debían de saberlo. De otro modo, lo habrían enterrado en el cementerio católico en lugar de fuera de éste.

—Pero dudo mucho que los jesuitas permitieran que lo enterrasen con eso.

Gamache señaló la biblia hugonota que Croix aún sujetaba con fuerza entre las manos.

—Es cierto. Pero alguien debía de saberlo —apuntó Croix—. Hay muchos testimonios de gente que vio cómo lo enterraban en la capilla. Una capilla que él mismo sufragó. Les dejó la mitad de su fortuna.

El arqueólogo calló de pronto, pero todos veían que su mente iba a toda velocidad.

—¿Es posible? ¿Puede ser que el dinero fuera un soborno? Tal vez legase la mitad de su fortuna a la Iglesia para que lo enterrasen en la capilla, a la vista del público, y luego volvieran a enterrarlo fuera del cementerio católico, en el campo. Con esto.

Croix alzó la biblia.

Gamache escuchaba y al mismo tiempo imaginaba la escena. El gran líder desenterrado a altas horas de la noche en secreto, un personaje anónimo cargando con sus restos mortales por el cementerio, a través del terreno sagrado y más allá.

¿Y por qué motivo? Porque era protestante. Al final, sus actos, su coraje, su visión, determinación y logros no tenían ninguna importancia.

Una vez muerto, era sólo un hugonote. Un forastero en el país que él mismo había creado, en un mundo que él había construido. Samuel de Champlain, el humanista, se unió con el Nuevo Mundo en un pedazo de tierra sin bendecir, pero también sin corromper.

Gamache se preguntaba si el fundador habría llegado allí esperando que las cosas saliesen de otra manera. Para acabar descubriendo que el Nuevo Mundo no era diferente del viejo, sólo más frío.

Samuel de Champlain yació con su biblia en un ataúd revestido de plomo hasta que lo desenterraron dos trabajadores irlandeses que vivían en la miseria y la desesperación. Con eso hicieron fortuna. Uno, O'Mara, abandonó la ciudad, y el otro, Patrick, dejó atrás la parte baja de Quebec y se compró una casa entre las familias acomodadas de des Jardins.

¿Fue más feliz allí?

—¿Y cree que ahora está aquí? —le preguntó Serge Croix a Gamache.

—Sí.

El inspector jefe les contó el resto de la historia. La reunión con James Douglas y el dinero que les pagaron.

—¿Dice que Chiniquy y James Douglas lo enterraron aquí? —insistió Croix.

—Creo que sí. Champlain era un símbolo demasiado potente para el sector francés de Quebec. Podía mover masas. Era mejor que nadie lo encontrase. En 1869 hacía tan sólo dos años de la confederación. Muchos de los franceses de la ciudad no estaban conformes con la anexión a Canadá y hacían llamamientos al separatismo. Encontrar a Champlain no le haría ningún favor a la causa canadiense y, en cambio, podía causar muchos problemas. Es probable que nada de eso importase mucho a Chiniquy, pero sospecho que al doctor Douglas sí. Él conocía las fuerzas políticas y, para un conservador por naturaleza como él, cuanto menos revuelo, mejor.

—Los restos de Champlain causarían un gran revuelo —convino el inspector Langlois con un ligero cabeceo—. Era mejor enterrar a los muertos y dejar el tema.

—Pero los muertos tenían la costumbre de salir de sus tumbas —apuntó Croix—. Sobre todo en el entorno de James Douglas. ¿Conoce sus actividades?

—¿Como saqueador de tumbas? —preguntó Gamache—. Sí.

—Y lo de las momias —siguió Croix.

—¿Momias? —preguntó Langlois.

—Otro día —respondió el inspector jefe—. Ya se lo contaré. Pero ahora tenemos que buscar otro cadáver.

Durante la siguiente hora, el arqueólogo y sus técnicos volvieron a revisar el sótano y encontraron más cajas de estaño y más hortalizas.

Y debajo de la escalera, justo donde los escalones metálicos tocaban el suelo, encontraron algo más. Algo que cuando hicieron el primer barrido, a principios de semana, habían desestimado pensando que el aparato detectaba los peldaños. Pero al examinarlo con más detenimiento, vieron que se trataba de algo más.

Mientras cavaban con cuidado, pero sin entusiasmo ni convicción, los técnicos dieron con algo, algo más grande que una caja de estaño. No cabía duda de que no era metálico, sino que estaba hecho de madera.

Se pusieron a cavar con más cautela ahora, a retirar la tierra, a tomar fotos y a registrar todos los detalles de aquel acontecimiento. Y poco a poco, con gran meticulosidad, dejaron al descubierto un ataúd. Los hombres se reunieron a su alrededor y se santiguaron en un acto reflejo.

El inspector llamó a su equipo de investigación forense y éstos llegaron en cuestión de minutos. Tomaron muestras, hicieron más fotos y recogieron huellas.

Bajo la atenta mirada de las cámaras, sacaron el ataúd de su agujero y el jefe de Arqueología y el líder de su equipo de técnicos retiraron los clavos, largos y rojos de herrumbre. Fueron saliendo de la madera con un lento chirrido, con verdadera reticencia a desvelar lo que llevaban tanto tiempo

ocultando.

Libre por fin de los clavos, la tapa estaba lista para que la levantasen. Serge Croix tendió la mano y vaciló. Miró a Gamache y le hizo un gesto para que se acercase al ataúd. El inspector jefe declinó la invitación, pero cuando el arqueólogo insistió, aceptó.

Armand Gamache se colocó delante del carcomido ataúd. Estaba hecho de simple madera de arce, de los bosques ancestrales que se habían derribado a golpe de hacha cientos de años antes para construir Quebec. Sintió el temblor de la mano derecha y supo que los demás también lo percibían.

Tendió las manos y tocó el ataúd. El temblor cesó. Mientras descansaba las palmas en la madera, reflexionó sobre lo que estaba a punto de ocurrir. Tras siglos de pesquisas, tras tantas vidas empleadas en la búsqueda del padre de Quebec, después de pasar su propia infancia leyendo sobre él, soñando con lo que hizo, recreando escenas con sus amigos. Con un palo en la mano, Gamache se había erguido en Parc Mont Royal con un pie en cada roca, al mando de un gran navío con el que había librado nobles batallas y sobrevivido a tormentas espeluznantes. Valeroso. Como para todos los niños de Quebec, su héroe había sido Samuel de Champlain.

Explorador, cartógrafo. Creador. Quebec.

Gamache se miró las grandes manos, apoyadas en la madera vieja.

Samuel de Champlain.

El inspector jefe se hizo a un lado y señaló a Émile para que éste ocupase su puesto. El anciano negó con la cabeza, pero Gamache se acercó a él, lo llevó hasta el ataúd, dio un paso atrás y sonrió a su mentor.

—*Merci* —susurró Comeau.

Junto con el jefe de Arqueología, poco a poco y con mucho cuidado, levantaron la pesada tapa revestida de plomo.

En el interior yacía un esqueleto. Por fin lo habían hallado.

Tras un largo silencio, el arqueólogo habló con la mirada clavada en el ataúd.

—A menos que Champlain escondiera otro gran secreto, no es él.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Gamache.

—Es una mujer.

Algo había cambiado. Jean-Guy Beauvoir lo notaba. Era por la manera en que lo miraban. Como si lo hubiesen visto desnudo, como si lo hubieran visto en tal situación de vulnerabilidad, tan expuesto, que ya no pudieran imaginarlo de otro modo.

No como el hombre que era en realidad, sino como una versión editada.

Todos habían visto el vídeo, todos y cada uno de ellos. Eso estaba claro. Él era el único en Three Pines que no lo había hecho, con la posible excepción de Ruth, que apenas había salido de la Edad de Piedra.

Tal vez fuese cierto que los habitantes de Three Pines sabían algo sobre él, pero él también sabía algo sobre ellos, algo que nadie más conocía. Había descubierto al asesino del Ermitaño.

Era viernes, a última hora de la tarde. Hacía rato que se había puesto el sol y el *bistrot* iba quedándose vacío a medida que la gente regresaba a casa para cenar, después de tomar algo.

Beauvoir miró a su alrededor. Clara, Peter y Myrna estaban sentados con el Viejo Múndin y La Esposa, que tenía al pequeño Charles en brazos, dormido. En otra mesa, Marc y Dominique Gilbert bebían cerveza mientras la madre de Marc, Carole, tomaba vino blanco. Los Parra, Roar y Hanna, también estaban presentes. Su hijo Havoc atendía las mesas.

Ruth no tenía compañía y Gabri estaba detrás de la barra.

Se abrió la puerta y alguien entró con la corriente. Se sacudió la nieve del gorro y dio un par de pisotones. Era Vincent Gilbert, el santo gilipollas, el doctor que se había mostrado tan tierno con Beauvoir y tan cruel con otras personas.

—¿Llego tarde? —preguntó.

—¿Tarde? —se extrañó Carole—. ¿Para qué?

—No sé a ti, pero a mí me han invitado a venir.

Todos miraron a Beauvoir y después a Clara y a Myrna. Ellas habían invitado al Viejo y a La Esposa a tomar algo, igual que a los Parra. Los Gilbert habían acudido a petición de Beauvoir y Ruth formaba parte del decorado.

—*Patron* —dijo el inspector.

Gabri cerró la puerta de entrada con llave y después hizo lo mismo con las puertas que daban a las tiendas adyacentes.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Roar Parra.

Estaba perplejo, pero no parecía alarmado. Era un hombre achaparrado y fuerte, y Beauvoir se alegró de que no se hubiera puesto en guardia. Al menos de momento.

Todos miraron al inspector.

Poco antes, había acordado con Gabri que, con mucha discreción, les pidiera al resto de los clientes que se marchasen, de modo que sólo quedasen esos pocos. En la calle, la nieve caía y empezaba a arremolinarse con el aire, reflejada en el resplandor de las casas. Las alegres luces de Navidad de los tres pinos del parque se agitaban con el viento. Antes de que todos se marchasen de allí, los farolillos se las verían con una pequeña ventisca.

Sin embargo, dentro se estaba calentito y a gusto, y a pesar de que el aire y la nieve chocaban contra los cristales, eso no hacía más que aumentar la sensación de seguridad. Las chimeneas estaban encendidas y, aunque fuera se oía el viento soplar, el robusto edificio no tembló ni una sola vez.

Como el resto de Three Pines y de sus habitantes, la construcción estaba lista para resistir lo que se le viniera encima y permanecer en pie. Y ahora, todos juntos, miraban a Beauvoir.

Con una pizca de compasión, quizá.

—Bueno, ¿vas a decirnos de qué va esto o qué, subnormal? —preguntó Ruth.

Armand Gamache se sentó en la biblioteca de la Sociedad Literaria e Histórica y se maravilló de que unas semanas antes casi no conociese su existencia ni la de aquellas personas y, no obstante, ahora tuviese la sensación de conocerlos a todos mucho mejor.

La junta acababa de reunirse una vez más.

A la cabeza de la mesa, y a pesar de no ser un líder nato, estaba sentado un Porter Wilson tenso y receloso. La verdadera cabecilla se encontraba a su lado, tal como había hecho a lo largo de toda su vida. Llevaba décadas moviendo los hilos en silencio, recogiendo los pedazos de lo que Porter iba rompiendo a su paso. Elizabeth MacWhirter, heredera de la fortuna de los astilleros MacWhirter, un legado desaparecido desde hacía mucho tiempo y del que tan sólo quedaban las apariencias.

No obstante, las apariencias tenían importancia y Gamache lo sabía. Sobre todo para Elizabeth. Sobre todo para la comunidad inglesa. Y lo cierto era que el colectivo era al mismo tiempo más fuerte y más débil de lo que aparentaba.

La comunidad inglesa era pequeña, de eso no cabía duda, e iba reduciéndose cada vez más a medida que sus integrantes fallecían. Era un hecho que, pese a todas las pruebas que existían de ello, la mayoría francófona pasaba por alto y los que conocían la presencia de los anglos seguían viéndolos como una amenaza.

¿Y por qué no? Muchos de los anglos aún se veían a sí mismos como un pueblo que no sólo tenía cierto poder, sino que lo merecía. Era su destino manifiesto, un derecho otorgado por su cuna y su sino. Por el general Wolfe doscientos años antes, en los campos que pertenecían al granjero Abraham.

Como los blancos de Sudáfrica o los del sur de Estados Unidos, que sabían que las cosas habían cambiado, que incluso aceptaban los cambios, pero aun así eran incapaces de deshacerse de la certeza, una certeza con profundas raíces, pero escondida con diplomacia, de que ellos deberían seguir al mando.

Entre los asistentes estaba Winnie, la menuda bibliotecaria que amaba la biblioteca y a Elizabeth y a la que le encantaba trabajar entre cosas e ideas que ya no tenían relevancia alguna.

También el señor Blake, con su traje y su corbata. Un amable anciano cuyo hogar se había reducido de toda la ciudad a una casa y, por último, a aquella magnífica sala. «¿Qué no haría alguien para defender su hogar?», se preguntó Gamache.

Tom Hancock estaba sentado en silencio, observando. Era joven, vital y sabio, pero en realidad no encajaba con el resto. Era un forastero. Y, sin embargo, eso le confería cierta claridad a la hora de ver las cosas, se daba cuenta de aquello que sólo se percibía desde la distancia.

Por último, estaba Ken Haslam, que hablaba en silencio y a gritos.

No había medias tintas. Era un hombre de extremos, que, o bien guardaba silencio sentado en una silla, o luchaba por cruzar un río helado.

Un hombre cuyas esposa e hija estaban enterradas en Quebec, pero a quien no se consideraba quebequés, como si la ciudad pudiera esperar más de sus habitantes.

Cuando el equipo técnico se marchó después de retirar el ataúd, Émile y Gamache se quedaron a solas con la junta y se reunieron en la biblioteca.

El inspector jefe miró a los miembros uno a uno y, por último, a Porter Wilson. Esperaba un arranque de ira, que exigiera información y, tal vez, que insinuase que los estaba tratando de forma injusta.

Pero en vez de eso, todos ellos miraban al inspector jefe con educación. Algo había cambiado y Gamache sabía el qué.

Era el vídeo de las narices. Lo habían visto y él no. Todavía no. Sabían algo que él aún ignoraba, algo sobre sí mismo. En cambio, él sabía otra cosa que ellos desconocían, algo que querían saber.

Pues bien, tendrían que esperar.

—Si no me equivoco, han estado entrenando esta tarde —le dijo Gamache al reverendo señor Tom Hancock.

—Así es —respondió éste, sorprendido por el tema.

—Los he visto.

El inspector jefe se volvió hacia Ken Haslam.

El hombre sonrió y dijo algo que Gamache no alcanzó a entender. Los demás asintieron a un tiempo y el inspector jefe se dirigió a ellos.

—¿Qué acaba de decir el señor Haslam?

Varios de los presentes se sonrojaron. Él esperó.

—Porque yo no he oído nada —explicó él al final— y diría que los demás tampoco.

Se volvió hacia el recto y distinguido señor.

—¿Por qué susurra? De hecho, creo que no llega ni a eso, así que debería llamarlo de otro modo.

Gamache hablaba con respeto y tranquilidad, sin el menor matiz de enfado o acusación en la voz, sino con auténtica curiosidad.

Haslam movió los labios y nadie oyó nada.

—El señor Haslam habla... —intervino Tom Hancock, pero entonces Gamache alzó la mano y lo hizo callar.

—Creo que ha llegado el momento de que el señor Haslam hable por sí mismo, ¿no le parece? Y usted tal vez sea el único que sabe que es capaz de ello.

En esa ocasión fue el reverendo señor Hancock quien se sonrojó. Miró a Gamache, pero no dijo nada.

Éste se echó hacia delante, hacia Haslam.

—Le he oído animando a los remeros, en el hielo. No se oía a ningún otro equipo ni persona. Sólo a usted.

Ken Haslam parecía asustado. Abrió la boca y después negó con la cabeza, a punto de romper a llorar.

—No puedo... —se lamentó con un hilillo de voz—. Toda la vida me han dicho que hable más bajo.

—¿Quiénes?

—Mi madre, mi padre, mis hermanos. Mis profesores... Todo el mundo. Incluso mi esposa, que Dios la tenga en su gloria, me pedía que bajase la voz.

—¿Por qué?

—Porque sí.

Pronunció esas dos palabras con claridad, demasiada claridad. El sonido no fue penetrante, sino más bien envolvente, como si llenase todo el espacio. Era una voz que se proyectaba, resonaba y se lo llevaba todo por delante. Ninguna otra voz podía existir en su presencia. Una voz inglesa que ensordecía al resto.

—Entonces, ¿aprendió a guardar silencio?

—Sí. Debía hacerlo si quería tener amigos —confesó Ken Haslam, y sus palabras se estrellaron contra los presentes.

¿Tendría en el paladar, en el cráneo o en la laringe alguna particularidad que amplificase las ondas sonoras?

—Si quería que me aceptasen los demás, tenía que aprender a no levantar la voz.

—Pero eso significaba que no podía hablar en absoluto, que nadie lo oyese decir nada —dijo Gamache.

—¿Qué escogería usted? —preguntó Haslam, y su potente vozarrón transformó una pregunta racional en un ataque—. ¿Hablar y que la gente salga despavorida o estar callado y tener compañía?

Armand Gamache permaneció en silencio. Recorrió con la mirada los rostros solemnes que se habían reunido alrededor de la larga mesa y supo que Ken Haslam no era el único que se había enfrentado a esa disyuntiva y había escogido lo mismo.

El silencio. Con la esperanza de no ofender, de conseguir aceptación.

Sin embargo, ¿qué ocurría con las personas que nunca hablaban y nunca levantaban la voz, aquellas que se lo guardaban todo?

Gamache sabía qué ocurría con ellas. Todo lo que se tragaban, hasta la última palabra, el último pensamiento e idea daba vueltas en su interior hasta vaciarlos por dentro. Y en ese abismo embutían sus palabras y su rabia.

Elizabeth rompió el silencio.

—Quizá podría explicarnos por qué había un ataúd en nuestro sótano.

La petición parecía razonable.

—Como ya sabéis, he venido a recuperarme de las heridas.

Beauvoir no iba a permitir que pensasen que él no sabía lo mismo que ellos. Unos cuantos de los vecinos bajaron la mirada y otros se sonrojaron, como si el inspector acabase de quitarse los pantalones, aunque la mayoría lo miró con interés.

—Pero también había otro motivo. El inspector jefe Gamache me pidió que investigase el asesinato del Ermitaño.

Eso causó un revuelo. Todos se miraron. Gabri fue el único en ponerse en pie.

—¿Lo ha enviado por eso? ¿Me cree?

—Pero ¿el caso no estaba resuelto? —preguntó Hanna—. ¿Es que no han causado ya suficiente dolor?

—El jefe no estaba satisfecho —explicó Beauvoir—. Al principio pensé que se equivocaba, que quizá se hubiera dejado llevar por los deseos de Gabri, que todos los días le envía una carta con la misma pregunta: «¿Por qué movería Olivier el cadáver?»

Gabri se volvió hacia Clara.

—Ha sido por mi carta.

—Sí, todos sabemos que eres bastante corta —intervino Ruth.

Gabri estaba fuera de sí, sonriendo de oreja a oreja. Pero era el único.

—A medida que iba investigando, me di cuenta de que quizá Olivier no mató al Ermitaño. Y si estaba en lo cierto, ¿quién lo hizo?

Se puso de pie y apoyó las manos en el respaldo de un sillón de orejas. Ya faltaba menos.

—Estábamos convencidos de que el móvil del asesinato estaba relacionado con los tesoros. Parecía obvio. Pero bien pensado, si ése era el motivo, ¿por qué el asesino lo dejó todo allí? Así que decidí cambiar el enfoque: ¿qué pasaría si las riquezas del Ermitaño tuviesen muy poco que ver con su muerte? A excepción de un dato crucial: que el tesoro había traído al asesino hasta aquí, hasta Three Pines.

Nadie le quitaba ojo, ni siquiera Clara y Myrna, porque esas conclusiones no las había mencionado. Estando tan cerca de atrapar al asesino, no podía correr riesgos.

—Pero si el Ermitaño tenía todas esas cosas escondidas en la cabaña, ¿cómo es posible que atrajeran a alguien a Three Pines? —preguntó el Viejo Mundin desde el fondo de la sala.

—Porque no siempre estuvieron escondidas —explicó Beauvoir—. O no todas. El Ermitaño había empezado a entregar algunos objetos a Olivier a cambio de comida y compañía, y Olivier, sabiendo lo que tenía entre manos, los vendió. A través de eBay, pero también a un anticuario de la rue Notre-Dame, en Montreal.

Se volvió hacia los Gilbert.

—Tengo entendido que ustedes compraron algunos artículos en la rue Notre-Dame.

—Inspector, es una calle muy larga —protestó Dominique—. Hay muchas tiendas.

—Cierto. Pero como pasa con las carnicerías y las panaderías, la mayoría de las personas se vuelven muy leales a un anticuario específico y siempre van al mismo. ¿Es así?

Miró a su alrededor. A excepción de Gabri, todos bajaron la vista.

—Bueno, no importa. Estoy seguro de que el propietario reconocerá las fotos.

—De acuerdo. Fuimos a Le Temps Perdu —admitió Carole.

—Le Temps Perdu. Una tienda muy concurrida. Resulta que es donde Olivier vendía los objetos del Ermitaño.

Beauvoir no se sorprendió, porque ya había hablado de los Gilbert con el propietario.

—Pero no sabíamos que él iba allí —dijo Dominique con voz tensa, aguda—. Tienen cosas bonitas

y mucha gente compra allí.

—Además —añadió Marc—, la casa la compramos este último año. Antes de eso no habíamos necesitado antigüedades.

—Podrían haber ido a echar un vistazo. Mucha gente se pasea por la rue Notre-Dame mirando los escaparates.

—Pero a ver —interrumpió Hanna Parra—, acaba de decir que al Ermitaño no lo mataron por sus tesoros. Entonces, ¿por qué fue?

—Exacto —respondió Beauvoir—, ¿por qué? En cuanto eliminé el tesoro de la ecuación, hubo otras cosas que cobraron importancia. Sobre todo dos: la palabra «Woo» y la repetición de otra palabra. «Charlotte.» Teníamos *La telaraña de Charlotte*, a Charlotte Brontë, un panel de la Cámara de Ámbar, construida para otra Charlotte, o Sofía Carlota, y un violín fabricado por un lutier cuya esposa y musa se llamaba Charlotte. Era posible que estuviésemos dándole a todo eso más importancia de la que tenía, pero valía la pena echar un vistazo.

—¿Y qué encontró? —preguntó La Esposa.

—Al asesino —contestó Beauvoir.

•••

Armand Gamache estaba cansado y quería irse a casa con Reine-Marie, pero aquél no era el momento de mostrar debilidad ni de flaquear. No cuando estaba tan cerca.

Les habló de Chiniquy y de James Douglas. Les habló de Patrick y de O'Mara. Les enseñó los libros, los que habían vendido sin darse cuenta.

Entre ellos estaba el tomo más valioso de todo Canadá.

Una biblia hugonota original que perteneció a Samuel de Champlain.

Eso suscitó murmullos por parte de los miembros de la junta, pero no recriminaciones. Empezaban a unirse en una causa común, a dejar de lado sus diferencias.

Cuando las cosas se rompen, se hacen más fuertes, había dicho el agente Morin, y Armand Gamache sabía que era cierto. Era consciente de que estaba siendo testigo de una comunidad desgarrada, fracturada por el tiempo y los acontecimientos crueles, y tal vez afectada también por un temperamento que no estaba hecho para el cambio.

Aun así, estaba cerrando filas, sanando. Y precisamente porque se había roto, se haría muy fuerte. Del mismo modo, Ken Haslam había sufrido años de silencio. Y Elizabeth MacWhirter por pasarse años puliendo una fachada. A Porter Wilson, a Winnie y al señor Blake se les había roto el corazón viendo desaparecer a su familia, a sus amigos, su influencia y sus instituciones.

El único que se mantenía indemne era el joven Tom Hancock. De momento.

—¿Quiere decir que cuando Augustin Renaud vino a hablar con nosotros hace una semana quería excavar en el sótano? —preguntó el señor Blake.

—Creo que sí. Estaba convencido de que Champlain estaba enterrado ahí abajo. Que James Douglas y el padre Chiniquy lo habían dejado allí.

—Y tenía razón —afirmó Porter sin asomo de fanfarronería—. ¿Qué será de nosotros cuando se enteren de que llevamos años escondiendo a Champlain?

—No estábamos escondiéndolo —protestó Winnie—. Ni siquiera sabíamos que estaba aquí.

—Eso díselo a la prensa amarilla, a ver si los convences —replicó Porter—. Y aunque la mayoría nos crea, no dejará de ser una conspiración inglesa.

—Una conspiración de dos anglos —apuntó el señor Blake—. De eso hace más de cien años, no tiene nada que ver con el resto de la comunidad.

—¿Acaso crees que si James Douglas hubiera preguntado a los miembros de la comunidad ellos le

habrían llevado la contraria? —intervino Porter con un discurso mucho más coherente de lo que Gamache lo creía capaz.

Una cosa era segura, el hombre conocía a los suyos. Igual que el señor Blake, que al final admitió que Porter tenía razón.

—Menudo desastre —se lamentó Winnie.

Nadie la contradijo, excepto Gamache.

—Bueno, no del todo. El ataúd era el de Champlain, pero los restos que había dentro no eran suyos.

Todos se quedaron boquiabiertos. Eran náufragos moribundos y acababa de lanzarles un cable. Una brizna de esperanza.

Estaban en silencio y de pronto habló Ken Haslam. Su voz llenó la sala y los arrinconó a todos contra las esquinas.

—¿Y quién era el hombre?

—Era una mujer. Los restos que hay en el ataúd parecen ser los de una mujer.

—¡¿Una mujer?! ¡¿Qué hace una mujer en el ataúd de Champlain?! —gritó Haslam.

—No lo sabemos, pero lo averiguaremos.

A su lado, Émile deslizó la mirada desde Haslam hasta Elizabeth MacWhirter. La mujer parecía triste y asustada. Se le estaba resquebrajando el barniz. Émile le dedicó una pequeña sonrisa; la mirada alentadora de alguien que sabía cómo se sentía uno cuando se le hacía la vida añicos.

—Las cosas se hacen más fuertes cuando se rompen —dijo el agente Morin entre risas—. Y menos mal, porque a mí se me cae todo. Lo peor es que Suzanne también es bastante torpe. Tendremos que forrar a nuestros hijos con plástico de burbujas. Los bebés rebotan, ¿verdad?

—Sólo la primera vez —respondió Gamache, y Morin se echó a reír de nuevo.

—Vaya, entonces los nuestros crecerán muy fuertes.

—Y tanto.

—Empecé suponiendo que el asesino había encontrado uno de los tesoros del Ermitaño en la tienda de antigüedades —explicó Beauvoir— y que le había seguido la pista hasta Three Pines.

Los únicos ruidos que se oían en el *bistrot* eran el crepitar de los fuegos de leña y la nieve chocando contra los cristales.

En el interior, las llamas proyectaban sombras en las paredes, pero ninguna resultaba amenazante. No para Beauvoir. Sin embargo, él sospechaba que al menos uno de los presentes empezaba a sentir que la sala se le hacía pequeña, estrecha, claustrofóbica.

—Pero ¿quién podría ser? Los Gilbert habían comprado muchas antigüedades en esa misma tienda. ¿Y los Parra? Ellos habían heredado muchas cosas de su familia en la República Checa y las habían sacado del país cuando cayó el telón de acero. Ellos mismos han admitido que lo vendieron casi todo para pagar su nueva casa. Tal vez lo hicieran a través de *Le Temps Perdu*. ¿Y el Viejo Mundin? Bueno, él restaura antigüedades, lo lógico es que también se sintiese atraído por las fantásticas tiendas de la rue Notre-Dame, ¿verdad?

»Con eso no había conseguido acortar la lista de sospechosos, así que me fijé en otra pista: “Woo.” Olivier había dicho que el Ermitaño susurraba la palabra cuando estaba muy disgustado. La palabra le afectaba mucho. Pero ¿qué significaba “Woo”? ¿Era un nombre, o tal vez un apodo?

Miró la mesa de los Gilbert. Como el resto, no le quitaban ojo de encima. Estaban embelesados, pero al mismo tiempo eran cautos.

—«Woo» podía ser una abreviación de una palabra que a alguien le costase pronunciar. A un niño, por ejemplo. En la infancia es cuando se ponen casi todos los apodos, ¿no? Durante la niñez. El otro

día estuve en casa de los Mundin y oí al pequeño Charlie hablar. Dijo «choco» en lugar de «chocolate». Es típico de los niños, porque las palabras difíciles no les salen. Como Woloshyn: Woo.

Clara se acercó a Myrna y susurró:

—Eso es lo que yo me temía. En cuanto me enteré de que su apellido de soltera era Woloshyn.

Myrna enarcó las cejas y, como el resto, se volvió hacia Carole Gilbert.

Ésta no se movió, pero Vincent Gilbert sí. Se levantó y su personalidad de gigante llenó la habitación.

—Ya basta de insinuaciones. Si tiene algo que decir, dígalo de una vez.

—Y usted —dijo Beauvoir al tiempo que se volvía hacia Vincent—, señor, el magnífico doctor Gilbert. El gran hombre, el gran sanador.

Hablaba sabiendo que el inspector jefe hubiese llevado el asunto de otro modo, que no habría empleado el sarcasmo ni perdido los estribos. En cambio, él sentía que la calma lo estaba abandonando e hizo un esfuerzo por recuperar la compostura.

—Uno de los grandes misterios de este caso es por qué el asesino no se llevó el tesoro. ¿Quién podría resistirse a algo así? Incluso aunque no fuese el móvil de la muerte, estaba ahí, esperando. ¿Por qué no coger alguna cosita? ¿Un libro antiguo? ¿Un candelabro de oro?

—¿Y cuál es su brillante conclusión? —preguntó el doctor Gilbert tiñendo la pregunta de desprecio.

—Sólo podía ser una: que el asesino no lo necesitase. ¿De quién podría decirse eso? ¿De Olivier? No. Él no podría ser más avaro. ¿De Marc, su hijo? Lo mismo digo. Avaricioso y mezquino. Él habría vaciado la cabaña.

Se dio cuenta de que Marc Gilbert estaba mordiéndose la lengua. Quería defenderse, pero al mismo tiempo comprendía que aquellos insultos lo dejaban libre de sospecha.

—Sigamos con los Parra: un jardinero y un camarero. La verdad, no es que naden en la abundancia. Una sola de las piezas del Ermitaño les habría cambiado la vida. No, si uno de ellos hubiera matado al Ermitaño, le habrían robado. Y el Viejo Mundin igual. Por ahora le vale con lo que gana como carpintero, pero ¿qué pasará cuando Charlie sea más mayor? Habrá que cuidar de él. Los Mundin se habrían llevado la fortuna, aunque fuese para su hijo.

Entonces volvió a dirigirse a Vincent Gilbert.

—Sin embargo, hay una persona, señor, que no necesita esas riquezas: usted. Usted ya es rico. Además, creo que el dinero ni siquiera le interesa. Tiene otras motivaciones, otras necesidades. La moneda que cuenta para usted no es el dinero, sino los cumplidos. El respeto, la admiración. Usted tiene la certeza de que es mejor que el resto. De que es un santo. Lo que usted necesita alimentar es su ego, su autoestima. Eso es lo que reclama su atención, no su cuenta bancaria. Es el único de todos los sospechosos que no tocaría el tesoro, porque para usted no significa nada.

Si el doctor Gilbert hubiera sido capaz de arrancarle la vida con la mirada, el joven inspector Beauvoir habría caído fulminado al instante. Pero en lugar de eso, el inspector sonrió y continuó su historia hablando de pronto con voz tranquila y razonable.

—De todos modos, había otro misterio: ¿quién era el Ermitaño? Al principio Olivier dijo que era checo y se llamaba Jakob, pero después admitió que era mentira. No tenía ni idea de quién era, excepto que no era checo. Más bien sería francés o inglés. Hablaba francés perfectamente, pero parecía preferir leer en inglés.

Beauvoir se dio cuenta de que Roar y Hanna Parra se miraban con alivio.

—La única pista que teníamos nos llevaba a las antigüedades de la cabaña. Yo no sé mucho de antiguallas, pero los entendidos dicen que lo que tenía ahí era asombroso. Debía de ser un entendido.

Seguro que esas cosas no las encontraba en mercadillos ni en rastros.

Beauvoir hizo una pausa. En numerosas ocasiones había visto a Gamache hacer eso: ponerle una soga al cuello al sospechoso y después aflojarla un poco para luego volver a tirar de ella. Lo hacía de forma sutil y delicada, con cuidado, sin que el objetivo se percatara. Pero con firmeza y sin dudar.

Cuando el asesino era consciente de lo que estaba pasando, sentía pánico. Y con ese pánico era con lo que contaba el inspector jefe. Lo necesitaba para debilitarlo, para menoscabarlo. Pero para eso hacía falta mucho temple y paciencia.

Beauvoir no había caído en lo difícil que era la tarea. Presentar los hechos de manera que el asesino captase hacia dónde iba, pero no tan pronto como para darle la ocasión poder escabullirse ni tan tarde como para que pudiese contraatacar.

No, la idea era desgastarle los nervios. Y después hacerle creer que él no era el sospechoso, sino otro. Dejar que respirase y volver a atacar cuando tuviese la guardia baja.

Eso una y otra vez. Sin pausa.

Era agotador. Como sacar un pez enorme del agua; uno tan grande como para tragarse la barca.

Entonces Beauvoir se dispuso a asestar el último golpe. El golpe mortal.

—La verdad, pues ahora ya la sabemos, es que el tesoro sí tuvo algo que ver. Fue el catalizador. Sin embargo, lo que había detrás del último azote no era avaricia por un tesoro perdido, sino otra cosa. Otra pérdida. Algo más personal y mucho más valioso que cualquiera de aquellos objetos. No se trataba de la pérdida de una reliquia familiar, sino de la propia familia. ¿Tengo razón?

Y Beauvoir se volvió hacia el asesino.

El hombre que había matado al Ermitaño se levantó y todos los que estaban en la sala lo miraron perplejos.

—Mató a mi padre —afirmó el Viejo Mundin.

VEINTICUATRO

La Esposa, boquiabierta, se apartó de la mesa.

—Viejo...

Era como si el viento gélido se hubiese colado por alguna rendija y los hubiera congelado a todos. No se habrían quedado más estupefactos, ni siquiera si Beauvoir hubiera acusado del asesinato a la chimenea.

—Dios mío, Viejo, por favor... —suplicó La Esposa.

Sin embargo, se le había teñido la mirada de una desesperación que poco a poco le había robado el puesto a la incredulidad. Como una mujer sana a la que acababan de decirle que tiene un cáncer terminal, La Esposa estaba aturdida. Tenía ante ella el final de su vida, de su vida sencilla con un carpintero que hacía y restauraba muebles, con quien vivía en una modesta casa de campo. Ya no podrían criar juntos a Charles, ni ella podría estar con el único hombre con quien había querido estar, el único al que había amado.

Fin.

El Viejo se volvió hacia ella y hacia su hijo. Era un hombre de belleza imposible y ni siquiera una acusación tan vil como aquélla tenía el poder de deslucirla.

—Mató a mi padre —repitió el Viejo—. Vine a Three Pines a buscarlo. Tiene razón —dijo señalando a Beauvoir con la barbilla—. Estuve trabajando en Le Temps Perdu como restaurador de muebles y un día llegó con un bastón. Era muy antiguo y estaba hecho a mano. Era una pieza única. Por eso lo reconocí enseguida. Mi padre me lo había enseñado, me había mostrado las incrustaciones y cómo el artesano las había dispuesto alrededor de los nudos de la madera. Parecía un simple bastón para caminar, una pieza rústica, pero era una obra de arte. Era de mi padre y cuando murió, se lo robaron. Se lo robó su asesino.

—Entonces miraste los libros de contabilidad para saber quién lo había vendido a Le Temps Perdu —dijo Beauvoir.

Llegado ese punto el inspector estaba haciendo suposiciones, pero tenía que sonar como si supiese que era cierto.

—Lo había llevado Olivier Brulé, que vivía en Three Pines.

El Viejo Mordin respiró hondo y se preparó para seguir.

—Me mudé aquí y conseguí trabajo reparando y restaurando los muebles de Olivier. Tenía que acercarme a él, vigilarlo. Necesitaba pruebas de que había matado a mi padre.

—Pero Olivier no sería capaz —aseguró Gabri en voz baja, con certeza—. No podría matar a nadie.

—Ya lo sé —admitió el Viejo—. En cuanto empecé a conocerlo me di cuenta. Era un hombre avaricioso, a veces incluso taimado. Pero un buen hombre. No podría haber matado a mi padre. Sin embargo, alguien lo hizo, porque alguien estaba entregándole sus cosas a Olivier. Durante años, lo seguí a todas partes mientras él conseguía las antigüedades. Iba a casas y granjas y también a otros anticuarios. Compraba cosas en todas partes. Pero ni una sola vez lo vi adquirir alguna que hubiese pertenecido a mi padre. No obstante, continuaban apareciendo. Y él seguía vendiéndolas.

Tal vez fuese el ambiente, el cálido y acogedor entorno del *bistrot*. La tormenta de fuera. El vino, el chocolate caliente, las chimeneas encendidas. Todo eso daba a la escena un tinte irreal. Como si su amigo estuviese hablando de otra persona. Como si les contase un cuento. Una fábula.

—Con los años, conocí a Michelle y me enamoré de ella —dijo, y sonrió a su esposa.

Ya no era La Esposa, sino la mujer a la que amaba. Michelle.

—Tuvimos a Charles y de pronto mi vida era completa. Me olvidé de lo que había venido a hacer. Pero un sábado por la noche, estaba sentado en la furgoneta después de recoger los muebles y vi que Olivier cerraba el *bistrot* y se marchaba. Sólo que, en lugar de irse a casa, hizo algo raro: se metió en el bosque. Estaba tan sorprendido que no lo seguí. Pero no podía parar de darle vueltas al asunto y la semana siguiente lo esperé fuera. Y él se marchó a casa. Una semana después, volvió al bosque con una bolsa en la mano.

—Comestibles —explicó Gabri.

Nadie dijo ni pío. Todos veían lo que había ocurrido: el Viejo Mundin en la furgoneta, a la espera, montando guardia. Con paciencia. Entonces ve que Olivier desaparece entre los árboles y, con mucho sigilo, sale del vehículo y lo sigue. Hasta encontrar la cabaña.

—Miré por la ventana y vi...

Se le quebró la voz. Sin decir una palabra, Michelle tendió la mano y la puso encima de la suya. Poco a poco, él recobró la compostura, se le acompasó y moderó la respiración, y al fin consiguió continuar con la historia.

—Vi las cosas de mi padre. Todo lo que antes guardaba en el cuarto de atrás. En el sitio especial para sus cosas especiales, como decía él. Cosas que sólo él y yo conocíamos. El vidrio coloreado, los patos, los candelabros, los muebles... Todo estaba allí dentro.

Al Viejo le brillaban los ojos. Tenía la mirada perdida en otro lugar, lejos del *bistrot* donde estaban los demás. Estaba fuera de la cabaña, mirando por la ventana.

—Olivier le entregó la bolsa al viejo y se sentaron. Bebieron de las tazas de porcelana que mi padre me dejaba tocar y comieron de platos que, según él, habían pertenecido a una reina.

—Charlotte —apuntó Beauvoir—. La reina Carlota.

—Sí. Como mi madre. Mi padre decía que eran especiales porque siempre le recordarían a ella. A Charlotte.

—Por eso llamaste a tu hijo Charles —afirmó el inspector—. Creíamos que era por tu padre, pero era el nombre de tu madre. Charlotte.

Mundin asintió sin mirar a su hijo. En aquel momento no podía posar la vista en él ni en su mujer.

—¿Qué hiciste entonces? —preguntó Beauvoir.

Tenía el suficiente sentido común para seguir hablando sin levantar la voz, en un tono casi hipnótico. Para no romper el hechizo. Era mejor dejar que el Viejo Mundin continuase él mismo la historia.

—Supe que estaba mirando al hombre que había matado a mi padre hacía quince años. Porque nunca creí que fuera un accidente: no soy tonto. Sé que la mayoría pensó que era un suicidio, que se mató adentrándose en el río helado. Pero yo lo conocía; sé que jamás habría hecho eso. Sabía que si estaba muerto era porque alguien lo había matado. Pero no me di cuenta hasta mucho más tarde de que sus cosas habían desaparecido. Se lo dije a mi madre, pero supongo que no me creyó. A ella no se las había enseñado. Sólo me las dejaba ver a mí.

»Alguien había asesinado a mi padre y le había robado una fortuna incalculable en antigüedades. Y por fin yo había encontrado al responsable.

—¿Qué hiciste, Patrick? —preguntó Michelle.

Era la primera vez que los vecinos oían sus verdaderos nombres. El que reservaban para sus momentos más íntimos. Cuando no eran el Viejo ni La Esposa, sino Patrick y Michelle. Una pareja de jóvenes enamorados.

—Quise atormentarlo. Que supiera que alguien lo había descubierto. Uno de nuestros libros favoritos era *La telaraña de Charlotte*, así que hice una telaraña de hilo de pescar y me colé en la cabaña cuando estaba trabajando en el huerto. La coloqué entre las vigas para que la encontrase.

—Y pusiste la palabra «Woo» —añadió Beauvoir—. ¿Por qué lo hiciste?

—Era el mote que me puso mi padre. Mi apodo secreto. Cuando era pequeño, me enseñaba cosas sobre la madera y yo intentaba decir la palabra. Intentaba decir «wood», pero no me salía. Sólo sabía decir «woo». Y él empezó a llamarme así. No muy a menudo, sólo a veces, cuando me tenía en brazos. Me sujetaba bien fuerte y susurraba: «Woo.»

Ninguno de los presentes se atrevía a mirar aquel hombre joven y guapo. Todos apartaban la vista de aquella imagen tan dolorosa. Del eclipse. Tanto amor que se convertía en odio.

—Estuve vigilando desde el bosque, pero el Ermitaño no parecía haber encontrado la telaraña. Así que me llevé mi posesión más preciada. La tenía en un saco en mi taller y hacía años que no la miraba. Pero esa noche la saqué y me la llevé a la cabaña.

Se hizo un silencio. Todos imaginaron una figura oscura caminando por la penumbra del bosque. Hacia aquello que había estado buscando y al fin había encontrado.

—Vi que Olivier se marchaba y esperé unos minutos. Entonces dejé esa cosa frente a la puerta y llamé con los nudillos. Después me escondí en las sombras y aguardé. El viejo abrió la puerta y miró a ver quién era; debía de pensar que era Olivier. Al principio parecía que le hacía gracia, pero luego lo vi desconcertado. Al final me di cuenta de que tenía miedo.

El fuego crepitó y chisporroteó. Escupió unas ascuas al salvachispas, pero enseguida se apagaron. Y entonces el Viejo describió lo que había sucedido a continuación.

El Ermitaño oteó el bosque y, cuando estaba a punto de cerrar la puerta, vio algo descansando en el porche. Un visitante minúsculo. Se agachó y lo recogió. Era una palabra tallada en madera: «Woo.»

Y entonces el Viejo la vio. La mirada con la que había soñado y fantaseado. La expresión por la que había empeñado su vida. Pavor en el rostro del hombre que había matado a su padre. El mismo horror que debió de sentir su progenitor cuando se le agrietó el hielo bajo los pies.

El fin. En ese instante, el Ermitaño supo que el monstruo del que llevaba tanto tiempo escondiéndose lo había alcanzado.

Y tanto que lo había alcanzado.

El Viejo se apartó del bosque oscuro y se acercó a la cabaña, al anciano. El Ermitaño retrocedió al interior y dijo una única palabra.

«Woo —susurró—. Woo.»

El Viejo cogió la menorá de plata y lo atizó con ella. Una sola vez. En ese golpe iba toda su niñez, su pena, su pérdida. El pesar de su madre y la añoranza de su hermana. Con todo ese peso, la menorá le partió el cráneo al Ermitaño y el hombre se desplomó con la palabra tallada aferrada en la mano.

Al Viejo no le importó. Nadie encontraría el cadáver, nadie a excepción de Olivier. Sin embargo, sospechaba que éste no diría nada. Lo apreciaba mucho, pero no se hacía falsas ilusiones sobre él.

La avaricia podía más que el anticuario.

Se llevaría el tesoro, dejaría el cadáver allí y todos tan contentos. Con el tiempo, el bosque se tragaría a un hombre que ya había desaparecido del mundo mucho antes. Olivier conseguiría sus riquezas y el Viejo recuperaría su vida.

La obligación de vengar a su padre estaba cumplida.

—Fue lo primero que hice —contó el Viejo—. De pequeño tallé «Woo» en un trozo de madera y se lo di a mi padre. Cuando él murió, no podía ni mirarlo, por eso lo metí en un saco y no lo saqué hasta aquella noche. Por última vez.

El Viejo Mundin se volvió hacia su familia. Estaba agotado y había perdido su habitual resplandor. Antes de continuar, posó la mano en la espalda de su hijo dormido.

—Lo siento mucho. Mi padre me lo enseñó todo. Me lo dio todo. Y aquel hombre lo mató. Lo tiró al río en primavera.

Clara imaginó una muerte como aquélla e hizo una mueca. Imaginó el pánico de sentir que el hielo se resquebrajaba. Igual que estaba pasando en ese instante bajo los pies de La Esposa.

Jean-Guy Beauvoir se acercó a la puerta del *bistrot* y la abrió. Acompañados de un remolino de nieve, entraron dos agentes altos de la Sûreté.

—¿Os importaría dejarnos solos? —pidió Beauvoir a los vecinos.

Poco a poco y aturridos, todos se pusieron los abrigos y se marcharon. Clara y Peter se llevaron a La Esposa y a Charles a casa con ellos mientras el inspector Beauvoir terminaba de interrogar al Viejo Mundin.

Una hora más tarde, los coches patrulla se llevaron al Viejo. Michelle fue con él, pero no sin antes pasar por el hotel balneario para dejar a Charles en manos de la única persona a la que el niño quería, aparte de a ellos dos.

El santo gilipollas. El doctor Gilbert. El hombre cogió al niño en brazos con mucho cariño y lo tuvo con él durante horas, a salvo del mundo frío y cruel que aporreaba la puerta con insistencia.

—¿Whisky caliente con miel y limón?

Peter le ofreció uno a Beauvoir, que estaba sentado en una mullida butaca de su salón. Gabri se hallaba en el sofá, aturrido. Clara y Myrna también habían acudido y estaban frente a la chimenea con sendas bebidas calientes entre las manos.

—Lo que no entiendo —dijo Peter desde un apoyabrazos del sofá— es de dónde habían salido todas esas antigüedades tan asombrosas. El Ermitaño las había robado y se las había llevado al bosque, pero ¿de dónde las había sacado el padre del Viejo?

Beauvoir suspiró. Estaba agotado. La actividad física le resultaba más gratificante y no dejaba de sorprenderse de lo extenuante que podía ser la actividad intelectual.

—Por mucho que el Viejo Mundin quisiera a su padre, no lo conocía muy bien —explicó—. ¿Qué chaval conoce bien a su padre? Creo que pronto descubriremos que Mundin hizo varios viajes a los países del Este en la época en que el comunismo estaba desmoronándose. Seguramente convenció a mucha gente para que le confiasen sus reliquias familiares, pero en lugar de mantenerlas a salvo o de enviar el dinero a las familias, desapareció con el tesoro.

—¿Lo robó todo? —preguntó Clara.

Beauvoir dijo que sí con la cabeza.

—La muerte del Ermitaño no tenía nada que ver con las riquezas que tenía en casa —explicó el inspector—. Al Viejo Mundin no le importaban en absoluto. De hecho, acabó odiando todos esos objetos y por eso los dejó en la cabaña. No quería el tesoro. Por eso, lo único que se llevó fue la vida del Ermitaño.

Beauvoir miró el fuego y recordó el interrogatorio del Viejo, que acababa finalizar. Con el *bistrot* desierto, en el mismo lugar donde todo había empezado meses antes. Lo escuchó hablar sobre la muerte de Mundin padre. Cómo ese día se le partió el corazón. El joven Viejo había rellenado esa grieta con su rabia, su dolor y su pérdida, pero con eso no bastaba. En cambio, en cuanto les añadió

una intención, el corazón volvió a latirle. Con más decisión que nunca.

Cuando detuvieron a Olivier, el Viejo Mundin estuvo luchando con su conciencia, pero al final decidió que el destino era así. Que Olivier estaba pagando por su avaricia, por ayudar a un hombre que, como él bien sabía, era como mínimo un ladrón. Y también algo mucho peor.

—¿Tocas el violín? —le había preguntado Beauvoir al Viejo cuando todos se hubieron marchado y se quedaron solos en el *bistrot*—. Tengo entendido que actúas en los picnics del Día de Canadá.

—Sí.

—¿También te enseñó tu padre?

—Así es.

Beauvoir asintió.

—De él también aprendiste lo que sabes de antigüedades, carpintería y restauración, ¿verdad?

El Viejo Mundin asintió.

—¿Vivías en el casco viejo de Quebec, en el número dieciséis de la rue des Ramparts?

Mundin se lo quedó mirando.

—¿Y cuando erais niños, tu madre solía leeros *La telaraña de Charlotte* a tu hermana y a ti?

Beauvoir perseveró. No estaba moviéndose de la silla, pero sentía que con cada pregunta iba aproximándose más a Mundin, cada vez estaba más y más cerca.

Y Mundin, desconcertado, parecía notar que algo se le venía encima. Algo incluso peor de lo que ya había ocurrido.

Las luces parpadeaban mientras la ventisca se empleaba a fondo con el pueblecito, con el *bistrot*.

—¿De dónde viene tu nombre? —preguntó Beauvoir desde el otro lado de la mesa y con la mirada fija en el Viejo Mundin.

—¿Qué nombre?

—Viejo. ¿Quién te lo puso? Porque tu verdadero nombre es Patrick. ¿De dónde sale Viejo?

—Del mismo sitio que todo lo demás: de mi padre. Me llamaba «viejo amigo». «Ven conmigo, viejo amigo», me decía. «Que voy a enseñarte a tallar madera.» Y yo iba. Al cabo de un tiempo, todos me llamaban así.

Beauvoir asintió.

—Viejo. De «viejo amigo».

El Viejo Mundin miró a Beauvoir con expresión vacía. Entonces forzó la vista un poco, al tiempo que aparecía algo en el horizonte, a lo lejos. Una multitud. El Terror, las Furias. La Soledad y el Dolor. Y algo más. Algo peor. Lo peor que uno podía imaginarse.

—Viejo amigo —susurró Beauvoir de nuevo—. El Ermitaño decía eso. Así es como llamaba a Olivier. «Se acerca el Caos, viejo amigo.» Eso fue lo que le dijo a Olivier, y lo que yo te digo ahora.

El edificio se estremeció y una corriente fría recorrió la sala.

—Se acerca el caos, viejo amigo —repitió Beauvoir en voz baja—. El hombre que mataste era tu padre.

—¿Mató a su propio padre? —susurró Clara—. Por Dios bendito. Madre de Dios.

Era el fin.

—El padre de Mundin fingió su muerte —explicó el inspector—. Pero antes de eso, había construido una cabaña adonde había trasladado sus tesoros. Regresó a la ciudad de Quebec y esperó a la primavera; en concreto, esperó a un día de tormenta que borrara su rastro. Cuando se dieron las condiciones perfectas, se puso el abrigo junto a la orilla y desapareció. Todo el mundo asumió que se había ido al río, pero en realidad se había ido al bosque.

Se hizo un silencio y en mitad de aquella quietud se imaginaron el resto. Imaginaron lo peor.

—La conciencia —dijo Myrna al final—. Pensad en lo que tiene que ser que te persiga tu conciencia.

Y por un horrible instante, lo hicieron. Una conciencia gigantesca, con una sombra larguísima. Cada vez más grande. Y más oscura.

—Tenía su tesoro —concluyó Clara—, pero al final lo único que quería era a su familia.

—Y paz —añadió Myrna—. Tener la conciencia tranquila.

—Se rodeó de cosas que le recordaban a su mujer y sus hijos: libros, el violín. Incluso talló una figura de cómo pensaba que sería el Viejo de mayor; lo representó escuchándolo. Se convirtió en su tesoro, en el único objeto del que no quería separarse. Hizo la figurilla y debajo grabó «Woo». Le hacía compañía y le aliviaba la conciencia. Al menos un poco. Al principio, cuando la encontramos, creímos que el Ermitaño había hecho una figura de Olivier, pero nos equivocamos. Era su hijo.

—¿Cómo está el Viejo? —preguntó Clara.

—Bien no, desde luego.

El inspector Beauvoir recordó la expresión de rabia del joven cuando le dijo que el Ermitaño era su padre. Había asesinado al mismo hombre al que pretendía vengar. El único hombre que hubiese deseado ver vivo. Y lo había matado él.

Después de la rabia llegó la incredulidad. Y por fin el horror.

La conciencia. Jean-Guy Beauvoir sabía que ésa sería la única compañía que el Viejo Mundin tendría en la cárcel durante las siguientes décadas.

Gabri se había tapado la cara con las manos y entre ellas se escapaban los sollozos. No eran dramáticos alaridos de pena, sino lágrimas de agotamiento. Lágrimas caóticas, de felicidad y confusión.

Pero sobre todo de alivio.

¿Por qué movería Olivier el cadáver?

¿Por qué movería Olivier el cadáver?

¿Por qué movería Olivier el cadáver?

Por fin lo sabía. Lo había cambiado de sitio porque él no había matado al Ermitaño, sino que lo había hallado muerto. Era un acto repugnante, vergonzoso, necio e ignominioso. Pero no era un asesinato.

—¿Quieres quedarte a cenar? Tienes cara de estar agotado —oyó Beauvoir que le decía Clara a Gabri.

Pero entonces notó un suave roce en el brazo y levantó la mirada.

Estaba hablándole a él.

—Algo sencillo. Una sopa y un sándwich y luego te llevamos a casa prontito.

A casa.

Tal vez fuera la fatiga o quizá el estrés. Pero sólo de pensar en la palabra le ardían los ojos.

Y no pensaba en Montreal.

Pensaba en el pueblecito. Aquel lugar era ya un hogar para él. Ansiaba meterse debajo del edredón del hostel y oír el aullido de la ventisca, escuchar cómo arreciaba con todas sus fuerzas, sabiendo que él estaba calentito y a salvo.

Muy a su pesar, aquél era su hogar.

Beauvoir se levantó y sonrió a Clara, algo que le resultó al mismo tiempo desacostumbrado y familiar. No sonreía muy a menudo. No con los sospechosos. Con ellos nunca.

Pero en ese momento le ofreció una sonrisa cansada y agradecida.

—Me encantaría, pero antes tengo que hacer una cosa.

Antes de partir fue al baño y se salpicó agua fría en la cara. Se miró en el espejo y vio a un hombre que aparentaba mucha más edad que los treinta y ocho años que tenía. Alguien desmejorado y cansado. Y que no quería hacer lo que iba a suceder a continuación.

Entonces sintió un dolor en lo más profundo.

Sacó el botecito de pastillas del bolsillo, lo dejó sobre el lavamanos y lo miró. Llenó un vaso de agua y agitó el botecito para sacar un comprimido. Con mucho cuidado, lo partió por la mitad y se lo tomó rápidamente con un sorbo.

Recogió la otra mitad del borde de porcelana blanca del lavamanos y, sin perder un instante, la echó dentro del botecito antes de cambiar de opinión.

Clara lo acompañó a la puerta.

—¿Te importa si vuelvo dentro de una hora? —le preguntó.

—Claro que no —contestó ella—. Tráete a Ruth.

¿Cómo lo sabía? Tal vez, pensó mientras arremetía de cabeza contra la tormenta, no fuese tan listo como se creía. «O quizá —recapacitó cuando la tormenta se defendió— aquí me conozcan bien.»

—¿Qué quieres? —exigió saber Ruth.

Había abierto la puerta antes de que él llamase. Un remolino de nieve se coló en la casa detrás de él, y la mujer le atizó en la ropa para desprender la nieve acumulada. Al menos creía que para eso eran los palos que estaba dándole, pero ya no quedaba ni rastro de nieve y la mujer seguía pegándole.

—Ya sabe lo que quiero.

—Qué suerte tienes de que sea tan generosa, pedazo de gilipollas.

—Tengo suerte de que esté como un cencerro —musitó él mientras la seguía por el pasillo de aquella casa que ya le resultaba tan familiar.

Ruth hizo palomitas de maíz, como si se tratase de un asunto banal. Un mero entretenimiento. Además se sirvió un whisky sin ofrecerle otro a él. De todos modos, Beauvoir no lo necesitaba. Ya notaba el efecto de la pastilla.

Ella ya tenía el ordenador preparado sobre la mesa de plástico de la cocina. Se sentaron codo con codo, cada uno en una silla coja de plástico.

Ruth pulsó una tecla y apareció la página web.

Beauvoir la miró.

—¿Lo ha visto?

—No —respondió ella mirando la pantalla en lugar de a él—. Estaba esperándote.

Beauvoir respiró hondo, soltó el aire y le dio al play.

—Qué lástima lo de Champlain —dijo Émile.

Bajaban por St-Stanislas y al cruzar la rue St-Jean tuvieron que ceder el paso a un grupo de juerguistas, como si fuera el tráfico de hora punta.

Empezaba a nevar. Caían enormes copos esponjosos que quedaban prendidos en el aire alrededor de las farolas y en las luces de los coches. El parte meteorológico pronosticaba una tormenta para esa noche; se esperaba que cayesen treinta centímetros de nieve. Y eso era tan sólo una avanzadilla, una muestra de lo que estaba por llegar.

La ciudad de Quebec nunca se veía tan encantadora como durante una tormenta de nieve e inmediatamente después, cuando salía el sol y desvelaba un reino mágico, esponjoso y envuelto en una mullida capa. Fresco y limpio, un mundo immaculado y primigenio.

Al llegar a la vieja casa de piedra, Émile sacó la llave. A través de las cortinas de encaje de la

puerta, se veía a *Henri* vigilando, escondido detrás de un pilar.

Gamache sonrió y volvió a pensar en el caso. El curioso caso de la mujer en el ataúd de Champlain.

¿Quién era y qué había ocurrido con el fundador? ¿Adónde había ido a parar? Estaba claro que sus exploraciones no terminaron con su muerte.

Una vez dentro, Gamache sacó a *Henri* a pasear y cuando volvió vio que Émile había colocado el portátil sobre la mesita del salón, junto a una botella de whisky. La chimenea estaba encendida y él esperando.

El anciano se levantó y se quedó en mitad del salón con los brazos a los costados. Tenía un ademán formal, casi rígido.

—¿Qué pasa, Émile?

—Me gustaría ver el vídeo contigo.

—¿Ahora?

—Ahora.

Durante el paseo, el inspector jefe había estado preparándose para ese momento. La sensación de los copos fríos en la cara le había resultado refrescante, así que la había levantado hacia el cielo, con los ojos cerrados y la lengua fuera, para atraparlos.

—Me encanta hacer eso —dijo Morin—. Pero la nieve tiene que ser perfecta.

—No me digas que eras un entendido.

—Todavía lo soy. Los copos tienen que ser de los grandes y esponjosos. Los que flotan en el aire, no los duros y pequeños de las tormentas. Ésos no me gustan: se te meten en la nariz y en las orejas. Por todas partes. No, los buenos son los grandes.

Gamache sabía a qué se refería, pues él mismo lo había probado de niño. Y también había observado a Daniel y a Annie cuando jugaban a atraparlos. A los niños no hacía falta enseñarles, ellos ya atrapaban copos de nieve con la lengua por instinto.

—Es obvio que hay una técnica —explicó Morin en tono serio, como si hubiera estudiado el tema—. Hay que cerrar los ojos, para que no te entren los copos, y sacar la lengua.

Hubo una pausa y el inspector jefe supo que el joven agente estaba sentado, atado a la silla, con la cabeza inclinada hacia atrás, los ojos cerrados y la lengua fuera. Cazando copos de nieve.

—De acuerdo, ahora —accedió Gamache.

Se agachó para soltar a *Henri*, se acercó al sofá y se sentó frente al portátil.

—He encontrado la página.

Émile, sentado a su lado, lo miró de perfil. Aquella barba cuidada lo favorecía, ahora que se había acostumbrado a verlo con ella. El inspector jefe tenía la vista fija en la pantalla, pero entonces se volvió y miró a su mentor a los ojos.

—*Merci*.

Émile se quedó un instante en silencio, sorprendido.

—¿Por qué?

—Por no dejarme.

Émile tendió la mano y le tocó el brazo. Después pulsó la tecla y el vídeo empezó.

Beauvoir no quitaba ojo de la pantalla. Tal como sospechaba, el vídeo era un burdo montaje hecho a partir de las diminutas cámaras que iban sujetas a los auriculares de cada uno de los agentes de la Sûreté. Lo que no esperaba era tanta claridad. Creía que las imágenes tendrían mucho grano y que sería difícil distinguir a los involucrados, pero eran nítidas.

Igual que las voces.

—¡Un agente herido! —gritaba Gamache por encima del ruido de los disparos.

—¡Vamos, vamos, vamos! —chillaba Beauvoir mientras apuntaba a uno de los hombres armados de la galería superior.

Intercambio rápido de disparos, una cámara que oscilaba con frenesí y después caía al suelo. A continuación, un plano del agente derribado. Y sangre.

—¡Un agente herido! —gritaba uno de los del equipo—. ¡Ayuda!

Dos siluetas avanzaban al tiempo que disparaban sus armas automáticas para cubrir a un tercero. Alguien agarraba al agente y lo arrastraba fuera de plano. Entonces el montaje cortaba a un pasillo por el que los agentes perseguían a unos individuos armados, por corredores oscuros y a través de salas cavernosas. Explosiones. Gritos.

El inspector jefe apoyado en una pared, con el chaleco táctico negro puesto y un rifle automático en las manos. Disparando. Ver a Gamache con un arma se le hacía extraño. Verlo usarla todavía más.

—Hay al menos seis hombres armados —decía alguien.

—Yo cuento diez —respondía Gamache con brevedad, precisión y claridad—. Hemos tumbado a dos. Quedan ocho. Cinco en el piso de arriba y tres aquí abajo. ¿Dónde están los sanitarios?

—Ya vienen —decía la voz de la agente Lacoste—. Treinta segundos.

—Necesitamos a un objetivo con vida —ordenaba el inspector jefe—. Capturad a uno vivo.

A su alrededor se desataba un infierno de balas que impactaban contra las paredes, contra los cuerpos, los suelos y el techo. Todo se volvía gris y el aire se llenaba de polvo y balas. Gritos y alaridos. El inspector jefe daba órdenes a medida que iban persiguiendo a los criminales de una sala a otra. Arrinconándolos.

Entonces Beauvoir se vio a sí mismo.

Se apartaba de una pared y disparaba. Después vio que se tambaleaba y caía.

Se desplomaba en el suelo.

—¡Jean-Guy! —chillaba el inspector jefe.

Se vio tendido en el cemento con las piernas dobladas. Inmóvil.

Gamache echaba a correr.

—¿Dónde están los sanitarios?

—¡Aquí, jefe, aquí! —gritaba Lacoste—. Ya llegamos.

Gamache agarraba a Beauvoir por la chaqueta y lo arrastraba detrás de una pared. Mientras, se oía el repique de los disparos. Rodeados del ruido de las explosiones, la escena se volvía íntima. Un primer plano de la expresión preocupada del inspector jefe mirando a su compañero.

Armand Gamache miraba sin pestañear siquiera, aunque lo que más deseaba era apartar la vista. Cerrar los ojos, taparse los oídos, hacerse un ovillo.

Volvió a percibir el olor acre de la pólvora, la quemazón, el polvo del hormigón. Oía el violento estallido de las armas. Sentía el rifle entre las manos, amartillando cada una de las balas. Y las armas que disparaban contra él.

¡Bang, bang, bang! Explosiones por todas partes. Las balas golpeaban las superficies, rebotaban, hacían imposibles carambolas o impactaban con un ruido sordo. Un motín de sensaciones. Casi imposible pensar o centrarse en algo.

Y durante un instante volvió a sentir el impacto de ver a Beauvoir herido.

Se vio a sí mismo estudiando al inspector, escrutando su rostro. Buscándole el pulso. La cámara no había captado sólo los acontecimientos, sino también las sensaciones, los sentimientos. La angustia de

la expresión de Gamache.

—¡Jean-Guy! —lo llamaba.

El inspector luchaba por abrir los párpados, pero enseguida se le cerraban.

Llovían balas sobre su posición. El inspector jefe se agachaba sobre Beauvoir y lo arrastraba un poco más hacia la pared para apoyarle la espalda en ella. Le abría el chaleco y le recorría el torso con la mirada hasta detenerse en la herida. En la sangre. Tiraba de la solapa de uno de sus bolsillos, sacaba una gasa, se la ponía a Beauvoir en la mano y después le apretaba la mano contra la herida.

Inclinándose hacia delante, le susurraba al oído:

—Jean-Guy, tienes que aguantar la mano ahí. ¿Podrás?

Beauvoir entreabría los ojos de nuevo, luchando por mantenerse consciente.

—No te vayas —le ordenaba el inspector jefe—. ¿Puedes quedarte despierto?

Beauvoir asentía.

—Bien.

Gamache levantaba la vista. Había hombres disparando desde arriba y desde algún lugar al frente y también agentes contraatacando. Enseguida desviaba la vista hacia su compañero.

—Los médicos están de camino. Viene Lacoste, no tardará nada.

Entonces callaba un instante y hacía algo que nadie debería haber visto y que, sin embargo, ya habían contemplado millones de personas. Gamache besaba a Beauvoir en la frente. Le pasaba la mano por el pelo y se marchaba.

Beauvoir miraba la pantalla ojiplático y por entre los dedos, con la cara tapada con las manos. Pensaba que el vídeo capturaría los hechos con cierta imperfección, pero no se le había ocurrido que también reflejaría cómo se sintió durante los acontecimientos.

El miedo y la confusión. La sorpresa, el dolor. El auténtico suplicio físico mientras se apretaba el abdomen. Y la soledad.

Se vio a sí mismo en la pantalla, vio cómo se daba cuenta, con una expresión suplicante en el rostro, de que Gamache lo dejaba allí. Sangrando y solo. También fue testigo de la angustia del inspector jefe al hacerlo.

Entonces cambió el punto de vista de las imágenes y Ruth y Beauvoir siguieron al equipo mientras perseguían a los tiradores por los pasillos. Un tiroteo. Un agente de la Sûreté herido. Un terrorista menos.

Gamache subía los escalones de dos en dos detrás de un hombre armado. Éste se volvía y disparaba. Gamache se abalanzaba sobre él y forcejeaban. Se peleaban cuerpo a cuerpo. Mientras luchaban, en la pantalla se veía una confusión de brazos y torsos y respiración entrecortada. Al final, el inspector jefe intentaba alcanzar su arma, que le había salido volando de las manos. La agarraba y le atizaba al terrorista en la cabeza. Se oía un horrible crujido de huesos y el terrorista se desplomaba.

Bajo la mirada de las cámaras, Gamache se arrodillaba junto al hombre para tomarle el pulso y después lo esposaba y lo arrastraba escaleras abajo. Al llegar al otro piso, el inspector jefe se tambaleaba un poco y luego recuperaba el equilibrio. Le costaba mantenerse en pie, pero se volvía para mirar a Beauvoir. El inspector estaba tendido en el suelo junto a la pared, al otro lado de la habitación. Tenía una gasa ensangrentada en una mano y una pistola en la otra.

Se oía una respiración trabajosa y entrecortada.

—Tengo... a uno —trataba de decir Gamache.

Intentaba recuperar el aliento.

Émile no se había movido desde el inicio del vídeo. En toda su trayectoria como policía tan sólo había disparado su arma dos veces. Y ambas había matado a alguien. Sin querer hacerlo, pero con toda la intención de conseguirlo.

Había entrenado muy bien a sus agentes, con una premisa absoluta: «Nunca jamás saques el arma si no es para usarla. Y cuando la uses, apunta al cuerpo para detener al sospechoso. Para matarlo si es necesario.»

Entonces vio a Armand tambalearse un poco y dar un paso al frente, con el rostro ensangrentado de la pelea. Vio que desenfundaba el arma. El criminal estaba inconsciente a sus pies y a su alrededor seguían lloviendo balas. Émile contempló al inspector jefe volverse en respuesta a unos tiros que alguien disparaba desde arriba. Gamache dio un paso más, levantó la pistola y disparó varias veces, una detrás de otra. Dio en el blanco. Y las balas cesaron.

Pero sólo durante un momento. Al instante se oyó otra ráfaga de disparos.

Gamache levantaba los brazos. Todo su cuerpo saltaba en el aire. Se retorció. Y caía al suelo.

Beauvoir aguantó la respiración. Estaba viendo exactamente lo mismo que aquel día. Al inspector jefe tendido en el suelo, inmóvil.

—¡Agente herido! —se oyó a sí mismo gritar con voz ronca—. ¡El jefe está herido!

El tiempo no parecía avanzar. Beauvoir intentó moverse, arrastrarse hacia delante, pero no podía. A su alrededor oía disparos y, por los auriculares, a los agentes llamarse entre sí, dar instrucciones, informar de su ubicación, lanzar advertencias.

Aunque él tan sólo veía una cosa: la silueta inmóvil que tenía delante.

Entonces notó el tacto de unas manos y la agente Lacoste se arrodilló a su lado. Con preocupación y determinación en el rostro.

Vio que le recorría el cuerpo con la mirada y que se detenía en la mano ensangrentada con la que se sujetaba el abdomen.

—¡Aquí! ¡Tengo un herido! —gritó ella.

Y enseguida llegó el sanitario.

—El jefe... —susurró Beauvoir, y lo señaló con la cabeza.

Lacoste se volvió para mirar y le cambió la cara.

Mientras los sanitarios atendían a Beauvoir, le ponían un vendaje de compresión en la herida, le clavaban agujas y pedían una camilla, el inspector vio a Lacoste y a otro de los sanitarios correr hacia el inspector jefe. Antes de que lo alcanzasen, hubo una ráfaga de disparos y tuvieron que ponerse a cubierto.

Gamache estaba inerte en el suelo de hormigón, demasiado lejos para llegar a él.

Al final, Lacoste corrió escaleras arriba y por su cámara la vieron ubicar la procedencia de los disparos: provenían de un hombre que estaba en el quicio de una puerta, en el piso superior. Le disparó y, tras varios intentos, lo derribó. Agarró el arma del terrorista abatido y gritó: «¡Despejado!»

El sanitario corrió hasta Gamache. Desde el otro extremo, Beauvoir se esforzaba por ver qué pasaba.

Émile vio al sanitario arrodillarse junto a Gamache.

—*Merde* —susurraba el técnico.

El inspector jefe tenía un lado de la cabeza cubierto de sangre que se le derramaba en un reguero por la oreja y el cuello.

Cuando Lacoste se acercaba a él, el sanitario levantaba la vista. El inspector jefe tosía un poco, aún con vida. Tenía los ojos medio cerrados, vidriosos, y respiraba con dificultad.

—¿Me oye, jefe?

Lacoste le rodeaba la cabeza con las manos, se la levantaba y lo miraba a los ojos. Él intentaba enfocar la mirada, pero le costaba mantener los ojos abiertos.

—Sujeta esto.

El sanitario sacaba unas gasas y se las colocaba en la herida, encima de la sien izquierda de Gamache. Lacoste apretaba las gasas para detener la hemorragia.

El inspector jefe se movía e intentaba no perder la conciencia. Le costaba mucho respirar. El técnico se daba cuenta y lo miraba con el ceño fruncido, perplejo. Entonces le abría el chaleco táctico de un tirón y exhalaba con fuerza.

—Dios...

Lacoste miraba a Gamache.

—Dios, no —susurraba ella.

El inspector jefe tenía el pecho cubierto de sangre. El sanitario le arrancaba la camisa y le dejaba el torso al descubierto. En el costado descubría una herida.

Desde el otro lado, Beauvoir observaba, aunque no veía más que las piernas del inspector jefe, el ligero movimiento de los zapatos de cuero negro lustroso. Pero entonces Beauvoir se fijaba en su mano. La mano derecha del inspector jefe: ensangrentada, tensa, cerrada. Y por los auriculares oía una respiración entrecortada. Dificultosa. Gamache estiró el brazo y los dedos. Parecía que intentase agarrar algo con la mano temblorosa, como si tuviera el aliento al alcance de los dedos.

Cuando los médicos colocaban a Beauvoir en la camilla, éste susurraba una y otra vez: «No, no, por favor», suplicando.

Oyó a Lacoste gritar: «¡Jefe!»

Una tos más débil. Después, silencio.

La mano de Gamache sufrió un espasmo, un temblor. Y poco a poco, se dejó caer como un copo de nieve.

Y Jean-Guy Beauvoir supo que Armand Gamache estaba agonizando.

Sentado en su incómoda silla de plástico, Beauvoir soltó un gemido. Pero las imágenes ya mostraban otra cosa. Planos del equipo atacando al resto de los terroristas.

Ruth miraba la pantalla. Todavía no había tocado el whisky.

—¡Jefe! —gritaba Lacoste de nuevo.

Gamache tenía los ojos casi cerrados, pero enfocaba la mirada. Movía los labios. Apenas se oía lo que decía. Lo que intentaba decir.

—Reine... Marie. Reine... Marie.

—Se lo diré —le susurraba Lacoste al oído.

Y Gamache cerraba los ojos.

—Se le ha parado el corazón —decía el sanitario y se inclinaba sobre él para hacerle la reanimación cardiopulmonar—. Paro cardiorrespiratorio.

Llegaba otro sanitario que se arrodillaba a su lado y cogía al otro técnico del brazo.

—No, espera. Dame una jeringuilla.

—¡No jodas! Se le ha parado el corazón, hay que reanimarlo.

—¡Haced algo, por Dios! —gritaba Lacoste.

El segundo técnico revolvía en el maletín de primeros auxilios. Sacaba una jeringuilla, se la clavaba al inspector jefe en el costado y apretaba el émbolo.

No había reacción. Gamache yacía inmóvil con la cara y el pecho bañados en sangre. Con los ojos cerrados.

Los tres lo miraban. No se movía. No respiraba.

Y entonces, entonces se oía un ruidito. Un ligero carraspeo.

Todos se miraban unos a otros.

Émile se atrevió a parpadear al fin. Tenía los ojos secos como si le hubieran echado arena a presión. Respiró hondo.

Ni que decir tiene que ya conocía el resto de la historia. Por las conversaciones con Reine-Marie por teléfono, por sus visitas al hospital. Y por las noticias de Radio Canada.

Cuatro agentes de la Sûreté fallecidos, incluido el primero en caer en la cuneta de aquella carretera, y cuatro agentes heridos. Ocho terroristas muertos y uno capturado. En estado crítico y pronóstico muy grave. Al principio, las noticias habían contado al inspector jefe entre los muertos. Nadie sabía cómo se había filtrado aquella información. Nadie tenía ni idea de cómo se había filtrado ninguno de los datos.

El inspector Beauvoir estaba malherido.

Émile había acudido aquella misma tarde. Fue directo al hospital Hôtel-Dieu de Montreal desde la ciudad de Quebec y allí encontró a Reine-Marie y a Annie. Daniel estaba en un vuelo regresando de París.

Parecían agotadas. Apenas quedaba nada de ellas.

—Está vivo —le había dicho Reine-Marie.

Se abrazó a Émile, lo sostuvo en sus brazos.

—Gracias a Dios —dijo él, y entonces le vio la cara a Annie—. ¿Qué pasa?

—Los médicos creen que ha tenido un derrame cerebral.

Émile respiró hondo.

—¿Saben si es grave?

Annie negó con la cabeza y Reine-Marie rodeó a su hija con el brazo.

—Está vivo, eso es lo que importa.

—¿Lo habéis visto?

Reine-Marie asintió, incapaz de hablar. Incapaz de decirle a nadie lo que había visto. El oxígeno, los monitores, la sangre y las magulladuras. Los ojos cerrados. Inconsciente.

Y recordó las palabras del doctor: no conocían el alcance de las lesiones. Podía quedarse ciego. Sufrir una parálisis. Tener otra apoplejía. Las próximas veinticuatro horas eran cruciales para determinar su estado.

Pero no importaba. Ella le había cogido la mano, se la había acariciado y le había susurrado al oído.

Estaba vivo.

El médico le había hablado también de la herida del pecho. La bala le había fracturado una costilla, que, a su vez, le había perforado un pulmón. El consiguiente colapso de éste y el del segundo poco después estaba exprimiéndole la vida. Debió de recibir ese impacto de bala al principio y eso fue dificultándole la respiración cada vez más, hasta que se hizo más apurada y la situación se volvió

crítica. Mortal.

—El sanitario intervino a tiempo —dijo el doctor.

No había añadido «justo», pero Reine-Marie sabía que era así.

Ahora lo más preocupante era la herida de la cabeza.

Y así esperaron, en su mundo privado de la tercera planta del Hôtel de Dieu. Un mundo antiséptico de conversaciones susurradas, de pasos silenciosos y ligeros y rostros severos.

En el exterior, las noticias daban la vuelta al continente, al mundo.

Un complot para hacer saltar por los aires la presa de La Grande.

Llevaban una década planeándolo. Los avances habían sido tan lentos que eran inapreciables. Las herramientas, tan rudimentarias que nadie las había tomado en serio.

En aras de la seguridad nacional, los portavoces de los gobiernos canadiense y estadounidense se negaron a explicar cómo se había desarticulado el plan, pero sometidos a un fuerte interrogatorio admitieron que el tiroteo y la muerte de los cuatro agentes de la Sûreté guardaban relación con el complot.

El mérito de evitar la catástrofe se lo atribuyeron al superintendente jefe Francoeur y él lo aceptó.

Sin embargo, Émile sabía, como cualquiera que tuviese la menor idea de cómo funcionaban los grandes departamentos policiales, que sólo estaba haciéndose pública una pequeña parte de la verdad.

Y mientras el mundo rumiaba tan sensacionales descubrimientos, en la tercera planta del Hôtel de Dieu esperaban. Jean-Guy Beauvoir salió del quirófano y, tras uno o dos días de incertidumbre, empezó su larga y lenta travesía hacia la recuperación.

Y doce horas más tarde, Armand Gamache luchó por despertarse. Cuando al fin abrió los ojos, vio que Reine-Marie estaba a su lado, sosteniéndole la mano.

—¿La Grande? —preguntó casi sin voz.

—A salvo.

—¿Jean-Guy?

—Se recuperará.

Cuando ella regresó a la sala de espera, donde estaban sentados Émile, Annie, su marido David y Daniel, estaba radiante.

—Está descansando. Aún no es como para tirar cohetes, pero ya falta menos.

—¿Está bien? —preguntó Annie.

La joven tenía miedo de creérselo, de hacerse ilusiones demasiado pronto, por si era una broma, una jugarreta de un Dios penoso. Nunca se recuperaría de la impresión de estar escuchando Radio Canada en el coche y oír el boletín. Su padre...

—Lo estará —respondió su madre—. Tiene el costado derecho entumecido.

—¿Entumecido? —repitió Daniel.

—Los médicos están contentos —les aseguró Reine-Marie—. Dicen que no es importante, que se recuperará del todo.

No le importaba. Le daba igual si cojeaba hasta el fin de los días. Estaba vivo.

Sin embargo, al cabo de dos días ya caminaba, si bien muy despacio. Dos días más tarde, llegaba al otro extremo del pasillo. Se detenía en cada habitación a sentarse junto al lecho de los hombres y mujeres que él mismo había formado, escogido y llevado a la fábrica bajo su mando.

Recorrió el pasillo renqueando de un extremo al otro. Arriba y abajo, arriba y abajo.

—¿Qué haces, Armand? —le preguntó Reine-Marie en voz baja mientras caminaban de la mano.

Hacía cinco días del tiroteo y la cojera había desaparecido casi por completo, excepto cuando acababa de ponerse en pie o si se esforzaba demasiado.

—Los funerales son el domingo —respondió él sin detenerse—. Pienso asistir.

Dieron unos cuantos pasos más antes de que ella contestase.

—¿Quieres ir a la catedral?

—No. Quiero estar en el cortejo fúnebre.

Ella lo contempló de perfil. Tenía la expresión decidida, los labios apretados y el puño cerrado con fuerza para disimular la única señal de que había sufrido un derrame. Un ligero temblor cuando se cansaba o se estresaba.

—Dime qué puedo hacer para ayudarte.

—Hazme compañía.

—Eso siempre, *mon coeur*.

Él se detuvo y le sonrió. Con el rostro amarotado y una venda que le cubría la ceja izquierda.

Pero a ella no le importaba. Estaba vivo.

El día de los funerales, el cielo estaba despejado y hacía frío. Era mediados de diciembre y soplaba un viento del Ártico que no se detenía en ninguna parte hasta arremeter contra los hombres, las mujeres y los niños que flanqueaban la ruta del cortejo.

Cuatro ataúdes cubiertos con el azul y el blanco de las flores de lis de la bandera de Quebec, colocados sobre carros tirados por solemnes caballos negros. Detrás de ellos, una larga fila de agentes de policía de todas las comunidades de Quebec, de todo Canadá, de Estados Unidos y del Reino Unido, de Japón, de Francia y de Alemania. De toda Europa.

Y a la cabeza, de uniforme, caminaban en una lenta marcha los agentes de la Sûreté. El primero de aquella columna era el superintendente jefe Francoeur y el resto de los agentes de mayor rango. Detrás de ellos, solo, iba el inspector jefe Gamache, encabezando la división de Homicidios. Caminó los dos kilómetros sin cojear casi hasta el final. Mirando al frente con decisión. Hasta que llegó el momento de las salvas, de los cañonazos.

Entonces cerró los ojos bien fuerte y levantó la cara al cielo en una mueca de pena, un momento íntimo de pesar que ya no era capaz de contener. Tenía el puño derecho bien apretado.

Esa imagen se convirtió en el símbolo del dolor. Salió en todas las portadas de periódicos y revistas y en todos los noticiarios.

Ruth estiró el brazo y apagó el reproductor de vídeo. Durante un momento, ambos permanecieron en silencio.

—Bueno —dijo ella al final—, no me creo nada. Seguro que está grabado en un plató. Los efectos eran buenos, pero los actores no valen una mierda. ¿Quieres palomitas?

Beauvoir la miró. La mujer le ofrecía el bol de plástico.

Cogió un puñado y después caminaron sin prisa en mitad de la ventisca, agachando la cabeza para protegerse del viento mientras cruzaban el parque de camino a casa de Peter y Clara. A medio camino, Beauvoir la cogió del brazo. Para ayudarla a mantener el equilibrio o para mantenerlo él, no estaba seguro.

Ella no se lo impidió. Llegaron hasta la casita siguiendo la luz en la tormenta y, una vez allí, se sentaron frente a la chimenea y cenaron. Juntos.

Armand Gamache se levantó.

—¿Estás bien?

Émile también se puso en pie.

Gamache suspiró.

—Sí. Necesito estar un rato a solas, nada más —admitió, y miró a su amigo—. *Merci*.

Tenía náuseas, se encontraba mal, tras ver cómo disparaban a todos esos hombres y mujeres jóvenes. Cómo morían. Otra vez. Cómo los mataban a tiros en un pasillo oscuro, una vez más.

Habían estado a su cargo. Los había escogido él mismo pese a las protestas del superintendente jefe Francoeur. Y se los había llevado dijera lo que dijese.

Les había dicho que era probable que en la fábrica hubiese seis hombres armados. El doble de lo que le habían notificado a él. Según la agente Nichol, había tres.

«Hay tres hombres armados», decía el mensaje.

Se había llevado seis agentes, todos los que pudo reunir. Además de Beauvoir y él mismo.

Creía que sería suficiente. Pero se equivocaba.

—No puede hacer esto —le había dicho el superintendente jefe Francoeur.

Hablaba en voz baja, pero sus palabras escondían una advertencia. Había entrado en su oficina mientras se preparaba para salir y Paul Morin le cantaba la canción del abecedario al oído. Al final, el joven sonaba casi borracho, exhausto.

—Una vez más, por favor —le pidió Gamache a Morin y se quitó los auriculares.

El superintendente jefe Francoeur calló de inmediato.

—Ya tiene toda la información que necesita.

El inspector jefe fulminó a Francoeur con la mirada.

—¿Se refiere a lo que han dicho una vieja cree y unos cuantos tíos hasta las cejas de crack?

—Información recabada por la agente Lacoste, que está de camino. Se viene conmigo; ella y seis más. Éstos son sus nombres, para su información. Ya he avisado a la unidad táctica. Están a su disposición.

—¿Para qué? No van a destruir la presa de La Grande ni en sueños. No ha aparecido ninguna información en los canales habituales. Nadie sabe nada. Ni los federales, ni los americanos, ni siquiera los británicos, y ellos lo monitorizan todo. Nadie ha oído nada. Sólo tú y esa anciana cree que está mal de la cabeza.

Francoeur fulminó a Gamache con la mirada. Éste estaba tan furioso que temblaba.

—Dentro de una hora y cuarenta y tres minutos van a hacer saltar la presa por los aires. Tiene tiempo suficiente para llegar hasta allí. Ya sabe adónde ir y qué hacer.

En lugar de subir la voz, Gamache la había bajado.

—Usted no me da órdenes —ladró Francoeur—. No sabe nada y no hay motivos para ir hasta allí.

Gamache se acercó a su escritorio y sacó el arma. Durante un momento Francoeur se asustó, pero entonces el inspector jefe enfundó la pistola en el cinturón y se apresuró a volver junto al superintendente jefe.

Se miraron fijamente y al final Gamache habló con voz suave, pero intensa.

—Por favor, Sylvain, si quieres que suplique, lo haré. Pero los dos somos demasiado mayores y estamos demasiado cansados para esto. Tenemos que parar ya. Y tienes razón, no me corresponde a mí darte órdenes. Te pido disculpas. Pero por favor, por favor, haz lo que te digo.

—No. Necesito más datos.

—Es todo lo que tengo.

—No tiene sentido. Nadie intentaría hacer estallar una presa así.

—¿Por qué no?

Lo habían hablado ya cien veces. Y no les quedaba tiempo.

—Porque el plan es demasiado rudimentario. Es como lanzarle una roca a un ejército.

—¿Y cómo crees que derrotó David a Goliat?

—¡Venga ya! ¿Qué pasa, ahora estamos en los tiempos del Antiguo Testamento?

—Pero podemos aplicar los mismos principios: coger a la gente por sorpresa. Y aunque tú no lo veas como David y Goliat, los terroristas sí.

—Pero ¿qué te pasa? ¿De repente te has convertido en un especialista en seguridad nacional? Tú y tu arrogancia me ponéis enfermo. Si de verdad crees que la vida de cientos de miles de personas está en peligro, ya puedes ir tú mismo a buscar la bomba.

—No. Yo voy a rescatar a Paul Morin.

—¿A Morin? ¿Quieres decir que sabes dónde está? Llevamos toda la noche buscándolo.

Francoeur señaló el ejército de técnicos de la sala de operaciones que intentaban localizar al agente.

—¿Ahora me dices que sabes dónde está?

El superintendente jefe temblaba de rabia y hablaba a voz en grito.

Gamache esperó. Con el raballo del ojo veía el reloj. La cuenta atrás avanzaba.

—Magog. En una fábrica abandonada. La agente Nichol y el inspector Beauvoir lo han encontrado analizando el sonido ambiente.

Escuchando los silencios entre las palabras lo habían localizado.

—Por favor, Sylvain, ve a La Grande. Te lo suplico. Si me equivoco, renunciaré al puesto.

—Si vamos hasta allí y te has equivocado, te denunciaré.

Francoeur salió de la oficina y de la sala de operaciones. Y desapareció.

Al salir por la puerta, Gamache miró la hora. Quedaba una hora y cuarenta y tres minutos. Y rezó. No era la primera ni la última vez ese día.

—Podría haber sido peor —dijo Émile—. Quiero decir que vete a saber quién ha montado el vídeo. Podrían haber hecho que la operación pareciese una catástrofe. Pero no es así. Parece trágica. Terrible. Y, sin embargo, hay mucho heroísmo. Si las familias tienen que verlo, pues...

Gamache sabía que Émile intentaba ser amable. Quería decir que el montaje podría haberlo presentado como un cobarde o un idiota que no sabía lo que hacía. Podría haber dado a entender que sus agentes fallecieron en vano. En cambio, en pantalla todos mostraban valor. ¿Cómo había dicho Émile?

Heroísmo.

Gamache subió la empinada escalera sin prisa, con *Henri* pisándole los talones.

Pero él sabía algo que Émile desconocía. Sospechaba quién había hecho el vídeo y conocía los motivos.

No era para dejar mal a Gamache, sino al lo contrario, bien. Demasiado bien. Tanto como para que el inspector jefe se sintiese justo como en ese momento: un fraude. Un impostor. Homenajead por nada. Cuatro agentes de la Sûreté muertos y Gamache convertido en un héroe.

Quienquiera que hubiese hecho aquello lo conocía bien. Y sabía cómo hacérselo pagar.

Con vergüenza.

VEINTICINCO

Unas horas más tarde, la tormenta arremetió contra la ciudad de Quebec y a las dos de la madrugada fuertes vientos y una borrasca de nieve azotaban la capital. Las condiciones atmosféricas y el paisaje cubierto por completo de blanco impedían la visibilidad y hubo que cerrar las carreteras.

En la buhardilla de la vieja casa de piedra de St-Stanislas, Armand Gamache estaba tendido en la cama mirando las vigas del techo. *Henri*, tumbado a su lado en el suelo, roncaba sin prestar atención a los latigazos de viento y nieve que impactaban contra los cristales.

Sin hacer ruido, Gamache se levantó y miró por la ventana. No veía siquiera el edificio del otro lado de la estrecha calle y apenas lograba distinguir las farolas, cuya luz la fuerte nevada prácticamente eclipsaba.

Se vistió deprisa y bajó la escalera de puntillas. A su espalda, oyó el chasqueo de las uñas de *Henri* en los escalones de madera. Gamache se puso las botas, la parka, el gorro de lana, las gruesas manoplas y después de envolverse el cuello con una bufanda, se agachó y acarició al perro.

—No hace falta que vengas, ¿sabes?

Pero *Henri* no lo sabía. No era cuestión de saberlo o no. Si Gamache iba a alguna parte, *Henri* también.

Salieron y cuando el viento lo abofeteó y lo dejó sin respiración, Gamache tragó saliva, dio media vuelta y sintió que el viento lo empujaba.

Tal vez, pensó, estuviera cometiendo un error.

Sin embargo, aquella tormenta era justo lo que necesitaba, lo que quería. Un gran estruendo, dramático, desafiante. Algo que aniquilase todo pensamiento y lo dejara todo en blanco.

Los dos se afanaron por subir la calle y caminaron por el centro de las desiertas calzadas. Ni siquiera las máquinas quitanieves habían salido. Tratar de apartar la nieve en mitad de una ventisca era esforzarse en vano.

Tenía la sensación de que la ciudad era suya, como si hubieran decretado su evacuación y *Henri* y Gamache no hubiesen oído el aviso mientras dormían. Estaban solos.

Subieron Ste-Ursule con gran esfuerzo y dejaron atrás el convento en el que había fallecido el general Montcalm. Después pasaron por la rue St-Louis y bajo el arco de la muralla. Fuera del casco viejo, la tormenta era aún peor, si cabía. Sin muros que lo frenasen, el viento adquiría velocidad, arrastraba la nieve y se estrellaba contra árboles, coches aparcados y edificios. Se estampaba contra todo lo que se encontrase en su camino. Incluido el inspector jefe.

A él no le importaba. Notaba los copos fríos y duros como perdigonazos en el abrigo, en el gorro, en la cara. Y el ruido del impacto era casi ensordecedor.

—Me encantan las tormentas... —dijo Morin—. De cualquier clase. No hay nada como sentarse en una galería en verano a contemplar una tormenta eléctrica. Aunque mis favoritas son las de nieve, siempre que no tenga que conducir. Si estamos todos a salvo en casita, bienvenida sea la ventisca.

—¿Alguna vez has salido de casa durante una? —preguntó Gamache.

—Sí, muchas veces lo hago. Aunque sólo sea para quedarme ahí plantado. Me chifla. No sé por qué; a lo mejor sólo es por el dramatismo. Luego entro en casa y me tomo un chocolate caliente

delante de la chimenea. No hay nada mejor que eso.

Gamache avanzaba con dificultad y la cabeza gacha, mirándose los pies mientras marchaba poco a poco por los bancos de nieve acumulada que le llegaban hasta la rodilla. *Henri*, con gran excitación, iba dando brincos por el camino que abría Gamache.

Tardaron un buen rato, pero al fin llegaron al parque. El inspector jefe levantó la cabeza y la nieve lo cegó, pero entornando los ojos alcanzaba a distinguir las fantasmagóricas siluetas de los árboles que se doblaban bajo las ráfagas de viento.

Las Llanuras de Abraham.

Gamache echó la vista atrás y se dio cuenta de que las huellas de sus botas estaban ya cubiertas de nieve, que iban desapareciendo a medida que las dejaba. No estaba perdido, todavía no, pero sabía que si se alejaba demasiado podría perder la orientación.

De pronto, *Henri* dejó de dar saltos y se quedó quieto. Se puso a gruñir y se refugió tras las piernas de su amo.

Era una señal irrefutable de que allí no había nada.

—Vamos —lo instó Gamache.

Se volvió. Y se encontró de frente con otra persona. Una figura alta, con una parka oscura cubierta de nieve. Llevaba la cabeza cubierta con una capucha y se quedó parado sin decir nada, a tan sólo un par de pasos del inspector jefe.

—Inspector jefe Gamache —dijo la silueta con voz clara y acento inglés.

—Sí.

—No esperaba encontrarlo aquí.

—¡Yo tampoco a usted! —gritó Gamache con gran esfuerzo para que se lo oyese por encima del rugido del viento.

—¿Estaba buscándome? —preguntó el hombre.

Gamache esperó un momento.

—No, hasta mañana no. Quería que hablásemos mañana.

—Eso pensaba.

—¿Por eso ha venido aquí?

No hubo respuesta. La silueta oscura permaneció allí, sin más. *Henri*, envalentonado, avanzó un par de pasos.

—*Henri* —dijo Gamache—, *viens ici*.

Y el perro trotó hasta su amo.

—La tormenta ha sido providencial —comentó el hombre—, me facilita las cosas.

—Tenemos que hablar —anunció Gamache.

—¿Por qué?

—Porque yo necesito que hablemos. Por favor.

Entonces fue el otro quien esperó un momento. Un instante después, señaló una construcción, una torrecilla redonda de piedra que había sobre un montículo, como una diminuta fortaleza. Los dos hombres y el perro subieron con dificultad la ligera cuesta hasta la torre y, al empujar la puerta, Gamache se sorprendió de ver que estaba abierta. Una vez dentro, supo por qué.

No había nada que robar. No era más que una cabaña redonda de piedra que estaba vacía.

El inspector jefe accionó un interruptor y se encendió una bombilla desnuda que colgaba del techo. Entonces miró a su compañero quitarse la capucha.

—No esperaba toparme con nadie en esta tormenta —dijo Tom Hancock mientras se golpeaba la pierna con el gorro para desprender la nieve que se le había adherido—. Me gusta mucho salir a

caminar en estas condiciones.

Gamache levantó la cabeza y miró al joven pastor. Era casi lo mismo que había dicho el agente Morin.

Miró a su alrededor y se dio cuenta de que no había dónde sentarse, así que señaló el suelo y los dos se acomodaron allí, con la espalda pegada a la gruesa pared de piedra.

Durante un momento, ambos guardaron silencio. Allí dentro, sin una ventana ni aberturas al exterior, podrían estar en cualquier parte, en cualquier época. Podían haber viajado doscientos años atrás; fuera, en lugar de una ventisca, una batalla.

—He visto el vídeo —le contó Tom Hancock.

Tenía las mejillas enrojecidas y la cara mojada de nieve derretida. Gamache sospechaba que él tenía el mismo aspecto, sólo que ni tan joven ni tan vital.

—Yo también.

—Terrible —afirmó Hancock—. Lo siento mucho.

—Gracias. No fue del todo como aparece ahí. Yo... —Gamache tuvo que callar.

—¿Usted?

—Hace que parezca un héroe, pero no lo soy. Murieron por mi culpa.

—¿Por qué dice eso?

—Cometí errores. No me di cuenta de la magnitud de lo que estaba ocurriendo hasta que ya era casi demasiado tarde. Y entonces todavía cometí más errores.

—¿Y eso? ¿Cuáles?

Gamache miró al joven. El pastor. El que tanto se preocupaba por las almas heridas. Cayó en lo bien que se le daba a Hancock escuchar. Y ésa era una cualidad poco común y muy valiosa.

Respiró hondo. El interior de la torre tenía un olor almizclado, como si aquel aire no estuviera hecho para que nadie lo respirase, como si su cometido no fuera preservar la vida.

Gamache se lo contó todo al pastor. El secuestro y la paciente conspiración a largo plazo. La certeza, agazapada en su arrogancia, de que la avanzada tecnología tenía el poder de revelar toda amenaza.

Sin embargo, se equivocaban.

Los atacantes eran muy hábiles. Se adaptaban.

—Desde entonces he descubierto que en seguridad lo llaman «enfoque asimétrico». —Gamache sonrió—. Dicho así, parece un asunto de geometría, de lógica. Y supongo que en cierto modo lo era. Demasiado lógico y, sin lugar a dudas, demasiado simple para gente como nosotros. Los terroristas querían destruir la presa de La Grande, y ¿cómo pensaban hacerlo? No con una bomba nuclear ni escondiendo un dispositivo con gran pericia. No pretendían infiltrar los servicios de seguridad ni utilizar telecomunicaciones ni nada que dejase una señal que pudiéramos encontrar y rastrear. Lo hicieron trabajando allí donde sabían que no íbamos a mirar.

—¿Dónde?

—En el pasado. Sabían que no podían competir con nosotros en cuestión de tecnología moderna, por eso optaron por algo mucho más sencillo. Tanto que nos resultó invisible. Se apoyaron en nuestra arrogancia y confianza, en nuestra certeza de que la tecnología de última generación nos protegería.

Los dos hombres hablaban en voz baja, como si conspirasen o contaran cuentos. Se sentían como debía de ser milenios antes, cuando la gente se sentaba alrededor del fuego a relatar historias.

—¿Cuál era el plan?

—Dos camiones bomba. Y dos hombres dispuestos a conducirlos. Hombres cree.

Tom Hancock, que hasta hacía un momento se inclinaba hacia delante, hacia la historia y el que la contaba, se echó atrás lentamente. Sintió la fría piedra en la espalda. Un muro construido antes de que los nativos de la tribu creyeran el desastre que se les venía encima. Una catástrofe en la que ellos mismos participaron guiando a los europeos hasta sus vías fluviales. Ayudándolos a recolectar pieles.

Cuando los creyeran se dieron cuenta de su colosal error, ya era demasiado tarde.

Y ahora, cientos de años más tarde, algunos de sus descendientes habían accedido a llevar un par de camiones cargados de explosivos por un tramo de carretera perfectamente pavimentada que pasaba por un bosque que antaño fue suyo. Hacia una presa de treinta pisos de altura.

Iban a destruirla. Y a destruirse ellos mismos. A sus familias. Sus poblados. Los bosques, los animales. Los dioses. Todo. Iban a desatar un torrente de agua tan potente que se lo llevaría todo por delante.

Con la esperanza de que por fin alguien escuchase su llamada de ayuda.

—Al menos, eso es lo que les dijeron —explicó el inspector jefe.

De pronto se sintió muy cansado y deseó poder meterse en la cama.

—¿Qué pasó? —susurró Tom Hancock.

—El superintendente jefe Francoeur llegó a tiempo. Se lo impidió.

—¿Y ellos...?

—¿Si murieron?

Gamache asintió.

—A tiros. Pero salvamos la presa.

Tom Hancock sintió cierta lástima al oírlo.

—Dice que los jóvenes nativos fueron utilizados. ¿Quiere decir que no fue idea de ellos?

—No, igual que no lo fue lo del camión. Quienquiera que lo organizase, escogió cosas que estaban predispuestas a saltar por los aires. Las bombas las hicieron ellos; a los creyeran, nosotros.

—Pero ¿quiénes eran? Si los dos jóvenes eran una herramienta para los terroristas, ¿quién lo planeó todo? ¿Quién era responsable?

—Aún no estamos seguros. La mayoría murió en el asalto a la fábrica. Están interrogando al que sobrevivió, pero aún no sabemos nada.

—Sin embargo, usted tiene sus propias sospechas. ¿Eran nativos?

Gamache negó con la cabeza.

—Caucasianos, de habla inglesa. Bien formados. Mercenarios, quizá. El objetivo primario era la presa, pero el verdadero parecía ser la Costa Este de Estados Unidos.

—¿No Canadá? ¿Ni Quebec?

—No. Si hubiesen demolido La Grande, habrían dejado sin electricidad todo lo que hay desde Boston hasta Nueva York y Washington. Y no durante unas horas, sino durante meses. Hubiese destrozado la red eléctrica.

—Con el invierno por delante.

Ambos se quedaron en silencio e imaginaron una ciudad como Nueva York, con millones de personas asustadas y furiosas, muriéndose de frío en la oscuridad.

—¿Así que eran terroristas de nuestro país? —preguntó Hancock.

—Creemos que sí.

—Era imposible de predecir —concluyó el pastor—. Usted habla de arrogancia, inspector jefe. Tal vez le convenga andarse con más cuidado.

Lo dijo con ligereza, pero las palabras tenían un filo cortante.

Hubo un breve silencio antes de que Gamache contestase, y lo hizo con una ligera carcajada.

—Cuánta razón tiene. Pero no me ha entendido bien, señor Hancock. No era la amenaza lo que yo debería haber visto venir. Pero una vez que la cosa estuvo en marcha, debería haberme dado cuenta mucho antes de que el secuestro no era algo tan simple como parecía. Y también de que el granjero no era lo que parecía. Y...

—¿Y de qué más?

—Aquello me superaba. A mí y a todos. Casi no tuvimos tiempo y estaba claro que estábamos frente a algo enorme. En cuanto la agente Nichol aisló las palabras «La Grande», supe que se trataba de eso. La presa está en territorio cree, así que envié a una agente a la zona a investigar.

—¿Sólo una agente? ¿No tendría que haber enviado allí a todo el mundo? —Entonces Hancock se dio cuenta de lo que estaba diciendo—. Bueno, si necesita más sugerencias tácticas, hable conmigo. Es una de las asignaturas del seminario.

Sonrió y oyó una risotada a su lado. Y un hondo suspiro.

—Los cree no tienen a la Sûreté en gran estima. Ni motivos para lo contrario —admitió Gamache—. Juzgué que con una agente espabilada sería suficiente. Allí tenemos contactos, entre los ancianos. La agente Lacoste recurrió primero a ellos.

A medida que pasaban las horas, ella empezó a informar. Iba de comunidad en comunidad, siempre acompañada por la misma anciana. La mujer a la que el inspector jefe Gamache había conocido años antes, sentada en un banco delante del Château Frontenac. Una mujer a la que todos los demás tomaron por una pedigüeña.

Él le había echado una mano entonces y ella le devolvió el favor.

Los informes de la agente Lacoste empezaron a esbozar una imagen: la de una generación recluida en las reservas, sin esperanza. Borrachos, drogados y perdidos. Sin vida ni futuro ni nada que perder. Porque ya se lo habían arrebatado todo. Gamache ya sabía todo eso. Cualquier persona con arrestos que supiese dónde mirar se habría dado cuenta.

Sin embargo, había algo de lo que él no tenía constancia. Lacoste informó de la llegada de gente de fuera, de maestros. Profesores blancos que hablaban inglés. Que llevaban años introduciéndose en las comunidades. La mayoría eran educadores de verdad, pero había unos cuantos cuyos planes iban más allá del alfabeto y las tablas de multiplicar. Planteaban un programa que costaría años cumplir. El plan se había puesto en marcha cuando los jóvenes eran niños; impresionables, perdidos, asustados. Hambrientos de aprobación, aceptación, amabilidad y liderazgo. Y los profesores les habían dado todo eso. Les había costado años ganarse su confianza y a lo largo de ese tiempo les habían enseñado a leer y escribir, a sumar y restar, y también a odiar. Habían enseñado a sus alumnos que no tenían por qué seguir siendo víctimas. Que podían volver a ser guerreros.

Muchos jóvenes cree le dieron vueltas a tan atractiva propuesta y al final acabaron por rechazarla. Porque no se les escapaba que se trataba tan sólo de un hatajo de hombres blancos con fines propios. Sin embargo, hubo dos a los que la idea sí sedujo. Dos jóvenes que de todos modos ya estaban al borde de su propia destrucción.

Así que, ¿por qué no cubrirse de gloria? Estaban convencidos de que así el mundo por fin se percataría de su situación.

A las once y dieciocho.

Iban a destruir la presa La Grande. Dos jóvenes cree iban a morir. Y a muchos kilómetros de distancia, un joven agente de la Sûreté sería ejecutado.

Armado con estas pruebas, Gamache presentó su tesis al superintendente jefe Francoeur una vez más. Pero cuando éste le puso trabas de nuevo, en lugar de intentar hacerlo entrar en razón, Gamache se permitió el lujo de perder la paciencia. De mostrar su desdén por el arrogante y peligroso

superintendente jefe.

Eso había sido un error. Le había costado tiempo y puede que más cosas.

—¿Qué pasó?

Armand Gamache miró a su compañero, casi sorprendido al darse cuenta de que no estaba a solas con sus pensamientos.

—Había que tomar una decisión. Y todos sabíamos cuál. Si la información de la agente Lacoste era correcta, teníamos que abandonar al agente Morin. Había que destinar todos los esfuerzos a impedir el atentado. Además, si intentábamos salvar a Morin, eso alertaría a los terroristas y ellos podrían actuar antes de lo que habían planeado. No podíamos correr ese riesgo.

—¿Ni siquiera usted?

Gamache permaneció sentado inmóvil un buen rato. No se oía ningún ruido, ni dentro ni fuera. ¿Cuántas personas se habrían refugiado allí del violento mundo del exterior? Un mundo menos amable, bueno y cálido de lo que hubiesen querido. ¿Cuánta gente asustada se habría acurrucado en el mismo lugar que ellos dos? ¿Cuántos se habían escondido allí preguntándose cuándo podrían salir sin peligro? Salir al mundo.

—Dios mío, no. Ni siquiera yo.

—¿Estaba dispuesto a dejarlo morir?

—Si era necesario, sí.

Gamache miró a Hancock a los ojos. No con actitud desafiante, sino asombrado de que alguien tuviera que enfrentarse a decisiones como aquélla. Él, por ejemplo. Todos los días.

—Pero no antes de intentar salvarlo por todos los medios.

—Y al final convenció al superintendente jefe, ¿verdad?

Gamache asintió con la cabeza.

—Cuando quedaba algo menos de dos horas.

—¡Santo Dios! —exclamó Hancock—. Qué justo. Fue de muy poco.

Gamache se quedó un momento en silencio.

—Para entonces ya sabíamos que el agente Morin estaba retenido en una fábrica abandonada. Analizando los ruidos de fondo y contrastándolos con los horarios de los aviones y los trenes, la agente Nichol y el inspector Beauvoir lo encontraron. Fue una investigación magistral. Lo tenían en una fábrica abandonada, a cientos de kilómetros de la presa. Los terroristas se mantenían a una distancia segura, en un pueblo que se llama Magog.

—¿Magog?

—Sí, Magog. ¿Por qué?

El pastor parecía perplejo, y también algo desconcertado.

—¿De Gog y Magog?

El inspector jefe sonrió. Había olvidado la referencia bíblica.

—«Te vendrán pensamientos y concebirás un proyecto malvado» —citó el pastor.

Una vez más, Gamache vio a Paul Morin en el otro extremo de la habitación, atado a la silla, con la mirada fija en la pared que tenía delante. En el reloj.

Quedaban cinco segundos.

—Me ha encontrado —dijo Morin.

Gamache corrió para cruzar la sala. La estrecha espalda de Morin se tensó.

Tres segundos. Le pareció que todo se ralentizaba. Todo estaba clarísimo. Veía el reloj, oía la manecilla de los segundos acercarse al cero. Veía la dura silla de metal y la cuerda que rodeaba a Paul Morin.

No había ninguna bomba. No había bomba.

Por detrás de Gamache entraron Beauvoir y el resto del equipo. A su alrededor estallaron los disparos. El inspector jefe se abalanzó hacia el joven agente que estaba sentado con la espalda tan recta.

Un segundo.

Gamache se rehízo.

—Cometí un último error: fui hacia la izquierda cuando debería haber ido a la derecha. Paul Morin acababa de contarme que le daba el sol en la cara, pero en lugar de ir hacia la puerta de donde salía luz, fui hacia la puerta oscura.

Hancock permaneció en silencio. Había visto el vídeo y ahora miraba al hombre solemne y barbudo que estaba sentado a su lado, en el suelo frío. Con la cabeza de su perro, con aquellas orejas tan extravagantes, apoyada en el muslo.

—No fue culpa suya.

—Claro que sí —insistió Gamache con rabia.

—¿Por qué hace tanto hincapié en eso? ¿Quiere ser un mártir? —le preguntó Hancock—. ¿Por eso ha salido en mitad de la tormenta? ¿Está disfrutando de su penitencia? Yo diría que sí, porque se aferra a ella como si le fuera la vida en ello.

—Ándese con cuidado.

—¿Para qué? ¿Para no herir los sentimientos del gran inspector jefe? Si su heroísmo no lo hace mejor que el común de los mortales, su sufrimiento sí. ¿Es eso lo que pretende? Mire, fue una tragedia, fue algo horrible, pero les ocurrió a otros, no a usted. Usted está vivo. Es lo que le ha tocado en suerte y nada puede cambiarlo. Tiene que dejarlo atrás. Ellos están muertos. Fue terrible pero inevitable.

Hancock hablaba con vehemencia. *Henri* levantó la cabeza para mirar al joven pastor y emitió un ligero gruñido. Gamache le posó una mano tranquilizadora en la cabeza y el perro cedió.

—¿Es dulce y honorable morir por la patria? —preguntó el inspector jefe.

—A veces.

—Y además de morir, ¿matar también?

—¿Disculpe?

—Usted haría casi cualquier cosa por ayudar a sus parroquianos, ¿no es cierto? —preguntó Gamache—. Su sufrimiento lo afecta, para usted es casi un dolor físico. Yo mismo lo he visto. Sí, he salido durante la tormenta con la esperanza de acallar mi conciencia, pero ¿no es justamente ése el motivo por el que usted se inscribió en la regata de canoas? ¿Para no pensar en sus flaquezas? No soporta ver sufrir tanto a los ingleses. No puede verlos morir. Como individuos, pero tampoco como comunidad. Su trabajo era consolarlos, pero no sabía cómo, no sabía si bastaba con palabras. Por eso pasó a la acción.

—¿De qué habla?

—Ya sabe a qué me refiero. A pesar de que la ciudad está llena de gente que prefería no verlo ni en pintura, no hay más que seis personas que podrían haber asesinado a Augustin Renaud: los miembros de la junta de la Sociedad Literaria e Histórica. Muchos de los voluntarios tienen la llave del edificio y varios conocían el calendario de las obras, cuándo iban a echar el cemento. Varios podrían haber encontrado el acceso al subsótano y llevado a Renaud hasta allí. Pero sólo los seis miembros de la junta sabían que él se había presentado en la sociedad. Que había exigido hablar con ellos. Y también el motivo.

El reverendo señor Hancock miró a Gamache bajo la cruda luz de la bombilla desnuda.

—Usted mató a Augustin Renaud —afirmó Gamache.

Se hizo el silencio. Un silencio completo y absoluto. Fuera no había mundo. Ni tormenta ni campo de batalla ni ciudad defendida por murallas ni fortificaciones. Nada.

Tan sólo existía el silencio del fuerte.

—Sí.

—¿No lo niega?

—Era obvio que o bien ya lo sabía, o iba a descubrirlo pronto. En cuanto encontró los libros, no había nada que hacer. Fui yo quien los escondió, claro. No podía destruirlos ni arriesgarme a que alguien los encontrara en mi casa. Por eso parecía el lugar perfecto. Al fin y al cabo, llevaban cien años en la Sociedad Literaria e Histórica sin que nadie los hubiera visto.

Miró a Gamache fijamente.

—¿Lo sabía desde el principio?

—Lo sospechaba. Sólo podían haber sido dos personas: o usted o Ken Haslam. Mientras el resto de la junta se quedó para acabar la reunión, ustedes fueron a entrenar.

—Yo fui el primero de los dos en salir. Busqué a Renaud y le dije que le dejaría entrar por la noche. Que llevara las pruebas que tuviera y, si me convencía, le permitiría excavar.

—Y ni que decir tiene que acudió.

Hancock asintió.

—Fue muy fácil. Se puso a cavar mientras yo leía los libros. El diario de Chiniquy y la biblia. Una lectura condenatoria.

—O iluminadora, según el punto de vista. ¿Qué ocurrió después?

—Que cavó un agujero y después me pasó la pala. Y yo le di con ella.

—¿Así, sin más?

—No, no fue tan sencillo —replicó Hancock—. Fue terrible, pero necesario.

—¿Por qué?

—¿No se lo imagina?

Gamache reflexionó y luego dijo:

—Porque podía hacerlo.

El joven esbozó una ligera sonrisa.

—Supongo que sí. Pero yo prefiero pensar que fue porque nadie más habría tenido la oportunidad. Sólo yo. Elizabeth no podría haberlo hecho y ¿el señor Blake? Tal vez sí, cuando era más joven, pero ahora no. Porter Wilson no sería capaz ni de darse a sí mismo en la cabeza. ¿Y Ken? Él hace años que renunció a su voz. No, yo era el único que podía hacerlo.

—Pero ¿por qué había que hacerlo?

—Porque encontrar a Champlain en nuestro sótano habría destruido la comunidad inglesa. Habría sido el golpe mortal.

—La mayoría de los quebequeses no los habrían culpado de nada.

—¿Pienasa que no? No hace falta mucho para despertar sentimientos antianglos, ni siquiera entre los más razonables. La sospecha de que los ingleses tramaban algo es constante.

—No estoy de acuerdo —lo contradujo Gamache—. Sin embargo, lo que yo opine no importa, ¿no le parece? La cuestión es lo que crea usted.

—Alguien tenía el deber de protegerlos.

—Y la responsabilidad era suya.

Era una afirmación, no una pregunta. Desde el día en que lo conoció, Gamache se había dado cuenta de que el religioso era así. Pese a carecer de fanatismo, estaba del todo convencido de que él

era el pastor y los demás su rebaño. Y si en secreto los francófonos albergaban la certeza de que los anglos no eran de fiar, éstos a su vez estaban convencidos de que los franceses iban a por ellos. La suya era, en más de un sentido, una sociedad perfectamente amurallada.

Y el cometido del reverendo Tom Hancock era proteger a su gente. Gamache comprendía ese sentimiento.

¿Hasta el punto de matar a alguien?

Gamache recordaba haber dado un paso al frente, levantado el arma, tener al hombre en el punto de mira. Y disparar.

Había matado para proteger a los suyos. Y si era necesario lo repetiría.

—¿Qué va a hacer? —preguntó Hancock, y se puso en pie.

—Depende. ¿Qué piensa hacer usted?

Gamache también se levantó, no sin cierta dificultad, y *Henri* se despertó.

—Creo que ya sabe qué he venido a hacer esta noche a las Llanuras de Abraham.

Y, en efecto, Gamache lo sabía. Tan pronto como supo que la silueta de la parka era Tom Hancock, se dio cuenta de por qué estaba allí.

—Al menos le daría cierta simetría —añadió Hancock—. El anglo que bajó por el despeñadero, doscientos cincuenta años más tarde.

—Sabe que no voy a permitirselo.

—Sé que no tiene cómo impedírmelo.

—Es probable que tenga razón. Y debo admitir que él no me será de ayuda —dijo señalando a *Henri*—. A menos que los gemidos de un perro lo asusten tanto que decida entregarse.

Hancock sonrió.

—Éste es el témpano de hielo final. No me queda otra opción: es lo que me ha tocado.

—No, no lo es. ¿Por qué cree que he venido?

—Porque está tan sumido en su propio dolor que casi no puede ni pensar. Porque no consigue dormir y ha venido huyendo. De sí mismo.

—Bueno, puede que eso también —respondió Gamache con una sonrisa—. Pero ¿qué posibilidades había de que nos encontrásemos en mitad de la tormenta? Si yo hubiera venido diez minutos antes o diez minutos después, o si hubiéramos caminado a tres metros el uno del otro, no nos habríamos encontrado. No nos habríamos visto siquiera. La nieve nos habría cegado.

—¿Qué quiere decir?

—¿Qué posibilidades había?

—¿Qué más da? Nos hemos encontrado.

—Ha visto el vídeo —dijo Gamache en voz baja—. Ha visto lo que ocurrió. Sabe que me fue de muy poco.

—¿Que le fue de un pelo para morir? Sí, lo he visto.

—Puede que yo no muriese para poder estar ahora aquí.

Hancock estudió el rostro de Gamache.

—¿Está diciéndome que se libró para evitar que yo me lance por el precipicio?

—Puede ser. Sé lo valiosa que es la vida. Usted no tenía derecho a arrebatársela a Renaud y tampoco lo tiene ahora a quitarse la suya. No por este asunto. Ya ha habido suficiente muerte. Esto tiene que parar.

Gamache miró al joven que tenía a su lado. Un hombre que, como él bien sabía, sentía atracción por los rompeolas, los acantilados escarpados, por los anglos de Quebec, que pisaban el hielo donde estaba más fino.

—¿Se da cuenta de que se equivoca? —le preguntó Gamache al final—. Los ingleses de Quebec no son débiles, no son frágiles. Ni Elizabeth MacWhirter ni Winnie ni Ken ni el señor Blake, ni siquiera Porter Wilson podrían haber matado a Augustin Renaud. No porque sean débiles, sino porque saben que no era necesario. Él no era una amenaza. En realidad no. Ellos se han adaptado a la nueva realidad, a un mundo nuevo. Usted es el único incapaz de hacerlo. Aquí habrá anglos durante décadas, tal como tiene que ser. Éste es su hogar. Debería haber tenido más fe.

Hancock se le acercó.

—Podría irme sin más.

—Seguro que sí. Yo intentaría impedirselo, aunque sospecho que se me escaparía. De todos modos, sabe que lo seguiría. No me quedaría más remedio. Y entonces ¿qué? Un francófono de mediana edad y un joven anglo perdidos en mitad de una tormenta en las Llanuras de Abraham. Deambulando, uno en busca de un precipicio y el otro a la caza del primero. Me pregunto cuándo nos encontrarían. ¿En primavera quizá? ¿Congelados? Dos cadáveres más sin enterrar. ¿Es así como acaba esta historia?

Ambos se miraron. Al final, Tom Hancock suspiró.

—Con la suerte que tengo, sería usted el que acabase despeñado.

—Menuda desilusión.

El joven sonrió, abatido.

—Me rindo. Ya basta de luchar.

—*Merci* —le agradeció Gamache.

Al llegar a la puerta, Hancock dio media vuelta. Gamache estiró el brazo y, con un ligero temblor en la mano, fue a abrir.

—No debería haberlo acusado de aprovecharse de su dolor. No ha estado bien.

—Bueno, tal vez no se equivoque tanto —respondió Gamache con una sonrisa—. Tengo que dejarlo atrás. Dejarlos atrás.

—Con el tiempo —contestó Hancock.

—*Avec le temps* —convino Gamache—. Eso es.

—Ha mencionado el vídeo —dijo Hancock, que acababa de recordar una cosa que había querido preguntarle—. ¿Sabe cómo acabó en internet?

—No.

Hancock lo observó.

—Pero se lo imagina.

Gamache recordó la rabia del superintendente jefe cuando se enfrentó a él. Su batalla provenía de lejos. Era una guerra muy antigua. Francoeur conocía a Gamache lo suficiente para saber que lo que más le dolería no serían las críticas por cómo había gestionado el asalto, sino lo contrario. Las alabanzas. Elogios que, mientras su gente sufriese, él no merecía.

Aunque una bala no había bastado para pararle los pies al inspector jefe, las alabanzas tal vez lo consiguiesen.

Sin embargo, de pronto Gamache vio otro rostro. Una cara más joven. Ansiosa por ir con ellos y a la que se le había negado la oportunidad. Una vez más. Alguien a quien volvió a mandar al sótano. Desde donde lo siguió todo. Desde donde lo oyó todo. Lo vio todo. Lo grabó todo.

Y que lo recordaba todo.

VEINTISÉIS

—Da un abrazo a Reine-Marie de mi parte —le pidió Émile.

Armand y él estaban junto a la puerta. En el Volvo de Gamache esperaban la maleta y una serie de presentes de Émile para la esposa del inspector jefe: dulces de Paillard, paté y queso de J. A. Moisan y chocolate hecho por los monjes, de la tienda que había en la rue St-Jean.

Gamache tenía la esperanza de que todo llegase a Montreal, pero entre *Henri* y él, no lo tenía claro.

—Descuida. Imagino que tendré que volver dentro de unas semanas para testificar, aunque el inspector Langlois tiene todas las pruebas que necesita.

—Y la confesión ayuda —afirmó Émile con una sonrisa.

—Cierto —contestó Gamache.

Echó un último vistazo al interior de la casa. Hacía años que Reine-Marie y él la visitaban, desde que Émile se jubiló y se mudó a la ciudad con su esposa. Después de la muerte de Alice, las visitas se hicieron más frecuentes, para hacerle compañía.

—Estoy pensando en venderla —dijo Émile al ver que Gamache la contemplaba.

El inspector jefe se volvió hacia él y se quedó pensando un momento.

—Es mucha casa.

—La escalera se me hace cada vez más empinada —respondió Émile.

—Ya sabes que, si quieres, puedes venir a vivir con nosotros.

—Sí, lo sé. *Merci*. Pero prefiero quedarme aquí.

Gamache sonrió; no se sorprendía.

—¿Sabes una cosa? Me da que Elizabeth MacWhirter tiene el mismo problema. Le cuesta vivir sola en una casa tan grande.

—No me digas —respondió Émile, y lo miró con suspicacia.

Armand sonrió y abrió la puerta.

—No salgas, que hace frío.

—Tampoco estoy tan delicado —le espetó Émile—. Además, quiero despedirme de *Henri*.

Al oír su nombre, el pastor alemán lo miró con las orejas hacia delante, alerta. Por si el saludo incluía una galleta. Y así era.

Acababan de retirar la nieve de las aceras. La ventisca había parado justo antes del amanecer y el sol salió en medio de un paisaje blanco e inmaculado. La ciudad relucía y el reflejo de la luz centelleaba en todas las superficies, como si Quebec estuviera hecha de cristal.

Antes de abrir la puerta del coche, Gamache cogió un puñado de nieve, hizo una bola y se la mostró a *Henri*. El perro dio unos brincos y enseguida paró y la miró concentrado.

Gamache la lanzó al aire y *Henri* saltó, esforzándose por alcanzarla, convencido de que esa vez la atraparía sin que se le deshiciese en la boca.

La bola de nieve descendió y él la apresó entre los dientes. Cuando aterrizó con las cuatro patas, no tenía más que un enorme bocado de nieve en el hocico. Una vez más.

Sin embargo, *Henri* seguiría intentándolo. Gamache lo sabía. El perro nunca perdía la esperanza.

—Entonces —dijo Émile—, ¿quién crees que era la mujer del ataúd de Champlain?

—Diría que una paciente del asilo de Douglas. Lo más seguro es que falleciese por causas naturales.

—Y la metió en el ataúd de Champlain, vale. Pero ¿qué hizo con él?

—Ya sabes la respuesta.

—¡Claro que no! Si no, no te lo preguntaría.

—Una pista: está en los diarios de Chiniquy. Tú mismo me lo leíste la otra noche. Cuando llegue a casa te llamo, y si no lo has averiguado, te lo diré.

—Menudo desgraciado.

Émile hizo una pausa y después posó la mano sobre la de Gamache, justo cuando éste iba a abrir la puerta del coche.

—*Merci* —dijo Gamache—. Por todo lo que has hecho por mí.

—Y tú por mí. ¿Y dices que madame MacWhirter podría necesitar ayuda?

—Yo creo que sí.

Gamache abrió la puerta del vehículo y *Henri* se subió de un brinco.

—Pero también creo que la noche podría ser una fresa.

Émile se echó a reír.

—Entre tú y yo: estoy de acuerdo.

Tres horas más tarde, Gamache y Reine-Marie estaban sentados en el cómodo salón de su casa con un fuego crepitando en la chimenea.

—Ha llamado Émile —dijo ella—. Me ha pedido que te dé un mensaje.

—Ah.

—Ha dicho: «Tres momias.» ¿Te suena de algo?

Gamache sonrió y asintió con la cabeza. Douglas viajó a Pittsburgh con tres momias, pero había regresado de Egipto sólo con dos.

—Armand, he estado pensando en el vídeo.

Él se quitó las gafas de media luna.

—¿Quieres verlo?

—¿Tú quieres que lo vea?

Gamache dudó.

—Prefiero que no, pero si tú lo necesitas, lo veré contigo.

Ella sonrió.

—*Merci*, pero no quiero verlo.

Él le dio un beso muy suave y siguió leyendo. Reine-Marie lo miró por encima de su libro.

Ya sabía todo lo que necesitaba saber.

Gabri estaba detrás de la barra del *bistrot* con un trapo en la mano, secando una copa. A su alrededor, sus amigos y clientes charlaban y reían, o leían y guardaban silencio.

Era domingo por la tarde y todos estaban en pijama, incluso él.

—Me encantaría ir a Venecia —dijo Clara.

—Demasiados turistas —soltó Ruth.

—¿Y tú cómo lo sabes? —le preguntó Myrna—. ¿Has estado?

—Ni falta que me hace. Aquí tengo todo lo que necesito.

Le dio un trago a la bebida de Peter e hizo una mueca de asco.

—Por Dios, ¿qué es eso?

—Agua.

El grupo de amigos se acercó a la chimenea a charlar con Roar y Hanna Parra. Mientras, Gabri cogía un puñado de regalices de la jarra que tenía en la barra y recorría el salón con la mirada.

Entonces alcanzó a ver un movimiento al otro lado del cristal escarchado. Un coche que conocía, un Volvo, estaba entrando en el pueblo por du Molin, sin prisa. El sol relucía en los bancos de nieve reciente y los niños patinaban sobre el estanque helado del parque.

El vehículo se detuvo en mitad del pueblo y de él salieron dos hombres.

Jean-Guy Beauvoir y Armand Gamache. Se pararon junto al coche y al momento se abrió la puerta de atrás.

Al oír un suave golpeteo sordo en la barra, Clara se volvió hacia Gabri. Se le estaban cayendo los regalices de la mano. De pronto, en el *bistrot* las conversaciones disminuyeron y al cabo de un momento ya no hablaba nadie. Todos miraron a Gabri y después por la ventana.

De la que Gabri era incapaz de apartar la vista.

Era imposible. Había imaginado ese momento tantas veces, había fantaseado con él. Lo había visto con claridad y después había regresado al mundo real, solo. Sin desviar la mirada, salió de detrás de la barra. Los clientes se hicieron a un lado para dejar pasar al corpulento propietario.

Se abrió la puerta y Olivier apareció en la entrada.

Gabri, sin poder hablar, abrió los brazos y Olivier se hundió en ellos. Ambos se abrazaron, se acunaron y lloraron. A su alrededor, sus vecinos aplaudían, lloraban y se abrazaban.

Al cabo de un rato, se separaron y se secaron las lágrimas el uno al otro. Entre risas y sin dejar de mirarse, pues Gabri tenía miedo de cerrar los ojos y que desapareciese otra vez. Por su parte, Olivier estaba abrumado por todo aquello que le resultaba tan familiar y tan querido. Los rostros, las voces, los sonidos que conocía tan bien y llevaba toda una vida sin escuchar. O al menos así se lo parecía. El aroma de los leños de arce en la chimenea, de *croissants* de mantequilla, de granos de café tostados.

Todas las cosas que recordaba y que se moría por recuperar.

Y el olor de Gabri, a su jabón favorito. Sus brazos, que lo rodeaban, fuertes y de verdad. Gabri. Que jamás había dejado de creer en él.

Gabri se obligó a apartar la mirada de Olivier y se fijó en los dos agentes de la Sûreté.

—Gracias.

—Debe dárselas al inspector Beauvoir —dijo el inspector jefe.

El *bistrot* se había vuelto a quedar en silencio y Gamache se dirigió a Olivier, pues necesitaba decir algo y que todos lo oyesen. Por si persistía alguna duda.

—Me equivoqué —admitió—. Lo siento mucho.

—No puedo perdonarle —dijo Olivier con voz ronca y luchando por dominar las emociones—. No tiene ni idea de lo que he pasado.

Hizo una pausa, recobró la compostura y continuó:

—Tal vez con el tiempo.

—*Oui* —respondió Gamache.

Mientras todos lo celebraban, Armand Gamache salió fuera, al sol, al ruido de los niños que jugaban al hockey o hacían batallas de bolas de nieve. Niños que bajaban la ladera en trineo. Se paró a contemplarlos, pero sólo veía al joven en sus brazos. Las heridas de bala que le atravesaban la espalda.

Lo había encontrado, pero demasiado tarde.

Armand Gamache estrechó a Paul Morin contra su pecho.

«Lo siento. Perdóname.»

No hubo más que silencio y, desde muy lejos, el ruido de niños jugando.

AGRADECIMIENTOS

Michael y yo pasamos un mes mágico en la ciudad de Quebec recopilando información para *Enterrad a los muertos*. Es un lugar espléndido, y la vieja ciudad amurallada es aún más hermosa, por eso espero haber sabido plasmar lo que sentí caminando a diario por sus calles y al ver no sólo aquellos maravillosos y antiguos edificios de piedra, sino también mi historia. La historia de Canadá. En directo. Fue muy emotivo para ambos. Aun así, Quebec no es un museo, sino una capital moderna y próspera. Eso también espero haberlo reflejado. Pero sobre todo, me gustaría que esta novela abarcara todo el amor que siento por esta sociedad que he escogido como hogar. Un lugar donde las culturas y las lenguas francesa e inglesa conviven; no siempre en armonía, pues ambas han sufrido y perdido demasiado para estar completamente en paz, pero siempre con un profundo respeto y afecto.

Gran parte de la acción de *Enterrad a los muertos* discurre en la biblioteca de la Sociedad Literaria e Histórica, en el casco antiguo de Quebec. La biblioteca es impresionante, igual que el logro de haber creado y mantenido esa institución inglesa a lo largo de varias generaciones. Los socios, voluntarios y personal de la sociedad, como ellos la llaman de modo afectuoso, me ayudaron en la búsqueda de información. Al tratarse de un trabajo de ficción, me he tomado libertades con la historia de Quebec y la Sociedad Literaria e Histórica, sobre todo en lo que concierne a uno de sus socios más distinguidos, el doctor James Douglas. Sé que habrá gente a quien mi extrapolación moleste, pero espero que lo entiendan.

Quiero aclarar que he hablado muchas veces con el jefe del Departamento de Arqueología de Quebec y que siempre ha sido amable, encantador y de mucha ayuda. No tiene nada que ver con el que he creado para la ficción.

La mayoría de los datos históricos de la novela se refieren a Samuel de Champlain. Me avergüenza admitir que antes de empezar a investigar no conocía su figura demasiado bien. Sabía su nombre y que era uno de los fundadores de la ciudad y, por tanto, de Canadá. También que la ubicación de su tumba es un misterio. Nadie la ha encontrado y eso desconcierta a arqueólogos e historiadores desde hace décadas. Ese misterio es la esencia de esta novela, y la situación exigía que aprendiese más sobre él. Para ello leí mucho y hablé con los historiadores de la zona, sobre todo con Louisa Blair y con David Mendel. También conté con la ayuda de un libro maravilloso titulado *Champlain's Dream*, del profesor David Hackett Fischer, de la Universidad Brandeis. Durante nuestra estancia, coincidimos en la ciudad de Quebec con el profesor Hackett Fischer y, en cuanto nos enteramos, Michael y yo quisimos asistir a una de sus conferencias. Nos extrañó, ya tarde, que la charla fuese en una sala de conferencias gubernamental. Cuando llegamos, nos sentamos al final de la larga mesa. Una joven muy agradable se acercó y nos preguntó, en un perfecto francés, quiénes éramos, a lo que contestamos, en un francés no tan perfecto, que yo era una escritora canadiense angloparlante que estaba investigando sobre Champlain y que estaba allí para escuchar al profesor. Me dio las gracias y al cabo de unos minutos vino un hombre que nos estrechó la mano y nos acompañó hasta el otro extremo de la mesa. Todos se pusieron en pie y entonces llegaron el ministro de Cultura y otros altos cargos del gobierno. Por último entró el profesor y lo sentaron delante de nosotros.

Demasiado tarde, Michael y yo nos dimos cuenta de que se trataba de una reunión privada para

altos cargos del gobierno de Quebec... y nosotros dos. En cuanto supieron quiénes éramos, en lugar de acompañarnos hasta la puerta nos cedieron los mejores asientos y celebraron gran parte de la reunión en inglés.

Así es Quebec. Un lugar donde la gente se adapta con amabilidad. Con todo, en algunos barrios también puede haber mucho recelo. Por ambas partes.

Es parte de la fascinación que ejerce esta ciudad.

Quiero dar las gracias a Jacquie Czernin y a Peter Black, de la emisora local de CBC Radio, por facilitarme contactos. Y a Scott Carnie por su apoyo en asuntos tácticos.

Aquellos que, como yo, sean amantes de la poesía de la Primera Guerra Mundial, reconocerán una paráfrasis de un duro poema de Wilfred Owen titulado *Dulce et Decorum Est*.

Enterrad a los muertos le debe muchísimo a mi maravillosa agente Teresa Chris y a los editores Hope Dellon, Sherise Hobbs y Dan Mallory. Sus gentiles palabras y mirada crítica sacan lo mejor del libro y de mí como escritora.

Por último, me gustaría mencionar que la Sociedad Literaria e Histórica es una joya, pero que, como la mayoría de las bibliotecas, se mantiene a flote con muy poco dinero y la contribución de voluntarios angloparlantes y francófonos. Si quieren hacerse socios o visitar la biblioteca, pueden contactar con ellos en www.morrin.org.

Espero haber sabido reflejar que este libro es muy especial para mí por muchos motivos. Como el resto de las novelas del inspector jefe Gamache, *Enterrad a los muertos* no trata sobre la muerte, sino sobre la vida. Y sobre la necesidad tanto de respetar el pasado como de dejarlo atrás.

Enterrad a los muertos

Louise Penny

ISBN edición en papel: 978-84-16237-12-8

ISBN libro electrónico: 978-84-15631-27-9

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2016

Reservados todos los derechos sobre la/s obra/s protegida/s. Quedan rigurosamente prohibidos, sin la autorización de derechos otorgada por los titulares de forma previa, expresa y por escrito y/o a través de los métodos de control de acceso a la/s obra/s, los actos de reproducción total o parcial de la/s obra/s en cualquier medio o soporte, su distribución, comunicación pública y/o transformación, bajo las sanciones civiles y/o penales establecidas en la legislación aplicable y las indemnizaciones por daños y perjuicios que correspondan. Asimismo, queda rigurosamente prohibido convertir la aplicación a cualquier formato diferente al actual, descompilar, usar ingeniería inversa, desmontar o modificarla en cualquier forma así como alterar, suprimir o neutralizar cualquier dispositivo técnico utilizado para proteger dicha aplicación.

Título original: *Bury your Dead*

Traducción del inglés: Maia Figueroa

Ilustración de la cubierta: Yves Marceox / Getty Images

Copyright © *Three Pines Creations, Inc, 2010*

Copyright de la edición en castellano © *Ediciones Salamandra, 2016*

Morning in the Burned House by Margaret Atwood © 1995

Published by McClelland & Stewart Ltd. Used with permission of the publisher

Vapour Trails by Marylyn Plessner © 2000

Published by Stephen Jarislowsky. Used with permission of the publisher

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7^o 2^a - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

www.salamandra.info